



Alba Ballesta
Distinta Clara

XXIII
PREMIO DE NOVELA
ATENEO JOVEN
DE SEVILLA

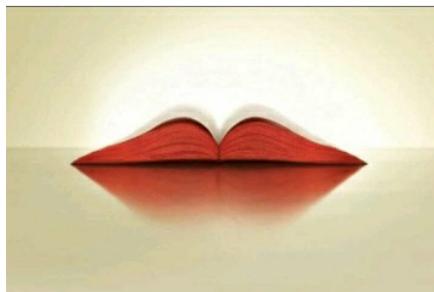


El descubrimiento de un libro olvidado, el tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasença, despierta en Laia la curiosidad por investigar a esa poeta desconocida, de la que no tiene ningún dato. Sería un buen motivo para el trabajo de fin de máster, piensa. El libro le llegó a través de su profesora de literatura del instituto; gracias a ella contacta con la viuda del verdadero dueño del libro, Ramón, a quien Clara le dedicó el ejemplar. Lo que empieza como una investigación académica se torna otro tipo de búsqueda, entre lo detectivesco y lo personal. A través de testimonios de personas que la conocieron, a Laia le llegan relatos fragmentarios y a veces contradictorios del personaje. La búsqueda es cada vez más intensa y Clara empieza a ejercer sobre Laia una atracción casi hipnótica que la llevará a descubrir una Laia que desconocía.

Alba Ballesta



Distinta Clara



Título original: *Distinta Clara*
Alba Ballesta, 2018
Fotografía de la cubierta: Franny Krasna



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 16/01/2020

I. A LA DERIVA

ELLA ES ASÍ

ELLA ES ASÍ. ELLA ES TAL COMO UNO SE LA PODRÍA IMAGINAR de haber tenido la ocasión de hacerlo, aunque eso es algo que no se asimila hasta pasado un tiempo, después de verla por primera vez e incluso mucho más tarde de conocerla. Solo entonces uno deja de atormentarse con preguntas como: ¿Quién es esta chica? ¿En cuál de sus expresiones faciales no muestra abulia? ¿Derrochará la misma lentitud en el próximo gesto? ¿Hacia dónde y con qué motivo van dirigidas todas sus miradas inquisidoras? ¿Por qué a pesar del poco interés que suscita no deja de generar misterio a su alrededor? Ella, que es así y que no podría ser de otra manera, se dirige ahora a casa de sus padres. Una sencilla comida familiar, que transcurre con el letargo de costumbre, desencadena una serie de resonancias de años atrás que conducen hasta un recuerdo olvidado.

Todavía hace calor, el otoño aún no se ha desprendido por completo de los últimos despojos del verano, pero la madre insiste en cocinar platos calientes, como la sopa de hoy. Laia, este caldito resucita a los muertos, le dice la madre a la hija. Durante la primera mitad de la comida el único sonido que se oye es el tintineo de la cuchara contra el plato, que se confunde o se pierde en su búsqueda de un tropezón de cebolla. A veces también golpea en los oídos la estridencia de algún chorro de agua que se precipita de la jarra al vaso. A veces incluso todos esos ruidos insignificantes se escuchan por encima de la voz aguda de la madre, que encadena una retahíla de preguntas de cortesía dirigidas a Laia. Laia contesta flemática, y espera a que su padre, con quien sí tiene una cierta complicidad, la salve, le ofrezca otro tipo de conversación o corte la tensión evidente con algún comentario sarcástico. En lugar de eso, esta vez el padre irrumpe en el interrogatorio con un aspaviento, un gesto habitual en él. Deja caer la mano derecha, la que utiliza para sostener la cuchara, porque es diestro, sobre la mesa. La cuchara, mientras tanto, se queda descansando huérfana en el plato. Pero no es esa ligera desidia lo que quiebra cualquier contexto anterior, sino la imagen de la cuchara hundida en la sopa que todavía cubre la mitad de las paredes del plato. Ahora solo falta que el padre aparte con sutileza el bol, que lo aleje de sí menos de un centímetro para dictar sentencia. El salón se recluye de nuevo en el silencio del principio, aunque esta vez ya ni los ruidos de la vajilla se oyen porque cuando el padre termina de comer y se deja la mitad del plato que la madre ha preparado, a esta se le quitan también las ganas. Laia, por decoro y con el deseo de que aquello acabe cuanto antes, tampoco vuelve a tocar ese caldito que resucita a los muertos. La comida es el escenario de todos los dramas familiares de esa casa en la que la hija única ya ni siquiera vive. Se marchó de Vilanova a Barcelona hace

dos años porque el trayecto diario hasta la universidad de casi dos horas de ida y dos de vuelta se le hizo insostenible. Desde entonces Laia cocina para ella, aunque haya heredado el mismo mal que su madre. No le gusta lo que ella misma cocina, y raras veces le gusta a los demás. Ni a la madre ni a la hija les importa demasiado porque consideran la comida un mero trámite, una suerte de burocracia que permite no desfallecer. Por eso en esta familia de mujeres flacas, el padre de buen comer abre la herida de las frustraciones de su mujer en torno a algo tan nimio y, sin embargo fundamental, como unas patatas mal cocidas o un arroz pasado. Aun así, aunque conozca la respuesta, la madre acerca el brazo al plato del padre y pregunta: ¿No vas a querer más? A esto el padre responde que ya está lleno y que solo le apetece algo de fruta. Se aferra a aquello que se sirve crudo, a aquello que no se puede cocinar. Para su pesar, la madre añade, esbozando una sonrisa que intenta reprimir las lágrimas: Vale, pero déjate un hueco para luego, que he hecho tarta de queso.

Hay una pausa considerable entre la fruta y la tarta de queso, el tiempo de recoger la mesa, preparar el café y adelantar algo de la *fregaza*. Esos minutos precisos bastan para exasperar al padre, que se queda sentado en el sofá a la espera de la sobremesa. Laia le acompaña porque la madre insiste en que no necesita ayuda, en que solo faltan dos minutos para que todo esté listo. Puestos a seguir la pantomima de una familia corriente, el padre, a quien de lo que menos le gusta hablar es de la familia, suelta un comentario abúlico tratando de olvidar el martirio del postre que se avecina. ¿Sabes que tu madre vuelve a darle clases a Luis el Vehemente?, dice. Laia arquea las cejas y estira los labios a modo de respuesta. Luis el Vehemente es un señor que decidió aprender a tocar el piano a sus sesenta años y acudió a la profesora particular de su nieta. A pesar de la edad, de su falta de oído y carencias notables para el solfeo, Luis resultó ser un alumno muy aplicado. Si el talento se midiese únicamente por el esfuerzo, sería un virtuoso; pero solo le alcanzaba para el calificativo de vehemente. Después de un año decidió dejarlo por falta de tiempo. Al parecer, tras más de un año de parón y ya jubilado, ha decidido retomar las clases, ya que, según él, prefiere tocar el piano que salir a correr o hacer senderismo. La música es su gimnasia. Eso es lo que le cuenta el padre a su hija mientras llega la madre con una bandeja que coloca sobre la mesita con ligera torpeza. Pues sí, viene tres veces a la semana y parece más dispuesto incluso que antes, añade la madre al tiempo que corta dos trozos de tarta que reparte al marido y a la hija. Ella, en cambio, no se sirve. Comer es un trabajo casi tan tedioso como cocinar, y tratándose además de lo que uno mismo prepara, la madre evita en la medida de lo posible tamaña tarea. La madre sigue hablando en una avalancha de sintagmas que solo buscan disimular la tensión, la inseguridad de ella. Dice con la mirada fija en el rostro de la hija, y no en sus manos que juegan con el tenedor clavado en la tarta, que ha estado poniendo orden en la sala de música. La sala de música es, después del salón, la estancia más grande de la casa. Allí está el piano, y también muchos libros, descansando en las estanterías que recubren casi la totalidad de las paredes. Ha quitado muchos libros de Laia, para dejar espacio a otros suyos. Dice que quiere hacerse una buena biblioteca de música clásica, que incluya no solo libros, como biografías de compositores o novelas de Thomas Bernhard, sino también CD y vinilos. Por eso ha guardado en cajas todos los libros de Laia que, al no haber ya en su habitación, había ido almacenando en la gran sala de música. Antes de irte, podrías echarle un vistazo a las cajas y llevarte a Barcelona lo que te interese, le dice a Laia. Laia agacha la cabeza como asintiendo y luego, con una media sonrisa, le dice lo rica que está la tarta. Entonces, por primera vez en varios

años, el padre felicita a la madre por algo que ella misma ha cocinado. Por primera vez, la madre escucha un elogio de ese tipo pronunciado por el padre. ¿No la has probado?, le pregunta él a ella, invitándola a coger un trozo de su plato. La madre se inclina hacia él, y el marido le introduce un pedacito en la boca, le da de comer como a un niño. Laia los mira, ve cómo su madre saborea la tarta, cómo el padre a su vez casi se relame solo al contemplar el gesto de satisfacción de su mujer. Laia los mira, sin saber del todo que asiste al mayor gesto de amor que sus padres han mostrado en mucho tiempo.

A pesar de lo insólito de aquel momento, o quizá precisamente por eso, Laia se levanta en cuanto se acaba el postre y los deja solos, charlando, mirándose como si fuesen muy jóvenes. Están tan absortos que ni siquiera se dan cuenta de la ausencia de su hija, algo que en cualquier otra situación les habría molestado. Laia no puede esperar a hurgar en esas cajas de libros de las que su madre le ha hablado, así que se precipita al lugar de los objetos condenados, un armario empotrado al final del pasillo en el que hiberna todo lo que la madre desecha, desde ropa hasta instrumentos rotos, pasando por libros que no leerá. Allí Laia descubre dos cajas llenas de novelas y poemarios adquiridos durante su adolescencia. Cuando se mudó a Barcelona no se molestó en llevarse ninguno de los ejemplares de casa de sus padres. En Barcelona solo tiene los que ha ido acumulando a lo largo de estos dos últimos años y aun así ya parece faltarle espacio en las estanterías de la habitación. Empieza a vaciar las cajas, apilando los ejemplares en el suelo. Luego los voltea y construye una especie de arcoíris, los manipula casi como si de una baraja de cartas se tratase. Vislumbra lecturas adolescentes, algunos libros impuestos en el colegio o en el instituto, también viejos manuales de gramática latina de los que ya no se acordaba. Sin embargo, por encima de todos esos tomos sobresale uno que Laia había olvidado especialmente. No es que se hubiese esforzado por olvidarlo, sino que había caído en un olvido muy fácil de combatir. En cuanto vio ese ejemplar fino de tapas amarillas recordó fotograma a fotograma cómo había llegado hasta él, cómo su profesora de Lengua y Literatura llegó una mañana con cajas llenas de libros que pertenecían a su vecino puerta con puerta que acaba de morir entonces. Amalia Ros, así se llama su querida profesora, invitó a sus alumnos a llevarse el ejemplar que prefiriesen. Entre todos, Laia eligió aquel, porque no se parecía a los demás y porque el título le resultó desconcertante: *Obras completas de Clara Dubasença (Tomo III)*.

Al volver a hojear el tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasença recordó no solo el momento del hallazgo de aquel objeto, sino de aquella escritura extraña. Lo releía y era casi como si lo leyese por primera vez, como si algo así solo pudiese leerse por primera vez aun en la segunda, en la tercera o incluso en la cuarta lectura, como si la repetición no lo desgastase. El recuerdo, en cambio, sí se deterioraba, adelgazaba. Todo el contexto alrededor del libro se le antojaba a veces deslucido o lacunario, pero el libro en su interior había permanecido intacto. No alcanzaba a dilucidar, sin embargo, quién era Clara Dubasença, ni si en su momento trató de averiguar más sobre ella. Agarró el libro y se lo colocó en el hueco entre el pantalón y la espalda, mientras volvió a poner en su sitio el resto de ejemplares. Cerró la caja y el armario de los objetos condenados. Se asomó a la sala de música, en la que ahora solo se oía el tintineo de las tazas y cucharillas de café que provenía del salón. Sus padres seguían allí sentados, pero la madre se incorporó en cuanto vio aparecer a Laia, como sorprendida de sí misma, como si a través de los ojos de Laia se hubiese visto a sí misma desde fuera en un contexto tan atípico que había sentido vergüenza, o cuando menos extrañeza, la de descubrirse extranjero dentro del propio

cuerpo. Ya he visto las cajas y ya he seleccionado lo que me voy a llevar, dijo Laia. La madre se levantó por completo a modo de respuesta, y la hija simplemente sacó el libro del hueco de sus pantalones y lo blandió como un arma.

Al día siguiente, en el tren, camino de vuelta a Barcelona, volvió a hojear el tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasença. Luego lo ojeó, hoja a hoja, y se divirtió más tarde leyendo en distintas direcciones. El trayecto le dio para releerlo dos veces. La primera relectura fue lineal, la segunda saltaba de un lado a otro, y no solo de una página a otra, sino también de un verso a otro dentro de una misma página, y con pasmo se encontraba llegando al verso exacto, como si en cada uno de esos rodeos llegase a la palabra precisa, una palabra seleccionada con minucia al azar. Había que desviarse para llegar al lugar exacto, pensaba Laia, y seguía leyendo, caía en picado desde lo alto de la página hasta el rabo de una «d» o hasta la curva de una «j», que se le antojaban asideros, y allí se paraba un rato y seguía torciendo a izquierda y derecha indistintamente para regresar siempre a esa palabra que, por ser precisa, no necesitaba de ninguna indicación. Uno llegaba a ella perdiéndose. En eso consistió el viaje hasta que esos desvíos por entre las páginas pararon junto con el tren, y así tuvo que cerrar el libro y llevárselo a cuestas hasta casa, porque tanto vaivén, tanto subir y bajar dejan a uno exhausto, y de súbito el libro pesa más que su lector.

Al abrir la puerta de su piso en el Raval y saludar le sorprendió no obtener respuesta alguna. Su compañera de piso no estaba. Aun así, ella volvió a soltar un «hola» bien alto, pues, en el fondo, se trataba más bien de un ritual de inauguración del hogar, algo destinado a la propia casa y no a quien quiera que fuese que estuviese dentro de ella en ese momento. Se dirigió rápido a su habitación, dejó sobre la cama la mochila y el libro fino que tanto pesaba. Sentada en la silla, frente a su escritorio, sin quererlo, había dispuesto el cuerpo como si estuviese a punto de hacer algo, de escribir, o dibujar, por ejemplo. Sin embargo, allí estaba, la mirada perdida, la espalda muy recta y en su cabeza un torrente de ideas y sensaciones desordenadas. Se acordó de nuevo de Amalia Ros, la profesora de Lengua y Literatura, culpable de que el libro fino pero pesado llegase a sus manos. ¿Qué estaría haciendo ella ahora? Cuando le dio clase debía de tener cuarenta y tantos, tiene que seguir trabajando, pensaba Laia. Era lunes por la mañana, ¿estaría en el instituto en ese momento? Si se hubiese quedado en Vilanova podría haber ido por sí misma a comprobarlo, pero ahora, en un piso viejo de una calle estrecha del Raval solo puede lamentarse por no estar donde debería estar. A menudo le invadía una cierta melancolía que no tenía que ver tanto con el tiempo, sino con los espacios. No añoraba un momento pasado, sino un lugar concreto en el que no se encontraba entonces, y la certeza de haber perdido algo la aplastaba, a veces con suavidad, otras a golpe de martillo. Podía compadecerse de ella misma y morir de melancolía o podía marcar el número de su antiguo instituto en Vilanova y preguntar por Amalia Ros. Eligió salir del letargo. Cuando respondieron a su llamada, Laia reconoció la voz del conserje y se extrañó de que aún pudiese recordarle. Él, en cambio, no reconoció la suya, pero sí que acabó acordándose de Laia. Amalia Ros ya no trabaja aquí, es una pena, se la echa mucho de menos, dijo el conserje, hace ya unos años que se trasladó a un instituto de Barcelona. Espera, voy a ver cómo se llamaba, añade él. Entonces Laia, con un regusto de ironía en la punta del paladar, pensó de nuevo en los rodeos, en cómo al final, a pesar de todo, los espacios acababan ablandándose, se volvían cada vez más maleables. Pensó en eso, en el poder de la curva y en que tenía que desviarse, siempre elegir el desvío como el camino más corto. Así es como había acabado dando

con su antigua profesora. No lo pensó dos veces y se plantó esa misma mañana en la dirección que le había proporcionado el conserje.

Los meandros y oscilaciones la condujeron hasta un establecimiento muy grande por el barrio del Carmel. Allí se perdió de nuevo y al cruzar el umbral de la puerta principal, abierta y sin ningún tipo de vigilancia, siguió deambulando. Podría haber preguntado en conserjería por Amalia Ros, o simplemente por la sala de profesores, pero impelida por una fuerza ajena, poseída quizá por los movimientos zigzagueantes de la relectura del tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasenca, seguía avanzando, dejándose llevar a veces por los ríos de alumnos que iban a desembocar en un aula y a veces por algo tan instintivo como unas escaleras que invitaban a subir, o en su defecto a bajar. Estaba convencida de que en algún momento chocaría con Amalia Ros, se cruzarían de frente y no habría confusión alguna. Aunque llevaba un buen rato errando por los pasillos, no perdía la esperanza. No obstante, Amalia y ella no se chocarían porque Laia la vio antes de que algo así pudiese suceder. La atisbo a lo lejos, peleándose con un póster y un paquete de chinchetas en un tablero de corcho en mitad del pasillo. Al aproximarse descubrió a Amalia ensimismada, tratando de colgar un cartel que anunciaba el club de lectura del instituto. Laia se acercó aún más y le ofreció su ayuda. Amalia la aceptó, agradeciendo el gesto casi sin mirarla. Tan solo cuando el cartel estuvo bien colgado esa mujer de baja estatura y algo torpe se giró y abrió la boca en una expresión de incredulidad. Agarró con ambas manos a Laia por los hombros y los apretó fuerte. Entonces, después de tantos años sin oír su voz, Laia la escuchó hablar.

AMALIA ROS

QUÉ ALEGRÍA ME DAS, HIJA. ¿PERO QUÉ HACES AQUÍ?

Ya, claro, tienes toda la razón, yo también te debo una explicación, ¿no? Yo tampoco debería estar aquí, o al menos no es eso lo esperable, pero a cierta edad uno ya se espera cualquier cosa, así que, en el fondo, hacer lo que no se espera de uno es lo más previsible. Yo también pensaba que me quedaría hasta la jubilación en el mismo instituto, pero, ya ves, al final acabé donde empecé. Yo nací en el Carmel, sabes. No fui a este instituto de pequeña, pero por entonces ya existía y pasé por aquí muchas veces. Aunque ya lleve aquí tres años, todavía no he terminado de acostumbrarme a pasar por las calles de mi niñez, ligeramente distintas ahora. Muchas veces me sorprendo acordándome de algo mientras camino por una calle en la que años atrás tuve un pensamiento similar al que tengo en ese momento. Te estoy hablando como si tuviera setenta u ochenta años y tengo la mitad. Bueno, un poco más de la mitad. A mí me gusta hablar de mitades, la mitad como unidad de medida. Puede parecer un tanto complicado, porque la mitad se constituye en función a un todo, y si todo lo divides en mitades, la mitad acaba volviéndose todo en algún momento. Mira, por ejemplo, mi departamento está en la mitad del pasillo. De este no, sino del de la primera planta. Ven, vamos bajando. El problema es que el pasillo del que te hablo es ya la mitad de otro pasillo más grande, dividido por una puerta que separa las dos alas del edificio. Si todo puede ser mitad, ¿qué todo encierra a las mitades que lo contienen? Bueno, no me haga mucho caso. Llevo aquí desde las ocho de la mañana y la cabeza parece desprenderse del cuerpo cuando llegas a la última clase.

Pasa, pasa. No suele haber nadie en este despacho, aunque lo comparta con los otros cinco compañeros del departamento. Siéntate. ¿Qué te parece? No está mal para romper con la seriedad y la iluminación exagerada del instituto de Vilanova. Este puede pecar de viejo, de descuidado, pero es que el otro estaba demasiado nuevo, ¿no crees? Era muy impersonal, y recalco ese adjetivo, impersonal, porque todo lo que está demasiado limpio y ordenado denota cierta falta de humanidad, revela la ausencia del ser humano, o, si prefieres darle la vuelta, manifiesta la presencia de un ser muy frío, desapacible. A mí me gusta lo desgastado, lo sucio. Veo cada mancha, cada libro mal colocado, como las huellas de alguien, los vestigios de un signo de vida, y eso apacigua bastante los momentos de soledad. Yo conservo recuerdos muy bonitos de cuando trabajaba en Vilanova, pero había días en que la estructura del edificio, las aulas tan blancas, las mesas de madera tan nuevas y tan iguales, las pizarras magnéticas de un blanco cegador, todos esos detalles se amontonaban y me asfixiaban. De todas formas, no creas que me fui de allí por

esas tonterías. Echaba de menos Barcelona. Además, mi madre empeoró hace unos años. Quería estar más cerca de ella. Ahora ya está mejor, fue un susto, pero entonces me di cuenta de que la distancia da hambre, porque pasas demasiado tiempo calculando cuánto falta para llegar hasta esa persona que estimas y que te necesita, y cuando no es eso, pasas simplemente demasiado tiempo en tren y en metro, y el resto del día, además de al trabajo, lo tienes que dedicar a estar cerca de esa persona y todas tus energías se dirigen sin remedio a eso. Te olvidas de comer y para cuando te percatas de que tienes hambre ya estás demacrada. Ay, Laia, Laia, no has venido hasta aquí para escuchar lamentos, pero es que cuando no me interrumpen yo sigo hablando. No te estoy reprochando que seas callada, que lo eres, o quizá discreta sea un término más preciso, sino que toda esta verborrea o logorrea o qué sé yo, proviene más bien de eso que han dado en llamar «deformación profesional». Yo no dejo de hablar porque sé que mis alumnos no van a preguntarme nada, o quizá porque temo que me pregunten algo impertinente que provoque la mofa o la desconcentración del resto de la clase. Pero tú ya no eres mi alumna, y cuando lo eras podría haber dicho de ti cualquier cosa menos haberte descrito como impertinente. Y para colmo ya ni siquiera estamos en el mismo instituto porque, como te decía, me incomodaba permanecer tanto tiempo en un lugar tan limpio. Tengo cierta fobia a la pulcritud, ya ves. Lo mismo me pasa con los libros. No imaginas la rabia que me producen los libros sin ningún subrayado, sin ninguna nota o mancha de café, o de vino, mejor aún. Me refiero a los libros de dueños lectores. No hablo de los que se venden en librerías recién salidos de imprenta, eso ya sería excesivo, ¿no crees? Esperar que el editor ensuciara a su antojo cada uno de los ejemplares de la tirada que él mismo ha mandado imprimir. Bueno, para eso tienes las librerías de viejo. En cualquier caso, lo que quiero decir es que...

¡Sí, eso mismo! Un libro que tenga una dedicatoria como esta. Qué bonito, pequeñito, finito, *ito, ito, ito*. Mira, ya me cansa el discurso de los ismos, cuando no hago más que decir «Romanticismo», o «Vanguardismo», o «Dadaísmo». Hay que usar más el diminutivo, que se convierta en una nueva escuela. Me encantaría enseñar eso: lo pequeñito, lo finito. Pero solo un poquito, como no podía ser de otra manera. Ay, es que además, esta dedicatoria es fantástica: «Ramón, ojalá te guste. En caso contrario, búscale otra utilidad, emplea las hojas para prender una hoguera, por ejemplo, y quema después de leer. Con cariño, Clara». ¿Clara? ¿Quién es Clara? *Obras completas de Clara Dubasenca, (Tomo III)*. ¿Ramón? Ah, claro, Ramón, Ramón Egea, sí, fuimos vecinos, aquí mismo, además, en este barrio. Vivía en la puerta derecha del tercer piso, mis padres en la izquierda. Ramón y Teresa formaban un matrimonio entrañable. Ramón era un hombre inteligentísimo, trabaja de conserje en un instituto, era un lector voraz. Teresa era una mujer muy sencilla, cariñosa y buena. Cuando Ramón murió cedió toda su biblioteca a mi madre para que me la entregase. Ella creía que yo la sabría apreciar, y a ella le traía demasiados recuerdos. Solo quería desprenderse de esos libros y, a ser posible, con la conciencia tranquila de que caerían en buenas manos. Espero no haberle faltado al respeto habiéndoselos regalado a mis alumnos. A medida que tu biblioteca crece cada vez se vuelve más difícil clasificar los libros, y cuando de repente llega una remesa tan dispar, puedes volverte loco. Pero ya veo que, por lo menos, contigo acerté. Yo ya casi me había olvidado del día que llevé esa biblioteca ajena a clase. Cada uno tenía derecho a llevarse el libro que le apeteciera. A mí no me había dado tiempo a revisar toda la colección. De hecho, ni siquiera sabía que ese título estaba incluido ahí. Es más, ni siquiera sabía que ese libro existía. Me ha venido de golpe la biblioteca de Ramón al ver sus

iniciales en el reverso de la portada, ahí, en el margen izquierdo. Todos los libros estaban marcados así, de eso sí me acuerdo. ¿Y por qué me preguntas todo esto ahora? Ya, qué tontería, a mí también me pasa. Además, este libro es tan misterioso, tanto que me temo que no puedo decirte mucho más, salvo que perteneció a este hombre al que apenas conocí, pero al que recuerdo con mucho afecto. Déjame ver. Uy, qué raro, ni idea. En mi vida había visto nada de esta editorial.

Que no, mujer, pero si me ha hecho mucha ilusión verte. Vamos a tomarnos un café por lo menos. Sí, ¿y tú cómo estás? Ah, qué bien, yo tengo una sobrina que también estudió ese máster, quedó muy contenta. Ya, pero en eso no hay que pensar ahora, no dejes para hoy las preocupaciones que puedas tener mañana. Venga, vamos.

TODO SE REPITE

ESTUVO A PUNTO DE DEJAR EL LIBRO EN EL MUEBLE VIEJO de aquella cafetería-librería en la que trabajaba. Estuvo a punto de colocarlo en un huequecito de uno de los estantes destinados a que los clientes dejaran o se llevaran lo que les apeteciera. Sin embargo, ese tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasença se cayó de súbito al suelo en cuanto el lomo rozó la madera de la estantería, un gesto comparable al grito de un niño que quiere llamar la atención, y que logró, de hecho, cambiar el rumbo de las cavilaciones de Laia, que se centraron entonces en sopesar la insistencia con la que algunos objetos o personas no dejan de aparecer. La presencia reiterada de algo puede resultar ridícula o cuando menos inquietante, pero a menudo esa repetición nos lleva a abrazar aquello que no deja de estar. Recogió el libro, que se había desplomado bocabajo abierto de par en par, y se lo acercó a la cara a una distancia prudente para leer las páginas que se habían estrellado contra el suelo. Lo que leyó terminó de perturbarla:

*todo se repite
todo se repite
se repite
se repite
repite
pite
te*

*te lo digo como un eco
perentorio, inquebrantable
pues aunque el eco
disminuya poco a
poco*

*se empequeñezca
insignificante
insignificante
ante
ante*

*ante todos y
ante mí
sigue repitiéndose
sigue repitiéndose
y la repetición
no pierde lozanía*

*al eco uno se acostumbra
igual que el agua
al vaso
igual que el huevo
a la sartén
es cómodo encerrarse
en una caja de resonancia
reproducir el sonido dictado
reproducir el sonido dictado
esperar las notas
reproducirlas
esperarlas esperar hasta la última repetición
la que te salve
la que te libere
del tedio continuo
pertinaz
insistente
redundante*

*nada puede emanciparte
de la repetición
salvo otra repetición
salvo otra repetición
no tan dolorosa
(al menos al principio)
hasta que al final
te precipites
de nuevo
a otro eco
eco
eco*

De fondo, tras la barra, sonaba *Embraceable You*, una versión interpretada por Miles Davis, que fue precisamente la misma canción que se oía desde el salón de casa de sus padres cuando Laia fue a rebuscar en las cajas y releyó algunos poemas, entre ellos, precisamente ese, *Todo se repite*.

Volvió a leerlo otra vez todo seguido, deteniéndose en alguna palabra si lo consideraba necesario, y tras acabar, sus ojos subieron de nuevo hasta los primeros versos. Se disponía a lanzarse a una tercera lectura cuando una voz cortante le golpeó en la nuca. Laia, un té rojo para la chica de la esquina, le dijo su compañera. Cerró el libro y se deslizó hasta el interior de la barra, dejó el libro sobre una de las cámaras y preparó el enésimo té rojo de su jornada laboral. Esa tarde apenas hizo nada más que servir té, como mucho conseguía variar la bandeja con un trocito de tarta. Ningún cliente le ofreció conversación y nadie intercambió ni compró ningún libro. En días así, cuando los escasos clientes se sumergían en una taza de té y ella en un hastío profundo, se preguntaba si ese trabajo con el que compaginaba sus estudios y pretendía ganarse la vida sería igual de alentador que los que le esperarían más adelante, si nunca, a pesar de todo, uno llegaba a escapar de la repetición y el tedio que arrastra. Esa vez le tocaba a ella cerrar el local, salir la última, asegurarse de que todo quedaba en orden, con una disposición idéntica al día anterior. Su compañera se marchó tres horas antes que ella. A las diez y cuarto Laia apagó las luces, se quedó sola y pensativa, en mitad del local vacío y en penumbra. Sabía que no quería olvidarse del libro y tampoco podía, porque su imagen, las tapas amarillas, la delgadez del lomo, le acechó durante toda la tarde. Cuando fue a guardárselo en el bolso descubrió manchas de té en uno de los bordes. No estaba segura de si habían sido culpa suya o de su compañera, pero no era la primera vez que le pasaba. La mayoría de sus libros acababan marcados de té o café en alguna página. Recordó entonces las palabras de Amalia, la suciedad como huellas humanas, o incluso la mancha o la herida como una muestra de afecto. Parecía que ese libro se esforzara él solo en desgastarse, en envejecer para que un posible lector se parase en sus arrugas, se imaginase sus vidas pasadas. Laia sintió que había estado imponiendo una resistencia inútil e injustificada. Si había sido capaz de acudir hasta su antigua profesora, debía seguir el rumbo que la búsqueda le ofrecía de forma gratuita. Debía contactar con la viuda de Ramón, y quién sabe si ella no le conduciría hasta alguien más, o si los caminos ya habían empezado a abrirse en direcciones inexploradas. Si el libro estaba dedicado a su difunto marido es muy probable que tanto él como ella hubiesen conocido a Clara en persona, quizá hasta tenían una relación estrecha, o al menos eso podría dejar entreverse por el tono amistoso y desenfadado de la dedicatoria. A lo mejor la viuda podría ofrecer alguna pista sobre el paradero de Clara, o sobre los otros dos tomos de sus obras completas. Le resultaba muy extraño que no hubiese ninguna información sobre ella ni sobre posibles libros suyos en internet. La estela invisible de Clara se antojaba larga, sinuosa y sobre todo sugestiva, ya que si bien las obras completas permanecían ahora, o quizá siempre, incompletas, no cabía duda de que lo que Laia conocía solo era una ínfima parte de lo que podría llegar a conocer; y de lo que le faltaba por saber prefería no descubrirlo todo. Frente a la claridad, la penumbra; frente a la nitidez, el desenfoque; frente a la pureza, el polvo. Esas eran las máximas de Laia, a pesar de que en cierto modo lo ignorase.

En realidad, Laia necesitaba encontrar un tema de investigación para su trabajo final de máster, y aunque no terminaba de asimilarlo, Clara Dubasença se le presentaba en bandeja de plata. Abrió otra vez el libro, una página al azar que volvió a ser la que llevaba por título *Todo se repite*. Sería por el desgaste, pensó Laia, al fin y al cabo, el libro se había abierto demasiadas veces por esa página y se había acabado convirtiendo en una zona más sensible que las demás. ¿Cuándo dejaría de leer ese poema?, se preguntaba Laia. ¿Cuándo llegaría la última vez? No pudo impedir que en su cabeza sonase de nuevo *Embraceable You*, aunque, mal que le pesara, afuera

todo fuese silencio y limpieza.

TERESA RÍOS

PERO QUÉ SORPRESA, AMALIA. CUÁNTO TIEMPO. No te preocupes, mujer. Pasad, ¿queréis algo de beber? ¿Cómo dices? ¿Maia? Ah, Laia, perdona, bonita, es que estoy un poco sorda. A veces es una bendición, no te creas. Aprecio mucho estos pequeños regalos de la vejez. Si todo siguiese igual, menudo calvario. A mí me viene muy bien este oído ya cascado cuando en la peluquería empiezan a cotillear porque el marido de no sé qué presentadora de televisión le ha puesto los cuernos con no sé qué modelo de veinte años, por ejemplo. No voy a negar que pueda resultar un incordio en ciertas ocasiones, pero también me proporciona mis dosis de diversión cuando me preguntan por la calle Mallorca y yo creo que quieren saber si he leído a Lorca. Y en lugar de decirles que tienen que girar por Roger de Flor y seguir recto, yo les contesto que no, pero que he visto muchas veces representada *La casa de Bernarda Alba*.

Pero no quiero aburriros con mis tonterías. Esperad, voy a hervir el agua. Sí, sí, te escucho desde aquí, si hablas alto. Tampoco hace falta que grites a viva voz. Ah, ¿entonces tú, Laia, fuiste alumna en Vilanova? ¿De verdad? Qué bien. A mí no es que no me guste leer, pero nunca tuve tiempo. Con todas las tareas que hay que llevar al día en una casa, cuando acaba la jornada estoy ya demasiado cansada para leer. Si he llevado algún libro entre manos me he quedado dormida leyendo, así que una novela podía durarme meses. Mi marido, que en paz descansa, sí leía mucho, y yo no sé cómo lo hacía tan rápido. Yo de otra cosa no podré presumir, pero tengo muy buen ojo. Quiero decir, que me fijo mucho en detalles que para mí son fundamentales y luego me doy cuenta de que para la mayoría pasan desapercibidos. A mí me gusta observar, sobre todo observar a la gente cuando está ensimismada o atareada. He visto a mucha gente leyendo y lo más interesante no es la postura en la que leen ni si están quietos o se mueven mucho, no. Lo más curioso es mirarles a los ojos semientornados frente al papel. Así es como resolví el misterio^[1] de mi marido porque solo así es como se mide la velocidad de la lectura. Las pupilas de Ramón iban muy rápido de un extremo a otro, tenía un grado de concentración absoluta, no levantaba la vista, y la vista siempre seguía el mismo ritmo sin desfallecer. Luego estuve estudiando a otros lectores, nunca encontré a ninguno que pudiese adelantar a Ramón. Muchos, como yo, abandonaban el folio en algún momento, miraban a otro lado, se perdían en sus pensamientos, lo normal, vaya. Si me hubiese podido mirar a mí misma desde fuera habría comprobado que mis pupilas apenas se mueven, o que de repente me paro porque algo me recuerda a una escena ya vivida, o en el peor de los casos habría visto como se me cerraban los ojos de sueño. Qué vergüenza. Cuando murió Ramón te di casi todos sus libros, ¿te acuerdas?

¿Cómo? A ver. ¡Clara! A ver, no sé si tuvimos a alguna Clara. Ah, ya, ya me acuerdo. Era una chica tan agradable, al final ya no andaba mucho por casa y el último año apenas la veíamos, pero siempre se mostró muy atenta y cuidadosa. Sí, nosotros alquilábamos a estudiantes las dos habitaciones libres que tenemos, una era la de mi hijo Paco, que se independizó muy pronto y se fue a vivir a Francia con una novia francesa. La otra era la habitación de invitados. Clara estaba en la de mi Paco, dos años solo. Entró al mismo tiempo que Silvia. ¿Se llamaba Silvia? Ay, no, Sonia. Sonia, otra chica, un poco seria, pero muy buena. Ella hacía Derecho y Clara Literatura o Filosofía, algo así. Por eso se llevaba tan bien con mi marido. Hablaban mucho de libros. Hace ya mucho tiempo que dejé de alquilar las habitaciones, incluso antes de que mi Ramón, que el Señor lo tenga en su gloria, muriese. No sé, yo ya no tengo el cuerpo para trotes. Además, los jóvenes ya no son como antes, ahora parecen más jóvenes, pero unos jóvenes que presumen de madurez, unos jóvenes que ansían la edad adulta siendo menos adultos que los jóvenes de antes. Los jóvenes de antes, por lo menos, asumían su juventud, y se comportaban con más decoro por ello. Eran más prudentes. En fin, ya sé que todo esto son generalizaciones, pero yo no creo en eso de que no hay que generalizar. ¡Pues vaya, hombre! Así nos va. Ahora todo el mundo pretende ser experto en algo tan específico que acaban sin saber nada de todo lo demás. El otro día, sin ir más lejos, llamé al fontanero y cuando llegó con las mismas se fue porque él no trabajaba con esa parte de la tubería, que para eso me daba el número de un colega que sí era especialista en esa parte concreta.

Ay, sí, hija, perdóname. Déjame que le eche un vistazo al libro. Yo no lo he leído, sabes. Sé que a mi Ramón le gustó mucho y le hizo mucha ilusión que se lo firmara, como si fuera famosa; aunque yo no creo que fuera famosa, ni tampoco que lo sea ahora. Vaya, me extrañaría mucho. No porque esté dudando de su talento. ¡Dios me libre! Es que para mí Clara es la persona menos famosa que he conocido. Yo no me codeo con celebridades, nada de eso. La farándula no me va, pero lo que quiero decir es que sí que tengo amigos, sí que he conocido gente que, de haberse presentado la ocasión, habrían sido famosos con gusto. Clara no, no lo creo. Y te lo digo yo, hija, que tengo buen ojo. Yo creo que Clara también tenía buen ojo, mira tú por dónde. Por eso no le convenía convertirse en alguien importante. La importancia, la importancia, lo importante en esta vida es lo banal. Fíjate lo que te digo, cuando la importancia termina superándote a ti mismo, y ese es uno de los peores males con los que puedes tropezar, todo acaba volviéndose vacío, insustancial. Así son las cosas, y no al revés. Hay que acordar importancia a lo pequeño antes de que la grandeza acabe reduciéndote a ti.

Ay, me sabe muy mal no poder darte más información. Yo de sus libros no sé nada, ni de los que escribía ni de los que leía. Cuando dejó la habitación aquí, que fue poco después de regalarle sus poemas a Ramón, ya no volvimos a saber nada de ella. Por lo menos conmigo no contactó, y si Ramón la hubiese visto, me lo habría dicho. A lo mejor Sonia, la otra chica, podría saber algo más. Voy a intentar buscar sus datos, de ella sí los conservo. Es lo mínimo que puedo hacer. De todas formas, creo que ella y Clara no eran muy amigas. Tampoco enemigas, pero tenían estilos muy distintos, ya me entiendes. Sabes, me da rabia no haber seguido en contacto. Con la mayoría de los estudiantes que pasaron por aquí sí que procuré estar al día. Bueno, yo no procuré nada, fueron ellos los que se preocuparon. Clara no se preocupó. Era una despreocupada, eso sí. No la culpo. Le tengo cariño, mucho. Ya no me acordaba^[2].

SONIA AGUIRIANO

DIGA. SÍ, SOY YO. SÍ, TERESA Y RAMÓN. ME ACUERDO DE ELLA. Cuando se fue, en su lugar entró otra compañera de la carrera. No sé si voy a serle útil. Mi relación con Clara apenas trascendió la convivencia en esa casa. Nos llevábamos bien. Ella era muy detallista, a veces me traía galletas o chocolates para desayunar; pero en el fondo éramos muy diferentes, aunque compartiésemos esa afición por los dulces. Yo estaba mucho por casa, tenía mucho que estudiar. Para mí fueron unos años un tanto duros. Ella casi siempre estaba fuera. De hecho, no me extraña que dejase la casa, porque apenas dormía allí ni siquiera, sobre todo al final. Yo creo que se fue a vivir con algún novio suyo, aunque ya le digo que no sé mucho de su vida personal. Amantes nunca traía a casa, en teoría no estaba permitido traer a nadie. No existía ninguna cláusula escrita, pero es de sentido común. Teresa y Ramón nunca se mostraron demasiado estrictos de todas formas. Yo sí que llevé a alguna amiga para estudiar juntas o tomar café, pero de Clara no recuerdo a nadie. Bueno, sí, creo que una vez vino con una chica, pero solo estuvieron cinco minutos. Le enseñó su habitación y se fueron. No había nadie más en casa, yo estaba en la cocina, preparándome un café. Debían de ser las cinco o las seis de la tarde. Sí, les ofrecí uno, pero Clara dijo que solo estaban de paso. Ya me acuerdo. Pensé que habría venido a recoger algo, que se habría olvidado la cartera, un cuaderno, algo así, pero solo entraron en la habitación, luego echaron un vistazo al salón y se marcharon. Clara se dejó el bolso. Cuando lo vi pensé que en lugar de haber venido a recuperar algo olvidado había venido para olvidarse de algo. A los diez minutos tocaron a la puerta. Era ella, no tenía llave porque, en efecto, la guardaba en el bolso sobre la mesa. La otra chica subía con ella y mientras Clara inspeccionaba el bolso, comprobando que no faltara nada, la otra corrió sin decir palabra alguna a la habitación, como si fuese suya. Enseguida se marcharon de nuevo. No sé.

Es verdad. La tarde en que se lo regaló yo estaba por allí, en casa. No sabía que había escrito un libro, creo que Ramón tampoco, aunque no lo noté muy sorprendido. Entre ellos había mucha complicidad. Yo no llegué a leerlo. De todas formas, era poesía, ¿no? A mí no me gusta la poesía. No me gusta, o más bien no la entiendo y prefiero leer novelas donde suceden cosas más tangibles, por decirlo de alguna forma.

Mire, de verdad que no sé si yo voy a ayudarle. ¿Para qué decía que estaba investigando a Clara? Cuando se fue del piso me la encontré una noche, de casualidad, por el Raval. Salía de un bar al

que solo entré una vez y no volví. No me sentí cómoda. La gente era un tanto extravagante ahí, como si se esforzaran por serlo, además. La saludé, por cortesía. Le pregunté cómo estaba y me contestó que había dejado la carrera. En ese momento pensé que quizá había pensado ganarse la vida escribiendo, pero no le pregunté a qué se dedicaba. Unos días más tarde, y me acuerdo porque me llamó la atención que hubiese pasado tan poco tiempo desde que me crucé con Clara, me encontré con Diana, que era una amiga suya de la facultad. Es verdad, se me había olvidado. Ella sí que estuvo por casa varias veces, y también otro chico. Solían ir mucho los tres juntos. Diana luego se hizo muy amiga de otra amiga mía, así que a ella acabé conociéndola más que a Clara. Lo que pasa es que para entonces Diana y Clara ya estaban enemistadas. Bueno, no sé si enemistadas, pero perdieron el contacto. Diana no me contó mucho de eso, pero tengo entendido que tuvieron una discusión muy tensa en la calle y dejaron de hablarse. Tengo su teléfono por si le interesara hablar. Se lo puedo buscar, o si prefiere venga a mi despacho cualquier día de esta semana y hablamos más tranquilamente. A partir de las siete y media cualquier día entre semana me viene bien, pero mejor avísame por si acaso. ¿Tiene la dirección? Ah, Teresa le dio mi tarjeta. Pues eso, el bufete está en ese mismo edificio, frente a la pastelería. Exacto. Bueno, de todas maneras, yo busco el número de Diana y en cuanto lo encuentre le llamo. Muy bien, quedamos así^[3].

VIENE A SER LO MISMO

ENTONCES, ¿TE GUSTA MÁS GIRONA QUE BARCELONA?, le pregunta Laia a Elisa mientras le abre la puerta con un gesto entre cómico y natural, invitándola a pasar primero. Elisa, que vive en Girona desde solo hace unos meses, los mismos que dejó de ser la compañera de piso de Laia, le responde que sí, que ya estaba cansada de tantos turistas y de tanto ajetreo. Mientras dice todo esto y le cuenta algún detalle de su nueva vida en Girona, del nuevo trabajo dentro del control de calidad de una importante empresa de productos alimenticios, de la vecina de enfrente que se ha convertido en una muy buena amiga y de tantas otras novedades de las que Laia no estaba al corriente, porque no es ese tipo de persona que hable con frecuencia con las amistades que mantiene a distancia, porque no es ese tipo de persona con la que se pueda establecer una conversación por chat o por teléfono todos los días; mientras le cuenta todo esto, Elisa se ha sentado ya en el sofá, ha dejado caer su cuerpo como si le pesase, como si sus brazos fueran una carga para sus hombros, sus hombros una carga para su cuello, su cuello una carga para su cráneo y su cráneo, en definitiva, una carga para su mente, que, aunque estuviese elucubrando, produciendo un discurso, se encontraba ya muy fatigada y adormecida. De vez en cuando vuelvo a M., dice Elisa, y a Laia le sorprende la frecuencia con que ella acude a casa de sus padres, a ese pueblo remoto en mitad de un campo seco y desolado del Levante. Siempre le hizo gracia el nombre del pueblo natal de Elisa, sobre todo desde que conoció a un hombre obsesionado con los diptongos, y como M. encierra un diptongo tan sonoro, nunca iba a olvidar ese lugar recóndito que casi nadie conocería, ni muchos menos visitaría. A Laia le sorprendía tanto el apego de Elisa hacia M. porque lo comparaba con el rechazo que ella sentía hacia Vilanova, que, en teoría, debía de tener mucho más encanto que M., aunque solo fuese por la playa y el paseo marítimo, y cuando contemplaba de lejos una y otra perspectiva se daba cuenta de lo mucho que le costaba pasar de vez en cuando por casa de sus padres, comer con ellos, y ya no hablemos de dormir en su antigua habitación, donde una foto del pasado, una camiseta demasiado hortera, o demasiado pequeña, una lectura bochornosa de la adolescencia, cualquiera de esos elementos de una época en la que no le gustaba reconocerse acechaba en algún cajón. De hecho, Elisa dice que desde que vive en Girona ha ido mucho más a M. que a Barcelona, aunque M. cueste más dinero y más tiempo. Es la primera vez que ha vuelto a Barcelona desde que ya no vive allí, en ese mismo piso en el que está ahora y que antes compartía con Laia, a quien conoció, precisamente, compartiendo ese piso, cocinando juntas en esa cocina. Laia bromea diciendo que si va más a M. que a Barcelona es porque sabe que su madre le cocinará postres y le llenará la maleta de *Tuppers* con comida casera, mientras

que Laia poco puede ofrecerle, salvo pasta, arroz con tomate y cuscús. Puede que tengas razón, responde Elisa, y sigue hablando de su nueva vida con la que tan a gusto se siente. A Laia no le abruma el monólogo, porque así no tiene que contar ella cómo le va con su antigua vida, que es en realidad la vida que lleva ahora, en el tiempo presente, aunque poco haya cambiado desde la última vez que vio a Elisa. Quizá esté a punto de cambiar, piensa Laia, mientras trata de escuchar todas las novedades de su amiga, mientras se esfuerza por no desconcentrarse, a pesar de que haya preguntas, pensamientos, que le acucien y por momentos la desvían del relato de Elisa. ¿Estás contenta con el máster?, le pregunta a Laia, y ella, que siente que acaba de empezar, o que, como mínimo no le ha dado tiempo a decidir si le gusta o no, ni siquiera a saber que está cursando un máster, porque el pensamiento más recurrente relacionado con el máster es Clara Dubasença y sus allegados o conocidos. Más que su poesía, lo que suscita verdadera curiosidad en Laia son las personas que la conocieron y que pueden describirla, y todo eso poco tiene que ver con un máster en Estudios Literarios, así que se limita a contestar que aún no ha podido forjarse una opinión sobre él porque es mejor que decir «aún no he decidido si me gusta», incluso si esa sentencia se acerca más a la sensación de Laia, un sentimiento repetitivo que puede experimentar con casi cualquier cosa, desde la comida hasta una película, pasando por un paisaje. A Laia le inspiran temor y admiración todos aquellos que, como su amiga y antigua compañera de piso Elisa, son capaces de pronunciarse con semejante facilidad. A Elisa le gusta Girona y su nueva vida allí, y aunque seguro que hay algún inconveniente, nada le impide mostrarse categórica y afirmar con claridad que prefiere estar allí que en Barcelona. Laia no podría decir eso, aun cuando se encontrase en una situación idéntica a la de su amiga. Quizá por eso, la visita fugaz de Elisa la recibe como un soplo de aire fresco, como una ráfaga que la despeina o desordena los papeles del escritorio.

Tras la respuesta de Laia, el salón se ha quedado en silencio, y Elisa ya nota menos el peso de su cuerpo. Se levanta y empieza a husmear en las estanterías, en la mesita al lado del sillón. Encuentra unos papelititos con garabatos, nombres y números. Empieza a leer: Amalia Ros, seis siete cero. Entonces Laia, que en ese momento, recostada en el sofá, le daba la espalda a Elisa, se incorpora sobresaltada, y le arranca los papeles. Elisa no entiende la reacción ni el recelo, así que pregunta de forma cada vez más insistente y Laia se parece cada vez más a una niña enrabiada que de tanto fruncir el ceño ha olvidado el motivo de su berrinche. Se da cuenta de que, en realidad, no es algo que deba ocultarse, y mucho menos a una amiga, pero después de esa escena tan teatral le produce vergüenza o le golpea el orgullo no mantener su papel. Aun así, acaba soltando con cierta desgana, como intentando que no se note que se trata de unos papeles importantes, que no son más que nombres y números de teléfonos. Entonces Elisa se ríe de forma escandalosa y contesta que de eso ya se había dado cuenta. Son para un trabajo del máster, añade Laia. Elisa, que ya ha contado todo lo que tenía que contar, que no necesita extender más su monólogo, se interesa por esos números y ese trabajo, y Laia, que nunca suelta prenda, esta vez confiesa muy decidida que no sabe muy bien lo que está haciendo pero que cree que le gusta mucho. No logra decir que le gusta mucho a secas, pero viene a ser lo mismo.

DIANA SALGADO

HE DE CONFESAR QUE TODO ESTO ME PILLA POR SORPRESA. En ningún momento iba yo a pensar que alguien vendría a preguntarme por Clara. Hace mucho que perdimos el contacto. A ver, ¿qué te interesa a ti saber? Estás investigando sobre su poesía, ¿eso es? A mí me enseñó un poema una vez el primer año de facultad. Ahí es cuando nos conocimos, sí. Me lo enseñó después de que Pablo nos entregase a ella y a mí su primer poemario inédito. Pablo, Clara y yo fuimos buenos amigos ese año, aunque a partir del segundo nos fuimos distanciando. Además, fue entonces cuando Clara dejó los estudios. A Pablo, por suerte, se le quitaron enseguida sus ínfulas de poeta. De hecho, el punto de inflexión arrancó tras la lectura de un poema de Clara. Él se dio cuenta de que Clara, sin proponérselo, ya había llegado hasta donde él hubiese querido llegar. Clara me confesó que no había podido acabarse el libro de Pablo, le aburría soberanamente, así que, a modo de respuesta, le escribió un poema. No se trataba de un poema dirigido a Pablo, sino una excusa para no tener que perder el tiempo en analizar su poemario. El poema en sí no era ni una carta, ni una crítica, y tampoco hablaba sobre Pablo ni su poética. Solo recuerdo que era bueno. Qué lástima no tenerlo aquí, creo que decía algo sobre el viento y sobre la sinceridad. Ah, ya. Es que a Pablo se le llenaba la boca con grandes conceptos como la verdad. Clara, y en eso estoy completamente de acuerdo, decía que la verdad no era más que una invención. La verdad es un pacto, y como todo pacto, depende de un contexto, de un filtro y de tantos otros factores que hacen imposible que tienda hacia lo universal. En contraposición a la verdad existe la sinceridad. Eso es inapelable, y Clara era sincera, muy sincera. Pablo cayó del burro con ese poema, que venía a decir más o menos lo que acabo de explicar, pero todo de forma bella y rítmica. Yo sí acabé el poemario de Pablo, y puedo asegurar que era pretencioso y pomposo. Sé que al principio Pablo no encajó bien la reacción de Clara. Él valoraba más su opinión que la mía y se esperaba cualquier respuesta menos aquella, porque no solo no resultó constructiva, sino que lo invalidó por completo. Clara no lo hizo con la intención de desmoralizarlo. El principal problema de Clara es que era capaz de cualquier cosa para evitar el aburrimiento. Si tenía que dar un giro de ciento ochenta grados para sortear una escena que pudiese causarle un mínimo de hastío lo hacía. Era problemático y también una virtud. En cualquier caso, mi relación con ella se deterioró mucho por ese carácter suyo tan veleidoso.

No sé si se deterioró igual con Pablo. Seguro que no fue por su reacción al poemario. Aunque al principio le molestó, le hirieron su orgullo, le quitaron el sombrero de poeta maldito, en el fondo todo eso no contribuyó sino a aumentar la admiración de Pablo hacia ella. Pablo estaba

enamorado de Clara. Eso se notaba, y Clara lo sabía. Era consciente de su poder y a veces lo ejercía con todo el derecho. Le gustaba mucho jugar. En parte a mí también me gustaba seguirle el juego, pero muchas veces me sacaba de quicio y veía en su comportamiento la actitud de una niña caprichosa, una consentida. Ese primer año de carrera Pablo y yo se lo consentimos todo. Yo me sorprendí a mí misma con esa predisposición, pero es que era muy fácil dejarse llevar con Clara. Con el tiempo me di cuenta de su lado manipulador. Donde yo creía que había antepuesto mis prioridades a las suyas aun siguiendo el rumbo de Clara, estaba en realidad someténdome a unos deseos egoístas por su parte. Con el tiempo, más tiempo aún, le quité hierro a todo eso, a pesar de que me haya costado verla sin maldad. También yo tengo maldad en mi mirada cuando hablo de ella en estos términos. Ya no le guardo rencor por cómo terminó de destruir la confianza que teníamos. Las personas vienen y van. Eso lo sabemos las dos. Quizá por eso me atraía hasta situaciones extremas, como si pusiese a prueba mi resistencia. La resistencia de nuestra amistad o de yo qué sé, era la provocación de los niños que con trastadas reclaman la atención de sus padres y tantean el límite. Quieren ver hasta qué punto pueden aguantar, hasta dónde pueden estirar su impertinencia. De Clara aprendí muchas cosas, la más divertida de todas: me enseñó a ser insoportable. Después de Clara yo también jugué a mostrarme imposible, aunque con ella nunca logré serlo. Siempre ganaba y a mí me hacía perder los estribos esa manera suya de triunfar. Me hacía sentir tan vulnerable, tan simple, tan fácilmente destructible. Hubo momentos en los que me dio miedo, como si pudiese morir en sus manos. No es que existiese algún tipo de violencia física, pero precisamente ahí estaba el peligro. Sentía que con su forma de no hacer nada iba a caer fulminada un día, que de repente, en medio de un silencio me iba a morir. Ay, ya estoy hablando demasiado. No quería parecer tan temperamental, pero son muchos años de cúmulo de recuerdos en silencio y ahora que la ocasión se presta a soltarlos no lo he podido evitar. Es superior a mí. Clara también era superior a mí, a mis fuerzas. Me desgastó, tanto aquí para allá, tanta cal y tanta arena.

A final del primer año empezó a frecuentar a unos tipos muy raros, que a mí me incomodaban un poco. No sé, en general me agobian los grupos grandes y me cuesta establecer confianza, así que cuando lo hago, como lo hice con Pablo y con Clara, prefiero disfrutar de su compañía individual. Los grupos de tres para mí es lo ideal, como éramos entonces, aunque también hacía muchas cosas con Clara a solas, más que con Pablo. De hecho, con Pablo casi nunca quedé a solas expresamente. Yo le tenía mucho aprecio a Pablo, pero puede que si no fuese por Clara nunca lo hubiese conocido, nunca hubiese intimado tanto con él. De hecho, cuando Clara y yo perdimos el contacto, también me fui distanciando de forma inconsciente de Pablo. Nosotros seguimos en la misma facultad, nos graduamos el mismo año incluso. Sé que le ha ido bien, todo lo que se puede saber desde la distancia.

Acabó haciendo el doctorado y ahora es profesor en la Pompeu. Yo no quise meterme con la tesis, y, bueno, ahora creo que me arrepiento de no haber hecho ese pequeño esfuerzo, pero no me quejo porque tal como están las cosas no estoy mal. Trabajo en un buen instituto, en comparación con el resto de centros, mis alumnos no dan demasiados problemas.

¿Por qué terminó? Pues por la misma razón por la que terminan todas las relaciones, malentendidos, desencuentros, desgaste. No es ningún secreto^[4]. Ya te he dicho, la gente viene y

va, y aunque hubo mucho malestar, mucho dolor sobre todo al final, lo que más recuerdo son los buenos momentos. ¿Que no lo parece? Oye, hubo buenos momentos. No sé, ¡qué preguntas me haces! Recuerdo que me gustaba mucho su olor, por ejemplo, aunque no recuerdo su olor, no sé cómo recordarlo. Solo sé que lo reconocería al instante. Ay, sí. Qué maravilla. No sé tampoco como describirlo. Me acuerdo, eso sí, de momentos en los que su olor me llegó de forma más intensa, en especial una vez en que yo iba caminando rápido por el pasillo de la facultad y, de repente, Clara vino corriendo por detrás y me empujó para asustarme. Me agarró por las costillas y dejó caer su peso hacia mí, y luego pegó un grito. Yo salté del susto, pero ya no sé si me asusté más por el grito o porque la ráfaga de perfume me pilló desprevenida, pero en esa ocasión era tan fuerte. Lo recuerdo, lo recuerdo^[5]. Fueron muy buenos tiempos a pesar de todo.

PABLO PINTOS

QUÉ CURIOSO QUE TE MANDE DIANA. ¿CÓMO LE VA? Mira que yo pensaba que estaba resentida conmigo, no sé por qué. Bueno, tengo alguna hipótesis, precisamente creía que podía ser por Clara. ¿Qué te ha contado ella? ¿Ah, sí? Lo sabía, es una rencorosa, pero no creo que sea por orgullo, sino por inseguridad, porque Diana no soporta que la vean como es en el fondo, vulnerable. Mira, te voy a contar la verdad^[6], Diana estaba enamorada de Clara, y no solo yo lo notaba. Clara se daba cuenta y a menudo recurría a mí porque no sabía cómo actuar. Tuvieron un momento muy tenso una noche, creo que fue el punto de inflexión a partir del cual todo empezó a decaer. Clara me contó que había acabado sola en un bar muy raro que le encantó. Me llevó a mí un día, pero no me sentí cómodo. A raíz de eso su círculo de amistades se abrió y empezó a vernos cada vez menos, en parte también porque dejó de asistir a clase de forma progresiva hasta que echó por tierra la carrera. Bien, pues esa noche en la que descubrió el bar había estado tomando copas con Diana, a solas. Unos días antes habíamos salido juntos nosotros tres, nos emborrachamos. Estuvimos de bar en bar por el barrio chino, ya no me acuerdo de cuántos. En uno de ellos yo me encontré con dos amigos. Estuvimos hablando todos al principio, se los presenté a ellas y se unieron a nuestra mesa, pero enseguida se formaron dos grupos y Clara y Diana se aislaron de nuestra conversación y salieron a bailar. No era un lugar al que la gente acudiese a bailar, pero sí que había algunos cuantos bailando, y conforme avanzaba la noche la pista de baile se llenaba cada vez más. Bien, pues en ese frenesí de borrachera y sacudidas de cabeza, al parecer Clara hizo cosas que a la mañana siguiente no recordaba en absoluto. Diana, sin embargo, no se olvidó de ellas y llevaban carcomiéndole las entrañas toda la semana, esperaba ansiosa una oportunidad para sacar el tema, así que en cuanto estuvieron a solas en un contexto distendido no dudó en mencionar lo que había pasado aquella noche. Clara me contó que Diana se resistía a decírselo, que más bien no dejaba de decir que tenía que decirle algo sobre esa juerga, con la esperanza de que fuese Clara quien sacase en realidad el tema. Clara, como es lógico, no podía sacar nada porque tan solo tenía imágenes muy breves y difusas de entonces en mitad de lagunas muy anchas y profundas. Por fin Diana se atrevió a hablar sin ambages, creyendo que Clara solo estaba haciéndose la tonta, jugando un poco, para hacerla rabiar. Resulta que en un momento dado, mientras bailaban, a veces juntas, a veces por separado, Clara se acercó a la oreja de Diana y le susurró: «En un rato te voy a besar». Diana no dijo palabra alguna, no reaccionó, solo se quedó a la espera, llena de deseo, imagino; pero no pasó nada durante el resto de la noche. Todo siguió como si esa amenaza nunca se hubiese pronunciado. Clara bailaba de un lado a otro y

Diana, aún más que de costumbre, bailarí a su son, merodeando, como el depredador que acecha a su presa. Solo que esta vez era la presa quien acechaba al supuesto depredador, se exhibía para ser devorada por él. Cuando Diana le contó eso a Clara, y me refiero simplemente a que sacase a colación esa frase, Clara se rio. Soltó una carcajada con sinceridad, así me lo contó ella, porque no imaginaba que hubiese podido actuar así, y no recuerda ni un solo detalle de esa situación. Aun así, tenía que ser verdad. Diana no hubiese aunado las fuerzas para hablar de eso si no hubiese ocurrido, porque le perturbaba, y la perturbación de guardarlo para sí misma era peor que la vergüenza de sacarlo a la luz e intentar aclarar sus deseos. Ya puedes imaginar cómo le sentó a Diana que Clara no se acordase. Si hasta ese momento, ella podría haber tenido dudas sobre los sentimientos de Diana, ahora se había delatado por completo. El mero hecho de mostrarse tan cohibida a la hora de describir esa escena ya era de por sí muy revelador. Como ya he dicho, lo que menos puede soportar Diana es desvelarse, quedarse inerte y más ante personas que le importasen tanto como Clara. Ante esa respuesta Diana debió de pasar por muchos estados en muy poco tiempo: decepción, vergüenza, impotencia y al final rabia. Supongo que llegó a pensar que Clara podría estar tomándole el pelo, que sí que se acordaba y formaba parte de su actitud provocadora. Diana se levantó con violencia de la silla y salió sin despedirse ni acabarse la cerveza del bar en el que estaban. Clara no se movió, no esperaba que le molestase tanto, no esperaba ese gesto tan infantil. De hecho, una de las cosas que más criticaba Diana de Clara era eso, que a menudo tenía comportamientos pueriles, de niña mimada, decía. Sin embargo, eso era inseparable de su encanto y parte de la atracción que Diana sentía hacia ella venía de ahí, de esos aires aniñados y caprichosos. Podía ser muy divertido e irritante a la vez. Cuando Clara se acabó la cerveza siguió la fiesta ella sola y ese fue, por decirlo de alguna forma, el principio del fin. Conoció a gente más afín a ella y poco a poco nos fue dejando de lado. Unos días más tarde me contó lo sucedido con Diana. Durante un tiempo la relación entre nosotros tres estaba muy tensa. Para colmo, yo me sentía en medio, sentía que debía mediar entre las dos, aunque desde fuera pudiese parecer que estaba más de parte de Clara; pero es que era muy difícil valorar la historia desde el otro lado si Diana nunca me proporcionó su visión. Le producía demasiado pudor.

En cualquier caso, yo sí que no guardo rencor a ninguna de las dos. Al irse Clara de la facultad, el grupo se rompió, apenas quedaba con Diana y todos partimos hacia amistades distintas. Yo empecé a frecuentar más el grupo de Cristián, que ahora es colega mío en la Pompeu, fíjate, profesor de Lingüística. Él también conoció a Clara, aunque no sé si mucho o poco. Sabes, durante un tiempo, pensé que ellos dos estaban liados, y tengo que decir que sentí un poco de celos, pero, en realidad, no sé nada a ciencia cierta y con Cristián nunca he hablado de Clara desde entonces. Es más, desde entonces no he hablado nunca de ella. Lo último que podía ocurrírseme es que más de veinte años después, una jovencita que ni siquiera había nacido cuando nosotros nos emborrachábamos a finales de los ochenta viniese a preguntarme por Clara Dubasenca. Bien, bien, quería decir que si nos alejamos no fue tampoco porque ella nos abandonase. Es más, intentó integrarnos en sus nuevos círculos. Diana, tan particular como es ella y tan recelosa y resentida, no puso ningún interés en empezar de nuevo. Y yo, aunque me hubiese gustado, aunque nunca dejé de apreciar a Clara, me sentía cada vez más fuera de lugar a su lado. Parecerá una tontería, pero yo siempre me sentí pequeñito ante ella. A ella siempre la vi capaz de todo. La sola decisión de dejar la universidad a mí me produjo admiración, aunque la sociedad tienda a juzgar eso como un gesto cobarde. A mí, en cambio, me parece de lo más valiente. No

necesitaba las clases, no necesitaba el título. Yo fui el cobarde que siguió el camino trazado. No tengo motivos para arrepentirme, porque, a quién vamos a engañar, es muy agradable la vida burguesa; pero admiro tanto a los que tienen el arrojo de Clara. Me regaló su poemario poco antes de que ya le perdiese la pista para siempre. En la dedicatoria solo aparecía su firma junto con una frase inquietante y aforística: Un camino sin desvíos solo conduce a la perdición.

CRISTIÁN BLANCO

LALINGÜÍSTICA ES UNA CIENCIA, Y COMO ME VENGAIS tú a rebatírmelo voy a hablar con quien tenga que hablar para que te quemen el título. Esta separación tan absurda entre ciencias y letras se va ensanchando con los años hasta que llegue un punto en que los matriculados en Filología van a recurrir al móvil para consultar la tabla del dos. Yo me encargo de la estilística. Mira tú por dónde, Dámaso Alonso hablaba de ciencia de la literatura. Yo hasta me atrevería a hablar de geometría, como si la sintaxis pudiese compararse a la relación entre las distintas caras de un poliedro, por expresarlo de alguna forma. Imagina una pirámide, donde el final de un triángulo es el principio de otro. Para mí la estilística tiene que ver con eso, con situarse en ese límite entre las diferentes caras del poliedro y analizar las conexiones que hacen que todos los triángulos vayan a convergir a un mismo vértice: el beso de la pirámide. ¿No te parece fascinante? La pirámide es el resultado de una apasionada red de relaciones que se desplazan a través de besos, cada arista es un beso y todas las caras acaban con el beso apoteósico que se celebra en la cúspide. ¿Por qué te cuento esto? Para que entiendas que, en el fondo, todo tiene un orden y aunque te sorprenda, porque es probable que pienses que lo que estoy diciendo ahora no tiene relación con nada y mucho menos con Pablo Pintos, ni con Diana Salgado, ni con Clara Dubasença, en el fondo, todo sucede como tiene que suceder. Si uno se pone a analizar, ya sea el lenguaje, los poliedros o a las personas y cree toparse con algo que no tiene ningún sentido habrá llegado a buen puerto. Cuando se acepta el sinsentido, todo cobra sentido. Y a pesar de que me mires con esa cara de perturbación vas a ver que todo está relacionado, que todo esto sigue una lógica. Pablo, Diana y Clara perfectamente podrían ser las tres caras de una pirámide, triangular para más inri. Así es como los ordené yo desde fuera, ellos estaban demasiado dentro para verse así, pero créeme que no podían tener otra forma. Lo interesante en este orden, como en cualquiera, es estudiar las relaciones de poder. A veces no hay jerarquía, pero en este caso sí. Clara tenía mucho más poder^[7] sobre ellos que ellos sobre ella o que ellos entre ellos. Para que te hagas una idea, Clara ocupaba al mismo tiempo una cara y la base de la pirámide, ella era quien la cohesionaba y quien la erigía. Aun así, ninguna de las otras dos caras resultaba prescindible. La relación entre Clara y Diana no hubiese sido posible sin Pablo, y la de Clara y Pablo tampoco podría haber existido de no ser por Diana.

Yo llegué a ellos cuando la pirámide ya estaba consolidada y no me cupo ninguna duda del tipo de conexiones que allí se entretejían. Llegué en el momento de esplendor y asistí más tarde al ocaso. Me causaron cierta envidia, pero pensado con frialdad, no tenía ganas de pertenecer a un

triángulo en el que me aceptasen en uno de sus vértices. El papel de espectador, de crítico, de académico, es el que siempre más me ha convenido. Desde fuera pude divertirme más. Ahora Pablo y yo somos buenos amigos, pero entonces, en la facultad, a quien más me acerqué fue a Clara. Era el elemento más interesante de aquel conjunto. Incluso tuvimos algún lío ella y yo, algo fugaz, desenfadado y sin ataduras. Yo ya sabía que sus preferencias se orientaban hacia ellos dos. Pero, bueno, yo también tenía mis poliedros propios en los que Clara no estaba incluida. Por eso, la palabra que mejor define nuestra relación es sinceridad. Se trataba de una sinceridad moderada, porque es bien sabido que la sinceridad no consiste en decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad^[8], sino en mostrarte como eres cuando el momento se preste a ello. Y uno, que por no saber no sabe ni siquiera cómo es, puede mostrarse de muchas formas distintas y hasta contradictorias. Lo que cuenta es la coherencia, incluso cuando uno se contradice. Yo tuve esa complicidad con Clara. Sé que Diana y Pablo pudieron experimentar celos por mi particular relación con ella. Ese tipo de rivalidades son inevitables dentro del triángulo, pero yo estaba fuera. A mí me daba igual. Conocía el límite, muy diferente del de ellos. Es más, ellos utilizaban el límite, no como barrera, sino como rito de paso. Las ceremonias se llevaban a cabo en las aristas de la pirámide, y yo me quedaba mirándolas. Luego nunca las comentaba con Clara.

Creo que ambos están molestos por la forma en que se fue, creo que aunque haya pasado tanto tiempo no han terminado de aceptar que ya no forma parte de sus vidas. Tengo la sensación de que yo sabía mucho de ella sin saber absolutamente nada. Quiero decir, yo nunca leí ningún poema suyo, pero sabía que publicó un libro, tampoco vi nunca ninguna pintura suya, pero sabía que le gustaba pintar acuarelas. Creo que no hace falta ver para conocer. Ella tampoco me vio haciendo aquello que, por decirlo de alguna manera, más me define. Ahora estoy entregado a mis clases por completo. Entonces yo era un alumno muy aplicado, no por afán de perfeccionismo. Yo no aspiraba a ser el número uno de la clase, pero no podía no serlo cuando me apasiona tanto mi trabajo. Ella no me ha visto así, no estuvo en la charla, una especie de conferencia, la primera de todas, que di en segundo de carrera. Aun así, sentía que conocía bien su poesía, que ella conocía bien mi lectura sobre Jakobson. Conocer bien no es conocer mucho, sino conocer lo que tienes que conocer. Yo sé que lo mío con Clara fue un pacto implícito de honestidad. Los dos hicimos lo que teníamos que hacer el uno con el otro.

¿Qué más quieres saber? Laia, yo creo que he dicho todo lo que tenía que decir. Ya has escuchado todo lo que tenías que escuchar.

PÚBLICO

PESE A QUE DURANTE LOS AÑOS OCHENTA MUCHOS se hicieron eco de sus vanguardistas y misteriosos textos, ahora Clara Dubasenca es una poeta desconocida hasta para los más ávidos lectores. Desarrolló gran parte de su obra en la Barcelona preolímpica, en un escenario de libertad y excesos que, como ocurrió en la movida madrileña, fue el mejor caldo de cultivo para la aparición de nuevos movimientos artísticos, nuevos sonidos, nuevas voces, la mayoría no exentas de cierto *malditismo*. Podría parecer que en aquella época no existió en literatura una corriente tan definida como sí existió en música o en cine, aunque en realidad se trata solo de un campo mucho menos explorado y los más destacados escritores de entonces siguen hoy en el olvido, como sucede con Eduardo Haro o Aníbal Núñez, y también Clara Dubasenca. Su libro más conocido es hoy inencontrable: el tercer volumen de sus obras completas. Se trata de una obra inclasificable, con textos extraños que por unos momentos recuerdan a los surrealistas y por otros no remiten a nada conocido. Aquí les dejamos con uno de los poemas de esta sorprendente autora. Si estáis interesados en saber más sobre Clara Dubasenca o sobre estos escritores olvidados de los ochenta, no dudéis en pasaros por nuestro café-librería. Aquí siempre estamos encantados de charlar sobre literatura y de recomendar nuevos libros.

SI ESCALARAS ABAJO

*Si escalaras abajo
cuántos peldaños subirías
para tocar fondo.*

*Si escalaras abajo
hasta una inane gota de lluvia
te vendría cuesta arriba.*

*Si escalaras abajo
cómo volverías la vista
hacia delante.*

*Si escalaras abajo
cómo distinguirías la cima
de la joroba de un camello.*

*Si escalaras abajo
desciéndeme contigo
y llégame al pico más tumbado
sobre sí mismo que encuentres,
bajemos la escala a ras de vuelo,
rompamos la línea del horizonte,
y construyamos uno nuevo
por cada herida abierta
como si cada grieta fuese el principio
del final del principio del final del.*

*Si escalaras abajo
asciéndeme de la mano
y descánsame en un llano tan encorvado
como la casa de un caracol,
subamos de puntillas y descalzos
para no alterar la hibernación de los murciélagos,
y pisemos la tierra por el lado de las nubes
como si cada granito de arena contase los segundos
que quedan para que vengas corriendo escalaras abajo.*

¿Qué es esto?, se preguntó Baltasar Garriga, en mi vida he oído hablar de Clara Dubanesca, se decía Baltasar Garriga. ¿Cómo se le ocurre publicar algo así? No tiene ningún sentido para promocionar la librería, Dubanesca, Dubanesca, como una comida italiana, macarrones *alla dubanesca*. Todo esto pensó Baltasar Garriga al terminar de leer una publicación en el perfil en redes sociales de El Racó deis Llibres, el café-librería que regentaba desde hace ya más de diez años. Ese rincón no siempre fue así, pero había sabido adaptarse a los cambios y ahora además de tienda de libros, hacía las veces de cafetería y disponía de un espacio para tertulias, club de lectura o presentaciones. Baltasar era lego en las nuevas tecnologías y en internet, pero consideraba importante marcar presencia en las redes para que una empresa se mantuviese a flote. Esas tareas las había delegado en sus trabajadoras, dos jóvenes que eran lo que se conoce como nativas digitales. La consigna era anunciar las presentaciones, publicar fotos de algunos de los rincones de la cafetería o de las novedades que llegaban, pero Baltasar no entendía ese último texto escrito por Laia, una chiquilla callada, que le recordaba un poco a su hermana cuando ella tenía su edad. Al entrevistarla le había transmitido la calidez de lo familiar y quizá por eso la contrató cuando llegó con un jersey tan ancho y grande para su cuerpo que por momentos podría parecer manca, aunque en realidad sus manos estaban atrapadas al fondo de esas mangas tan

largas. Baltasar recuerda cuando, como serpientes, vio salir por las mangas las manos de Laia ya justo al final de la entrevista, al despedirse. Ese aspecto algo desaliñado podría haberle causado mala impresión, podría haberse imaginado esas mismas mangas tan largas colándose en una taza llena de café, una taza que estuviese sirviendo a un cliente, o quizá ocurriese eso con su también larga y suelta melena; pero en realidad le pareció entrañable pese a que tal vez sí era un tanto despistada para el trabajo. Su forma de hablar, así como en susurros perfectamente audibles le inspiraba mucha tranquilidad, y eso era algo que no encontraba en los jóvenes ahora, que según él se habían vuelto muy frenéticos y gritones. En cualquier caso, aunque ya llevase casi un año en el negocio, para él seguía siendo una desconocida. La discreción era en ella casi una filosofía de vida, incluso en sus gustos literarios, cuyas reservas parecían responder más a la timidez que a la diplomacia, aunque ambas perspectivas se mezclaban.

Baltasar cerró las pestañas de internet y encendió la cafetera. No tenía por qué estar en la librería a esas horas, pues ya le había dicho a Laia que se encargase de la apertura, pero la mayor parte de su tiempo la pasaba allí porque no sabía hacer otra cosa. No le gustaba estar en su casa, y cuando salía de ella, de forma inconsciente, siempre se dirigía a El Racó deis Llibres. Había terminado de encender todas las luces y levantar por completo la persiana cuando llegó Laia sorprendida, y antes de que ella pudiese preguntarle qué le traía por allí tan temprano, él le lanzó otra pregunta: ¿Quién es esa Clara Dubanesca? Laia ni se molestó en corregirle, en decirle que no era Dubanesca, sino Dubasenca. Se puso tan nerviosa que solo logró sonreírle con languidez. Baltasar no quiso indagar y le dijo en tono tranquilo que debería anunciar la presentación de esa semana, pues en cuatro días el joven novelista Pedro Gambín vendría a hablar de su segunda novela, y temía que no hubiese público. Sí, claro, pensaba hacerlo hoy mismo, le contestó Laia, algo aliviada al sentir que la amenaza de las preguntas sobre Clara parecían haberse acabado. ¿Entonces qué la había movido a publicar un poema de Clara Dubasenca, que para colmo no había escrito Clara si no que era algo de la pluma de la propia Laia? Laia no se atrevía a dar a conocer ningún texto suyo, más allá de la escritura académica, si acaso no encontraba cierto anonimato, cierta triquiñuela mediante la que alguien pudiese leerla sin saber que estaban leyéndola. Podría haber publicado uno de los poemas de Clara que aparecían en el tercer tomo de sus obras completas, pero no pudo resistirse a mostrar un texto suyo bajo la impunidad que le proporcionaba el escudo de Clara. En cualquier caso, esa publicación no era tanto para sacar a la luz los viejos cuadernos de Laia, sino que constituía más bien una llamada desesperada hacia quienes pudiesen haber conocido a Clara Dubasenca. Las esperanzas de Laia habían crecido demasiado rápido al ver que los tres últimos testimonios se habían ido encadenando uno tras otro sin demasiada dificultad. Sonia la llevó a Diana, Diana a Pablo y Pablo hasta Cristián, pero después de esta última entrevista ya no sabía a quién acudir. Tal vez algún compañero de universidad, algún amigo o conocido de Clara podía caer por casualidad en la página de la librería y al leer sobre la tan secreta Clara Dubasenca contactaría con Laia. Es probable que contactaran con Laia para criticarla, o al menos eso pensaba. La reprenderían por haber publicado un texto tan malo y habérselo adjudicado a Clara Dubasenca, cuando era evidente que quienes la conocían y sabían de su poesía no iban a creerse que un poema tan malo podía pertenecerle. Quizá le llamarían la atención por haber hablado de ella en presente, por haber dicho —Clara Dubasenca es una poeta desconocida—, en lugar de haber precisado que —fue una poeta desconocida—, pues quizá ya hace años que murió, pese a que la muerte no arrebató al poeta su condición de poeta. Quién sabe,

las hipótesis se ramificaban en la mente de Laia, y ni siquiera Baltasar Garriga podía controlarlas, mientras le ordenaba que hiciese esto y lo otro, que colocase una pila de libros en una estantería y retirase otros, ni siquiera los movimientos autómatas de su jornada laboral podían ahogar una sola de sus ensoñaciones.

Baltasar siempre la solía ver en un estado similar, de abstracción. Al principio creía que se trataba de una mente despistada, poco cuidadosa, con escasa voluntad para concentrarse, pero luego entendió que era todo lo contrario, pues precisamente por concentrarse demasiado en algo, en su imaginación, podía mostrarse dispersa en el resto de facetas. En efecto, Laia no dejaba de imaginarse en una próxima entrevista, a la que se le sumaban diez, veinte más, y si en algún momento podía dudar, podía verse alicaída con el máster, se aferraría a la investigación de Clara Dubasenca, que se convertiría en el mejor trabajo de fin de máster que sus profesores jamás hubieran leído. Las divagaciones de Laia se perdían por curvas cada vez más imposibles, y en ese momento entró un cliente, el primero de la tarde. Enseguida el cliente reconoció a Laia, aunque a Laia le costó un poco, tan absorta como estaba. Le sorprendió ver allí a Diego, un compañero del máster. Ni siquiera sabía cómo podía saber que ella trabajaba allí, aunque estaba claro que lo sabía, porque había venido a propósito, en parte para conocer el lugar, en parte para saludarla. Diego se quedó mirando las estanterías dedicadas a libros usados, y Laia permaneció detrás del mostrador. Baltasar, ya en la puerta listo para salir, arqueó las cejas a modo de despedida. Pensó que su presencia en el local ya no era necesaria, sobre todo ahora, que apenas quedaban veinte minutos para que llegase la otra empleada. Diego aprovechó para hablar con Laia de forma más distendida. Se interesó por su trabajo, por las tareas que desempeñaba allí. Laia le contó que ahora su jefe quería convertirla en *community manager* para promocionar la librería. Diego le pidió que le enseñara las páginas y le dijo que las seguiría. En un tono de estudiada desgana le habló del pequeño artículo dedicado a Clara Dubasenca. Diego mostraba mucho entusiasmo en todo aquella tarde, enseguida empezó a leer el artículo y estuvo un rato en silencio hasta que lo acabó, y con un énfasis aún mayor dijo que le había encantado, también comentó que el nombre de Clara Dubasenca le resultaba familiar, aunque creía que no había leído nada suyo. Pero este poema es buenísimo, muy ingenioso, decía Diego. ¿Dónde tienes ese libro suyo?, insistía él. Laia empezó a ponerse nerviosa. Solo tenía un ejemplar del tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasenca, guardado con mucho cuidado, y no quería prestarlo. Diego empezaba a importunarle, pero no podía pedirle que se fuera, pues ahora ejercía su papel de cliente, y el cliente siempre tiene la razón, pensaba Laia. Es que he acaparado yo el único ejemplar que teníamos y está en mi casa, se excusó Laia, creo que voy a hacer el trabajo de fin de máster sobre ella. El entusiasmo de Diego no disminuyó ante lo que podría haber constituido una decepción, la de no poder seguir leyendo poemas de Clara Dubasenca, sino que ahora se volcó en otro sentido y felicitó a Laia por esa gran idea, pues seguro que eran textos tan buenos como el que acababa de descubrir, o incluso mejores. Dos chicas interrumpieron la conversación con el golpe de puerta que provocaron al entrar, para alivio de Laia, que en lugar de seguir sorteando esas preguntas asfixiantes, tuvo que ir a atenderlas. Diego siguió mirando libros y, enseguida, ante la llegada de más clientes y la imposibilidad de retomar la conversación con Laia, decidió despedirse y dejar la librería. Ahora Laia se arrepentía un poco por haber publicado aquello, pues parecía que en lugar de atraer a posibles conocidos de Clara, solo iba a servir para que curiosos como Diego la importunaran y la avasallaran a preguntas que ella no quería responder. Sea como sea, pensaba

ella, de toda la visita de Diego lo más sospechoso ha sido la admiración que ha mostrado por el poema. Sus gustos literarios no son de fiar, se dijo Laia para sus adentros.

MEDIR ES PERTURBAR

EL RUIDO INCONFUNDIBLE E INCISIVO DE LAS BURBUJAS rompiéndose en una masa de agua hirviendo ensordece los gemidos que se escuchan desde la habitación contigua a la de Laia, donde su compañera de piso y su novio se han enclaustrado toda la tarde. Cada uno hace lo que puede para combatir el frío. Laia levanta la olla, la aleja del fuego y las burbujitas desaparecen. Vierte el contenido en la tetera, pero, patosa como es ella, derrama el primer chorro fuera y un hilo de agua ardiente le pasa por el brazo que sostiene la olla. Es probable que la quemadura le produzca una pequeña cicatriz. El dolor, a pesar de ser silencioso, también ensordece los gemidos. Agarra con flema la tetera y también una tacita, se las lleva a su cuarto, las coloca en el escritorio y espera. Toda la desgracia de los hombres proviene de no saber esperar a la temperatura adecuada de las cosas. Uno no llega a saborear de verdad un helado demasiado frío o una sopa demasiado caliente. Quien incurre en estos errores no solo corre el riesgo de enfriarse o de quemarse, sino que se expone a un peligro aún mayor, el de acostumbrarse a esos excesos y caer en una vida destemplada, donde, por efecto de repetición, el hielo y el fuego produzcan la misma indiferencia. La impaciencia, en lugar de acercarnos al objeto ansiado, acaba por volvernos inmunes a él. La inmunidad es el estado más triste al que podría precipitarse un enfermo. Puede que Clara Dubasenca sufriese de ese mal, piensa Laia, mientras retira las hierbas del agua y se sirve una taza de té. Ha dejado infusionarlo demasiado tiempo. No se ha dado cuenta, absorta en esas cavilaciones, y ahora el té sabe demasiado amargo. La temperatura adecuada de las cosas no solo se relaciona con el frío o el calor, sino que repercute en el sabor oportuno de las cosas, pues algo muy rico puede convertirse fácilmente en algo de gusto mediocre, o demasiado agrio, o demasiado dulce. Laia lleva un tiempo engullendo alimentos de gusto inoportuno, come cuando tiene que comer, pero todo le sabe a deshora, le sabe demasiado.

En lugar de seguir bebiendo de ese té amargo, Laia se abalanza sobre la cama, bolígrafo en mano, y alcanza un cuaderno que descansa sobre la mesita de noche. En él anota una frase: Tanto frío que me asfixio de calor. Enseguida la tacha, como arrepentida o avergonzada. Ese cuaderno está lleno de frases, párrafos enteros, tachados. No se puede leer nada, aunque Laia lo haya escrito todo. Ha escrito todo lo que podía haber escrito en el momento en que estaba escribiendo, y eso es lo único de lo que uno debe enorgullecerse, de dar lo mejor de sí mismo. La mayoría de las notas de ese cuaderno tratan de eso, del don de la inoportunidad, de la temperatura adecuada, y sin embargo, están garabateadas como si representasen esa destemplanza de la que hablan, cuando, en realidad, constituyen la única forma que Laia posee para combatirla. Escribe mucho,

pero desescribe aún más. Es una evolución hacia atrás, que no es lo mismo que una involución. Lo que Laia hace al deshacer lo escrito tiene que ver con avanzar retrocediendo. Ese es su estilo, *larvatus prodeo*. Ese es el estilo de Clara también, piensa ella. Siente que su investigación se encuentra estancada y que Clara se esconde. Ya ha decidido que investigará sobre ella para el trabajo de fin de máster, pero antes incluso de empezar, todas las pistas que encuentra parecen anunciar el fin. ¿Hacia dónde seguir si nadie sabe nada? El ritmo de dos personas tan esquivas podría llegar a cruzarse, se dice Laia, con la esperanza de que dos huidas, aun en direcciones y tiempos opuestos, acaben convergiendo.

Ahora el té no solo está demasiado amargo, sino también demasiado frío. Ni siquiera las paredes de la taza sirven de consuelo. No es fácil consolar, mucho menos en los últimos días del otoño, donde todo parece anunciar el fin del mundo: la danza macabra de las hojas al dislocarse y el suelo sonoro que sentencia la muerte inevitable. Laia se decide a hacer algo antes de morirse de melancolía. Un movimiento brusco provoca que la taza de té caiga al suelo. El choque no la rompe, y esta vez no silencia los gemidos de la habitación contigua, cada vez más persistentes. Sale de casa sin saber a dónde ir, sabe que si pasa por una calle o un bar concreto podría encontrar a algún amigo; pero no está segura de querer hacerlo, al menos por ahora. Debe caminar sola un tiempo. Deambula por las calles estrechas del Raval, cree ver caras conocidas, aunque eso le sucede a menudo, y solo son trasuntos. Se esfuerza no solo por no ver caras conocidas, sino por no pasar por calles conocidas. Perdersé en la ciudad necesita un arduo entrenamiento y Laia, demasiado consciente, demasiado piadosa, nunca se desvía lo suficiente. En uno de esos giros, sin quererlo, se ve obligada a saludar a Diego, que fumaba a la salida de un bar. Le dice que está con un amigo, que se tome algo con ellos, o que espere cinco minutos hasta que cambien de lugar. Laia no se niega, no tanto porque le apetezca aceptar, sino porque no le apetece decir no. Los apetitos, como las temperaturas, tampoco son fáciles de controlar. Arrastra los pies hasta el interior del bar, saluda al amigo de Diego, cuyo nombre no retiene, aunque sí su expresión de borracho. La conversación gira en torno a Laia, formalidades para romper el hielo. Por suerte, piensa ella, tanto Diego como su amigo apuran rápido la cerveza y abandonan el local. Una vez fuera, ya no se preocupan por ella y solo buscan otro bar. Cualquiera sirve, dice Laia y se da cuenta de que esa mentira tampoco hubiese acallado los gemidos de su compañera de piso, ni el ruido insufrible de sus pies fríos arañando las sábanas mientras desescribía en el cuaderno momentos antes de salir de casa.

Entran en el primer bar que encuentran; también podría haber sido el segundo o el tercero, aunque cualquiera de ellos se contabilizaría como el primero. El primer bar que uno encuentra es un mero punto de referencia dentro del conjunto de bares que pueblan el barrio, pero no se corresponde con el primero dentro de un orden, sino con aquel lugar que marque el fin de la búsqueda de bares. Para acortar existe la convención de referirse a ese local como el primer bar, igual que existe la convención de fijar el infinito como punto de referencia para muchas operaciones matemáticas. Da igual, lo importante es que en ese primer bar resulta que acaba de empezar un recital de poesía, una sesión de micrófono abierto donde cualquiera puede apuntarse en una lista y salir al escenario. Diego no se corta y añade su nombre, el de su amigo y el de Laia en un papel. Laia se lo reprocha y le advierte de que, bajo ningún concepto, saldrá. Diego, que la conoce un poco y sabe que escribe, aunque Laia no le haya mostrado nada, en tono muy serio le dice que tiene que hacerlo. Luego se ríe y Laia no puede evitar devolverle la sonrisa, aunque a

regañadientes, pues la siente como un chantaje. Se apresura a la barra a pedir una copa, y se aferra a ella, como si el vaso pudiese evitar que subiese a leer, como si este actuase de ancla y ella, agarrada a él, tuviese la tranquilidad de que nadie lograría moverla del sitio. La conversación con Diego, en cambio, la calma menos que el vino. Le pregunta si ha tenido ya la reunión con su director de tesina, si ha concretado algo más el tema de investigación, si ha leído a críticos que hablen de él. Quiere saber más, más incluso de lo que ella sabe o quizá de lo que ella podría llegar a saber nunca. Se da cuenta de que la imagen del ancla ilustra bien no tanto la situación en ese preciso instante —pues se trata, en realidad, de un deseo—, sino el estado de su investigación, estancada, inmóvil en un punto muerto. Todos esos testimonios la han fascinado y han engordado sus ansias de conocer la vida y la obra de Clara Dubasenca, pero la han colmado de un vacío muy grande y pesado. Algunos, sobre todo los tres últimos, han dicho mucho, pero señalando a esa nada a la que siente que se precipita. Lo que tiene, en el fondo, es menos que nada, es una nada que deja entrever un todo inalcanzable, como si a un ciego de nacimiento le concediesen unas horas de visión para luego arrebatárselas. Laia presiente que vislumbra algo muy poderoso que no dejará de aparecérselle cada vez de forma más insistente y más inaccesible.

Mientras tanto las lecturas se alargan cada vez más, y cada vez todo le resulta tan insoportable que debe pedirse una segunda copa. Cuando ya va por la tercera le llega el turno a Diego, que improvisa unos poemas de memoria de Raúl Zurita, luego su amigo se defiende del público adormecido con un monólogo cómico que, aunque no haga mucha gracia, no llega a ser del todo humillante como la mayoría de las personas que intervinieron antes que él. La copa de vino de Laia ya apenas se sostiene en su mano temblorosa. Puede que alguna vez fuera arpón, pero la nave que debe sujetar esta vez se tambalea a la deriva, fruto del alcohol, de los nervios, del frío revestido con la embriaguez. Cuando alguien grita su nombre desde el escenario, Diego, con un ligero golpe en la espalda, hace que sin remedio se incorpore y ya no haya vuelta atrás. Antes de que pueda arrepentirse Laia ya se encuentra frente al micrófono. Lleva su mochila a la espalda. Por inercia, como mecanismo de defensa la abre. Espera encontrar algo que la salve, o quizá hacer tiempo para asimilar el pánico que poco a poco se va apoderando de ella. En el bolso solo hay cinco objetos: una cartera, un móvil, un bolígrafo, su cuaderno de notas y el tercer tomo de las obras completas de Clara Dubasenca. Saca el cuaderno, pasa las páginas nerviosa, pero no se atreve a leer nada. Vuelve a introducirlo en la mochila y agarra el libro, elige una página al azar. La mira y luego dirige la vista al público, no puede articular discurso alguno, pero tampoco puede quedarse callada; así que empieza a leer para evitar hablar por sí misma.

*medir es perturbar
hay que aceptarla
desmesura
hay que aceptarme
desmedida
medir es perturbar
no hay que acertarla
palabra
no hay que acertarme
contorno*

*hay que acertar
con torpeza
tornasolado recuerdo de lo que seríamos
contra la medida el tanteo
si mido con la palma de mi mano
la palma de otra mano detengo
un acercamiento
me acerco alejando
cerco enjaulo
pero no
no mido
tiento
no cerco
voy cerca
lejos de*

*cuanto más cerca
más perdida
cuanto más perdida
más deseo*

Se oyeron los mismos aplausos de fondo impersonales que sonaban tras cada intervención y Laia bajó el escalón de la tarima con el entumecimiento del espectador de cine que todavía no se acostumbra a la luz que hay al salir de la sala. Diego la felicita. Le ha encantado, dice, le ha entusiasmado, insiste. Su amigo ha ido a pedir otra cerveza, Laia duda que la haya escuchado. De repente se siente muy débil, apenas puede reaccionar ante los halagos de Diego. Cuando cree que ya no le falta nada para desmayarse, nota una presencia detrás de ella. Una mano fría le toca el hombro. Abraza ese gesto como su salvación, el contacto helado la despierta y puede girarse con cierta soltura, el rostro menos rígido, más alegre. Descubre entonces a un señor de unos sesenta años, larguirucho y afable. Su mirada la inquieta. Al principio parece la mirada de un familiar; y aunque Laia nunca antes ha visto a ese hombre podría creer que inspira en él el afecto que puede o pudo tener hacia una nieta o sobrina suya. Sin embargo, la expresión pronto se torna más oscura, más siniestra, como si, después de haber reconocido en ella el vestigio de algún conocido o ser querido, ahora todas esas expresiones que pudieron resultar familiares se le presentasen como irreconocibles. Laia le devuelve el desconcierto que él le causa y sus ojos se entornan como preguntando algo o reclamando algún tipo de respuesta. El hombre cambia de nuevo el gesto. Ante la turbación de Laia responde arqueando las cejas, abriendo los párpados y torciendo el labio hacia la derecha. Mantiene el silencio unos segundos más y por fin salen de su boca las primeras palabras: Me gusta mucho ese poema. Me gustó desde el principio. Hace muchos años que me gusta.

BAPTISTA GALTÉS

PASA, PASA, NO TE CORTES, AUNQUE HAY TANTO PAPEL aquí que es normal que tengas miedo. El filo escandaloso de las hojas acecha, amenaza a cualquiera. Pero tú no te cortes, aunque creas que vaya a cortarte. No te asustes, venga. Tampoco pienses que todo esto es suciedad. Es solo desorden. Es solo papel. El papel no mancha, solo se acumula, se expande. El papel también enferma. Perdona que todo esté manga por hombro. En realidad, es solo una apariencia. No es desorden. Es solo papel. El papel no mancha, solo se acumula, se esparce. Y también enferma. Mira esta montaña de ahí. ¿Qué digo montaña? Es una cordillera colosal. Mírala, ya no sirve, está muy débil, marchita. Son las cuentas de una empresa de zapatos que acaba de quebrar. Ese rascacielos de ahí, el que está a punto de derrumbarse por su propio peso, todos esos folios sí que están en plena forma, los registros financieros de un cliente muy poderoso, una cadena de restaurante. Comida mala, buen precio, mejores resultados. Esa es la clave del éxito: la combinación de la cantidad exacta de maldad con la dosis adecuada de bondad, como el equilibrio perfecto que se da en una receta en la que se mezclan veneno y antídoto. Bueno, ya hablamos anoche mucho de esto. No voy a seguir contándote batallitas de un contable. Esta parte de mi vida es menos emocionante que mi vida pasada, que es la que te interesa a ti, y has elegido bien. Ya estoy de capa caída, aunque soy consciente de la trampa de todo esto. Seguro que dentro de un tiempo repetiré la misma retahíla y añoraré estos años en los que era contable por mi cuenta y parte de mis ganancias iban destinadas a pagar el alquiler de este despacho donde se amontonaban todos los papeles que me daban de comer. En fin, siéntate, donde puedas. Espera, mira, te concedo el mejor rincón de este lugar. Ponte cómoda ahí, en el sillón del escritorio, y tienes suerte porque hoy todavía queda un buen hueco en la mesa para poder apoyarte. Eso es, deja descansar el codo. Ese es mi lugar de trabajo, ese cuadradito escaso en mitad de la ciudad de papeles alrededor. Es muy difícil guardar tantos papeles. Pero no te asustes. Es solo papel. El papel no mancha, solo se acumula, se extiende. También enferma.

Bueno, ahora ya estás cómoda. Estas cómoda, ¿no? Pues ya no hay más obstáculos entre nosotros, hay que hablar. ¿Te acuerdas de que anoche te dije que no era buen momento? Por el local, la luz, el ruido. Todo eso es fundamental, yo solo estoy a gusto en espacios muy determinados, y si la iluminación es demasiado barroca, o rojiza o muy blanca las palabras se me atragantan. Pero en el fondo, eso no son más que excusas, culito de mal asiento. Por eso ahora estoy de pie. Bueno, y porque me has quitado el único asiento que tengo aquí. No, no te levantes. Era broma. Si estoy de pie es porque quiero, no porque sea un caballero, que también. Ay, en

realidad, lo del lugar adecuado no era una excusa para postergar una charla contigo, lo que ocurrió fue que de verdad me dejaste sin palabras. Cuando te escuché recitar aquel poema de Clara no daba crédito. ¿Cómo puede alguien seguir leyéndola? Más todavía, ¿cómo puede una chiquilla de veinte ahítos conocer su poesía? Y peor aún, ¿por qué ese poema precisamente? Ese poema fue lo primero que yo conocí de Clara, lo escuché de su boca, además. Y permíteme este piropo, o esta responsabilidad, pero lo leíste casi como lo hubiese leído ella. Lo leíste como se tenía que leer, porque es un texto entrecortado, que exige un ritmo con pausas bien medidas. Nunca permití que nadie más lo leyera en voz alta. Después de ti, solo lo había escuchado con la voz de Clara. Ni siquiera yo me he atrevido a recitármelo a mí mismo en voz alta. Sería un desastre, una ofensa. Pero es que cuanto más pienso en ese momento, en mi primer encuentro con ella y mi primer encuentro contigo más tiemblo, porque de repente te me antojaste una aparición de Clara veinte años después de aquel momento.

Todos los detalles revelan parecidos razonables que, en absoluto, responden a ninguna razón. ¿Qué lógica podría seguir todo esto? La primera vez que vi a Clara Dubasenca fue en el bar de Pere. Ya te han hablado de él, ¿no? ¡No! ¿Pero con quién has hablado entonces? El bar de Pere era el centro neurálgico de tantas cosas, tantas personas; y fue sin duda el centro neurálgico de la vida de Clara durante un tiempo. Allí se reunían todos, allí se conocían. Mira, ese poema que leíste, antes de aparecer en su libro, apareció en una revista cuya edición también corría a mi cargo. Yo trabajo como contable, y por aquel entonces también, para ganarme la vida, pero mis intereses van por otros derroteros. Que mi tío tuviese una imprenta y que yo le llevase las cuentas fue un regalo de los dioses. Me permitió jugar a ser editor. Me atrevía a imprimir revistas literarias y culturales condenadas a no venderse. Al principio era más prudente. Solo aceptaba proyectos serios, con ciertas garantías; pero pronto se difundió el rumor de que yo, diletante irremediable, estaba dispuesto a ayudar a cualquier ilusionado que tuviese una idea bonita e insolvente. Lo peor es que el rumor era cierto y así conocí a Luis, que vino a regatear precios para la edición de una revista de literatura y arte llamada *Adelfas Blancas*. Luis podría haber sido el típico escritor que se publica a sí mismo, pero él se dedicaba a escribir sobre los escritos de los demás. A pesar de eso, ni siquiera se consideraba un crítico literario, no tenía pretensión alguna, solo mucho descaro, mucha labia, mucho encanto, una sonrisa de galán, una voz seductora, un culito bien prieto. Madre mía, eso son muchas cosas, ¿no? Y me sitúan en una posición dudosa. Bueno, Luis acabó enredándome, me llevó hasta el bar de Pere, que constituiría algo así como el prólogo del prólogo de la revista aún por hacer. Más tarde Luis acabaría llevándome por el camino de la amargura, pero esa ya es otra historia.

Durante aquella primera visita al bar de Pere yo andaba muy desconcertado, no sabía de qué iba todo aquello. Al parecer esa noche había una especie de espectáculo, aunque luego comprendí que el espectáculo consistía en inventarse un espectáculo; es decir, lo único planeado era el anuncio del espectáculo, se pretendía que del anuncio naciera por arte de magia o de inercia un espectáculo. Cualquiera podía subir al estrado y tocar una canción, recitar un poema o bailar rumba. Los intérpretes eran a su vez parte del público, de manera que el público formaba, en cierto modo, parte del espectáculo. Como comprenderás, me sentí personaje de una película en la que yo no había dado el consentimiento de participar. Por eso, al principio mis movimientos eran torpes y había cierto malestar que me impedía comportarme con desparpajo. Un tipo empezó a aporrear la guitarra y una chica de atuendo estafalario, a la que llamaban la Elegante, se animó a

acompañarle aporreando el suelo con los pies y, por momentos, golpeándose cualquier parte del cuerpo con cualquier parte del cuerpo. Igual podía estamparse la palma de la mano en la cara como podía darse un puntapié en la espinilla. Luis me presentó a una mujer encantadora, algo mayor que yo. Bárbara se llamaba. Aunque de verdad hizo lo imposible para que yo me sintiera a gusto y se mostró muy dulce y simpática conmigo, cada vez estaba más saturado. Bárbara creía que hablándome iba a calmarme, pero su perorata sobre los bonsáis y el cambio de las estaciones solo aumentaba mi exasperación. De repente, en uno de esos momentos en los que el escenario se quedó vacío, Bárbara se giró. Yo aproveché para alejarme de ella y perderla de vista con discreción. Mientras me adentraba entre la multitud, con los ojos puestos en ella, procurando que los suyos no me encontraran, comprobé que trataba de empujar a una chica delgaducha y tímida para que ocupase el hueco del estrado. La chica se resistía, pero Bárbara no era la única que la presionaba. Había a su alrededor un grupo de gente que la llevaba en volandas hasta el micrófono. Yo vi la desesperación en su rostro en todas sus gradaciones. Fue aumentando poco a poco hasta que, una vez abandonada su posición dentro del público, cuando comprendió que hablar frente a esa muchedumbre borracha era inevitable, su mirada había alcanzado tanta angustia que me recordaba a una imagen de la infancia: una polilla ahogándose en el vaso de leche del desayuno. Aun con esos colores sórdidos, aun con esa cabeza infernal, casi como de sátiro, me conmovió ver cómo ese bichito batía las alas, tratando de escapar, y cada movimiento solo contribuía más al ahogo, cada espasmo deterioraba más sus alas, que se iban consumiendo al contacto con la leche caliente. Así se me antojó la travesía de esa chica hasta el escenario, que culminaba con algo cercano a una muerte televisada. Digo televisada no solo para evocar la idea de una retransmisión, o una exposición, sino porque ese sacrificio era visto por muchos desde lejos, yo el primero, que además era alguien ajeno a todo ese mundo gestado y condensado en el bar de Pere.

Bien, esta chica tan tímida, frágil y vulnerable, era Clara Dubasenca. Yo creía que no iba a poder hablar, que se desmayaría, que rompería a llorar o que, en el mejor de los casos, bajaría del escenario y otro ocuparía su lugar. Aun así, yo, como espectador, aunque la veía sufrir, no quería que abandonara la escena. No por sadismo, había algo hipnótico en su presencia, se había establecido una conexión especial que me obligaba a mí como público a empujarla desde lejos a quedarse. Ella a su vez empujaba para irse y de esa lucha de fuerzas contrarias se creó un equilibrio. Tal vez fuera esa especie de hostilidad armónica lo que acabó produciendo semejante milagro. Clara se sacó un cuaderno y empezó a leer con la voz firme, perfectamente modulada, seductora. Era ese poema que leíste tú anoche, *Medir es perturbar*. Así me conquistó y me perturbó también. En mitad de toda esa banda heterogénea de personas perdidas que daban tumbos y pretendían abarcarlo todo en su superficie y nada en profundidad, esa chica parecía tener algo que decir de verdad, parecía saber a dónde iba a pesar de su caminar subrepticio. Mientras recitaba, el local se sumió en un silencio inaudito. Cuando terminó de leer sonrió con elegancia, y volvió al hueco entre la multitud del que había salido. Yo me precipité hacia ella. A su lado estaba Bárbara, abrazándola, como felicitándola y a la vez como para tranquilizarla; aunque ella ya estaba tranquila. Los que no lo estaban éramos los demás, el público, o por lo menos yo. Me precipité a ella, quería saber quién era, quería darle mi enhorabuena. Bárbara me la presentó, a mí me llamó editor, a ella simplemente Clara Dubasenca. Le pregunté si escribía a menudo. Su respuesta fue otra sonrisa similar a la que esbozó al terminar la lectura. Me dijo que, en todo caso, sí que tenía una buena colección de textos acumulados. Esa fue la palabra que empleó, textos, no

poemas, ni relatos, ni novelas, textos. No podía ser más vaga y a la vez más precisa. Yo me dejé llevar por la etiqueta de editor que Bárbara me había asignado. Por entonces desde la imprenta solo me había encargado de la impresión de dos revistas. Le pregunté a Clara si ella formaba parte de *Adelfas Blancas* y me miró extrañada. No conocía nada del proyecto. Entonces yo agarré a Luis en cuanto pude y le dije que cómo Clara Dubasenca no iba a aparecer en su revista. Luis se rio y dijo que por supuesto que aparecería. Así se enteró Clara Dubasenca de su primera publicación. Me di cuenta en ese momento de que Clara estaba dispuesta a escuchar cualquier proposición y a aceptarlas casi todas. Aproveché para invitarla a una cerveza y poder quedarme toda la noche con ella, para que hablase de lo que hacía, de cómo había llegado al bar de Pere y de si todos esos textos amontonados podrían conformar un libro. A veces permanecía callada largo rato, con la mirada fija en el vaso. Después de uno de esos silencios me dijo: Por lo menos muere el cisne después de haber escuchado lo mejor de sí mismo. La miré con los ojos muy abiertos sin saber qué responder. Luego ella añadió que era uno de los haikus que tenía entre sus montañas de textos.

Entonces no me di cuenta, pero creo que yo conocí a Clara en su momento de esplendor. Me gusta pensar que, por lo menos yo también la vi dando lo mejor de ella misma. ¿Cómo dices? Eso es imposible saberlo. El esplendor se puede entender de muchas maneras^[9]. Lo que quiero decir es que, sea lo que sea lo que pasó después, o antes, yo estuve allí cuando ella se mostraba en la cresta de su belleza, de su inteligencia, voluptuosa, radiante. ¿No sabes nada de ella ahora? Ya, pero, oye, es bonito mirar atrás. De verdad que me emociona contarte todo esto. Fueron unos años muy felices para mí, y estoy seguro de que para Clara también. Fuimos felices juntos. Nos divertimos tanto con la publicación de su libro. Cuando *Adelfas Blancas* ya estaba acabada, le insistí mucho a ella para que pusiese orden en sus textos y me entregase algo similar a un manuscrito. Quería lanzarme no solo a imprimir un libro suyo, sino a publicarlo, mi consagración como editor empezaría con ella. En ese momento ya se preparaba el segundo número de la revista. El primero, contra todo pronóstico, se había vendido bien. Luis y sus amigos se encargaron de distribuirlo en alguna que otra librería, y como el grupo del bar de Pere era tan grande, solo con la compra de los amigos y conocidos se recuperaron los costes de la impresión. Cuando ya maquinábamos el segundo número de *Adelfas Blancas*, Clara se atrevió por fin a llevarme una pila de folios a la imprenta. Sí, la imagen no era muy distinta de la que puedes ver aquí, aunque la pila de Clara era un poco más delgada. Yo le pregunté: Entonces, ¿son estas tus obras completas? Y ella se rio y dijo: Por supuesto que no, Bap. Me llamaba así, Bap, era la única que lo hacía. Venía de una costumbre suya, alteraba los nombres con diminutivos insólitos o apodos graciosos. Era una señal de que ocupabas un buen lugar en su vida, así que ese apelativo, casi onomatopéyico, constituía todo un privilegio. Y yo seguí buscándole las cosquillas, le respondí: ¿Cómo que no? Ya tenía la portada preparada: *Obras completas de Clara Dubasenca*. Se rio aún más fuerte, y entonces maticé. Sé que esto es solo una ínfima parte, le dije, esto, en todo caso, podría ser el tercer tomo de tus obras completas. Así se quedó. Le encantó la idea. A los dos nos venía como anillo al dedo. Era el primer libro de Clara publicado, y también el primer libro que edité; y, sin embargo, se presentaba como si detrás existiese una trayectoria, y quién sabe, como si todavía nos quedasen más volúmenes que sacar a la luz. Nos daba mucho margen, por todos lados, mucho margen también para reírnos de nosotros mismos. Del libro saqué una tirada de doscientos cincuenta ejemplares. Se vendió menos de lo que esperaba, o quizá es que lo vendí demasiado

barato. Perdí dinero, pero tampoco me arruiné. Yo ya sabía que no iba a ganar dinero con la imprenta, lo hacía por amor al arte, y nunca mejor dicho.

Clara ya me había hablado de esa pareja de abuelitos con la que vivía. Sí, recuerdo que me dijo que les regaló un ejemplar. Quién iba a imaginar que muchos años después caería en manos de alguien como tú. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo, pero sí. A eso hay que añadir que todo aquello representa una fracción diminuta en el conjunto de todos los años de mi vida, un período fugaz pero intenso^[10]. Resulta curioso cómo muchas veces se habla de un antes y un después en función de un acontecimiento importante. En realidad, vivimos rodeados de un antes y un después, lo difícil es permanecer en el ahora. Ya te he dicho que el gesto gamberro de publicar el libro y llamarlo de esa forma lo concebíamos como una pequeña burla a lo que se suele considerar hito. Mirar de hito en hito es sinónimo de mirar el antes y el después que bordea ese momento concreto, porque si uno sabe distinguir el jalón de lo que no lo es significa que ha tenido que estudiar con cuidado el terreno en el que ese jalón se sitúa. No sé si existen más libros publicados de Clara. De existir, pertenecerán a una editorial inexistente como lo fue la mía, porque de haber aparecido en algo con cierta enjundia, me habría enterado. Eso no significa en absoluto que el tercer tomo de sus obras completas configure un apogeo irrepetible. Cuando la vi por primera vez tenía la certeza de que sabía a dónde iba, y quiero pensar que ha seguido acumulando antes, encadenando un antes tras otro, un antes de la plenitud tras otro. Poco importa que sea en forma de cuarto o quinto tomo de sus obras completas. Puede que yo, sin ser muy consciente de ello, esté ahora en el mejor momento de mi vida. El problema es que has venido a traerme todos estos recuerdos que me hacen dudar tanto. No, no, me niego a pensar en que estoy en un después, en un después del apogeo. Estoy antes, siempre de camino, y espero que Clara también. Ese fue y seguirá siendo el dogma bajo el que se fundaba nuestro equipo, implícitos ambos, el dogma y el equipo. Trabajamos juntos en esa publicación con la certeza y el descaro (pues no le dábamos importancia) de estar ante algo crucial, aunque lo crucial era aprender a abarcar ese momento, a situarlo, no tanto a situarnos en él.

No sé si te he aclarado algo. Ya ves que con Clara todo es más bien difuso. Si asumes eso empezarás a ver más nítido todo esto.

CONVERTIRSE EN PIEDRA

NUNCA ESTÁ DEL TODO CLARO DÓNDE EMPIEZA UNO A AVANZAR, cuál es la dirección que va hacia delante y cuál es la que va en sentido contrario. Nunca está del todo claro dónde, porque raras veces se trata de dónde, sino de adónde, y el movimiento se sobreentiende como positivo. Nunca se aspira al retroceso, siempre se pretende lo contrario. Sin embargo, lo contrario puede convertirse en un arma arrojadiza con facilidad. ¿Cómo conocer lo contrario de algo que desconocemos? ¿Cómo avanzar si el trayecto de la retirada permanece inexplorado? Todas estas preguntas se las formula Laia, mientras se prepara para salir de casa, rumbo a la facultad. A Laia no le cuesta levantarse, saltar de la cama, incluso cuando no tiene obligaciones matutinas. No le cuesta moverse, lo difícil es escoger la dirección oportuna. No le enseñaron a andar, aprendió ella antes para defenderse: los pies como asidero, pero también como punto de fuga. A menudo no sabía dónde estaba, o más bien no podía creer dónde estaba, no tanto porque no reconociese el lugar, sino porque no se explicaba cómo había logrado acabar ahí tan esquiva, tan escurridiza, tan imprevisible como era ella. Laia era impredecible incluso para sí misma. Se dice muchas cosas y luego se desdice. No lo hace a propósito. Si fuese así, ella lo sabría y no se angustiaría tanto cuando se sorprende a sí misma en un sitio opuesto al que debería ocupar en ese momento. A menudo le gustaría tener a alguien que la empujara, una persona encargada exclusivamente de eso, como un cocinero particular, solo que en lugar de cocinar, lo que hace es propinarte golpes en la espalda o en las piernas para que andes hacia donde tienes que andar. Los caminos hacia alguna parte se le antojan insufribles. Apearse del ascensor, pisar la calle y seguir rumbo a la facultad o al trabajo todos los días requiere una fuerza que no tiene. Por eso muchas veces parece que Laia va retrocediendo un poco a lo largo de su recorrido, va deshaciendo lo andado porque no está segura de querer llegar.

Hoy, más que cualquier otro día, Laia avanza hacia atrás. Tiene que entrevistarse con su director de tesina, han quedado para hablar de un proyecto que Laia no tiene, como la fuerza que necesita para caminar en dirección a ese despacho. ¿Qué le va a decir? ¿Que ha entrevistado a unas cuantas personas relacionadas con la autora de una obra incompleta, desconocida y tan fantasmagórica que resulta casi inexistente? ¿Qué relevancia tiene eso para la historia de la literatura? Le dirá su director. Pero es que a mí no me interesa la historia de la literatura, a mí me interesa la historia de Clara Dubasenca y si Clara Dubasenca no ha hecho nada relevante por la historia de la literatura, la historia de la literatura debería preguntarse qué podría hacer por Clara. Eso es lo que Laia no se atrevería a responder. Baptista no sabía nada sobre otras publicaciones

de Clara, pero de Baptista se intuía que a pesar de la ironía en el título del libro, sí que debían de existir más tomos de las obras de Clara, esparcidos en múltiples direcciones. Baptista habló de Luis, el cabecilla de los proyectos artísticos del grupo que se reunía en el bar de Pere, tal vez él sepa algo. Tal vez él podría indicarle. Menos mal que Baptista le pasó el contacto, menos mal que podría hablar con él, menos mal que podría encontrarlo en su bar; pero ahora no debía ir a casa de nadie, ahora no tenía que pensar en eso. Con todas esas divagaciones Laia solo podía paralizarse, seguir un trayecto en línea recta y supuestamente hacia delante hasta la facultad, porque su instinto la instaba a estar en varios sitios a la vez.

No, en realidad, no tiene que ver con eso, pensaba Laia cuando por fin terminó de prepararse la mochila con los libros y documentos necesarios. Cerró la cremallera y se dirigió hacia la puerta. Se quedó parada en el umbral. ¿Qué pasa? ¿Se te olvida algo? Le preguntó su compañera, que justo en ese momento apareció en el pasillo, recién levantada. Laia la miró sin decir nada. No es que se le olvidase algo, no había ningún objeto material que justificase su parálisis. Se paralizaba solo de pensar que tenía que moverse. Si no lo pensase, no se convertiría en piedra, pero la perspectiva de tener que desplazarse le pesaba tanto que todos sus músculos se le entumecían y permanecía quieta no porque no tuviese adónde ir, no porque algo o alguien la retuviese, sino por todo lo contrario, porque el margen de movimiento era tan amplio, o tan largo, o tan luminoso que ante eso no podía sentirse de otra forma salvo abrumada. La pregunta de su compañera, sin embargo, actuó como empujón, como el resorte que necesitaba para situarse al otro lado de la puerta, cerrarla y cerrar con ella la posibilidad de refugiarse en casa. Bajó por las escaleras con la esperanza de prolongar aún más el trayecto, pero estaba tan nerviosa y los pies se le trastabillaban tanto que acabó llegando al entresuelo antes que si hubiese tomado el ascensor. No le quedaba más remedio, abandonó el edificio y poco a poco se fue olvidando del pánico que le producía enfrentarse a la reunión con su director. Concitó todas sus energías en ir hacia delante, se propuso no pensar en nada más que en la marcha misma. Estaba concentrada en sus pasos e incluso llegó a convencerse con un ardid rocambolesco de que alguien la perseguía, de manera que, aunque temiese el encuentro con el profesor, la posibilidad de acabar en manos de un psicópata o un asesino que acechaba tras de ella le resultaba más aterradora. Con esas artimañas logró llegar decidida hasta más o menos la mitad de todo el recorrido, pero enseguida perdió el control de sus pasos. Su cuerpo dejó de responder ante el movimiento dictado y pronto se encontró a sí misma estática en otro lugar muy distinto. De repente, de la calle pasó a ocupar su habitación. De repente, se descubría a ella misma hecha un ovillo sobre la cama, con su cuaderno de notas entre las manos. Todos sus miembros estaban rígidos salvo su mano izquierda que escribía frenética:

Sí, ahí está la historia de una chica que no quería convertirse en piedra. Algún día tendrás que escribirla. Lo que le ocurría a esta chica es que a menudo le acuciaban ataques de pánico que le impedían moverse. Se bloqueaba, se paraba en mitad del camino estuviere donde estuviere. Le era imposible avanzar. Un día, por ejemplo, se sintió incapaz de acudir a una cita. Era una reunión importante con una persona importante donde temía que, por su culpa, afloraran

cuestiones fútiles. La chica se detuvo cuando ya había alcanzado la mitad del recorrido. No solo no avanzó, sino que retrocedió y se escondió en el ascensor del edificio donde vivía, del punto de partida. Al principio se quedó quieta, pero luego pensó que si ella no podía moverse, un movimiento ajeno la calmaría. Subió hasta el cuarto piso, su piso, y volvió a bajar hasta la planta baja. Repitió la operación. Se sentía un poco más tranquila. Luego volvió a repetirla, pero esta vez subió al tercer piso, y siguió con el ritual planta por planta. Mientras subía y bajaba, el ascensor ocupado sin tregua, asediado por ella, generaba cola en las distintas plantas. Los vecinos esperaban frente a la puerta cada vez más exasperados al comprobar que el ascensor no descansaba nunca. La parálisis de esta chica se manifestaba de forma tan intensa, tan violenta, que provocaba sin remedio parálisis a su alrededor. No obstante, cuando ya no le quedaban más pisos por subir, se convenció de que tenía fuerzas para llegar hasta el final y acudir a la cita. Salió del ascensor resuelta y cuando apenas le faltaba un tercio del camino se dio media vuelta corriendo y regresó al lugar de donde venía. En la historia ficticia aún se desconoce el final, pero en la que ocurrió de verdad la chica entró corriendo a su casa, en parte por el miedo de llegar a su destino y en parte porque tenía la urgencia de escribir todo esto que ahora mismo se está escribiendo. Puede que el final de esta versión aún esté incompleto. Vamos a ver.

(La chica está dejando de escribir, se va. Ya no tiene nada que anotar. Ya no le quedan excusas. No va a dudar un segundo en acudir a la cita. Escribir sobre la imposibilidad de ir la empuja a ir. A su vuelta la chica escribe de nuevo).

Al final la chica sí que llegó a su destino y esta vez lo hizo con insólita resolución, pero en el fondo solo era porque sabía que ya no habría nadie, que la persona a la que tenía que ver ya se habría marchado. En efecto, había pasado demasiado tiempo. El despacho de la persona importante estaba cerrado. Aun así, la chica regresó contenta porque, como mínimo, se había atrevido a presentarse.

Esta es la historia más personal de todas las que ha escrito esa chica en este cuaderno. Esta es la historia más personal que ha escrito ella aquí, y eso que este cuaderno es mío. La chica siempre hace lo mismo. Repite hasta el hastío el mismo rito. Igual que sube y baja en el ascensor, no para de regresar inmediatamente en cualquier otro contexto. Todo lo que hace procura deshacerlo luego. Se cree una heroína, alguien digno de protagonizar una novela porque lleva todos sus propósitos, todos sus fracasos, hasta las últimas consecuencias. La chica lloró mucho escribiendo todo esto que he escrito yo, pero conforme se precipitaba en las páginas del cuaderno iba sintiéndome más a gusto en este cuerpo incontrolable y pude dormir tranquila durante unas horas.

El golpe del cuaderno al cerrarse coincidió con el de los párpados de Laia al bajar. Durmió una siesta larga y plácida, como si hubiese comido mucho y la digestión la sumergiese en un letargo irresistible, solo que esta vez no había comido nada. Tenía que digerir todos los pasos acumulados en los que aún no terminaba de reconocerse.

LUIS PEIRÓ

¿QUÉ VAS A TOMAR? ¿CÓMO QUE NO? Te pongo algo, ¿una cañita? ¿Una mediana? Venga, pues un vinito. ¿Un té? Qué aburrido, pero si eso es lo que quieres, muchacha, no te voy yo a incitar al alcohol. Pero sabes, la ebriedad puede adquirirse de muchas maneras. Durante un tiempo, sentí miedo de llegar a ese punto tan peligroso del que se sale habiendo bebido todo lo que uno tenía que beber durante toda su vida. Tenía miedo de que cuando llegara a la edad que tengo ahora alguien me ofreciera una copa y yo tuviese que rechazarla, tuviese que contestar: No, gracias, yo ya bebí todo lo que tenía que beber hace años. Paco, mi querido Paco Lastra, mi mejor amigo, sí que agotó todos los barriles a sus veintipocos años. Antes bebíamos juntos, yo bebía casi tanto como él. Ahora es la última persona con la que podría beber. Yo tenía ese miedo, pero me di cuenta de que siempre he podido rechazar el alcohol. Quiero decir, siempre ha habido algún momento donde yo me negase por voluntad propia, porque no me apetecía, no porque me apeteciese tanto que me asustara, ¿entiendes? Yo soy una persona que sabe rechazar, también sé aceptar el rechazo. No vayas a creer que todo me ha salido de maravilla, pero como no me entristece demasiado la derrota, como la asimilo con facilidad, nunca me he visto como un perdedor. Todo el mundo pierde, eso es impenable, pero yo nunca suelo llorar ante la pérdida. La acepto, la recibo incluso con alegría, porque me digo: Ya vendrán tiempos mejores.

Hay personas, en cambio, que lloran por todo. Yo sigo hablando y no sé si tú eres una llorona o no. Espero que no te ofenda. El caso es que yo tuve una novia muy sensible. La conocí por Clara, además. Me la presentó ella porque trabajaba en la misma tienda de helados en la que Clara estuvo apenas dos meses. Mireia, mi chica, estuvo mucho tiempo. Era muy dulce, algo empalagosa, como los helados que vendía. Sin embargo, en la cama se transformaba por completo, yo nunca había follado de forma tan salvaje con nadie. Había una conexión más allá de cualquier vínculo imaginable, y los polvos podían ser muy largos. Yo aguantaba mucho y estaba casi constantemente a punto de correrme; pero algo me hacía contenerme y prolongar el placer hasta límites imposibles; y cuando yo pensaba que ya no podía gozar más, el goce se alargaba y de nuevo llegaba a una cumbre y subido allá arriba, en la cresta del éxtasis, llegaba de repente a otra cima y así hasta que acababa muerto de embriaguez. Ves, a eso me refería cuando hablaba antes de que no solo de alcohol se está ebrio. Lo que ocurrió fue que después de un tiempo, cuando ya llevábamos unos meses juntos, un día la muchacha se pone a llorar en mitad de un polvo. Yo me bajé de todas las crestas y pensé que le había hecho daño, que había embestido muy fuerte, o yo

qué sé, que a lo mejor no tenía nada que ver conmigo y que, sin saber cómo, se había puesto a recordar algún trauma familiar. Le pregunté muchas veces seguidas si estaba bien, y ella seguía llorando, como poseída. Saqué mi polla, la dejé llorar hasta que se cansó. Me miró con los ojos aún humedecidos y me dijo: No te preocupes, cariño, esto es bueno. Lloro cuando llego al orgasmo de verdad. Bueno, ya te puedes imaginar la cara que se me puso. Si lloraba cuando llegaba al orgasmo de verdad, ¿qué habían sido todos los supuestos orgasmos que había tenido en los meses anteriores? ¿Orgasmos de mentira? No daba crédito. Yo, que nunca derramo una lágrima, me eché a llorar, y ella creía que también yo lloraba de felicidad, pero no. Dejé que lo pensara mientras estábamos ahí, en la cama. No iba a arruinarle ese momento. Por supuesto, esa fue la última vez que nos acostamos.

A Clara le conté la historia. Me dijo que había sido duro con ella, que debería haberme sentido orgulloso de haber conseguido que llorara. También me dijo que ella no lloraba cuando alcanzaba un punto álgido de placer, sino que se reía muy fuerte y de forma muy estruendosa y que en una ocasión asustó a un amante, que pensó que se había vuelto loca. Yo creo que Clara tuvo muchos amantes, más que yo. Creo que era de ese tipo de personas que aman, no de las que odian. Era muy fácil sentirse a gusto con ella, podías estar callado y no resultaba incómodo, y aunque Clara era también una gran conversadora, no tenía prisa por hablar. Muchas veces contaba las cosas a medias. No me refiero a que te dejase con la miel en la boca, a que no te desvelase el final de una anécdota y pareciese el relato de un folletín, donde se deja al lector en ascuas para que siga leyendo y siga leyendo. Lo que Clara hacía era contar solo una parte del todo. Tú no podías saber que en el relato inicial faltaba alguna pieza, pero unos días, unas semanas, o quizá unos meses más tarde, esa historia salía otra vez a relucir y entonces Clara mencionaba un episodio desconocido por completo y la historia tomaba un nuevo valor. A ver, un ejemplo concreto de esto. Sí, mira, recuerdo un regalo que preparó para un amante suyo. Me dijo que con una grabadora había registrado su voz, le había hecho una especie de programa radiofónico personalizado. Me pareció una idea muy original. Por lo que me contaba, no era simplemente la lectura de un texto, de un poema, o algo así. Creo que era una grabación de unos veinte minutos o media hora, donde ella hablaba, leía, incluso quizá hasta cantaba, había música, efectos sonoros. Cuando me lo contó ya lo había terminado y ya se lo había entregado. Era una sorpresa para él, un regalo de verdad, porque no atendía a ninguna fecha señalada. No respondía ni a su cumpleaños, ni a Navidad, ni a San Valentín. Nada de eso, era algo inesperado y me dijo que le había gustado mucho. Unas semanas después me enteré de que Jordi y Clara ya no estaban juntos. Clara no se mostró triste, más bien estoica, como si ya supiese que hace tiempo que esa relación estaba a punto de acabarse. Yo intenté sonsacarle algo más, que llorase, por ejemplo, y no se lo quedase todo dentro, todo mentira, como la novia que tuve y que solo me lloró una vez. Clara me abrazó y me dijo que no me preocupara, me preguntó si recordaba el regalo del que me había hablado y yo respondí que por supuesto. En ese momento me reveló una parte de la historia que ni de lejos sospechaba. Resulta que esa especie de programa radiofónico lo había grabado dos veces, aunque lo había interpretado una sola vez. Se había grabado con dos grabadoras distintas, una colocada muy cerca de ella, y otra envuelta entre un montón de ropa en un cajón semiabierto en la otra punta de la habitación. Lo había hecho así porque cuando empezó a registrarse aún no estaba del todo segura

del tipo de grabación que quería entregarle. Al final acabó dándole la segunda, la del cajón, que era la que peor se escuchaba. No es que quisiera hacerle un regalo defectuoso, sino que se trataba de un regalo a su medida, según las palabras de Clara. Ella lo notaba cada vez más distante, así que le regaló su voz desde muy lejos, entrecortada, cubierta de capas de ropa, velada. El chico no dijo nada de la calidad de la grabación, no se sorprendió de que el sonido fuese extraño, no le preguntó nada. Solo dio las gracias y poco más. Clara me dijo que si no había sabido identificar esa distancia que ella había puesto de forma artificial es que él ya se encontraba demasiado lejos como para que ese tipo de cuestiones le importaran; así que decidió dejarlo. Clara, sin embargo, conservaba la otra grabación, la que se escuchaba limpia. Decía que no iba a regalar su voz a cualquiera, que para entregársela a alguien que no supiese apreciarla prefería hablarse a sí misma.

Por eso Clara no era una persona habladora, era buena conversadora, eso ya lo he dicho, pero no hablaba por hablar, hablaba porque tenía que hablar, es muy diferente. Por eso yo tardé en enterarme de que escribía poesía, tuvo que venir Baptista a decirme que la publicara en *Adelfas Blancas*. El día que Baptista conoció a Clara fue también la primera vez que yo escuché a Clara recitar. Hasta ese momento yo la había visto de vez en cuando en el bar de Pere, pero apenas habíamos hablado. Baptista estaba entusiasmado con ella. A nadie más le publicó un libro. Sí que publicó otras revistas, mías y de otros colectivos, pero libros ninguno, solo el de Clara. Era un buen libro, era una buena poeta, con un humor muy perspicaz. A mí me hacían reír muchos de sus poemas. Recuerdo uno que publicamos en el último número de *Adelfas*. Espera, que te lo recito de memoria:

*A una camiseta le creció un cuello
que se fue alargando hasta alcanzar
una cabeza bien amueblada,
con ojos, orejas y hasta pelo.
Las mangas a su vez se alargaron tanto
que de ellas brotaron unas muñecas
y luego unas manos de mantequilla,
ambas bastante gelatinosas y zurdas,
pero servían para agarrar la cintura
que se movía poseída,
y no por las manos,
sino por una fuerza casi demoníaca,
pues en ella se gestaban
dos cerillas gigantescas
que prendieron en piernas y se apagaron en dos pies
enganchados cada uno al palo
de la cerilla que los había parido.*

*El cuello se retorció
furioso, alicaído y bastante cabizbajo
porque la broma se le había ido de las manos,*

*las de mantequilla que intentaban inmovilizar
a dos piernas que echarían a correr
en cuanto se les diese rienda suelta.*

*La cabeza miró hacia abajo y se sorprendió más que
por ver a unos pies tan antipáticos
por perderlos de vista dos segundos después,
cuando los dedos cedieron
y las piernas salieron disparadas
a una velocidad tan exagerada y presuntuosa
que la camiseta no podía seguirles el ritmo.*

*Quizá las piernas encontraron
a otra camiseta a la que acoplarse,
esta quedó mutilada para siempre,
llorando detrás de las tapas de un libro,
sufriendo en soledad y en compañía,
y pensando que si al menos fuese un cuerpo
entero mutilado y no a medias
nadie vería la tristeza de su rostro
engarzado al cuello que un fatídico día
deseó con aires de grandeza
para ascender en la jerarquía de la ropa
y pasar de camiseta anodina
a blusa desgraciada.*

¿Trágico? Sí, bueno, no sé, es más bien una broma, ¿no crees? Yo no diría que es un poema trágico, en todo caso tragicómico. Oye, te tengo que dejar un momento^[11], vienen clientes, tengo que atender.

BÁRBARA EXPÓSITO

QUERIDA LAIA:

Muchas gracias por ponerte en contacto conmigo. Me gustó hablar contigo, aunque la conversación fuese breve y por teléfono. Como te dije, es poco probable que vaya a Barcelona en los próximos meses, o en los próximos años. Ya apenas salgo de Llanes si no es para visitar a mi hermana en Gijón. Es más, podría decir que ya apenas salgo de mi casa. La compra me la hace una chica que me limpia una vez a la semana, y como tengo la suerte de vivir en una casa grande y con jardín, solo de vez en cuando se me ocurre salir a pasear por el pueblo. Ya te comenté que me es más fácil escribirte que hablar por teléfono. Si pudiésemos vernos cara a cara, sería otra cosa. Pero ya que no puede ser, mejor te escribo porque siento que ordeno mejor las ideas.

Conocí a Clara en el bar de Pere, como a tantas otras personas. Nunca se quedaba, nunca se decía que fuésemos a tomar una cerveza al barrio chino (porque entonces aún se llamaba así, aunque no por mucho tiempo). Uno llegaba allí cuando quería y se encontraba con algún cliente habitual, o con alguien que tal vez conocía a alguien que tú conocías, o a veces Pere te presentaba a un tipo sentado a la barra, y así pasaban las tardes y las noches, encadenando una conversación, una risa con otra. Muchas veces, sobre las dos de la madrugada, Pere bajaba la persiana del bar. Esto no era una invitación a que nos fuéramos, al contrario, se trataba de restringir la entrada para que todo quedara en familia. Nos encerraba y él se encerraba con nosotros. Cuando esto ocurría era porque ya solo resistíamos los de siempre, el grupo de diez, quince, veinte amigos o amigos de amigos que se había ido gestando a fuerza de acudir siempre al mismo lugar. Siempre se colaba alguien a quien nunca nadie había visto, pero eso formaba parte del encanto de todo aquello y de la teoría evolutiva de los grupos sociales. Los que no encajaban no volvían y los que congeniaban repetían. Creo que Clara fue uno de esos individuos que apareció de la nada una tarde y se quedó hasta que Pere nos encerró, e incluso siguió con los incansables que caminaron hasta la playa cuando Pere cerró definitivamente y la mayoría se retiró a dormir.

Ese día no hablé con ella, porque los Cámara y la Elegante acapararon toda su atención. Los Cámara era una pareja de homosexuales, uno de ellos se apellidaba así, pero el apodo venía, sobre todo, porque ambos eran fotógrafos, y uno de ellos, Luis, el que no se apellidaba Cámara soñaba además con ser director de cine. A veces se traían su super-8 al bar y nos grababan. A Luis le gustaba hacer retratos, o así los llamaba él. Una vez me preguntó si podía retratarme, yo

pensaba que iba a sacarme una foto, pero me apuntó con la super-8 durante un buen rato. No sé qué haría con tantos minutos de mi cara aburrida. En fin, por aquel entonces Luis y Alberto, —así se llamaba el otro— eran unos enamorados adorables, aunque luego acabaron odiándose. No los he vuelto a ver en todos estos años. La Elegante estaba en el vértice de ese triángulo amoroso. Su apodo era la forma irónica que ella misma tenía de referirse a su estilo estafalario. Los tres vestían así, con mallas de colores vistosos, con mechas postizas, maquillaje casi circense. A lo mejor estoy exagerando, yo soy bastante hiperbólica. Me encanta esa palabra, suena tan bien. Por eso exagero, quizá, para decir que soy hiperbólica. La cuestión es que esa noche en que vi por primera vez a Clara ni siquiera la saludé, pero me llamó poderosamente la atención el hechizo que causaba a su alrededor, quizá alentado por la mirada exclusiva que le dedicaban los Cámara y la Elegante. No sé si a ti te ha ocurrido alguna vez algo así. De repente, no sabes por qué, hay una especie de fuerza que te empuja a mirar a alguien, a admirarlo, y luego te das cuenta de que ese embate lo producen los demás. La concentración de miradas hacia un punto concreto te instiga a sumar la tuya. Clara producía ese efecto. Al principio, al verla con los Cámara pensé que no tenía nada de especial porque se parecía a todas las muchachas enclenques y pálidas a las que les gustaba fotografiar. Eran chicas que frecuentaban el bar durante unas semanas y luego ya no volvían. Cumplían su función de musa durante una temporada hasta que eran substituidas por otra. Entraban ya escoltadas por los Cámaras, porque las habían conocido antes, en la calle, en otro bar, pero los primeros encuentros no solían producirse ahí. Sin embargo, Clara entró sola y no parecía conocer a nadie de antemano. La descubrieron esa noche y quisieron quedársela, como juguete, como musa. Y aunque ella se dejaba con gusto abordar y reía sus chistes, no encajaba con la imagen de los retratos de chicas jóvenes, escuálidas y pálidas capturados por los Cámara. Eso fue lo que intuí aquella noche y lo ratifiqué semanas más tarde cuando Clara estaba perfectamente integrada en el bar de Pere, como uno de esos sofás al fondo, llenos de mugre, que debían de llevar ahí décadas, desde antes de que el local se reabriera con el sobrenombre de bar de Pere — ya no recuerdo cuál era su verdadero nombre—. La Elegante me enseñó un par de fotografías que le habían tomado a Clara. Parecía que fuese a moverse, aunque fuese tan solo un pestañeo, en cualquier momento. Creo que se debía a que no era consciente de la cámara, no como las otras chicas que lo eran demasiado, y sus rostros emitían artificio, una mueca falsa que se esfuerza por no serlo. O quizá, era todo lo contrario, Clara se daba perfecta cuenta de que le apuntaban con la cámara, pero le daba igual. Me impresionaron muchísimo esas fotos, porque nunca antes había podido predecir el rumbo de un movimiento, cómo alguien iba a acabar el gesto congelado en una imagen. Era como si Clara estuviese viva, ahí, en un rectángulo de nueve por trece, una Clara en miniatura, como mis bonsáis.

Eso es lo que me apasiona de los bonsáis, son vidas reducidas para poder ser abarcadas con mayor cuidado y detalle. Empecé a cultivarlos cuando era niña. En casa nunca tuvimos jardín, solo un patio con malas hierbas y un manzano, que era la alegría de la familia. Cuando daba sus frutos mi madre hacía unas compotas deliciosas y yo invitaba a mis amigas a merendar, me acuerdo. Me gustaba que el árbol estuviese en la casa, era como nuestro guardián. Yo siempre andaba buscando árboles. De pequeña, construía con otros niños cabañas alrededor de algún algarrobo o sauce. A menudo la fabricación era sencilla, bastaba con robar algunas cortinas o sábanas y colgarlas de las ramas, organizar las piedras de forma estratégica, o dar con un trozo de madera que pudiese hacer las veces de mesa. En una ocasión hasta introdujimos muebles en la

cima. Las ramas eran gruesas y no resultaba difícil trepar por el tronco. Lo hacíamos apoyándonos en un nudo prominente situado a una distancia media entre la primera rama y el suelo. Llegamos a colocar hasta tres sillas entre las ramas. Mis amigos siempre acababan riñéndome, yo era la más pequeña del grupo y adoraba los árboles más que ninguno. Siempre quería trepar más, pisar la punta de la rama más alta. Sentía algo similar a lo que me ocurría montada en el columpio. Empujaba mi cuerpo cada vez más adelante, para subir un poco más, pero siempre, siempre sabía que no había llegado todo lo alto que hubiese podido, o que hubiese querido. Amaba los árboles porque no se terminaban nunca, siempre me quedaba una rama por tocar, siempre había arrugas, hojas, nudos en los que no había reparado. Un día le dije a mi madre que quería un manzano para mí sola. Le pedí que plantásemos otro manzano en el patio y que fuese solo mío. En lugar de eso, mi madre clavó una ramita en una maceta y poco a poco fue creciendo. Yo creía que era así como nacían todos los árboles, primero los acunaban en macetas, y luego echaban a andar a los bosques. Creía que algún día alcanzaría la altura de su madre, como yo algún día también lo haría; pero luego vi cómo mi madre lo recortaba y lo podaba. Se esforzaba por mantenerlo pequeño y a pesar de que esa no era mi idea inicial, me gustó más de lo que había planeado. Ese fue mi primer bonsái, también el de mi madre. Fascinadas por el éxito de aquel primer intento, plantamos más: un olivo, un pino. Empezó como un *hobby*, pero para cuando me mudé a Barcelona ya había acumulado tal experiencia, tantos arbolitos, que soñaba con abrir una tienda de bonsáis, que se convirtiera más bien en una galería de arte.

El problema era que no tenía ni un duro, y mis ambiciones de fama y riqueza tampoco eran muy significativas. Me conformé con poder cuidarlos en mi piso compartido, y mostrarlos en algún concurso, o exposición. Un día convencí a Pere para que los expusiera en el bar. Vendí algunos, y a muy buen precio. De todas formas, no me interesaba venderlos, por mucho que necesitara el dinero. Los quería demasiado a todos como para abandonarlos así, en manos de otros que no les proporcionarían los mimos que yo les daba. De hecho, sufría cuando me veía obligada a pasar unos días fuera y me despertaba lejos de mis niños. Se los presenté a Clara cuando vino a casa expresamente para ello. Como ella no solía hablar de lo que hacía, empecé a contarle mi amor por los bonsáis. Pocos han mostrado tanto interés y entusiasmo, la mayoría siempre acababa diciendo algo como «¡vaya, qué original!». Pero Clara tenía verdaderas ganas de verlos y de aprender sobre su manera de estar en el mundo. Quise creer que en ella había encontrado una compañera de batalla y por un momento hasta pensé que algún día podríamos fundar juntas esa galería que tanto anhelaba. Más tarde descubrí que su interés no era excepcional ni exclusivo. No hay centímetro alguno sobre la faz de la tierra que no suscite curiosidad en Clara. Recuerdo una vez que se quedó embobada en los huecos del respaldo de una silla de mimbre. Creo que escribió un poema sobre ello, pero ya no me acuerdo. Aunque no voy a negar cierta desazón al comprender que nunca abriríamos juntas ninguna galería, admiraba su capacidad de abstracción, su entrega a las pequeñas cosas que, al fin y al cabo, era también mi pasión, aunque yo la concentraba en un solo campo.

Fui entrenándola para cuidar a los bonsáis, y ella aceptó con ganas el ejercicio. Le enseñé a podar y recortar las ramas. Luego pasamos a lecciones más complicadas, como el alambrado, para dar forma al árbol, doblar el tronco o inclinarlo hacia un lado. También aprendió a crear madera muerta y más o menos dominó la técnica para hacer que las raíces sobresalgan por encima de la tierra. La inicié del mismo modo en que lo hice yo. Su primer y creo que único bonsái fue un

manzano. Lo plantamos en mi casa, y como venía a menudo, sobre todo en la época en que impartí aquel curso intensivo de jardinería a pequeña escala, lo dejé allí. A veces yo le daba algunos retoques por mi cuenta, pero al principio ella fue quien lo cuidó y lo diseñó. Una vez fui a visitar a mi madre dos semanas a Gijón y le encargué que se quedase en casa, vigilando a mis niños. No me fiaba de Julia, mi compañera de piso. Era buena gente, una de mis mejores amigas entonces, pero no sabía nada de bonsáis. A menudo pasaba días sin aparecer por el piso. A veces me asustaba. A pesar de ser una de las personas con las que ella más confianza tenía, había un halo de misterio a su alrededor que siempre me fue desconocido. Durante esas semanas mis pequeños estuvieron a buen recaudo con Clara. Cuando llegué estaban tan contentos como siempre, y Clara me regaló este poema:

LADOMADORA DE BONSAÍS

*¿Cuántos bonsáis hacen un árbol?
¿Y cuántos se pueden sacar de un manzano entero?
La domadora de bonsáis
estira los troncos hacia un punto ciego,
desde allí ven lo que otros desconocen
y crean una sombra,
medida del paso del tiempo
que les queda hasta alcanzar la edad adulta
Los años pasan,
la sombra crece y decrece
La madera imperturbable,
presagio de una exigüidad perenne,
invoca el gesto grácil de la domadora de bonsáis*

*¿Cuántas ramas soñaron con ser árboles?
¿A cuántos árboles les quedaron grandes las raíces
que acabaron en ramas de madera muerta?
La domadora de bonsáis
regala cimientos a los desarraigados
encoge ecosistemas
para que su grandeza
quepa en el imperfecto ojo humano
riega con sus lágrimas,
alimento de la nostalgia y el espíritu*

*¿Dónde empieza la rama
y dónde la raíz?
¿Cuánta fuerza tuvo que emplear*

*la domadora de bonsáis
para detener el ascenso a los cielos?
Hágase tu voluntad,
domadora de bonsáis,
aquí en la tierra.*

Me encantó ese título que me otorgó, la domadora de bonsáis. Algunos amigos leyeron el poema y empezaron a llamarme así. A la vuelta de Gijón, trasplantamos su manzano a otra maceta, le propuse una plantación en roca, es decir, hacer que las raíces bordeen una roca antes de llegar a la tierra. Tenía un par de arces así. Para mí eran las joyas de la corona. Fuimos a Montjuic a buscar la piedra adecuada. Nos pasamos toda una mañana y parte de la tarde hasta que Clara por fin se decidió. Acabé un poco harta, y eso que yo también tengo mucha parsimonia, pero ninguna es comparable a la de Clara, que a veces encontraba una roca y se pasaba veinte minutos observándola, tocándola, hablándome sobre ella. Como cuando la vi en esas fotografías que me enseñó la Elegante, de nuevo Clara no dejaba de sorprender. Su cabeza disparaba ideas insólitas, a veces tiernas, como en el poema que me dedicó, a veces demasiado complicadas como para que yo pudiese entenderlas, y a veces daba miedo. Tenía una concepción muy trágica de la vida, aunque difícilmente se percibiese a simple vista. Lo que me cautivó de esas fotografías era que podía predecir el movimiento que iba antes y después del momento de la imagen, pero las oscilaciones que ocurrían en el interior de su cabecita eran insondables. Una se daba cuenta después, a través de sus textos y se preguntaba: ¿cómo esa figura tan grácil y serena podía generar tanto desasosiego? Unos meses después del trasplante del manzano leí un texto suyo publicado en una revista, un número en el que habían publicado otros amigos escritores, fotógrafos y pintores. Ella nunca me había hablado de ese texto, lo que no me extraña, ya que no hablaba de lo que escribía a menos que se le insistiera. ¿Y cómo iba yo a figurarme que se le había ocurrido narrar la muerte del manzano? Fue un relato premonitorio, porque al árbol no le sentó bien el trasplante en la roca y tuvimos que cambiarlo de nuevo. Fue perdiendo vigor y no volvió a recuperarse del todo. Siguió viviendo, pero era como un vivo muriente. El título del texto ya encerraba una ironía angustiosa, *Vida de un manzano*.

Una rama de manzano se empeñó en separarse de su árbol. El árbol no se opuso y le dejó echar raíces en el aire. De la rama crecieron unas ramitas finas, que apuntaban al cielo, y el cielo le devolvía las caricias. Pero cuando las raíces se alargaron lo suficiente, alguien pensó que no podían quedar desarraigadas, flotando como una nube. La rama fue arrancada del árbol y la plantaron en una pequeña maceta aparte. En poco tiempo la rama se convirtió ella sola en un árbol en miniatura, con hojas perfectamente recortadas y manzanas del tamaño de una uña cuando la estación se prestaba. Pasaron los años y decidieron cambiarla a una maceta coronada por una piedra angulosa y extravagante. La forzaron por medio de alambres a mantenerse sobre la roca. Apretaron sus raíces contra las paredes y en unos meses, sin ayuda de cables, estas se mantenían pegadas a la piedra, como abrazándola con tristeza. Las raíces para llegar a la tierra debían primero rodear la roca. Bajo este pacto transcurrió el resto de la vida del pequeño manzano y gracias a su aspecto inaudito recibió numerosos elogios e incluso

ganó algún que otro concurso de árboles en miniatura. Sin embargo, más allá de la belleza, de los colores hipnóticos de sus hojas en otoño o del delicioso sabor de sus frutos, aquel árbol tuvo una vida triste bajo el yugo de la roca. Enfermó de belleza, abrumado por todos los cuidados y miradas, y no tardó en morir. Lo enterraron en la misma maceta en que perdió la vida. La roca, verdugo y víctima a la vez, se quedó ahí, y lo más cerca que estuvo de la muerte fue al desempeñar el papel de lápida. Nada más volvió a pasar en aquella tumba, salvo el tiempo.

El tiempo pasó también por encima de nosotras. Es duro ver cómo se cumplen los presagios de ficción. No solo el manzano murió, aunque conservase la vida, sino que nuestra relación, ella misma, desapareció de repente. Estuvimos muy unidas durante un tiempo. Yo la acogí en mi casa cuando me convino tener a alguien para que cuidase de mis bonsáis y la volví a acoger más tarde cuando no tenía adonde ir. Fue cuando dejó los estudios y sus padres dejaron de enviarle dinero. Estuvo viviendo en mi casa durante cinco o seis meses. Julia y yo la acogimos en el salón, aunque muchas veces era yo la que se quedaba en el salón y Clara se apoderaba de mi habitación. Por esa época estuve un mes entero fuera, en casa de mi madre, en Gijón. En el piso solo estaban mi compañera Julia y Clara. De Julia aún conservo el contacto, te lo puedo dar si te interesa. De Clara, hace mucho que no sé, pero también hacía tantos años que no me había preguntado dónde estaría. Se esfumó más rápido que una calada y aunque su pérdida fue dolorosa los primeros meses, los primeros años, la ausencia se volvió natural al cabo del tiempo y hasta hace unas horas no había vuelto a pensar en Clara Dubasenca. Ahora que la recuerdo, no puedo dejar de repetirme: Qué mujer, qué mujer. He acumulado más hojas muertas tuyas que de todos los bonsáis que he cuidado desde mi infancia.

Espero que te sirvan estos recuerdos y anécdotas. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas, y no dudes en llamar o escribir a Julia de mi parte si crees que puede serte útil. Te mando también algunas cosas que he encontrado por ahí y que quizá pueden servirte. Son algunos números de *Adelfas Blancas*, y el cuaderno de un viejo amigo al que conocí en el bar de Pere, Gerard. Él también se mudó a Asturias un tiempo y lo acogí en casa de mis padres hasta que se marchó al País Vasco y yo acabé encontrando una casa para mí sola. Ya no sé nada de él, y ya estoy muy mayor para seguir acumulando trastos, así que mejor quédatelos tú, que seguro les das mejor uso.

Abrazo fuerte,

Bárbara

GERARD AGUILAR

9 de abril de 1988

CLARA DUBASENCA, O DUBA, COMO ALGUNOS LA LLAMAN, o simplemente Clara está en la universidad, aunque casi nunca va a clase. La conocí hace ya más de un mes en el bar de Pere, pero aún no he tenido tiempo de escribir nada sobre ella. He estado muy ocupado tratando de desenamorarme del Cámara. El verdadero Cámara, Alberto, y no esa sombra rastrea llamada Luis y que forma parte de la aglutinación a la que todos se refieren como «los Cámara», aunque Luis no se apellida así y sus fotos solo son una imagen parasitaria de Alberto. Clara Dubasenca ha sido testigo de uno de los momentos más íntimos que tuve con Alberto. De pura casualidad, me encontré con Alberto hace ya más de un mes en el Gótico. Iba solo, algo insólito. Nunca lo había visto sin Luis o sin la Elegante como escoltas. Es obvio que a Alberto le gusto y por eso no tardó en sugerirme que diésemos un paseo juntos, pero Alberto tiene el ego demasiado grande como para abandonar al perrito faldero de Luis, así que por mucho que me guste a mí, no puedo esperar nada de él y he tenido que estar todo este tiempo tratando de convencerme de que es mala persona por narcisista y veleidoso, pese a que estos defectos no eclipsen sus incontables virtudes. El día que Alberto me propuso dar un paseo a solas me llevó a una heladería que había descubierto hacía poco. Cuando llegamos saludó a la vendedora como si la conociera. Era Clara Dubasenca, aunque en ese momento no me dijo su nombre. Solo me dio el helado de chocolate que pedí y se quedó charlando un rato conmigo y con Alberto mientras ambos nos comíamos el helado como enamorados. Me di cuenta de que parecíamos unos enamorados porque Clara nos miraba así, como cuando yo, por ejemplo, miro a unos tórtolos besándose en el autobús. Ese día sí que pensaba que quizá Alberto podría enamorarse de mí como yo lo estaba de él. Puede que hasta Clara lo hubiese pensado. Unos días más tarde encontré a Clara en el bar de Pere, iba con Alberto, con Luis y con la Elegante. Me saludó desde lejos. Me la he seguido encontrando en el bar de Pere varias noches. Parecía bien integrada, no solo con Alberto, también hablaba con Bárbara, con Luis, con Pere. En muy poco tiempo se ha convertido en alguien de cierta importancia en el grupo. Yo apenas había hablado con ella hasta que una noche de borrachera con Pere, con Bárbara, Luis Peiró y todos esos, Clara se empezó a preocupar porque a la mañana siguiente tenía clase de Literatura Universal. Decía que era una sesión muy importante, que debía ir, aunque quedaban menos de tres horas para que empezara la clase y todavía no había pegado ojo. Yo le decía que tenía que irse a dormir, y Luis Peiró argumentaba que la literatura universal no era tan importante como la literatura del bar de Pere. Hasta entonces creía que yo le resultaba

indiferente, pero me pidió que la acompañara a clase, que iba a ser divertido y que si no podíamos entrar, al menos lo habríamos intentado. No me negué porque, en realidad, era lo más emocionante que me habían propuesto desde que me tomé aquel helado con Alberto. Me había hecho sentir importante pidiéndomelo, y pidiéndomelo solo a mí. Llegamos a la universidad a la siete y media de la mañana. Aún quedaba una hora para que empezase la dichosa clase. Yo le decía que no íbamos a poder aguantar. Me metí en el baño, me lavé la cara, muchas veces, con jabón, sin jabón, de todas las maneras. Cuando salí me la encontré en el pasillo, avanzando por el centro de ese pasillo vacío y aún en penumbra. No dije nada, me acerqué a ella por detrás, quería darle un susto. Clara iba dando pequeños pasos, muy tímidos, como a hurtadillas. Me pareció muy extraño, a veces movía ligeramente las manos hacia los lados, como si intentase tocar algo. Fui avanzado yo también a ese ritmo, aunque un poco más deprisa, para poder alcanzarla, y cuando ya estaba muy cerca de ella, de repente, fue desviándose del centro del pasillo poco a poco, iba decantándose cada vez más hacia la izquierda. Parecía que me estaba evitando, pero en el fondo no se había dado cuenta todavía de mi presencia y eso era lo que más me sorprendía de todo. Siguió torciéndose más y más hacia la izquierda hasta que se chocó con una columna. Se giró con brusquedad hacia mí y casi pega un grito. Le pregunté qué estaba haciendo. La había asustado, pero no del modo que tenía en mente. Me contestó que estaba caminando con los ojos cerrados, le gustaba hacerlo cuando no se sentía del todo a gusto en el lugar o en el tiempo, eso dijo. Estaba triste porque no había conseguido cruzar todo el pasillo sin mirar, no había superado el reto. Tienes que probarlo, me dijo, si logras atravesar este tramo entero con los ojos cerrados te sentirás mejor. Entonces cerré los ojos y eché a andar. Era una sensación rara, estaba tenso y relajado a la vez. Mantener los ojos cerrados mientras vas caminando resulta tranquilizador, pero al mismo tiempo hay una parte perturbadora, aunque es la más interesante. Conforme avanzaba iba sintiendo los cambios de luz. A veces pasaba más cerca de una ventana y me llegaba un halo de luz que me golpeaba en la cara y luego enseguida todo se volvía más oscuro, era como si la luz fuera acariciándome o fustigándome a medida que el camino se acortaba. Precisamente en uno de esos cambios bruscos de iluminación abrí los ojos. Me quedaba un cuarto del pasillo. Me sentí tan impotente, no sé por qué los abrí. Era más difícil cumplir ese reto de lo que pensaba. Di una vuelta a mi alrededor. Clara se había ido. La busqué por otros pasillos, pero ya no estaba. No me sentó mal y no hemos vuelto a hablar de ello. Creo que Clara sabe cosas de los demás que los demás no saben sobre ellos mismos, o quizá ni siquiera sabe que las sabe, aunque las sepa. A pesar de no conseguir atravesar el pasillo completo con los ojos cerrados y aunque al principio creía que había fracasado, ese reto me ha vuelto más fuerte y después de este episodio he empezado a superar el desengaño de Alberto. Ahora atravesar un pasillo muy largo con los ojos cerrados me preocupa más que él.

3 de marzo de 1993

ME HA COSTADO VARIOS AÑOS CRUZAR UN PASILLO de punta a punta con los ojos cerrados, pero ayer por fin lo logré. La idea es de Clara Dubasenca. Según me dijo, ella sí lo había atravesado sin abrir los ojos en alguna ocasión, pero en muchas otras había fracasado. Me he sentido tan bien,

con un dominio de mi cuerpo que nunca había experimentado. Clara tenía razón. La primera vez que intenté superar el reto del pasillo ella estaba conmigo, pero cuando volví a abrir los ojos cuando me faltaba un buen trecho todavía, había desaparecido. Luego la volví a ver en otras circunstancias, pero ya hace mucho que no sé nada de Clara y quizá ahora sí haya desaparecido por completo. Me habría gustado compartir esto con ella.

UN BUEN TÍTULO

E *STIMADA LAIA:*

Ahora soy yo quien debe disculparse por el retraso en responder. A estas alturas, ya debes saber que la investigación absorbe mucho más tiempo del que uno imagina, y si a eso le sumas el trabajo como docente, cada vez más denostado, comprenderás que hay que hacer malabarismos para compaginarlo todo y además cubrir necesidades básicas como comer y dormir.

Hasta ahora no había podido leer con la calma y la rigurosidad que tu trabajo se merece. El esquema que propones me parece el apropiado para una primera investigación de cierta envergadura. Tiene coherencia con lo que se espera de un proyecto de fin de máster. Se nota el esfuerzo y la pasión por el tema. Sin embargo, creo intuir que la coherencia que se desprende de este primer borrador es paradójicamente incoherente con el posible resultado final, pues considero faltan datos bibliográficos y el trabajo corre el riesgo de rayar en un mero reportaje. Se trata de una autora atípica con nula repercusión y precisamente por eso tienes todo el camino abierto, pero ello no puede disculpar que un estudio literario se transforme en un análisis sociológico.

Es normal incurrir en errores en la primera entrega, y es mejor que así sea, para que en las siguientes se enmienden. Todavía tienes tiempo y lecturas por delante. Te recomiendo encarecidamente cualquiera de los libros que aparecen en el apartado Voz poética y narratología de la lista de bibliografía señalada de la asignatura. Si lo necesitas, dentro de tres semanas, estaré disponible para una tutoría.

*Un cordial saludo,
Antonio Antón*

No entiendo cómo alguien que escribe algo tan pedante y con tanta altanería puede caerte bien, dice Laia exaltada. Puede que el tono sea algo altanero, pero es normal cuando se trata de una relación jerárquica, cuando él es el profesor y tú la alumna, no me parece en absoluto pedante, tiene razón en lo que dice y sus recomendaciones solo están para ayudar, yo me he leído casi toda la lista de lecturas opcionales y aunque hay algunas un poco coñazo, en el fondo son todas muy útiles, argumenta Diego, que parece que no intenta tanto calmar a Laia, sino más bien justificarse a sí mismo, justificar su postura tan diferente de la de ella. Esperaba algo de consuelo por parte de

Diego, sobre todo después de leerle el correo con un tono de voz entre indignado y ridículo. Todo en el mensaje me da mucho asco, qué mierda de saludo es ese, estimada, ¿estimada?, ¿cómo puede estimarme si en clase ni siquiera sabe que existo porque solo repara en su propia existencia, en su propia presencia en clase, y le da igual que la mitad del alumnado esté ausente o que el aula esté llena porque siempre hablará para sí mismo?, ¿cómo va a estimarme si apenas me ha mirado a los ojos una vez y media en la primera y única tutoría, y siempre para asegurarse de que le escucho hablarse a sí mismo?, y luego qué clase de despedida es esa, ¿un cordial saludo?, cordialmente te digo que no me importas lo más mínimo, pero si lees lo que yo leo y citas alguno de mis artículos a lo mejor puedes ser un cuarto de la mitad de importante de lo que yo soy, ¿cómo no te da asco todo eso, Diego?, pregunta Laia sin esperar respuesta, más fuera de sus casillas que nunca. Diego, que está al tanto de las pesquisas de Laia, sigue justificándose: Cuando me enseñaste el esquema te dije que quizá deberías centrarte más en los textos que tienes de Clara Dubasenca, y no tanto en las anécdotas de su vida, eso te dije y...

Y ese «y» se le antojó a Laia como una reprimenda, como una advertencia paternalista, y ese «y» cortó el discurso de Diego durante un buen rato. Durante unos minutos Laia no pudo escuchar nada de lo que salía expelido por los labios de él. Tal era su rabia que ni siquiera se molestó en interrumpirle, porque estaba muy pendiente de sentirse sola sin remedio. Había llamado a Diego en busca de un consuelo que no solo no le proporcionaba, sino que parecía que le echaba en cara que fuese pidiendo consuelo por ese asunto con el que no comulgaba, porque al parecer Diego debía de tener unas ideas demasiado férreas sobre la investigación y no podía permitir las quejas de una amiga que no se sentía a gusto en lo académico, al menos no en ese momento, al menos no después de leer el correo mezquino de su profesor. No sé, Laia, no te estoy contando nada que tú ya no sepas, y con esa sentencia ella retomó el discurso de Diego; no te estoy diciendo que ahora tengas que comprometerte con el mundo académico y que escribas artículos, y los mandes a revistas y a congresos; solo te digo lo que se espera de un máster de investigación literaria. Laia sabía que ahondar en ese tema solo iba a empeorar el estado de tristeza en que se hallaba, así que le pidió que hablasen de otra cosa y se hizo un silencio largo que al final Diego quebró con una pregunta más o menos inoportuna: Oye, ¿cómo te ha ido el trabajo para el seminario sobre lo trágico? Ella contestó con una onomatopeya que podría significar indiferencia o cierta decepción y luego añadió que le habían puesto un siete, y él, indignado, dijo que también había sacado un siete, y entonces se lanzó en una cruzada contra los criterios de evaluación de la profesora del seminario sobre lo trágico y hasta llegó a decir que si había tenido una nota tan mediocre era porque no se lo había leído bien, y más aún, porque no se había leído la mitad de las obras que citaba o con las que había trabajado en la bibliografía y que por eso no había entendido su trabajo y no podía apreciarlo. Laia no quiso aprovechar la oportunidad de venganza que Diego le ofrecía en bandeja de plata. No era su estilo, le parecía rastroso devolverle sus críticas, ponerse de parte de la profesora que, según él, de forma tan injusta se había comportado. Es muy probable que Diego exagerase, pero el motivo de su malestar era bien distinto al de Laia, pues mientras Diego sufría ante la posibilidad de no estar a la altura en ese terreno que tanto le apasionaba, ella sufría precisamente por tener que estar a la altura de algo que estaba empezando a aborrecer. No debería tenerle en cuenta ese comportamiento nefasto que acababa de tener, porque, al fin y al cabo, estaba hablando desde su pasión investigadora, y aunque a Laia le costase reprimir la risa cuando le escuchaba hablar con tanta vehemencia sobre su posible proyecto de tesis, en la que compararía el

Romanticismo alemán con textos desconocidos del Romanticismo español, aunque a Laia le hiciese mucha gracia que alguien pudiese pasar cuatro años de su vida analizando algo inexistente como el Romanticismo español, lo respetaba, y entonces apretaba los labios para no soltar ninguna carcajada y lo apoyaba en la medida en que podía. Le habría gustado recibir ese apoyo de parte de Diego, pero todo el mundo es torpe alguna vez, y a todos les ha nublado la vista algún diploma o título importante. Diego estaba obnubilado ante la perspectiva de graduarse en el máster porque eso le abriría las puertas a otro título, el del doctorado, y así sucesivamente, pensaba Laia. Y pensaba también en ese poema de Clara titulado *Tabla de contenidos*, que le habría gustado enseñar a Diego, porque en realidad no conocía nada de lo que había escrito Clara. Tan solo ha leído algo de lo que Laia ha escrito sobre ella. Lo recitó de memoria para sí misma.

<i>La inutilidad de los títulos</i>	1
<i>Títulos académicos imprescindibles para un buen actor</i>	1
<i>Título de enfermería</i>	1
<i>para poder enfermar</i>	1
<i>Título de manipulador de alimentos</i>	1
<i>para emancipar cuerpos</i>	1
<i>soltarlos de la mano</i>	1
<i>Título de nivel avanzado en un idioma exótico que carezca de literatura</i>	1
<i>para poder escribirla</i>	1
<i>escribir hasta pasar por nativo</i>	1
<i>ser nativo hasta volverse extranjero</i>	1
<i>Título de estudios de máster en Historia Extemporánea</i>	1
<i>para remontarse a tiempos que no han existido</i>	1
<i>para existir en una época inventada</i>	1
<i>Título de tenencia de armas</i>	1
<i>para pegarte un tiro</i>	1
<i>por exigencias del guion</i>	1
<i>por amor al arte</i>	1
<i>Títulos nobiliarios recomendables en toda familia incestuosa que se precie</i>	1
<i>Poeta</i>	1
<i>cefalópodo</i>	1
<i>pluma ligera como una cabeza en los pies</i>	1
<i>crustáceo</i>	1
<i>danzarín hacia atrás</i>	1
<i>caballito de mar</i>	1
<i>interrogante incansable</i>	1
<i>Narrador</i>	1

<i>Diptongo</i>	1
<i>Hiato</i>	1
<i>Esdrújulo</i>	1
<i>Filósofo</i>	1
<i>domador de pájaros</i>	1
<i>habitante de imágenes</i>	1
<i>pseudópodo fronterizo</i>	1
<i>Títulos de la colección facticia de una biblioteca en llamas</i>	1
<i>Teatro del siglo de oro en un aeropuerto</i>	1
<i>improvisaciones en la recogida de equipajes</i>	1
<i>el buscón de la maleta extraviada</i>	1
<i>farsas en un pasillo rodante</i>	1
<i>entremeses en la puerta de embarque</i>	1
<i>Manifiestos del movimiento sinrrealista</i>	1
<i>sincronía del sinrrealismo</i>	1
<i>por un mundo sintigo</i>	1
<i>Correspondencia no correspondida</i>	1
<i>miradas lánguidas de una sombra a un hombre sombrío</i>	1
<i>campo erial, contra campo edificado</i>	1
<i>adivinación del pasado en los posos de té de una cafetera</i>	1
<i>notas malintencionadas del editor a un lector de líneas</i>	1
<i>Referencias cruzadas</i>	1
<i>ningún título envía a buen puerto</i>	1
<i>los puertos perforan el mar con más insidia que los barcos</i>	1
<i>son los puertos los que llegan a los barcos</i>	1
<i>la tabla de contenido nunca pudo ser continente</i>	1
<i>es barco con forma de puerto a la deriva</i>	1

JULIA ARRANZ

BUENOS DÍAS, LAIA, NO SÉ HASTA QUÉ PUNTO TE VA A SERVIR ESTO, pero ya que insististe en tu llamada, te lo envío. Ya sabes que yo apenas conocí a Clara, quien la conocía era Bárbara. Conviví con ella, en el mismo piso, durante un tiempo. Eso es todo. No se puede conocer a alguien simplemente por eso. Yo no la conozco^[12]. Como acordamos, te envío lo que escribí mientras ella estaba viviendo en mi casa. No es verdad, es inventado, pero si hay algo de lo que tengo yo que pueda servirte está en ese cuaderno, en *La habitación de Sveta*, así es como lo llamé. Solo son notas.

Saludos,
J.

Al principio no me atrevía a entrar en la habitación de Sveta, pero al final resultó que me había adentrado en ella mucho antes de lo que pensaba. Sveta solicitaba a menudo mi compañía, porque le costaba habitar los espacios por ella misma. Me decía: Puedes venir acá o allá, ¿quieres tomar un té? Y yo iba y ponía mi cuerpo en un sitio concreto durante un rato, o varios. Le alegraba que alguien le ayudase a rellenar la casa, la mesa de un bar, o el césped de un parque, aunque solo fuese como elemento decorativo.

*

La primera vez que entré en su habitación sin que ella estuviera dentro estaba al acecho de encontrar algún secreto valioso. Siempre que había estado allí, me invadía una enorme curiosidad que nunca quedaba satisfecha. Me preguntaba qué títulos rezaban los libros de la estantería, qué escondería el interior de los cuadernos, de los cajones y armarios, o incluso debajo de la cama. Su presencia me impedía espiar y desenterrar los numerosos tesoros que intuía ahí dentro. Sin embargo, cuando por fin pude acceder a la habitación sola, sin la percusión de su mirada para detenerme, fui incapaz de extraer algo de valor. Las estanterías, los armarios y todo el espacio que abarcaba la habitación estaba mucho más vacío de lo que había imaginado. Sin ella no quedaba nada. Aunque me esforzara rastreando en los rincones

más insospechados, tuve que aceptar que su presencia era el único hueco de la habitación que merecía ser explorado.

*

Nada parecía complacerla. Un día conocí a la madre de Sveta. No sé si era su madre, pero tenía que ser su madre. Hay parentescos que sobrepasan cualquier rasgo genético. La vi de espaldas y la saludé como si fuese Sveta. ¿Sería posible que hubiese dos Svetas idénticas? No me extrañó demasiado el parecido, aunque para mí era la madre la que se parecía a la hija y no al revés. Era la madre la que existía gracias a la hija. La madre estaba muerta antes de dar a luz y la hija parió a una madre al nacer.

*

A veces nevaba en la habitación de Sveta, mientras por la ventana el paisaje era tibio y gris, nunca blanco, y mucho menos azul. A veces Sveta misma era la nieve y se dejaba caer en la cama igual que una nube derrama lágrimas sobre una montaña. Sveta me dijo que el frío es un estado de ánimo, cuyo antónimo no era el calor, sino el miedo. Una vez empezó a contar grados como si leyese una novela y llegó hasta cincuenta bajo cero. Pero la historia más sobrecogedora que he escuchado fue cuando me habló del hielo en términos alimentarios. Decía que todos los glaciares habían sido antes cubitos homófagos y que los océanos se tragan un noventa por ciento de los icerbergs porque les parece de mala educación no dejar un poco para los demás.

*

A veces dejaba la habitación abierta y eso me calmaba porque en cualquier momento ella podría pasar por el pasillo y su mirada podría penetrar en el quicio de la puerta. Me ayudaba a trabajar, me mantenía alerta, no me dejaba un segundo para la autocompasión o la ociosidad ridícula. Era muy improbable que ella me viera, pero me servía la posibilidad de que pudiera hacerlo. Yo siempre debía dar la espalda a la puerta para que el mirón ejerciese su función con impunidad.

*

Los cachivaches, vasos de té medio vacíos y papeles desordenados de mi habitación contrastaban con la pulcritud de la suya. Desconozco los entresijos de la maquinación, pero el verdadero motivo del caos, cualesquiera que fueran los detalles, era acercarme a ella, a Sveta, bien haciendo inhabitable mi espacio para desear el suyo aún más, bien acumulando tanta basura que desbordaría la habitación hasta ocupar la de ella y unirla a la mía. Cada vez quedaba menos hueco para mí. En la cama me costaba acoplar mi cuerpo entre tantos libros, ropa y hasta platos con restos de comida. A menudo no salía de casa porque no encontraba las llaves entre tanta basura y prefería quedarme encerrada a arriesgarme a salir y que al volver nadie me abriera y me viese privada no tanto de la casa en que yo vivía, sino del hogar de Sveta, ese hogar que había hecho suyo en pocas semanas. Me pesaría mucho más un encierro fuera que dentro. Algunos vasos de leche o té medio vacíos, y también algunos boles empezaron a criar moho. Aquellas capas verdes y mullidas constituían el organismo más vivo de la estancia, pues incluso esos bichos afásicos llevaban una existencia más agitada que la mía.

*

Una vez me probé una de sus faldas. Creía que no me cabría, yo estaba muy lejos de la esbeltez y la elegancia de su fisionomía y, sin embargo, me quedaba grande.

*

Una vez fotografié a Sveta y un amigo vio la imagen. Ella estaba cerca mientras él la veía en fotografía. El chico preguntó si podía filmarla. Tenía una super-8 consigo. No sé por qué lo hizo, decía que estaba intentando hacer una película diario. ¿Por qué escogerla a ella, en lugar de a mí? Supongo que a través de esa fotografía la había visto con mis ojos y le había mostrado la fascinación que ella provoca. También habría visto que se deja fotografiar, que se deja mirar. ¿Cómo no hacerlo cuando te lo pide con cada centímetro de su cuerpo? Mientras la grababa, yo estaba allí, fuera de plano. Viendo cómo otro la miraba y cómo ella se dejaba mirar, con gusto. Al principio ella me miraba a mí, pero enseguida el chico le dijo que dirigiese la vista hacia la cámara. Era como si me la arrebatase. La raptaba delante de mí. No opuse resistencia, porque en ningún momento pensé que fuese mía y también porque era en nombre del cine, por amor al arte. ¿Por qué otra razón iba a escribir yo todo esto en vez de besarla? Nunca sentí deseo de besarla, pero sí de contar sus besos, como los niños cuentan pecas.

*

¿Cómo podía ser feliz allí? No se es feliz en un lugar; se es feliz entonces. La felicidad no es una cuestión de espacio, ese es el error en el que todo el mundo incurre. Reír hasta desgarrar las comisuras de los labios, mantener en el paladar el regusto del chocolate caliente o extender todo el cuerpo a lo largo de una cama recién hecha, todos esos momentos vividos en la habitación de Sveta no fueron felices porque ocurriesen entre esas cuatro paredes. Si en algún momento sentí el golpe de la beatitud socavándome las costillas fue después. No me percaté con el tiempo, sino en el tiempo, porque el recuerdo es esa alcoba extensible al infinito construida en las estrías dibujadas entre las transiciones de cada momento.

A veces pensaba que podía ser feliz en ella, pero ella, como el resto de territorios, era insuficiente. Lo único habitable se disponía entre las horas, las que pasé allí, la habitación que reedifiqué en mi memoria para despojarla de todos esos atributos arraigados a un lugar. Había pasado meses enteros intentando entrar en la habitación de Sveta, cuando lo que en realidad quería era entrar en su recuerdo. El problema no radicaba entonces en los límites entre su habitación y la mía, como pensaba, sino en la barrera que separaba mi memoria de la suya. ¿Dónde acababa su conciencia y dónde empezaba la mía? ¿Cómo saber a quién de esas dos personas dentro del encuadre de la imagen pertenecían los recuerdos? ¿De verdad fui feliz entonces o es lo que ella quiso que creyese?

Estaba a punto de irme a las afueras de la vida. En parte porque no soportaba estar en mitad de alguien, interponerme entre la gente y convertirme en los demás; y en parte porque empezaba a urgirme huir, como mínimo hasta las inmediaciones de Sveta para poseerla de una vez por todas sin la amenaza constante de que ella me arrebatase a mí. Debía adelantarme al tiempo y hacerla pasado ya.

*

Ella era única, aunque no fuera esdrújula. Ella era única, aunque la u acentuada resonase con una estridencia que desmerecía la levedad de su nombre. Sveta era Sveta porque esvaraba por entre las rendijas más estrechas, como una pastilla de jabón que se te escapa de las manos. Sveta era Sveta nada más levantarse e incluso antes, ni siquiera descansaba al quedarse dormida. Se había comprometido con ella misma, juntas en el sueño, en la vigilia, en la enfermedad, en el orden y en el desorden de su cuerpo. La muerte no podía separarlas, pues Sveta sería Sveta, sea como sea. Por si fuera poca, se agrandaba para ocupar el mayor espacio posible. De cómo se hinchó la habitación de Sveta, sobre eso quería escribir. Llegará hasta donde se extienda su presencia y cada una de las parcelas que vaya acumulando se incluirán en un sobre. A modo de carta sin destinatario concreto escribiré sobre su forma de pisar el suelo, sobre cómo inventaba para disimular la veracidad de su mentira o sobre la asimetría de sus acciones.

*

El objetivo no era encontrar la tierra prometida, sino prometer no tocar nunca tierra firme, pues si existía algún mapa que definiese las coordenadas hasta una aventura o un tesoro, solo podía remitir a una piel y no a la arena. Así, los brazos, el cuello o incluso las mejillas de Sveta se erguirían como una patria fronteriza con regiones como el ardor o la embriaguez. Era una piel de límites cambiantes, de montañas que se elevaban en un día y de ríos navegables sin cauce. Era una piel de naturaleza sensible, las cicatrices se construían a todas horas y en todas circunstancias, a expensas de la risa o el dolor. En ocasiones, los espacios en ruinas excedían las zonas inmaculadas. Cuando ocurría lo contrario, Sveta se entregaba a su actividad favorita: el misterio.

A veces recubría una parte visible de su cuerpo, como una muñeca o un antebrazo, con una gasa. Acostumbraba a hacerlo cuando alguno de esos moratones o quemaduras inexplicables aparecía. La cicatriz ocupaba menos de un cuarto de la venda, de manera que la cura escandalizaba más que la enfermedad. En una ocasión cocinó un pastel para las dos. No celebrábamos nada, o quizá el mero hecho de que se hubiese atrevido a cocinar constituía ya de por sí un motivo de celebración. Al sacar la masa del horno, el antebrazo izquierdo rozó la bandeja ardiendo, y al cabo de un par de minutos apareció una quemadura de forma ovalada y color rosáceo. Echó mano al botiquín de primeros auxilios y se recubrió toda la muñeca con gasa y esparadrapo. Al verla pensé que si el vendaje actuaba como metonimia de una desgracia, de una alegría o incluso de un color —sobre todo opalino—, la parte sería más grande que el todo, y el todo solo representaría un cachito de la pieza a la que pretende contener. Así era Sveta, un continente que desafiaba los límites de la cartografía. Podrían librarse batallas en las que, mediante estrategias geopolíticas, se definiesen los límites de las diferentes naciones que las cicatrices de quemaduras como las de aquel día dibujan en su piel.

—¿Te duele? —le pregunté, señalando con los ojos la gasa.

—No, en absoluto.

—¿Y por qué te envuelves casi la mitad del brazo en vendas?

—Me interesa ver la reacción de los otros ante una herida que imaginarán el doble de grave de lo que es en realidad. Me divierte.

Y así Sveta se desorbitaba, se derramaba del mundo, y cuanto más parecía ocultar, más exhibía. Hasta entonces no se me había ocurrido que se pudiese hacer ostentación del misterio, cubrir la herida no es tanto una cura, sino un síntoma. Un exceso de salud, eso podrían diagnosticarle los médicos, y no se equivocarían del todo. Era excesiva, eso sí. No hacía montañas de granitos de arena, pero edificaba castillos en el aire con esas tiras de esparadrapo.

ESE MUNDO TAMBIÉN

E *STIMADO ANTONIO:*

Gracias por la respuesta. Tus observaciones me han hecho verlo todo desde otra perspectiva y ahora creo que no es conveniente que siga por esa línea. Voy cambiar mi trabajo e investigar sobre Sylvia Plath, en concreto sobre la expresión de la prisión y la huida en Ariel y The Bell Jar, bajo un prisma psicoanalítico. Pretendo dar cuenta de la mirada caleidoscópica de Plath tanto en sus textos en prosa como en poesía. Ya he empezado a bosquejar el esquema y estoy seleccionando bibliografía. Aunque tenga que hacerlo todo desde cero a estas alturas del curso, creo que es la mejor decisión que puedo tomar. Me siento mucho más segura con este tema. En cuanto tenga un primer borrador, te lo envío y espero que podamos fijar una fecha para una tutoría.

Un cordial saludo,

Laia Crespo

Releyó el correo en voz alta antes de enviarlo, y aunque Laia no lo hiciese a propósito para que Silvia, su compañera de piso, que en ese momento cortaba verduras en la barra de la cocina, a pocos metros del sofá en que ella, recostada, pronunciaba alto y claro ese párrafo de tono solemne, aunque no lo hiciese aposta para que Silvia lo escuchase, le gustó que le soltase con naturalidad: Qué cosa tan casposa te has marcado, maja. Y entonces Laia contestó como si en realidad no le hubiese entusiasmado ese comentario sincero, como si le resultase indiferente, respondió que así tenía que ser la comunicación académica, y que era un protocolo ya establecido, y aunque sonase afectado estaba bien mantener esa distancia. Silvia, al tiempo que lanzaba a la sartén las verduras recién cortadas con gestos infantiles, como si las verduras fuesen juguetes y no alimentos, le contaba a Laia lo contenta que estaba de no tener que pasar por todo eso, porque en su campo, el del diseño gráfico y la ilustración, todo era mucho más informal y el trato era cercano entre los profesores y los alumnos de la escuela. Laia, en el fondo, sentía cierta envidia del trabajo creativo de su compañera. Aunque se le antojase que su jerga de escalas cromáticas y programas de edición era una lengua extranjera, en definitiva, sentía que lo que Silvia hacía estaba mucho más en contacto con la vida, y admiraba una serie de ilustraciones en las que trabajaba ahora con vistas a publicar un libro, retratos de desconocidos aguardando en el andén de una

estación, o en una parada de bus. Lo admiraba no solo por el valor estético, por el placer que podía causar en Laia contemplar esos dibujos, sino porque era, en primer lugar, un ejercicio introspectivo, algo que salía de dentro de verdad, algo que nacía de una emoción propia o una pasión, y en segundo lugar, porque igual que a Laia, ese ejercicio podría deleitar a muchas otras personas, gente que como ella alcanzase a distinguir el sentimiento genuino del que emergían esas imágenes. Una tesina sobre lo carcelario en los textos de Sylvia Plath que recogiese el carácter caleidoscópico de su prosa y su poesía, para empezar, ni siquiera interesaría al propio autor de ese texto, y ya no hablemos de otros estudiosos de la obra de Plath, cuyo interés principal no reside en la lectura de textos teóricos sobre ella, sino en la escritura de artículos, porque así otros académicos, al ver las publicaciones de uno quedarán obnubilados y pensarán en lo importante que es. Por supuesto, una tesina semejante tampoco debería interesar a los verdaderos lectores de la obra de Plath, que deben sumergirse en ella sin demasiado contexto, deben leerla a ella y no tanto a los que escriben sobre ella, porque al final acabarían habiendo consumido muchísima más literatura sobre Plath que literatura de Plath; y, en ese caso, ya no serían verdaderos lectores de Plath, sino que se habrían convertido ya en teóricos, porque teórico es quien lee más teoría que práctica, y esa teoría nunca puede llevarla a la práctica, porque la práctica de la teoría no existe, al menos en este campo, donde solo se teoriza para dar pie a otras teorías, nunca para que esa teoría se vierta en algo creativo, porque los teóricos se acercan tanto, con tanta rigurosidad, tanta insidia, a las obras de creación que llegan a convertirlas en monográficos universitarios, que, en el mejor de los casos, algún estudiante o joven doctorando leerá casi entero, porque lo más frecuente es que la mayoría de las personas que puedan acceder a esos monográficos solo verán el título, o como mucho ojearán los primeros párrafos de forma más o menos oblicua, más o menos diagonal. Todo esto lo pensaba Laia en su arrebató, desde la traición que sentía se había hecho a sí misma, no por haber cambiado el tema de su tesina, sino por haber elegido precisamente esa línea de investigación tan trillada, tan pomposa, y haber escrito un correo tan trillado, tan pomposo. En otro momento, quizá no se le habría ocurrido una reflexión tan cruel, tan tajante, sobre lo académico y sobre los teóricos, en otro momento hasta habría podido encontrar algo positivo o incluso necesario en eso; pero ahora, después de leer ese mensaje en voz alta y sentir que, aunque fuese su voz la que lo pronunciaba, aunque hubiesen sido sus manos las que lo habían tecleado, no podía reconocerse, o, mucho peor, se reconocía y le dolía reconocerse en alguien tan distinta de ella, o tan lejana de cómo le gustaría ser. Aun así, había algo de cierto, algo en lo que estaba de acuerdo en ese mensaje, y es que, en realidad, lo mejor que podía hacer era abandonar un trabajo de investigación universitaria sobre Clara Dubasença, porque corría el riesgo de traicionarse todavía más a sí misma, porque si había algo que Laia podía escribir sobre Clara no se parecía en nada a una tesis. Si algo podía hacer por Clara era precisamente no escribir una tesis, y en lugar de eso escribirle un cuento, un poema, o una novela; pero qué difícil hacerlo sin imitar su estilo, sus gestos, su voz, qué difícil encontrar el tono, las palabras y la forma que, sin dejar de evocar a Clara, no se asemejasen a ella, sino que perteneciese a Laia, porque el mayor de los males de Laia era no saber decir lo que quería decir, y mucho menos como quería decirlo, siempre acababa diciendo lo que otros esperaban que dijese, o lo que consideraba que los demás esperaban de ella. Por una vez tenía que decir algo a su manera y decírselo, antes que a cualquier otra persona, a ella misma.

No sé, Laia, a veces me fascina ese mundo también, porque todos parecéis mucho más

inteligentes, en mi escuela, por ejemplo, hay gente tontísima, que quizá es buena ilustrando, pero que son prácticamente analfabetos, decía Silvia, que no había parado de hablar mientras Laia pensaba en lo desagradable del mundo académico, y de tanto darle vueltas, ella para sus adentros, y Silvia, a viva voz, ahora resulta que la conclusión se precipitaba hacia algo muy contrario a todas las cavilaciones del principio. Hay gente tontísima en todos los campos, dijo Laia, pero el peor tipo de tonto es el que cree inteligente a otro tonto, y lo sigue, y lo imita. Espero no llegar a ser nunca uno de esos y si, en algún momento, paso por tonta, o caigo en un descuido en la tontería, espero todavía más que nadie me siga. Entonces Silvia se rio mientras iba a sentarse a su lado y le ofrecía un poco del revuelto de verduras que acababa de preparar y le decía que era muy lista, pero que como era tan tímida, poca gente lo sabía. Eso decía, y Laia, agarrando un trocito de huevo, respondió que mucho mejor un listo discreto que un tonto escandaloso.

STEVE WILKINSON

¿QUE HACE UN INGLÉS EN BARCELONA? Esa pregunta me la hacían a menudo. Yo les respondía que vine por el sol, claro. Era lo que se esperaba^[13] de mí, y aunque me diese igual defraudarlos, lo decía porque resultaba cómodo, en lugar de ponerse a dar explicaciones y contar que mis padres regentaban una tienda de frutas y verduras, la mayoría exportadas de Cataluña. Por eso mi familia tenía contactos aquí, el almacén al que mi padre compraba los productos estaba en Gerona. El dueño era un hombre de buen trato, muy amable. Un verano nos invitó a pasar unos días en la Costa Brava. Trabé amistad con su hijo mayor. Se dice así, ¿no? ¿Trabar? Sí, nos llevábamos muy bien, éramos de la misma edad. Después de ese verano volví al siguiente, pero esta vez yo solo, sin mis padres, invitado por el hijo. Al año siguiente lo mismo, así hasta el verano en que cumplía dieciocho, es decir cuatro años seguidos. Era el 77 y como ya era mayor de edad, podía tomar mis propias decisiones, y decidí quedarme, pero no por el sol. Precisamente no por el sol porque a mí siempre me ha parecido una exageración tanto calor. Me quedé por una chica y resulta que la chica se quedó conmigo, se dice así, ¿no? Vamos, que me tomó el pelo, entonces tenía mucho, no como ahora, que se han formado unas entradas más grandes que el delta del Nilo. ¡Menudo accidente geográfico es mi cabeza! Aunque lo de esa chica no funcionó, me quedé en Cataluña, en concreto en Barcelona. Estuve viviendo un tiempo en Gerona y luego con un par de amigos, Quique y Pere, me instalé aquí. Quique deseaba convertirse en un cantante famoso, como Serrat. No llegó a ser ningún icono adolescente, ni tampoco la voz de una generación, pero ya se sabe que el éxito nunca es buena señal. Pere empezó a trabajar en un bar del que acabó más tarde siendo dueño. Yo ganaba dinero dando clases de inglés, lo mismo que hago ahora, solo que antes era todo mucho menos oficial. Ahora, por lo menos, tengo un jefe y un contrato. Antes alguien me hablaba de alguien que estaba interesado en aprender inglés y yo iba a su casa. No me costaba nada enseñar inglés, les costaba a mis alumnos, que eran quienes me pagaban y me hacían llegar a fin de mes.

Eran buenos tiempos, acompañaba a Quique a los conciertos que a veces daba en los bares. Mi sueño siempre fue montar un grupo de *rock*, pero Quique escribía canciones melancólicas. Muchas veces no las entendía, porque aún no hablaba castellano a la perfección. Ahora tampoco, pero algo es algo. Me encanta esa expresión, algo es algo. Pura premisa lógica. Por las noches Pere nos invitaba a cervezas en su bar, pero como por aquel entonces aún no era su propio jefe, más de una vez recibió un rapapolvo por abuso de confianza. Cuando el antiguo dueño lo dejó y Pere tomó el relevo, yo ya apenas pisaba el sitio, sobre todo cuando empecé a maquinarme mi propio

negocio. Yo no me he considerado nunca inglés, aunque aquí muchos me llamen así. Lo único que me delata, además de la piel, más blanca que el arroz con leche, es la costumbre de sentarme alrededor de un buen té y charlar. Puede que ahora se haya puesto muy de moda, pero antes en España a nadie se le ocurría pedir un té después del almuerzo, porque España es un país de café. Sabía que podía resultar arriesgado abrir un salón de té, un *tearoom*, o *tirrum*, como decían mis amigos españoles. Aun así, fue una aventura de la que salí bastante airoso. Alquilé un local muy modesto y contraté a una chica que no tenía ni pajolera idea de tés, pero como era idealista consiguió aplicar su platónica visión del mundo al negocio y formamos un equipo envidiable.

Esa chica era Clara Dubasenca, a veces la llamaba Duba de forma cariñosa, aunque no lo hacía a menudo porque sabía que así era como algunos de sus amantes se referían a ella. Yo no fui uno de ellos y no pretendía generar malentendidos. Pere me la encomendó cuando le dije que necesitaba a alguien para ayudarme con el local. Yo ya estaba bastante desligado de lo que pasaba en su bar, de sus amigos extravagantes, así que no la había visto hasta que me la presentó. En fin, ¿qué puedo decir? Era bella, seráfica y por eso tantos la deseaban. Eso puedo decir, igual que contesto que vine a España por el sol, aunque no sea verdad. Sí es cierto que Clara era un ser de belleza extraordinaria, pero ese no era el rasgo más conmovedor, ni mucho menos el más importante. Poseía ante todo una sensibilidad extrema, que la convertía en alguien demasiado vulnerable. Sufría mucho, y yo la entendía tanto, o creía entenderla. Una vez, mientras recogíamos y limpiábamos el local al final del día, me dijo: Wilkinson, padezco problemas de mujeres, sufro por cosas por las que solo podría sufrir una mujer. Te envidio, me gustaría haber nacido hombre. Lo decía casi con lágrimas en los ojos, los labios le temblaban. Entonces yo me acerqué y puse mis ojos a la altura de los suyos. Tuve que agacharme, ella era pequeñita y yo, ya ves, soy bastante alto. Me miró a los ojos porque no le quedaba más remedio y solo por mi atrevimiento a situarme tan cerca de ella, el rostro empezó a tranquilizarse. Le respondí: Mira, querida, si tú fueses hombre te angustiarías lo mismo o más que ahora, pues yo, que soy más o menos como tú pero con pene, también sufro, y precisamente porque no soy una mujer y a los hombres sensibles no se les suele tomar en serio. También existe el martirio del hombre por ser hombre, o por ser poco hombre más bien, igual que existe la desolación de la mujer por ser mujer, o quizá por ser demasiado mujer. A veces le hablaba así, con crudeza, pero siempre desde el afecto. La amé como se ama a esos seres que venidos de otro mundo te ayudan a entender mejor el tuyo.

La amé casi como un padre o un hermano^[14], y ella también me amó a su manera. Entre nosotros teníamos esa consigna cuando uno de los dos se sentía derrotista. Yo le recordaba la letra de esa célebre canción que sonaba a menudo en el salón de té, *the record shows I took the blows*, y ella sabía que tenía que responder: *and I did it my way*. A veces yo lo remataba diciendo: Doctrina Sinatra. Qué ironía eso de la doctrina Sinatra, ¿no crees? Fue el nombre con el que los soviéticos bautizaron a su nuevo giro político, en contraposición a la doctrina Brézhnev. Gorbachov propuso otorgar más libertad a los distintos países de la URSS para que cada uno de ellos actuase a su manera, como cantaba Sinatra. Lo extraordinario es que la canción es en realidad una traducción de un éxito francés de Claude François, *Comme d'habitude*. La letra de la versión francesa no tiene nada que ver con el texto en inglés. De hecho, es todo lo contrario, pues mientras Sinatra narra el recorrido de un hombre que llega a la vejez sin arrepentimientos y contento de haber sido fiel a sí mismo, de haber hecho lo que él ha querido, Claude François relata la historia de un tipo anclado en la tediosa rutina que comparte con su amante, y a pesar de

reconocer que todo es una pantomima, él sigue comportándose como de costumbre, sin voluntad alguna de cambiar un ápice la situación. Así que la doctrina Sinatra enfatiza en doble sentido la libertad individual, pues no solo la letra invita a vivir a tu manera, sino que ya la propia génesis de la canción da cuenta de ese acto de emancipación.

Nos amamos como padres e hijos. A veces yo era el padre, y a veces el hijo. Nos cuidábamos, siempre, cada uno a su manera. Ella me enseñaba sus textos y yo le enseñaba a preparar un té, el tiempo adecuado de infusión para cada tipo de hoja, las mezclas más sugerentes, las propiedades de cada uno de ellos. El aprendizaje que ella me proporcionaba no podía fascinarme más. A veces era tan estremecedor, fue una educación dolorosa. Me emocionaba y me hacía daño a la vez ver cómo podía consumir todo lo que le rodeaba, pues a menudo se consumía ella misma durante esa búsqueda. A veces llegaba al trabajo después de haber dormido menos de tres horas, porque se había tropezado con algo o alguien tan interesante que no había podido acostarse. Entonces yo me decía: Es joven, déjala, no la sermonees. Y a pesar de que de vez en cuando apareciese con ojos de muerte, la boca agrietada y la cabeza despeinada seguía siendo hermosa, seguía esforzándose por servir cada mesa con una sonrisa, por controlar el tiempo máximo de una infusión. Mientras ella viniese yo no tenía por qué preocuparme, esto era su casa. Es cierto que la confianza de asco y también es cierto que la casa puede llegar a ser el lugar más inhóspito. Por todo eso Clara y yo, de mutuo acuerdo, decidimos que lo mejor era que contratase a otra persona, después de nueve meses de trabajo juntos. Era mala época, tenía problemas familiares, sentimentales, qué sé yo, y a veces llegaba en condiciones imposibles, no podía estar de cara al público, pero no se lo reproché. Cortamos por lo sano antes de que sus bamboleos pudiesen afectar a nuestra amistad. Eso no impidió que nos siguiésemos emborrachando juntos de cuando en cuando. Alguna que otra noche en la que nos emborrachamos después de cerrar, volvimos al *tearoom* o al *tirrum* y nos preparamos una buena tisana. Ese es mi remedio contra la resaca, medio litro de tisana y te levantas como nuevo. Recuerdo que una vez, agarrando la bolsita de hierbas que flotaba en el agua, me miró muy seria y preguntó: ¿Cuántas bolsitas de té hay que disecar para obtener el título de taxidermista? Creía que el alcohol aún estaba fermentando en su cerebro y no sabía lo que estaba diciendo, me reí y le seguí el juego. Creo que respondí que con una docena de bolsitas ya había suficiente. Al cabo de unos días me habló de la *chahuaficcia*, que según ella designaba el arte de hacer esculturas con bolsitas de té. Chahua es como se pronuncia en chino planta de té, y ficcia significa moldear o manipular en latín. No sé de dónde sacó semejante palabra, pero así titulé este poema:

*¿Cuántas bolsitas de té hay que disecar para obtener el
título de taxidermista?*

*¿Cuántas hay que ahogar para que te juzguen como
asesino?*

¿Y cuántas hay que enterrar para edificar un cementerio?

*¿A dónde van los cuerpos de las bolsitas a las que nadie
llora?*

*¿Cuándo dejan de llorar las bolsitas una vez fuera del
agua?
¿Y cuántas hacen falta para secar un océano?*

*¿Podría un marinero echar anclas con una bolsita gorda?
¿Qué peces picarían un cebo de té?
¿Y qué bolsitas darían su vida por amor a un monstruo
marino?*

*El esqueleto de una bolsita de té es más delicado
que el de una muñeca de porcelana,
animal inerme,
ave de agua turbia,
debes emprender el vuelo
a otros mares sin jaulas en forma de desayuno.*

*¿Quién castiga a las cucharas que golpean su abdomen
exhausto?
¿Qué tamaño alcanza un estómago que soporta tanto?
¿Siguen rompiendo aguas después de haber parido un litro
de té?*

*¿Quién responde a sus gritos de auxilio que lanzan en
señales de humo?
¿Cómo recomponer las hierbas perdidas tras
una hemorragia?
¿Cuál es la gota que colma el vaso donde cae en saco roto?*

*La escultura de una bolsita de té debe conservarse
como un fósil en un museo,
roca de papel,
restos de un naufragio cotidiano,
debes resistir después de haber muerto
como testimonio de una sociedad sedienta.*

¿Cuánto hay que beber hasta llegar al último trago?

Clara no solía hablar de sí misma, y menos aún de su pasado. No sabía si tenía hermanos, ni si sus padres aún vivían. Un día yo hice un comentario sobre mi padre y le pregunté por el suyo. Solo contestó que hacía muchos años que no lo veía y que tampoco le hacía falta. Cuando leí ese poema pensé en su padre, no sé por qué, pero me lo imaginé, uno de esos individuos sin cara como los que aparecen en los sueños. Sabía que era él en mi cabeza, pero no podía decir por qué ni tampoco describir su aspecto. Lo único que se me ocurrió es que su padre era un alcohólico. En una ocasión Clara hizo una lectura de sus textos en casa de unos amigos. El público no podía dejar de reírse cuando presentó ese poema. Me pareció todo muy siniestro. Así, de repente, una veintena de personas se moría de risa al escuchar semejante tragedia. A lo mejor solo había una persona que se reía de verdad, y el resto simplemente lo hacía por contagio o por imitación. En cualquier caso, puedo asegurar que yo era el único al que no le hacían gracia esas palabras. ¿Cuánto hay que beber hasta llegar al último trago?, cuando terminó me vino de golpe la imagen de su padre en la barra de un bar, solo, con un vaso de *whisky* que se rellenaba tan pronto como él lo vaciaba. Llamaba al camarero con un golpe de vaso en la madera, ese sonido seco se me quedó clavado. Al mezclarse con las carcajadas de la gente me entró tal escalofrío que tuve que salir al balcón a tomar el aire y no pude ver el resto de la lectura. Eso era lo que evocaba en mí el poema. Me había olvidado de lo que significaba *chahuaficcia* hasta que un día llegó con una figurita que cabía en la palma de la mano. En efecto, era una escultura a partir de una bolsita de té, una especie de máscara con rostro masculino. No pude evitar asociar esa cara al cuerpo fantasmagórico de su padre que acechaba en mis pensamientos.

Colocamos algunas de las figuras con bolsitas de té^[15] que Clara había creado en una estantería del *tearoom* o *tirrum*. Eran otra obra de arte más a la altura de su poesía. Las fabricaba minuciosamente plegando el papel húmedo con la ayuda de unas pinzas. Cuando se fue, las esculturas se quedaron ahí, vigilando a los clientes. Algunos se interesaban por ellas, hubo quien me preguntó incluso si estaban en venta. A mí todo eso me recordaba demasiado a un cementerio. Las figuras empezaron a antojárseme lápidas, y en todas ellas estaba inscrito el nombre de Clara Dubasenca. Tuve que quitarlas y guardarlas donde nadie pudiera verlas, no podía soportar que me preguntaran por ella, y menos sin haberla conocido. Para mí era un gesto tan cruel como escupir sobre una tumba. No sé si está muerta o no, pero desde que desapareció no la he vuelto a ver y no albergo esperanza de volver a verla. Esté donde esté, yo guardé luto durante un tiempo y vuelvo con frecuencia a esas lápidas en miniatura que me dejó, a modo de rito, de homenaje mortuario. Perder a Clara nos afectó a todos los que la conocimos. Sin embargo, muchos se olvidaron pronto, se acostumbraron a su ausencia. Es muy fácil acostumbrarse, sobre todo si piensas que estará en otra ciudad creando más esculturas, escribiendo o yo qué sé. Mira, cuando murió García Márquez no hace mucho, todo el mundo se echó a llorar. Qué pena que nos deje ese maravilloso escritor. Pues bien, a mí me dio igual, y no por falta de respeto, sino porque a todo el mundo le llega la hora y hay que entenderlo. Gabo llevaba años sin publicar un nuevo libro. El último libro que me leí de él fue hace veinte años. Para mí ya estaba muerto como escritor. Pero Clara apenas había comenzado a vivir, Clara aún escribía, aún esculpía, aún bailaba hasta tarde en la madrugada, y desapareció con todo eso a medias.

ALBERTO CÁMARA

GUAPA, SIÉNTATE. VOY A HACER CAFÉ, ¿QUIERES? ¿Lo tomas con leche? ¿Con azúcar? ¿Con miel? Solo, ¿solo solo? Qué frugalidad, chica. A ver, ¿y qué quieres que te cuente? Uy, de literatura, dice. Yo no entiendo de eso, yo soy demasiado hiperactivo, demasiado enérgico, demasiado visual como para sentarme largo rato a leer, a entender las palabras. Yo entiendo las imágenes, así que no te puedo decir si Clara era buena escritora. Sé que escribía, me dedicó su libro, pero ya no sé muy bien dónde lo tengo. Lo que sí te puedo decir es que Clara era una excelente modelo, me encantaba fotografiarla. Tengo montones de retratos de ella. Voy a buscar los álbumes, espérate. Aquí hay mucho material, ya verás, te va a gustar. Tú quédate aquí, que yo voy al despacho, pero háblame si quieres, que te oigo. No, ahora estoy acostumbrándome al digital, pero yo siempre he sido de analógico, nena. Lo digital me parece muy frío, a lo digital le cuesta más tener alma. ¿Qué dices? Espera, espera, que ya llego. Ay, mira, mira todo lo que tengo. Ay, esta^[16] me encanta. Por Dios. Se la tomé en la heladería, ¿sabes? Fue cuando nos conocimos. Iba con mis dos íntimos, mi Luis y mi Marta, a la que le decían la Elegante, no sé si ya te habrán hablado de ella. Era un personaje. Bueno, pues fui con ellos, hacía un calor *pa'* morirse y nos pedimos la ración más grande de helado y estuvimos allí, de cháchara, hasta que se nos acabó el helado y como era muy simpática y nosotros también con ella, nos regaló otro helado más para compartirlo entre los dos. Entonces fue cuando yo le dije que no me iría de allí sin echarle una foto. Le dije que era una imagen congelada, como los helados, así que tenía lógica. Recuerdo que se echó a reír por eso y entonces yo, pum, disparé. Y así salió, sonriente, espléndida, radiante. Fue la mejor manera de romper el hielo, ¿lo pillas? Romper el hielo en una tienda de helados con imágenes congeladas. Sí, la risa lo rompía todo, era un detonante. Qué maravilla, nena. Luego seguí yendo a la heladería. La segunda vez que volví fue para entregarle una copia de la foto, y luego con la única excusa de tomarme algo dulce y hablar. A mí me gusta mucho hablar, chica, por eso me cuesta tanto leer, prefiero hablar y hablar, y que me hablen. Nena, mira esta foto. Por Dios. Esto fue una noche en el bar de Pere, ahí a la salida, en una callecita del Raval, de esas tan estrechas que no caben dos personas juntas, tienen que pasar en fila india, o una encima de otra. Ah, mira, esta también es en el Raval, una tarde. No se ve nada, su nariz y poco más, pero es que las calles del Raval de entonces eran aún más ceñidas que ahora. No podía sacarle un retrato apoyada en la pared de esa calle estrecha. En primer lugar, apenas cabíamos y en segundo lugar mi objetivo de 50 mm no podía tomar tanta distancia. Lo agrandaba todo. Esas calles eran perfectas para mí, para todos nosotros, aunque no pudiese hacer retratos. Eran calles hechas para

bailar, si te cruzabas con alguien que venía en dirección contraria, cuando llegabas al punto de encuentro tenías que bailar en pareja para pasar al otro lado, para seguir tu camino. Anda, ¿has visto esta foto, corazón? Aquí sale con mi Marta en una calle que ya no existe, la calle Cadena. Tú no la has conocido, ¿verdad? ¿Qué edad tienes? Ah, claro que no, ¿cómo la vas a conocer? Ahora esa callecita es la rambla del Raval. Pues sí, tienes ante ti muchos fantasmas, muchos espectros condensados en un cuadradito tan pequeño, una calle extinta, y dos personas que ya han desaparecido de mi vida. Ay, chica, cómo pasa el tiempo, y las personas, y los espacios. Todo está de paso, chica, todo. Lo único que se queda son las fotos. Quizá por eso soy fotógrafo, porque soy un melancólico y me pongo muy triste cuando me doy cuenta de la fugacidad de las cosas. Yo mismo estoy de paso siempre, no me gusta quedarme, echar raíces, como dice la gente, yo soy más como el polen que va de un sitio a otro y va siguiendo la corriente de lo que venga, como el polen, que además viene muy bien para relajarte, eh. ¿A que sí? Bueno, pero tú no tomes drogas, que eres muy joven, y muy pequeñita y muy guapa para eso. Que no me entere yo. Que no me entere yo de que te dicen lo que tienes que hacer, tú haz lo que quieras, toma lo que quieras, pero sin pasarte, ese es mi único consejo.

¿Cómo? ¿De qué poema hablas? No sé, no me acuerdo, es que yo ya te he dicho que de lo que escribía Clara no estaba muy enterado. No sé, no sé si tengo el libro por aquí. Ah, vale, si lo tienes tú, sácalo y lo leemos. Habla de la cámara, dices. Ay, chica, pues si tú crees que iba dedicado a mí, qué honor, yo eso nunca lo supe. Bueno, venga, voy a leerlo.

*Agarraba la cámara como si fuese su muñeca de trapo
la arrastraba de los pelos que se ensortijaban en su mano
como la cabellera de la gorgona.*

*Nunca se atrevió a mirar las imágenes que filmó
por miedo a que fuesen portadoras de la misma
maldición
que petrifica los ojos que apuntan a Medusa.*

*Agarraba la cámara como si fuese un escudo
la empuñaba con el arrojo de un héroe mitológico
como si fuese el arma que da la muerte.*

*Nunca se atrevió a mirar las imágenes que filmó
por miedo a abandonar la trinchera
si dejaba de grabar.*

Agarraba la cámara de la única manera posible

*y filmaba precisamente para no tener que mirar
más que a la cámara.*

Ay, chica, no sé si lo he entendido todo, pero lo que he entendido me parece un poco triste, ¿no? Bueno, mejor que hablen de ti aunque sea triste que tristemente no hablen en absoluto, ¿no crees tú? Bueno, vamos a seguir a lo nuestro. ¿Qué foto? Esa, esa es en casa de Bárbara, la de los bonsáis, sí. Es que Clara vivió allí una temporada, cuando dejó la universidad, y se fue de casa de los dos viejitos esos. Bárbara la acogió, esa está hecha en la habitación^[17] de Bárbara, que Clara acabó acaparando mientras estuvo allí, porque Bárbara casi nunca estaba en el piso. Se tuvo que ir a su tierra, a Gijón, o no sé adónde, problemas familiares. Ella se quedaba en el apartamento con la compañera de Bárbara, ya no recuerdo cómo se llamaba. Jimena o algo así. ¿Julia? Ah, sí, Julia. Pues eso, la chica esa estaba un poco tarada. Clara me contaba cosas muy raras de ella, yo creo que la Julia esa tenía algún tipo de deseo sexual hacia Clara, que era una lesbiana reprimida o algo así, que al mismo tiempo no quería aceptar sus pulsiones homosexuales y al mismo tiempo tenía arrebatos en los que sí, o en los que no podía contenerse y entonces tenían lugar esos episodios tan perturbadores que me describía Clara. Por ejemplo, me dijo que un día se quedó durmiendo la siesta en la habitación de Bárbara, con la puerta abierta de par en par. Ya ves que la cama está justo enfrente de la puerta. Bien, pues cuando abrió los ojos se topó con la Julia esa, de pie, quieta, en el pasillo y casi en el umbral de la puerta de la habitación, observándola muy fijamente mientras fumaba. Pero se notaba que no estaba fumando porque tuviese ganas de fumar, sino que fumar era un pretexto, un accesorio que, por decirlo de alguna forma, aligeraba esa actitud tan siniestra de quedarse pasmada ante la visión de una persona dormida. Eso solo lo hacen los amantes, chica. Yo creo que nunca he mirado tan fijamente a nadie, al menos, tanto como yo pude percibir en lo que Clara me contó. A nadie, ni siquiera a mi Luis, que en paz descanse.

No, no te vayas a asustar, no está muerto de verdad, pero ya está muerto para mí, agua pasada. ¿Lo entiendes, bonita? Fue una relación muy intensa y muy divertida, pero ya pasó. Es que todo pasa, chica. Mira, cuando se acabó, yo pasé página, pero me costó, eh. A mi Luis me costó olvidarlo, sí. Es al único al que quizá no he olvidado del todo. Ay, cambiemos de tema, que me pongo moñas. Oye, espera, voy a ver si tengo algún super-8 de Clara, seguro que sí. Pero de esto ya no respondo, me voy a llevar una sorpresa seguro. Estas cintas ya no las reviso desde el año catapum. Traigo el proyector y ya está. Sigue, sigue viendo fotos^[18] mientras, tú mira sin vergüenza, que yo ya sé que no eres una tarada como la Julia esa, así que mira sin miedo que no te juzgo.

Aquí está, venga. Uy, ¿pero qué es esto? Madre mía, pero qué horror. ¿Cómo es posible? Joder. Nena, pero si esto te daña los ojos o te deja en el sitio si eres epiléptico. Ay, por Dios, voy a quitar esta cinta antes de que nos dé un chungo a los dos. Coño. A ver si hay más suerte con esta. Ah, parece que empieza un poco mejor. ¿Qué? ¡Pero alma de cántaro, dónde vas! No, no, esto va de Guatemala a *Guatepeor*. Mira, la quito y pongo esta y a la tercera tiene que ir la vencida. Vamos allá. Sí, te lo dije. Por fin una que no está rayada. Esta se ve de maravilla. A ver, ¿dónde estamos? Ah, sí, eso es el bar de Pere. Qué guay, ahora lo ves ahí, vivito y coleando, no lo habías visto nunca, ¿no? Sí, seguro que en algún momento sale Clara. Anda, mira ese es mi dichoso, mi maldito Luis. Era guapo, ¿a que sí? Sí, a mí es que siempre me han gustado los delgaditos, sí, con

el cuello bien *estirao*. Míralo, mira cómo se ríe el muy hijo puta. Joder, es que llevo veinte años sin verlo. Esto impresiona mucho, eh. Ay, Laia, que se me van a saltar las lágrimas y aunque en este poco tiempo que nos conocemos te he cogido confianza, me da mucha vergüenza. Ay, Laia, yo no quiero seguir viendo esto. Además, es que estoy seguro de que aquí no va a salir Clara. Maldita sea, la única bovina que no está rayada, la única que se ha salvado es en la que aparece el puto Luis. Qué venenosa, qué venenosa es esta vida. Lo quito ya, Laia, no puedo más. Mira, si quieres vídeos de Clara, si es eso lo que te interesa yo estoy seguro de que Jordi tiene. ¿Sabes quién es Jordi? Sí, fue un novio suyo, yo recuerdo unos vídeos de los que me habló Clara. No los he visto, quizá eran demasiado, como decirlo, privados, íntimos, sabes, pero precisamente por eso Jordi los va a seguir teniendo y si no es un sensiblero inaguantable como yo te los va a enseñar. Bueno, Laia, ya has visto todo lo que tenías que ver aquí, y más aún. Ay, dame un abrazo, que me he emocionado.

REUNIÓN DE TRABAJO

EL ESPEJO REFLEJA A LAIA DE PERFIL, sentada sobre las escaleras de la entrada de un edificio. La refleja a imagen y semejanza de sus padres, que es con quienes habla en ese preciso momento, aunque no la puedan ver reflejada en el espejo, ni tampoco en carne y hueso. A veces uno se apoya en la imagen para completar ciertos huecos de la conversación, o para contrarrestar el peso de algunas palabras u onomatopeyas, pero, en este caso, es mejor que el diálogo transcurra en la distancia, pues si pudiesen acercarse al rostro de Laia, encontrarían una expresión mohína, una mirada que a veces denota rabia o incluso odio, unos pies que no dejan de moverse nerviosos. No es una imagen deseable y al menos Laia se siente tranquila de poder exhibirla sin el temor de que el interlocutor pueda observarla. Tampoco le gustaría contemplar la de sus padres, que al otro lado del teléfono deben de fruncir el ceño y hacer todo tipo de muecas que acompañan muy bien los gritos que, por desgracia, Laia sí escucha. Algún transeúnte, en cambio, sí que puede reparar en los aspavientos de Laia, pues la puerta de la entrada al edificio está abierta de par en par, y ella mira al frente, y aunque pasen muchos caminantes no los ve porque en su cabeza solo aparece la presencia de sus padres disparando chillidos a un teléfono móvil en manos libres apoyado en la mesita del salón de casa. Algún que otro paseante, sin embargo, sí ralentiza el paso cuando, antes de llegar a la entrada oye la voz frágil de una jovencita que ha debido de cobrar vigor a la fuerza, que eleva el tono más allá de lo que sus cuerdas vocales se lo permiten. Lo siento, lo siento, qué más quieres que diga, escucha alguno de esos paseantes cuando agudiza el oído. No es culpa mía, tan difícil es de entender, sigue escuchando el mismo paseante, que ahora, además, al situarse frente a la puerta del edificio, asocia un rostro y un cuerpo a esa voz vulnerable. Laia está demasiado concentrada como para darse cuenta de una mirada ajena, ya le basta con explicarle a sus padres que este fin de semana no puede ir a Vilanova y comer con ellos porque justo el domingo, su día libre en la cafetería, ha concertado una entrevista importante para su trabajo del máster. Sus padres insisten y le echan en cara que hace casi un mes que no la ven, que siempre tiene excusas y que empiezan a repetirse. No pueden creer que siempre ande con entrevistas. Trabajas demasiado, le dicen, por eso está muy bien que vengas a casa a descansar, y cuando Laia escucha ese argumento piensa que lo que ellos quieren es descansar el uno del otro, que con la presencia de su única hija pueden concitar todas las energías que malgastan evitándose o discutiendo sobre cómo cuidarla, en prepararle la comida y preguntarle cómo le va todo con esa vida tan ajetreada que lleva y que le impide visitarlos a menudo. Es cierto que casi ni le queda tiempo para comer, pero está a gusto con aquello que ahora

más consume sus horas. A veces termina tan cansada después de haber pasado todo el día cavilando, hilando nuevas pistas de Clara, que cuando llega a casa, tras una entrevista, tras un nuevo hallazgo, se tira en la cama, aunque desde pequeña no se hubiese acostado tan pronto. Lleva tres días seguidos sin ver a su compañera de piso, lleva tres días seguidos sin entablar un diálogo de más de cuatro réplicas que no verse sobre Clara. Está a punto de quebrar esa monomanía porque enseguida se encontrará con Diego para terminar un trabajo del máster. Con Diego estará tranquila, no discutirán, pensaba. Pese a su insistencia a veces, siempre se mostraba amable, muchas veces le echaba una mano cuando Laia no podía ir a clase, por el trabajo en la cafetería o por cualquier otro asunto relacionado con Clara. Diego era quien menos explicaciones le pedía sobre su investigación, aunque a ojos de Laia era la persona a la que más le apetecía dárselas. No esperaba que nadie la entendiera y Diego no esperaba entender nada, así que cada vez que Laia mencionaba algún nuevo detalle sobre la búsqueda de Clara, él se limitaba a escuchar, que era lo único que Clara necesitaba tras enfrentarse a la desconfianza de sus padres o incluso de su propio tutor en la universidad, que le exigían saber cada vez más y a veces hasta le devolvían una imagen ridícula de ella misma.

Por fin Laia cuelga el teléfono y con los ojos vidriosos y el corazón descompuesto sube las escaleras de la entrada del edificio. Duda un segundo si subir en ascensor, pero al final sigue avanzando por las escaleras, con la esperanza de que su rostro tenga mejor aspecto cuando llegue a casa de Diego. Laia, oía que alguien estaba viniendo por las escaleras y pensó que eras tú, dice Diego al tiempo que abre la puerta de su piso, mientras a ella aún le quedaban tres escalones más para llegar al rellano. Se dan dos besos a modo de saludo y Laia cruza el umbral de la puerta. Entra como si conociese el lugar, deja el abrigo tirado en una especie de cómoda situada en el pasillo, aunque nunca ha estado allí y tampoco conoce las costumbres de Diego, que le dice — cuando Laia ya ha dejado caer el abrigo—: Sí, pon tus cosas donde quieras. Diego le ofrece algo de beber y ella casi se siente como en casa de alguna de esas personas que conocieron a Clara y que solo por el hecho de encontrarse a una jovencita que salida de la nada se interesa por alguien que ha sido tan especial en sus vidas, la invitan a beber o a comer y se esfuerzan por que esté cómoda. Laia responde que le apetecería un café y Diego, al tiempo que se dirige a la cocina, le pregunta si lo quiere solo o con leche, lo mismo que le dijo el Cámara hace unos días. Por supuesto, la respuesta es que lo toma solo, y al cabo de unos minutos, cuando la cafetera ya está a punto, Diego formula de nuevo la misma pregunta que el Cámara: ¿Quieres azúcar? ¿Miel? ¿Sacarina? En realidad, solo tengo azúcar y miel. Por supuesto, la respuesta es que no quiere nada, que siempre toma café solo, solo, sin nada más.

Se sientan en la mesa grande del salón, con sendas tazas de café flanqueando un ordenador portátil. Empiezan a debatir sobre el trabajo que tendrán que exponer ante el resto de la clase en una semana, aunque Laia parece estar más concentrada en el café que en el propio trabajo, ya casi ha olvidado de qué trataba. El café le recuerda que hay que despertarse, es una de las primeras cuestiones que le vienen a la cabeza al levantarse, piensa en el té o en el café y en que eso la espabilará, aunque ¿de qué hay que despertarse? ¿Acaso uno está más despierto en la vigilia que en el sueño?, piensa Laia mientras sorbe poco a poco de la taza. ¿Acaso uno se despierta de forma automática cuando por la mañana abre los ojos? ¿Acaso no existe el café en los sueños? ¿Qué pasa si uno toma café porque, dormido, se imagina a sí mismo tomando café? ¿Los estimulantes de la bebida lo excitarían tanto como para sacarlo del sueño? Laia habría continuado la ristra de

preguntas retóricas de no haber sido por una de esas imágenes que no sirven de apoyo, ni para rellenar los huecos de una conversación, sino que actúan como un garrote que te golpea y te empuja hasta llevarte muy lejos de donde estabas, muy lejos de todas esas preguntas que a Laia se le olvidan cuando se encuentra con la cara de Diego muy pegada a la suya, los ojos entrecerrados, los labios puntiagudos que se precipitan a los suyos. Laia piensa por un segundo en la posibilidad de apartarse, pero apenas le queda tiempo para decidir, y además, le parece de mala educación rechazar a Diego, por quien, como mínimo, siente afecto y cariño. Piensa que él se sentirá peor siendo rechazado que ella habiendo aceptado, aunque no esté segura de querer hacerlo. No opone resistencia, cuando la distancia es insalvable, aprieta sus labios contra los suyos. Diego le acaricia la cara y a Laia no le molesta, hasta casi podría decir que le gusta, pero está tan preocupada por saber si de verdad le apetece o no que, en el fondo, resulta imposible que pueda disfrutar del momento. Pronto los labios de Diego se despegan. Laia agacha la cabeza y mira al suelo, aunque siente la mirada de Diego y, a pesar de la vergüenza y la torpeza, ella se la devuelve con una sonrisa que encierra muchos significados, de los cuales, él escogerá el más conveniente o el menos complejo. Entonces, ¿no te importa ser tú el que hable primero?, interrumpe Laia, refiriéndose a la exposición. A pesar de la brusquedad, cree que no resulta dolorosa ni forzada. Es más, Diego parece estar agradecido de que Laia haya sabido romper la posible tensión que después de ese momento podía estallar. Vuelven al trabajo como si nada. Ahora es a Diego a quien le cuesta concentrarse y Laia lleva las riendas, ya no piensa más en el café, que se le ha quedado destemplado, porque el beso ha impedido que se lo tome a la temperatura adecuada. Está centrada en esa exposición, que en realidad le es indiferente, pero la perspectiva de acabarla lo antes posible la motiva a trabajar al máximo, cada vez más rápido, y se consuela pensando que luego podrá dedicar todo su tiempo a trabajar en algo que sí le apasiona, a prepararse la entrevista del lunes y a buscar nuevos testimonios.

JORDI HERVÁS

BUENOS DÍAS, ¿EN QUÉ PUEDO AYUDARLA? Ah, eres Laia. Encantado, enseguida estoy contigo. Siéntate un segundo aquí, yo termino de arreglar una cosita y ya te concedo todo el tiempo que necesites.

Ya está, es que tenía unas gafas a medio reparar. Vamos a subir a mi estudio, ¿vale? Allí estaremos más cómodos. Está aquí al lado, en el mismo edificio. Es el despacho desde donde llevo las cuentas, guardo modelos viejos de gafas, paquetes que aún no he podido colocar en la óptica, pero en realidad es como una casa, paso más tiempo aquí que en mi piso, y tengo más trastos personales que en ningún otro sitio, tonterías de las que no me quiero despegar, pero que se acumularían en casa y mi mujer me mataría. Los niños ya ponen suficientes enredos como para tener a un niño adulto más, ¿oí que sí? Ponte donde quieras, Laia. A ver, dime, no sé, ¿por dónde quieres que empiece? Sí, eso siempre está bien. A ver, yo estaba terminando mis estudios en la facultad, ya estaba a punto de licenciarme como óptico. Mi mejor amigo en los años de la carrera, Mario, un matemático muy inteligente y perspicaz, un encanto, que además tocaba el piano en sus ratos libres, era el típico muchacho que está en todos lados. Yo no sé cómo encontraba el tiempo para ser brillante en la carrera, casi un virtuoso del piano y el alma de la fiesta allá donde se lo propusiese. Hubo una temporada en la que Mario frecuentaba a menudo un bar del Raval, que ahora ya no existe. Allí había un piano, un escenario, y todas las noches reinaba un ambiente artístico y desaforado donde cada uno era libre de hacer lo que le viniese en gana, y nadie era juzgado, casi siempre aplaudido. A Mario le gustaba tocar el piano allí, tenía mucho éxito entre las chicas, también entre los hombres, había mucho marica en aquel bar. Sin embargo, de todas esas personas a las que atraía Mario le interesaba por encima de todas una, Clara Dubasenca. Yo fui una noche a acompañarle, a escucharlo tocar. Me presentó a Clara y me quedé hablando todo el rato que Mario estuvo improvisando *jazz* en el piano. Así me la gané, así la perdió Mario. Cuando se acercó a mí, ya al final de la noche, después de haber terminado su interpretación, en un instante en que Clara se giró a la barra para pedir otra copa, me susurró al oído: Cabrón, esta me va a costar perdonártela. Pero en realidad, no había nada que perdonar y que me advirtiese de lo contrario con tanta franqueza y tranquilidad no hacía sino señalar que los buenos amigos no se separan por asuntos tan nimios. Clara no solo no destruyó nuestra amistad, sino que más bien la reforzó y durante todo ese período de seducción previo a algo más tangible, Mario me acompañó y me dio fuerzas.

Fue él quien vino conmigo hasta el salón de té donde trabajaba Clara por aquel entonces. Me

daba vergüenza enfrentarme a un encuentro forzosamente casual yo solo y él me ayudó mucho a romper el hielo mientras Clara nos servía y se paraba a hablar con nosotros en las pausas que le quedaban entre cliente y cliente. Recuerdo que me sorprendió verla en ese contexto tan diferente al del bar hacía un par de noches. No es que pareciese otra persona, era la misma Clara, pero distinta, distinta manteniéndose idéntica a como ella es o debía de ser en realidad, pero vete tú a saber cómo era ella o cómo soy yo en realidad. En el salón de té me pareció aún más delicada que la primera vez que la vi. No sé, sus gestos evocaban casi una coreografía, y como el local estaba muy cuidado, iluminado con luz cálida y tenue, con una disposición estratégica que dejaba los huecos precisos entre el pasillo y las mesas, por momentos tenía la sensación de asistir a un espectáculo de *ballet* ruso o algo similar. Allí, en el salón de té de *Mr. Wilkinson*, ese era el nombre del dueño, me enamoró. Hay una escena, una de esas escenas que vives y recuerdas al mismo tiempo que las vives. No sé si me entiendes, no sé si ya te ha pasado. Ocurre cuando mientras se desarrolla un determinado episodio, un diálogo concreto, en el mismo instante en que todos los detalles se despliegan, tú eres consciente de que estás presenciando un recuerdo, tú eres consciente de que pase lo que pase, esa imagen la vas a recordar hasta el día de tu muerte. Tú eres consciente de que por algún capricho de la suerte, en un momento inoportuno, esa imagen te va a golpear y tú recibes el golpe inerte y a veces te quedas en el sitio un buen rato, como reponiéndote de una caída. Una de esas imágenes está protagonizada por Clara. Bueno, en varias de ellas aparece Clara como protagonista, pero te voy a hablar de la primera. Era invierno y fue el primer día de frío de verdad aquel año en Barcelona, llegué tiritando a la tetería, me instalé en mi mesa, mi rincón preferido, el más apartado de la puerta, el más recogido. Aunque la calefacción estaba encendida, no terminaba de recuperarme del frío, me costaba quitarme el abrigo. Me deshice de él muy despacito, justo después de saludar a Clara, que en ese momento iba de un lado a otro sirviendo mesas. Los días de frío eran siempre los más concurridos. Por fin pudo pararse en la mía, se acercó con esos pasos de bailarina y me bastó un gesto tácito para transmitirle lo que quería, un té verde a la naranja. Era lo que siempre pedía, lo que llevaba pidiendo ya tantas tardes seguidas. Ya no temblaba, pero seguía destemplado y no encontraba mi postura. Me retorció sobre la silla, arqueaba los hombros tratando de dar con una posición que me hiciese entrar en calor. Nada mejoraba. Cuando ya pensaba que no podía curvar más la espalda llegó Clara con una tacita y la tetera. La dejó en la mesa y la destapó con suavidad frente a mí. Su antebrazo rozó el mío, y en ese cruce, el contacto de su piel templada contra la mía, aún fría, el tañido erótico de la tapa con el cuerpo de la tetera, el aroma del té mezclado con el perfume corporal tan característico de Clara, en todos esos cruces que acabaron convergiendo en la intersección de nuestras miradas, yo alcancé la temperatura adecuada. Yo me enamoré de Clara. Tal vez sea eso el enamoramiento, una sintonía entre temperaturas. ¿Entiendes lo que quiero decir? No sé si me he explicado, ahora todos esos recuerdos se me ponen a flor de piel y quizá estoy demasiado sensible como para hacerme entender.

Perfecto, pues sigo. Hay muchas otras imágenes con Clara que también se me quedaron grabadas. Como óptico estoy harto de mostrar la misma secuencia de letras, números y dibujos cuando gradúo a un cliente, ¿sabes? Me las sé de memoria, y, sin embargo, sé que las podría olvidar con mucha facilidad. No significan nada, no llevan impresas esa amalgama de olores, roces, sonidos de los que te hablaba. Clara fue muy importante para mí, yo siempre he sido una persona muy centrada en el trabajo, en los estudios cuando estaba en la universidad. Siempre he

sido capaz de dejar que mis relaciones sociales se deterioren a favor del trabajo, aunque cada vez menos. En cualquier caso, cuando yo conocí a Clara podía rechazar cualquier plan para tomar cervezas con amigos porque prefería quedarme en casa leyendo, estudiando, porque lo prefería, no porque tuviese la urgencia de hacerlo por algún examen, por ejemplo. Pero con Clara todo eso cambió, porque mi preferencia era cada vez más a menudo ella. Estuve incluso dispuesto a ofrecerle mi casa. Nunca hasta entonces había vivido con ninguna de mis parejas, pero yo sabía que iba mal de dinero, que se estaba quedando en casa de una amiga, Bárbara, porque no podía permitirse un alquiler, yo creo que alguna noche la llegó a pasar en la calle, en la avenida de la Luz o en alguna casa okupa. No es que le sugiriese quedarse cuanto quisiese en mi casa por hacerle un favor, el favor, en todo caso era mutuo. ¿Acaso no me favorecía a mí verla todos los días, despertarme con ella? ¿Acaso no nos favorecía a los dos todo eso?

Compartía un piso pequeño con un compañero de la facultad, era escaso para tres, pero los meses en los que viví con Clara ahí, los últimos de la relación, me sentí más como en casa que nunca. Por eso tuve que mudarme cuando lo dejamos. Ya no podía soportar vivir allí sin ella. No podía dormir, no podía dormir en esa cama sin ella, porque en esa cama también tuvo lugar una de esas imágenes que no voy a olvidar, una imagen que, para colmo, está grabada. ¿Qué? Ya, ya me lo dijiste por teléfono, por eso he traído la cinta. Sabía que querías verla, no te preocupes. Tengo todos esos vídeos digitalizados. Voy a por ella.

Ves, esa es la cama de la que te hablé, ahí está ella, recostada y completamente desnuda, aunque tú no la veas completamente desnuda porque yo me encargué de no encuadrarla por debajo del pecho, solo la cara y los hombros. Ese era el pacto, ella estaba muy nerviosa, no quería que bajase la cámara un centímetro más y se le viese en un descuido un pezón. Ya, en ninguno de mis vídeos se escucha el sonido. Mi cámara no registraba el sonido, pero yo te voy diciendo lo que me decía. Lo recuerdo, ¿cómo no voy a recordar lo que decía, palabra por palabra, además? En el fondo prefiero tener la película así, sin voz, el impacto al verlo y escucharlo al mismo tiempo ahora sería demasiado fuerte. Es mejor tener un vídeo así, un poco a medias, el choque de la imagen ya es lo suficientemente impactante como para añadirle el sonido. En fin, yo saqué la cámara esa mañana, amaneciendo, y la quería grabar así, en la cama, desnuda, natural, y aunque ella solía dejarse grabar y fotografiar le incomodaba salir sin nada de ropa. En cuanto agarré la cámara, ella, que todavía estaba semidormida, soltó un grito. Cómo te atrevas a grabarme así, me dijo. Entonces yo le prometí que no bajaría de los hombros y empecé a grabar. Mira, mira ahora lo que dice, se le pueden leer los labios, está diciendo que no puede evitar sentirse nerviosa, porque, claro, no puede ver cómo estoy encuadrando y todas esas dudas la incomodan. Mira qué dice: Ahora, con todas estas inseguridades, estoy un poco más fea que antes de que sacases la cámara, Jordi. La grabación ha perdido parte de su objetivo, que era inmortalizar la belleza del momento. Mira, mira, está diciendo que como se me ocurra llevar la cámara hasta un plano prohibido lo lamentaré y me romperá la bovina. Y ya cuando no podía aguantar más me dice que quite la cámara, que la quite, que quiere verme, quiere verme desnudo^[19]. Y la quito, ves cómo la aparto, ahora ya no la enfoco a ella. La dejo ahí, apuntando al suelo. Y me quedo un buen rato así, para que me mire. Todo esto no se ve en el vídeo, ahora son unos cuantos segundos de ese plano tan feo de las baldosas de mi habitación. Pero mientras tanto yo seguía ahí incorporado encima de ella, observándola, observándola muy fuerte, mientras ella me observaba a mí. Ves, ahora ya no puedo resistirme más, he tirado la cámara al suelo porque me he lanzado a besarla. Sí, es un beso largo.

Le digo que está muy guapa y ella se ríe, siempre se reía cuando le decía eso. Y entonces me doy cuenta de que la cámara sigue encendida y me agacho a recogerla y la apago. Y ya está. Se acabó.

¿La habías visto ya en fotos o vídeos? ¿Solo fotos? No sé en qué medida todo esto puede ayudarte en tu investigación. Ah, sí, tranquila, si te gusta lo que te estoy contando yo sigo. Estuvimos muy bien juntos, aunque éramos muy diferentes. Creo que eso es lo que nos atraía del otro, y al mismo tiempo, eso fue lo que nos llevó a la ruptura. Clara se cansó de que yo pudiese ser a veces tan rígido, tan analítico y racional. Yo me cansé de sus bamboleos, de sus cambios de humor, sobre todo en el último mes. El último mes ella cambió. No sé, supongo que eso lo propiciaba la situación, no pasábamos un buen momento, pero yo creo que parte de su cambio tuvo que ver con algo ajeno a mí, pero no sé qué otra cosa lo produciría. Al final ya casi no pasaba por casa salvo para dormir unas pocas horas en la madrugada, o al mediodía, cuando yo estaba en la facultad. A veces tenía la sensación de que me evitaba, ya apenas tenía deseo sexual, por lo menos hacia mí. Llegué a sentir que me utilizaba solo para tener un techo donde dormir. Es más, cuando rompimos estuvo unas semanas durmiendo en la calle, hasta que se echó otro amante, un conocido mío, para más inri. Fue un antiguo compañero de piso de Mario, un chico ciego que enseguida le proporcionó techo gratis. No sé, ese último mes fue muy doloroso. Yo no sé qué hacía tanto tiempo fuera de casa, acababa de dejar el trabajo en la tetería, algo también muy extraño. Yo creo que Wilkinson la despidió, pero ella me dijo que había decidido irse, que iba a tomarse un tiempo de reflexión y luego buscaría otro trabajo. Pasaba mucho tiempo en la calle, y yo sospecho que la mayoría de las veces estaba con Artemio, un hombre que hacía mosaicos y *collages*, que pretendía vivir del arte, pero que no tenía un duro y dormía por ahí, donde le dejasen. Un día me lo encontré en el centro, me dijo que venía del cine. Estaba como dormido o drogado, no sé. Yo puse cara como diciendo: ¿Y qué haces tú en el cine si no tienes dinero ni para comer? Puede que entendiese la mueca, porque enseguida añadió que como conocía al proyccionista de los cines de la avenida de la Luz, le dejaba entrar gratis. Los cines de la avenida de la Luz, ¿sabes? Los cines porno sumergidos en esa cloaca de depravados y drogadictos. En fin, no voy a seguir por ahí, no merece la pena escarbar en esas zonas sórdidas del pasado. Ahora ya todo son cébalas y piense lo que piense no obtendré nada satisfactorio. Lo único que puedo conseguir es dolor y suciedad. No merece la pena escarbar en esa zona sucia del pasado, no, porque Clara, mientras estuvo conmigo, mientras yo la vi como quería verla y ella me veía tal como yo quería verme en sus ojos, no fue nada de eso. Nada de lo que viví con ella entonces, salvo esas últimas semanas, resultó sucio ni doloroso, ni sórdido. Todo se me antojaba, como su propio nombre indica, muy claro, muy sencillo, y a pesar del misterio, de todos esos recovecos de ella que nunca se me desvelaron e imagino nunca se desvelarán ante nadie, yo estaba tranquilo. No podía inquietarme porque mientras duró, nuestra relación fue sincera, y ese vídeo que acabas de ver lo demuestra. ¿Se te ocurren pruebas de sinceridad más grandes que dejarse grabar, aun con el miedo de mostrarse demasiado, que no grabarlo todo, aunque estés tentando a ello? ¿Se te ocurre algo más sincero que una alianza de miradas?

RESPONDIÓ QUE SÍ

AVECES PENSABA QUE EL MEJOR *SOUVENIR* de un Lugar no era una postal, ni un imán, ni ningún producto autóctono, sino un mapa, porque se constituía como una imagen lo suficientemente alejada —al fin y al cabo, es un dibujo bidimensional de una realidad a la que solo se puede tener acceso en la distancia— como para remitirte al sitio concreto con brusquedad y a la vez lo suficientemente cercana como para que a través de ella lo recordaras. En mitad de aquel bosque desolado se le ocurrió a Laia pensar en cartografías, pero dudaba que existiese algún plano de aquel sitio, al que Diego la había llevado, quizá para sorprenderla, quizá para encontrar una nueva oportunidad para besarla, y de ningún modo con la intención de recorrerlo siguiendo un mapa. Eso iría contra el significado del paseo en el bosque, que debe ser a la deriva, sin rumbo, sin nada de antemano. No sabe muy bien por qué ha aceptado la invitación. Nunca ha quedado con Diego sin el pretexto de cualquier asunto relacionado con el máster. A veces se han cruzado, de casualidad, en la calle y han tomado algo, han empezado a hablar y han seguido hablando durante largo rato, pero esa excursión es la primera vez que han pactado verse sin una excusa detrás más que la de pasar más tiempo juntos. Diego la había llamado el día anterior, preguntándole con naturalidad si le apetecía dar una vuelta al día siguiente por la mañana, día festivo y con pronóstico de sol. Laia respondió que sí, pero poco había de naturalidad en su tono. Era más bien mecánico, incluso casi metálico. A menudo aceptaba porque le parecía que negarse requería mucho más esfuerzo, o a veces aceptaba porque creía que los demás podían saber mejor que ella qué le convenía, como cuando comía si alguien le ponía un plato delante. No era raro que, por todas las tareas pendientes, todo el trabajo acumulado, se olvidase de comer. Muchas veces comía porque su compañera de piso se lo recordaba o porque alguien cocinaba para ella, o porque un vendedor en la calle la incitaba a comprar empanadas de su tienda. Así había acabado Laia avanzando entre árboles y hojas secas en un lugar del que no solo no tenía ni la más remota idea acerca de su extensión o disposición, sino que ni siquiera sabría situar en el mapa de Cataluña. Lo único que sabía, aunque tampoco a ciencia cierta, es que estaba más bien al norte de Barcelona. Cuando bajaron del coche, Diego le dijo: Bueno, tú decides hacia dónde quieres ir. Eso dijo, apuntando al vasto bosque que se abría ante ellos. Era una forma de invitarla a que fuese ella la guía, a que fuese ella quien trazase a su antojo el recorrido para perderse. Por primera vez en mucho tiempo, a Laia le asaltó la incómoda sensación de tener que elegir, de no poder dejarse llevar por las decisiones de los demás. Se había acomodado a los monólogos que le regalaban las personas que conocieron a Clara, se había acostumbrado a seguir un ritmo con

partitura y ahora que alguien la obligaba a componer le producía cierta pereza, o le inspiraba temor, o quizá era una cuestión de práctica y se sentía torpe. Dio un paso al frente e intentó olvidar la carga de tener que actuar de guía. Hacía lo posible por que el peso del camino recayese sobre él, como si fuera él quien lo inventase y no ella, pero eso no funcionaba porque así solo aumentaba la autoconsciencia del propio camino. Intentó no pensar en nada de eso, mantener la mente en blanco, aunque es cosa sabida que la mente nunca está tan alborotada como cuando uno se esfuerza por dejarla en blanco. Lo único que la calmó fue pensar en Clara y en los últimos testimonios que había recogido. Se vio a sí misma como ciega. De no haber estado Diego al lado, habría cerrado los ojos, como solía hacer la propia Clara, tal como Gerard se lo relató, pero no quería llamar la atención y tuvo que fingir no ver con los ojos abiertos. Procuraba no mover la cabeza, para que su campo de visión sufriese las mínimas distracciones. Tal era la determinación de sus pasos que Diego, siempre detrás de ella, no se atrevía a decir palabra, pues debía concentrarse en no tropezar. Laia había elegido un tramo rocoso y algo resbaladizo, había un riachuelo al lado que dotaba de una humedad peligrosa a las piedras. Sin embargo, ella avanzaba con la seguridad de que al paso anterior le seguiría uno igual de firme. Saltaba de una piedra a otra tan resuelta porque había conseguido no darse cuenta en absoluto de que estaba caminando, menos aún de que era ella quien diseñaba el camino. Así podía mantenerse al margen de todos esos pensamientos que hubiesen podido incomodarla en una situación semejante, ya que no solo su papel de guía le desagradaba, sino también la mera compañía de Diego, que había perdido la espontaneidad de antes. Ahora todo se envolvía en un fardo de expectativas que acrecentaba la tensión y la rigidez.

Parecía que iba a hacer mejor día, ¿no?, soltó Diego con la dañina idea de romper el silencio. Era la primera vez que hablaban del tiempo. A Laia ese comentario le resultó tan fuera de lugar, tan fuera de persona y fuera de tiempo precisamente que contestó muy arisca: Si andas con un poco más de brío tendrás hasta calor. No entendió o no quiso entender su tono cortante, porque enseguida Diego sugirió que podían parar un rato a descansar, habían caminado mucho. Laia no se dio por vencida, ¿no ves que si nos paramos tendrás más frío?, le decía. No tengo frío, solo he dicho que pensaba que haría sol, que el cielo no estaría tan gris, pero frío no tengo, contraatacaba él. ¿Pero de qué sirve salir a pasear si la mitad del tiempo te quedas quieto?, preguntó Laia mientras torcía hacia la derecha y continuaba la marcha. Diego permaneció parado un instante, y viéndola alejarse poco a poco le gritó que era una cabezota. No tuvo más remedio que seguirla. Ahora Laia iba cada vez más rápido y ahora sí que era consciente de trazar la ruta, en concreto abría el camino lo más deprisa posible con la esperanza de perder a Diego, o tal vez de exasperarlo. Enseguida se le enquistó en la cabeza el deseo de encontrar un sitio donde parar y sentarse, aunque prefería que fuese un lugar tan recóndito e ilocalizable que ni siquiera Diego pudiese encontrarlo, un lugar al que no se pudiese llegar y del que no se pudiese salir, un lugar imposible, ahora sí, de plasmar en un mapa. Laia ya había empezado a cansarse, no de subir y bajar por el monte, sino de no controlar sus apetitos. Es probable que no le apeteciese de verdad pararse, incluso si lograrse quedarse sola un buen rato, aunque también es probable que desde el principio, desde que Diego se lo propuso, le apeteciese descansar y se negó solo por llevar la contraria. Casi lo había perdido de vista, su figura se vislumbraba muy pequeñita y muy rezagada. Rendida ante sus deseos y su desgana, Laia dejó caer el cuerpo en una roca puntiaguda, se sentó en el vértice y luego fue resbalándose poco a poco, rozando la espalda contra la roca, hasta que las

nalgas llegaron al suelo y la roca le sirvió de respaldo. Diego no tardó en llegar, no dijo nada. Debía de estar tan cansado que ni siquiera le quedaban fuerzas para chincharla. Se sentó al lado de Laia, intentaba descansar la espalda contra la misma roca en la que Laia estaba apoyada, pero apenas había espacio para los dos y se veían obligados a pegarse mucho. Laia estaba a punto de sentirse más incómoda que cuando subía por ese sendero cuesta arriba y deslizante. Estaba quieta, pero sus músculos temblaban por la humedad del suelo y de la roca. Diego se percató y se arrimó aún más a ella. Como seguía temblando, la rodeó con los brazos y de vez en cuando apretaba muy fuerte contra sí para ver si de esa manera expulsaba el frío. Tanto lo expulsó que, amurallada entre los brazos de Diego, empezó a sentir demasiado calor. No se molestó en incorporarse, no se inmutó ni para apartarle los brazos ni para alejarse unos centímetros; por supuesto tampoco sugirió de ningún modo retomar la caminata, pues estaba convencida de que hiciese lo que hiciese no alcanzaría la temperatura adecuada.

ARTEMIO COLUBI

MUCHACHA, NO TE QUEDES AHÍ, VEN, QUE AQUÍ tengo unas sillas. ¿Entonces quieres que te hable de Clara Dubasenca? De Clara Dubasenca, Duba, Duba, Dubita. ¿Sabes que ella también pintaba? Bueno, más que pintar, dibujaba. Seguro que tengo algún dibujo suyo por ahí. En un par de ocasiones me ayudó con los *collages*, le gustaban mucho mis *collages*. Me llamaba el chico de los recortes, puede parecer un apodo un poco aniñado, o cursi, pero a mí me gustaba. A veces me saludaba y me decía: Hola, chico de los recortes, ¿has cortado mucho esta mañana? Qué entrañable, qué tierna. Hice la exposición de mosaicos en el Raval, donde Pere. Ya te han hablado de él, ¿no? Cuando expuse ahí un montón de mosaicos que nunca compró nadie todo el mundo hablaba de Clara, como si fuese famosa. A mí me han incomodado siempre los grupos, a lo mejor por eso me atraen tanto los *collages* y los mosaicos, porque están compuestos de muchos trocitos juntos, es una amalgama fragmentada. Yo cojo lo mejor de cada grupo y luego ya veo lo que hago con eso por mi cuenta, de forma individual. Antes de la exposición ya había estado en el bar de Pere, claro. Pere era un buen amigo, pero no me gustaba ir todos los días, hablar siempre con la misma gente. ¿Sabes lo que te quiero decir? Se ve que en esos meses en los que yo no había puesto el pie en esa calle del Raval, de repente había aterrizado ese torbellino llamado Clara Dubasenca, Duba, Duba, Dubita. Era divertido, yo sabía que Clara era un poco como yo, le agobiaban los grupos, pero al mismo tiempo se dejaba. No oponía resistencia si la agasajaban, ya desaparecería cuando se hartase. Por eso me cayó bien desde el principio y la noche de la inauguración de la exposición nos emborrachamos, yo la emborraché a ella y ella me emborrachó a mí. Borracha me parecía aún más divertida. Salimos del bar y todos se dispersaron, pensé que Clara se había ido a su casa, luego me enteré de que no tenía una casa realmente, como yo. Y nada ha cambiado, ¿eh? Fíjate donde estoy, en un taller okupa del que me desalojarán en pocos meses, seguro. Bueno, yo creía que también me tendría que retirar a mi casa, o a lo que yo consideraba casa por aquel entonces en las noches en que no tenía otro refugio mejor. Empecé a andar Rambla arriba, rumbo a la avenida de la Luz. Qué maravilla, la avenida de la Luz, muchacha. Ya no hay sitios así, qué barbaridad. Aquello era una preciosidad, no te lo puedes ni imaginar, ¿y ahora qué queda? Tiendas de maquillaje, tiendas de ropa igual a la ropa que lleva todo el mundo. ¿Dónde va a parar? Esos años, al final de los ochenta, la avenida de la Luz brillaba más que nunca, estaba espléndida. Fueron sus últimos años, fueron sus mejores años. El final suele ser el momento de mayor esplendor. Por supuesto que, si le preguntas a uno de estos señores, estos abuelitos de l'Eixample que viven en un ático con su mascota y su pedigrí

correspondiente, te dirán que el desplome de la avenida de la Luz es de las mejores cosas que le han podido pasar a Barcelona, igual que la rambla del Raval es lo mejor que le ha podido pasar al barrio chino. Esto no lo digo yo, esto lo dicen los que no lo han vivido, aunque residiesen en la Barcelona de los ochenta, porque una cosa es residir y otra muy distinta vivir, muchacha. Esto tiene una explicación filológica o etimológica seguro. Tú sabes de estas cosas, ¿no? ¿De dónde viene residir, muchacha? Claro, es lo que te estoy diciendo, residir, residir, estar sentado, volver a sentarse, sentarse una y otra vez en el mismo sitio y no moverse, ocupar un lugar igual que la silla ocupa el hueco de debajo de la mesa, la misma indiferencia, la misma desgana. Eso es residir y esos eran los residentes de Barcelona, los que no podían ver la belleza de esos lugares mágicos como la avenida de la Luz. Había quienes jugaban con el nombre, bromeando con que esa cloaca era cualquier cosa menos luminosa, pero a mí me parecía que dentro de esa penumbra, y en sus últimos años mira que era lúgubre, había algo resplandeciente. Yo pasé muchas noches allí, muy a gusto, muy tranquilo, nada que ver con la imagen que pintan algunos. Nada que ver con la imagen que pintaban del barrio chino. No era un agujero de drogadictos, crimen y delincuencia. Por supuesto que había drogas y algún que otro robo, pero eso pasa hasta en las mejores familias, o mejor dicho, sobre todo en las mejores familias.

Recuerdo la que se armó cuando unos gitanos del barrio se murieron por sobredosis o por consumir heroína en mal estado y toda la familia acudió en tromba allá donde estaban los dos capos, los dos negros que les vendieron la droga. Lo recuerdo porque yo lo vi con mis propios ojos, conocía a los que se murieron y a los negros también, aunque nunca llegué a comprarles nada, porque no había oído hablar muy bien de ellos. En pocos minutos empezó a acudir gente, y se formó un corro de gritos y palos tan ancho, tan escandaloso que parecía que iban a derribar las paredes de los edificios de cualquiera de esas calles tan estrechas. Yo lo vi y cada vez lo fui viendo más de lejos hasta que lo perdí de vista. No quería problemas, y ya he dicho que no me gustan los grupos, aún menos los grupos con dos bandos bien diferenciados donde se zurren los unos a los otros. Se desató una buena trifulca, eso es cierto, pero de ahí a calificar al barrio como una zona de máximo peligro y depravación existe un trecho muy largo. Ya sabes cómo son los peces gordos, se llenan el estómago con una ración chiquitita, un canapé diminuto en bandeja de plata, y eso les sirve para justificar su digestión durmiendo una siesta de tres horas. Pues si a los peces gordos de la Generalitat no les hacía gracia ese remanso de paz y libertad que fue el barrio chino, ya se encargaban ellos de buscarse un argumento, por mínimo que fuera, lo suficientemente atractivo como para respaldar su destrucción.

Eso es otra historia, te estaba diciendo que el día de la exposición, borracho perdido, me iba a dormir a la avenida de la Luz, y conforme iba subiendo la Rambla estaba en mi cabeza esa canción, *La negra flor*. «Al final de la rambla me encontré con la negra flor, que creció tan hermosa en su tallo enfermizo», ¿la conoces? Es una joyita de Radio Futura. Yo no sé si eso era el final de la Rambla o el principio, sabes. Puede que el final de la Rambla sea el puerto, pero para mí ese era el final de la Rambla y el final de mi noche y conforme iba avanzando veía una silueta ahí arriba, más o menos quieta, una figura de mujer. Dejé de tararear y canté a viva voz: «¿Dónde vas negra rosa? ¿Me regalas tu amor?». Y entonces la silueta empezó a moverse, con mucha sutileza, al ritmo de la música, y poco a poco su contorno se iba enfocando hasta que, entre los destellos de las farolas y el resto de cuerpos que transitaban la distinguí. Ya te puedes imaginar quién era: Clara Dubasença, Duba, Duba, Dubita. Cuando la reconocí corrí hasta ella y la tomé en

peso, casi se me cae de las manos porque no estaba muy lúcido. Cuando la bajé y sus pies tocaron ya el suelo seguí agarrándola por la cintura y nos pusimos a bailar mientras yo seguía cantando cada vez más fuerte y más desafinado: «Que tu culpa fuera solo por mi culpa, que mi culpa fuera solo por amor». Creo que ella no se sabía la letra, no sé. En cualquier caso, no cantaba, sonreía y bailaba, como una niña. A mí siempre me pareció una niña, y como la última vez que la vi debía de tener veinte años, quizá un poco más, veintidós o veintitrés, para mí siempre tendrá ese aspecto, muy inocente, pero no por ello ingenua. De ahí que la metáfora de negra flor le quede como anillo al dedo, porque era delicada y a la vez oscura e inquietante, porque podía pasar desapercibida como tantas otras rosas tan abundantes por todos lados, pero a la vez era negra y las rosas negras sí que son una rareza. Acabamos el baile y le di un beso apasionado y me la llevé a la avenida de la Luz y seguimos allí hablando, bebiendo, imagino que también fumaríamos algo.

Sí, durante esa época, Clara era alguien muy cercano para mí. Pasamos mucho tiempo juntos, y podríamos haber pasado más incluso, pero luego empezó a vivir con ese amante suyo, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Jordi, y luego vino Óscar. No podían ser más opuestos a ella. De verdad que no sé cómo acabó con esos señores aburridísimos. Sin duda ellos la mantenían a raya, todo lo que se podía controlar a Clara, que siempre fue imparable, aunque en ocasiones, como ya he dicho, se dejase, le concediese a alguien en concreto, por un tiempo, el privilegio de ejercer cierto poder sobre ella, aunque fuera ilusorio. ¿Entiendes a dónde voy? Bueno, era evidente que Jordi me odiaba con toda su alma y veía en mí a un perdedor, a un mendigo que se las daba de artista como tantos jóvenes de los ochenta que creían ser músicos, escritores o pintores. Él, en cambio, era alguien con futuro, alguien que fundaría una familia y viviría en un bonito apartamento de l'Eixample con hijos, y mascostas con su pedigrí correspondiente. Sin embargo, lo que más odiaba de mí era que, en el fondo, en un rincón tan oscuro de su fuero interno que él mismo desconocía, le caía bien, y le caía bien en la medida en que Clara también le caía bien. Vaya si le caía bien Clara, estaba enamorado de ella. Por eso, al verme a mí, tan distinto de él, tan alejado de sus ambiciones, no podía aceptar que la persona que lo volvía loco en ese momento fuese, también como yo, tan diferente de él. No podía soportar que ella tuviese más en común conmigo que con él y por supuesto tampoco podía soportar sentirse irremediabilmente atraído hacia alguien que no aguantaría ni dos segundos dentro de un piso de l'Eixample con hijos y mascotas de pedigrí. No estaban hechos el uno para el otro y a mí me daba rabia a veces verlos juntos, pero supongo que es muy narcisista pensar así. Creo que fueron felices mientras estuvieron juntos, también creo que se utilizaron mutuamente, ¿pero acaso no hay algo de eso en todas las parejas? Yo me alegro de no haber sido nunca novio de Clara porque así estoy seguro de que nunca me utilizó, ni yo a ella. A mí me decía: chico de los recortes, ¿qué haces hoy? Chico de los recortes, vámonos a emborracharnos, llévame a bailar. Y yo a veces también le decía: Duba, Duba, Dubita, ya he cortado mucho por hoy, vamos a hacer algo. ¿Quieres ver el poema que me escribió?

chico de los recortes
¿has cortado mucho esta mañana?
chico de los recortes
has cortado mucho esta mañana
deberías descansar
dormirte envuelto en una capa

*de trocitos de papel y cartulina
chico de los recortes
has cortado mucho
el aire que corta
ahora tenemos que hablar
con intermitencias
entrecortados
chico de los recortes
me gustaría vestirme
con todos esos fragmentos
que desechas de tus collages
no los tires, mi cuerpo será
la pieza que faltaba
chico de los recortes
has cortado mucho por hoy*

RARO RECONOCERLO

ELVIRA DEJÓ CAER EL CUERPO EN EL SOFÁ, las nalgas chocaron de golpe contra dos cojines, muy decorativos, pero poco confortables. Dio un respingo y despegó los muslos y el trasero unos centímetros de la tela, apartó los cojines con rabia. Esos cojines deberían estar cada uno en una punta del sofá, pensó para sus adentros, pero ya había lanzado los dos hacia un mismo extremo y se habían quedado ahí apilados mientras ella, arrellanada en el centro del sofá, no se sentía con fuerzas suficientes como para moverlos de nuevo. De su mano derecha pendía el teléfono móvil, parecía que se le iba a caer en cualquier momento. Extendía el brazo y sentada en la misma posición en el centro del sofá, estiraba la espalda hacia delante lo máximo posible. Levantó la cabeza y alzó la vista, contemplando el salón como si no le perteneciera, como si acaso no formase parte de la casa que habitaba desde hace ya treinta años, de la casa hipotecada que con tanto mimo habían amueblado ella y su marido, que con tanto esfuerzo habían intentado convertir en un hogar, para hacer de ella un espacio propicio para la familia. Contempló el salón y, en efecto, no le pertenecía porque, aunque hubiera elegido los muebles, las cortinas o el color de las paredes, ya apenas pasaba tiempo en él. Pasaba más tiempo en salones ajenos, en los de sus alumnos de piano durante todas las lecciones que impartía a domicilio. Ni siquiera podía decir que ella misma se encargaba de cuidarlo, porque ya hacía muchos años que una señora de la limpieza acudía dos veces a la semana. Por supuesto, desde que su hija Laia se mudó a Barcelona, la casa se había vuelto cada vez más impersonal. Elvira, de alguna manera, sentía que había perdido poder sobre las distintas estancias de la casa, sobre todo el salón y la cocina, donde antes era habitual encontrarse libros o carpetas de Laia. Le resultaba raro reconocerlo, pero extrañaba poder reñir con su hija cuando encontraba apuntes de la universidad encima de la mesa donde solían comer. Aquel gesto mínimo le otorgaba cierto poder sobre ese espacio, también cierto control sobre su hija. Eran batallas sutiles y casi imperceptibles, pero significativas para esa casa, para el lugar en sí, y también para el lugar que Elvira, como madre, ocupaba en él. Ahora ya nada de eso ocurría, apenas había movimiento en las distintas estancias. Su marido y ella se desplazaban a menudo como dos extraños, el uno para el otro, los dos para la propia casa. Elvira seguía sentada al fondo de ese salón que se volvía cada vez más grande, sosteniendo ese móvil, cada vez más resbaladizo. Asió con algo más de vigor el teléfono y pulsó un par de teclas hasta llegar al registro de llamadas. Doce minutos cuarenta y tres segundos, esa era la duración de la última, el tiempo exacto que había empleado en discutir con su hija, en suplicarle que fuese a pasar un día con ella el próximo fin de semana. No terminaba de creer que su negativa fuera por el

exceso de trabajo. No la consideraba una vaga, pero no concebía cómo podría estar tan ocupada como para no dedicarle unas horas a su familia. Debía de haber otras razones, que iban desde un hastío profundo hacia su madre y su padre hasta la compañía de otras personas que Laia anteponía a ellos, muy probablemente la compañía de algún amigo o novio, pensaba Elvira. No creía en la excusa de las entrevistas para ese trabajo de la universidad, aunque tampoco sabía muy bien en qué creía, porque ahora que se paraba a pensar en ello, hacía tiempo que su hija la había mantenido alejada de su intimidad. No sabía nada acerca de quiénes eran sus amigos. Desde el instituto no conocía en persona a nadie en quien Laia podía sentir confianza, y apenas podía recordar un nombre, el de una tal Elisa. Laia siempre fue tímida y callada, pensaba Elvira, pero toda esa timidez, hasta la adolescencia se veía transformada en apertura, en afecto hacia sus padres. Ya a partir del instituto, las reservas se volcaron hacia ellos y no hacia los demás. Elvira creía que eso era así porque todo el apego que tenía hacia su familia, todo ese tiempo que invertían juntos, de repente, le había dado fuerzas y seguridad para enfrentarse a sus compañeros, para enfrentarse a su miedo al ridículo y que por eso, progresivamente, todas las horas dedicadas a estar en casa, a jugar con sus primos, de repente se volcaron en tiempo con otros amigos. También se volcaron en largos lapsos de lectura solitaria y recordó una ocasión en que ella encontró a su hija acurrucada en la cama alrededor de un libro. Entró con sigilo a la habitación y Laia no ejecutó ningún movimiento más que el que le permitía pasar de página. Elvira se acercó un poco más y llegó a sentarse en la cama donde Laia seguía como un ovillo sin inmutarse en absoluto ante la presencia de su madre. Entonces ella le preguntó con un tono dulcificado a propósito: ¿Qué lees? Y Laia casi le estampa la portada del libro en la cara, para que viese el título, que ahora Elvira no recuerda, porque lo que más recuerda es ese gesto de desdén y odio. Recuerda su reacción, un grito de cólera, ¿te crees que esa es forma de hablarme?, le había dicho a Laia, a lo que ella contestó con un forzado «lo siento», y se quedó mirando a su madre, como pidiéndole que dijera todo lo que tuviese que decir cuanto antes para poder estar sola cuanto antes. Acabaron saliendo a tomar algo a una cafetería y la brusquedad y el desprecio de Laia acabaron enterrándose pese a la torpe conversación que mantuvieron durante esa tarde a solas madre e hija.

ÓSCAR DOMÉNECH

HOLA, LAIA, ¿CÓMO ESTÁS? SÍ, PONTE DONDE QUIERAS. No, vivo solo. Mi hermana viene muy a menudo, casi todos los días, para echarme una mano, sobre todo con la limpieza. Esa es una de las cosas más sutiles que no puedo percibir, la suciedad en una casa. Por supuesto que percibo el olor a polvo, y su tacto, pero si en un descuido se me cae una gota de café al suelo por las mañanas eso sí que no puedo olerlo, y mucho menos verlo. Sí, la ceguera es congénita. Nunca he podido ver, así que no sé lo que me he perdido, mejor. La suciedad de las personas, en cambio, sí que la distingo y no solo por el olor. En primer lugar, no se trata de que alguien huela bien o mal, eso es imposible de medir. ¿Tú cómo definirías un mal olor? Exacto. ¿Y un buen olor? Ahí la cosa se complica, ¿eh? Es que no existe un buen olor, aunque por paralelismo al mal olor, que identificamos con facilidad, creemos saber lo que es un buen olor. Yo creo que los olores pueden agruparse en cuatro grandes grupos. En los dos extremos están el mal olor, que resulta tan desagradable que no se puede describir, pues es doloroso; y luego está el buen olor, que hipnotiza tanto que también cuesta mucho definirlo, pues se desgaja de cualquier otro perfume agradable conocido y no remite a nada, solo nos sumerge en un estado casi de trance. Los otros dos grupos serían el de los olores incómodos y los cómodos, y creo que esos términos apenas necesitan explicación. Para bien o para mal, son fragancias moderadas, que suelen pasar desapercibidas. Bueno, pues la suciedad de las personas, en primer lugar, puedo reconocerla por el olor, y ese perfume más allá de que sea bueno, malo, cómodo o incómodo, sobresale porque es inadecuado. Cuando alguien posee un olor inadecuado^[20], que no encaja con su voz, con su forma de moverse, significa que hay algo turbio, sucio. De ahí se deduce la segunda parte de mi argumentación, identifico la suciedad de las personas a través de sus gestos y también de la huella de sus gestos, por ejemplo, cuando alguien al sentarse deja unas arrugas muy poco armoniosas en el sofá. Tranquila, no vayas a ponerte nerviosa^[21], siéntate como quieras. Te percibo limpia, clara. Creo que las arrugas que dejes en ese sillón serán bonitas.

¿El piano? Sí, ese es el piano que utilizo para dar clases. ¿También se dedica a eso tu madre? Qué coincidencia. Además del piano, también toco el saxo, está en el despacho. Tengo más alumnos de saxo que de piano, gano más con las clases de saxo. A Clara le intenté enseñar a tocar el saxo, pero no se le daba muy bien. El piano sí, ya sabía un poco. Puede que de pequeña le hubiese enseñado algo su madre. Conmigo retomó lo que ya sabía y avanzó rápido. Para el piano sí que tenía cierto talento, aunque ya sabes más o menos cómo era Clara, siempre de un lado para otro. Nunca perseveró porque le gustaba probarlo todo un poco y no comer de nada. Era muy

inteligente. Si hubiese tenido más tenacidad, más constancia, podría haber llegado muy lejos. Ah, no, no lo sé. No sé dónde ha llegado, hace años que ya no escuchaba su nombre. Pero, vaya, si hubiese llegado lejos lo sabría. Ya, tienes razón, eso de lejos es muy ambiguo y subjetivo, como los olores. Perdona, no quería parecer condescendiente, yo admiro a Clara y fue muy importante para mí. Me enseñó mucho más a mí que yo a ella, eso seguro. Lo que quería decir es que tenía mucho talento, pero que lo desaproveché. Bueno, no, no quería decir eso exactamente. Ay, lo estoy empeorando todo. Pero, fíjate en mí, yo, que tengo tantas carencias, que la naturaleza me ha privado de algo tan importante como la visión y eso, sin duda alguna, es un gran obstáculo, he ido hasta el fondo de lo que me gusta, de aquello en lo que soy bueno, que es la música. Clara era buena en muchas cosas y no llegó al final de ninguna, ¿entiendes ahora? Bueno, Laia, pues no sé, lo siento. A veces no tengo mucho tacto. Voy a dejar de ser abstracto y te voy a hablar ya de forma más concreta sobre nuestra relación, ¿te parece?

La conocí a través de su última pareja más o menos. Por aquel entonces yo vivía con Mario, el mejor amigo de Jordi y antiguo novio de Clara. A Mario lo conocí porque le había dado clases de piano y además era amigo de mi hermana, que también estudió Matemáticas, aunque ella era más joven que él. Bueno, basta de parentescos y amigos de amigos. Cuando Clara vivía con Jordi, coincidí muchas veces con ella. Desde el principio se interesó por mí, no sé, le gustaba hablar conmigo o le parecía gracioso que yo fuera ciego. Me preguntaba sobre mi ceguera como si fuese una niña pequeña y no supiese que hay personas que nacen sin poder ver. Eso era algo que me divertía mucho, su forma de dirigirse a los demás a veces, con la curiosidad de un niño o de un extranjero que no habla el mismo idioma que tú. A Clara le fascinaba esa situación en la que ella podía ver sin ser vista, pero lo que no sabía era que yo sí que podía sentir su mirada, sí que sabía cuándo me miraba a mí y cuándo lo hacía para otro lado^[22]. De las conversaciones sobre mi forma de mirar o de no mirar pasamos a las conversaciones sobre cine. Ya entonces lo disfrutaba mucho, había visto mucho cine español y americano de los años cincuenta. Creo que ya había acabado con toda la filmografía de Humphrey Bogart. John Huston también era de mis favoritos. En fin, hablábamos mucho de películas y más tarde también vimos muchas películas juntos. Seguimos con cine clásico de los cincuenta y sesenta, y luego, más tarde, Clara me descubrió el cine mudo. Puede que a Clara le conmoviese mi modo de ver, pero a mí el suyo consiguió hacerme llorar. Gracias a ella descubrí a Buster Keaton, a Harold Lloyd y a Chaplin, sobre todo a Chaplin. La primera vez que lloré con una película fue con *Luces de la ciudad*. Clara me contaba todos los detalles, me describía las coreografías de Chaplin como si fuese el narrador de una novela, y cuando llegó el final de la película, cuando a través de su voz contemplé por primera vez ese plano, considerado tan importante en la historia del cine, la sonrisa de Chaplin tras la cara de perturbación de la chica amada, cuando Clara me hablaba ya con la voz temblorosa, porque para ella, igual que para mí, no termina de ser una escena feliz, en ese momento, lloré, y sé que Clara me vio llorar, pero no dijo nada. Puede que hasta sonriera, orgullosa de sí misma por haber conseguido emocionarme. Esa escena, en contraposición con la ambigüedad del final de *Luces de la ciudad*, sí que era una imagen feliz. Fue una de las primeras películas que vimos juntos cuando se vino a vivir conmigo. Para entonces yo ya había cambiado de casa, estaba solo en un piso por ronda Sant Antoni, era más cómodo tener el piano y dar las clases allí. Clara acababa de dejarlo con Jordi, y al principio todo me resultaba un poco extraño. El primer mes no salía mucho de casa. Nos quedábamos por las noches viendo películas mudas. Ella solía preparar la cena y yo la

esperaba en el sofá, con la tele encendida, esperando a que llegase para pulsar el botón del mando y que la película empezase a reproducirse. Nunca me decía de antemano lo que cocinaba, pero siempre lo averiguaba antes de probarlo, antes de que lo sirviera, por el olor que se desprendía desde la cocina. Me gustaba mucho el olor de Clara, era dulce y aceitoso. No quiero decir que fuera pegajoso, sino aceitoso, como si resbalase. Una vez, cuando ya hacía dos o tres años que no tenía noticias suyas, en un restaurante, donde comía con un amigo y alumno mío, me llegó de repente una bocanada de su perfume. Creí que debía de estar en ese mismo restaurante, pero enseguida pensé que era imposible, y que de haber estado, se habría acercado a saludar. Luego llegué a la conclusión de que lo más propio de ella hubiese sido evitar ese tipo de momentos, así que, puesto que yo lo tenía difícil para reconocerla en mitad de una multitud, ella podría haberse escabullido sin más. No lo sé, lo más probable es que fuesen imaginaciones mías, aunque no era la primera vez que yo notaba su presencia después de que se marchase. Notaba su presencia incluso cuando tenía la certeza de que no estaba allí. A veces me bastaba con oír una voz similar a la suya, pero ya sabía que no era la suya, porque ¿cómo no iba yo a distinguir la suya? Me la sabía de memoria, aún la recuerdo. Por supuesto, no puedo reproducirla, pero era tan característica, también dulce, como su perfume. Parecía que te acariciase cuando hablaba. A veces me excitaba mucho y antes de que pasase nada entre nosotros, me ponía muy nervioso durante nuestras conversaciones, temía tener una erección y no saber disimularla, y resultarle ridículo. Cuando vivíamos juntos me leía novelas y libros, apenas me leyó poemas suyos. Decía que le daba vergüenza, que no eran buenos, que eran un chiste que ella misma se contaba cuando estaba triste. De poesía lo que más me leyó fue a Emily Dickinson, y luego me leía también relatos policíacos, esos son los que más me han gustado desde niño. A veces me decía: Oscarín, te voy a leer un poema del siglo XIX, y, en realidad, empezaba a recitar el manual de instrucciones de la lavadora. Tenía ese tipo de humor, algo infantil, con el que siempre me reía, aunque yo soy más bien serio y nunca gasto bromas.

Los dos primeros meses viviendo juntos fueron deliciosos, pero luego cada vez estaba menos en casa. Había noches que ni siquiera venía a dormir y me decía que había estado en una fiesta. A veces llegaba borracha, o no sé, de mal humor. Era muy inestable, de repente, tenía arrebatos de cariño, pero en momentos inoportunos. No sé, yo estaba tranquilo, escuchando música, por ejemplo, no me apetecía que de repente se abalanzase sobre mí. Todos esos vaivenes me incomodaban, y a final acabó por dejar de venir, acabó yéndose para no volver. Así fue, ni siquiera se despidió de verdad. Se dejó algunas prendas de ropa en mi casa incluso. Cuando comprendí que ya no iba a volver las tiré. Todavía conservaban su olor y eso sí que era insoportable, podría haberme muerto de tristeza con la nariz pegada a un jersey suyo. El olor es lo más fácil de olvidar, así que deshacerme de la ropa me ayudó a superar ese bache más rápido. Eso sí, el olor es también lo más fácil de recordar, así que aunque ya no tenga ni idea de a qué se parece su fragancia, en cuanto me la pongan delante sabré sin asomo de duda que es la suya, y eso sí que será terrible, y lloraré tanto como con el final de *Luces de la ciudad*.

SORPRESA

LO MEJOR ES QUE ESTEMOS AQUÍ TODOS, EN EL SOFÁ, como si nada, hablando, y que cuando abra la puerta, sigamos a lo nuestro durante unos segundos hasta que cuando ella ya no sepa qué hacer, le gritemos: ¡Sorpresa! Esa era la estrategia que propuso Silvia, y Elisa y Diego la secundaron. En la mesita del salón en torno a la cual estaban reunidos ya no quedaba espacio para nada más, llena como estaba con bolsas de patatas, frutos secos, un cuenco hasta los topes de cuscús preparado por Silvia, vasos, botellas de cerveza. Hace casi una hora que habían llegado Elisa y Diego, Silvia les había dicho que se pusieran cómodos y que no tenían que hacer nada, solo esperar. Era ella quien los había citado y quien se había encargado de organizar esa pequeña fiesta sorpresa para el cumpleaños de su compañera de piso. Laia llegaría en cualquier momento del trabajo y no sospecharía encontrarse allí con ellos. No podría imaginarse que Elisa hubiese venido desde Girona solo para pasar la noche con ella, ni tampoco que Silvia se hubiese atrevido a contactar con Diego. ¿Entonces no se huele nada de nada?, preguntó Elisa. Silvia respondió desde su habitación que por supuesto que no, y enseguida se sentó junto a ellos alrededor de la mesa. Diego no respondió, se le notaba cohibido, pero la naturalidad de Elisa y Silvia lo hacían sentirse cómodo. Silvia, como artífice y anfitriona, al fin y al cabo, intentaba sacar una conversación en la que los dos participaran, rellenaba los vasos de cerveza antes de que se vaciaran por completo y, de cuando en cuando, se dirigía a la cocina o a su habitación, como buscando algo. A veces sacaba algo más para picar, como un platillo con aceitunas, o galletitas saladas, otras volvía sin nada, y en la última, por ejemplo, trajo unos globos que lanzó contra Diego y Elisa, exhortándolos a que los inflaran. A Elisa se le daba muy mal, el primero le explotó en las manos, el segundo se le desinfló y se le escurrió entre los dedos cuando estaba a punto de anudarlo. De repente, se convirtió en el centro de todas las risas y todos cedieron a un ambiente más distendido. Yo no sé qué va a pensar Laia de todo esto, solo falta una piñata, comentó Diego. ¿Pues qué va a pensar? Como no le guste la mato, que mañana tengo una exposición y no he ensayado por ella, contestó Silvia. Tú la conoces más, ¿no?, añadió Elisa, ¿crees que va a sentirse rara? ¿Yo? Vosotras sois amigas desde hace más tiempo, dijo él, vosotras sabréis mejor. Le preguntaba a Silvia, dijo ella entre risas, y Diego se sintió como delatado y toda la vergüenza de la que había podido desprenderse se le volvió a acumular en el estómago como una masa punzante y en las mejillas en forma de rubor. Bueno, Diego, tampoco digas tú precisamente que no la conoces, yo creo que todos la conocemos aquí, soltó Silvia. Diego no conseguía bajar la temperatura de sus mejillas y trataba de mantener una expresión neutra y comedida mientras se

instauraba un silencio entre ellos que sentía a él le tocaba quebrar. Pues mira, en realidad, no la conozco en absoluto, y creo que cuanto más nos vemos más desconocida me parece, sentenció como quitándose un peso de encima y la temperatura corporal parecía volver a los parámetros habituales. Silvia y Elisa se miraron con una media sonrisa que enseguida explotó en una gran carcajada, y Diego ya no se sentía avergonzado o ridículo porque le parecía haber traspasado una cierta barrera de complicidad entre ellas, aunque no dejaba de ver el cariz absurdo de todo aquello. Entonces Silvia, como para quitarle hierro a todo dijo que era normal, que la psicología del ser humano es muy compleja, aunque algunos animales, como las orcas, también tienen la inteligencia emocional muy desarrollada, porque lo había visto en un documental una noche, antes de dormirse. Y entonces Silvia estalló en una risa más sonora que la anterior y las palabras que salieron de su boca se mezclaron con el escándalo del carcajeo y ya casi no se diferenciaban entre sí: ¿Pero qué dices de orcas tú ahora, Elisa? Diego también se rio, pero no porque aquello le pareciera gracioso, sino que al verse a sí mismo desde fuera, en mitad de un diálogo así, sintió algo de pena hacia sí mismo, pero una pena de esas que no provocan llanto, sino todo lo contrario. La algarabía se acalló de golpe, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo. Silvia, resuelta y lenguaraz, quiso añadir algo de malicia: No, en serio, ¿por qué dices que no conoces a Laia? ¿Qué pregunta?, contestó él, respaldado enseguida por Elisa, que repitió más o menos lo mismo: Eso digo yo, ¿qué preguntas haces, Silvia? No sé por qué he dicho eso, trató de retractarse él, era por decir algo. Bueno, bueno, siguió Silvia, pero el caso es que últimamente os veis mucho, Laia o está trabajando, o está en clase contigo o haciendo las entrevistas esas contigo, ¿no? Diego se la quedó mirando con la frente muy estirada: ¿Qué dices de las entrevistas? Al parecer Silvia creía que a todas esas citas que Laia organizaba una o dos veces a la semana acudía acompañada por Diego, que, al fin y al cabo, era algo de la universidad y estaba convencida de que se ayudaban mutuamente. Diego tuvo que explicar por qué estaba equivocada, aunque él mismo no alcanzaba a comprender el motivo por el que Laia se reservaba tanto esa parte de su vida, como tantas otras, por qué le costaba hacerle partícipe de su investigación, cuando él sí le contaba acerca de la suya, y cuando debería de ser algo casi rutinario dentro de dos amigos y compañeros del mismo máster. En todas esas explicaciones, sin proponérselo y casi contra su voluntad, Diego se fue desahogando, y cuanto más confesaba, más perspicuo se volvía el interés que él sentía hacia Laia, y más que interés, se trataba de importancia, el lugar importante que ella ocupaba, porque es cosa sabida que la ocupación es una de las formas más contundentes de poder, no solo desde el plano militar, por muy metafórico que se conciba, pues más que de espacio, se trata de ocupar tiempo. En efecto, Laia ocupaba buena parte del tiempo que Diego pasaba a solas, pues lo dedicaba a pensar en el misterio que la envolvía o en su próximo encuentro, y cuando por fin estaba con ella, lo significativo no era el sitio, sino su compañía, las horas que en ella transcurrían, y no porque fueran muchas, sino porque eran muy precisas y muy distintas de las demás, que Laia no habitaba.

Elisa, que se sentía un poco perdida en todo aquello, ahora que apenas veía a Laia y que la invitación de Silvia la había pillado de sopetón, dijo sin pensar demasiado: A mí Laia nunca me ha contado nada de sus ligues, y eso que vivimos juntas y ella sí que conocía todos mis trapos sucios. Esa réplica, que pretendía ser tranquilizadora para Diego, solo lo abrumó, pues sugería que después de todo lo que había tratado de ordenar frente a ellas, la única conclusión que se podía extraer era que él era uno de los ligues de Laia, una perspectiva todavía más intrincada que la maraña de pensamientos que había tratado de mostrar sin demasiadas veladuras. Laia está

tardando mucho, ¿no creéis?, preguntó él para cambiar de tema, aunque el tema seguía siendo ella, y ella, en realidad, en ese momento, estaba introduciendo la llave en la cerradura, y unos segundos después giraba el pomo de la puerta. Todos lo escucharon y se miraron cómplices. ¡Sorpresa!, gritó Elisa. Diego y Silvia no habían pronunciado palabra alguna. Elisa estaba a punto de decir algo más, o de volver a gritar. Laia, por su parte, continuaba quieta en el umbral, con una mueca que podía ser una sonrisa, o la reacción de unos labios que se habían quedado mudos. El lapso, por mínimo que fuera, transcurrido hasta que Silvia se incorporó y se acercó hasta Laia a todos se les antojó inagotable. ¡Pero qué mal lo hemos hecho!, dijo Silvia rodeando a Laia con los brazos. La mueca de Laia se definió ya en una clara sonrisa, aunque no dejaba de haber algo de torpeza y timidez en su reacción. Empezó a decir que no hacía falta, que no se tenían que haber molestado, que los cumpleaños no tienen importancia, que mañana todos tenían que madrugar. Elisa y Silvia la acallaron con más tópicos: nada de eso era una molestia, los cumpleaños solo son una vez al año, a quien madruga Dios le ayuda. Diego, sin embargo, se limitó a observar en silencio. Sabía que a Laia le había emocionado el detalle, pero sospechaba que le incomodaba que se hubiesen reunido a su costa y en su honor, en parte porque su preferencia siempre era mantenerse discreta, en parte porque seguro se ponía nerviosa solo de imaginar lo torpe, o lo silencioso, o lo natural que habría podido ser la espera antes de que ella llegara, la conversación entre tres personas desconocidas entre sí, pero bien conocidas para Laia, pese a lo poco que todas ellas, o al menos que Diego, creyese conocerla a ella. La sorpresa tomaba muchas direcciones en la cabeza de Laia, y probablemente muchas más en la de Diego, sorprendido, en el fondo, de intuir tantos detalles certeros sobre esa chica, siempre tan escurridiza.

PERE TOR

OYE, PERO VENTE A LA BARRA MEJOR, SIÉNTATE AQUÍ. En esa mesa estás muy lejos. Yo tengo que estar detrás de la barra, que como mínimo parezca que este bar es mío. Claro, aunque ya no sea el famoso bar de Pere, eh. Lo más gracioso de todo es que, en sentido estricto, el famoso bar de Pere no era mío, pero este sí lo es. Este está registrado, hipotecado, y todas esas palabras de más y ese dinero de menos, todo, todo eso está a mi nombre. El antiguo bar de Pere, que estaba dos calles más allá, pertenecía a un amigo mío. Era él el dueño, pero nunca estaba allí. Al principio, sí, pero cuando empecé a trabajar como camarero, él me dejó toda la responsabilidad. Nunca tuvo nombre, había un letrero, pero estaba pintado de negro, así que como yo era el que siempre estaba allí, así se quedó. Yo era el dueño a efectos prácticos, pero a efectos burocráticos el mandamás era otro. Es curioso eso del papeleo, el papel puede dejar constancia de algo totalmente opuesto a la realidad^[23]. Mi mujer y yo, por ejemplo, estamos divorciados. Hace diez años ya de eso, pero vivimos juntos, dormimos juntos y nos queremos. No es que nos divorciásemos por diversión. Por aquel entonces íbamos en serio, aunque ahora también. Hemos estado ocho años separados, hace dos que nos reconciamos, pero anular el divorcio, casarse de nuevo, toda esa parafernalia es carísima. Por unos cuantos papeles hay que apoquinar un pastizal, así que, de momento, seguimos divorciados. Yo ya estoy muy viejo y muy pobre para casarme otra vez. Quizá acabemos haciéndolo más adelante, por asuntos legales nos conviene, no sé. La gente se arrepiente y luego se arrepiente de haberse arrepentido. Cuando desapareció el bar de Pere, mi supuesto bar, ya estaba harto de trabajar ahí. La hostelería es muy ingrata. Quería buscar algo más tranquilo, pero al final acabé echando de menos el trato con los clientes. Es mucho más divertido. ¿Es verdad? ¿Tú también trabajas en un bar? Ah, sí, no sé, no digo que tú seas mala camarera, pero es cierto que se ha perdido el oficio de camarero como tal. Quiero decir, quedan pocos camareros y hosteleros a la antigua usanza. Ahora hay demasiados bares, y por lo tanto, demasiados camareros. El encanto se ha perdido, igual que se ha perdido la magia de comer una *pizza* porque ahora en cada esquina hay un puesto de *pizza* barata y rancia. No quiero parecer un melancólico o un reaccionario, pero después de Franco se vivía mejor. ¿Sabes lo que te quiero decir? No, ahora ya no es después de Franco, bonita, ahora, en todo caso sería después de después, a eso se le designa con el prefijo ese tan utilizado, *post*, como en posromanticismo o postestructuralismo. Cuando ya no se sabe dónde está uno se le añade *post* a una palabra que puede referirse a una cierta ubicación, o en algunos casos también se recurre a neo. El clasicismo ya pasó, ya no hay clasicistas, de manera que cuando uno está perdido recurre a lo antiguo y busca

allí un punto de anclaje. De esa forma nació el neoclasicismo, que nada tiene de nuevo. Si se retoma una cosa vieja, como si fuera nueva, por muchas modificaciones que se le apliquen, sigue siendo algo viejo que se hace pasar por nuevo, como cuando te sirven un *croissant* del día anterior y lo pasan por la plancha para que esté calentito y se disimule así lo duro o lo seco que está en realidad. Si te lo comes rápido, no notarás la estafa. Y lo cierto es que a casi todo el mundo le parece delicioso, incluso a mí, pero nadie se da cuenta de que está pagando lo mismo por algo ya obsoleto. Es más, la mayoría de las veces ese mismo *croissant* seco se cobra más caro cuando al día siguiente lo calientan en la plancha. Se vende como un valor añadido, cuando solo es un remiendo. Yo mismo hago ese truco del *croissant* cuando sirvo los desayunos aquí, no hay que desperdiciar la comida, aunque venga con una obsolescencia programada muy corta. Eso de la obsolescencia programada es un concepto alimentario, ¿a que sí? Lo que pasa es que luego se ha aplicado a la tecnología. Ves, todo tiene que ver con ese reciclaje que te comentaba. Hasta las palabras se reciclan.

Bueno, a donde yo quería llegar es que antes, aunque había menos bares y menos camareros, resultaba mucho más fácil encontrar uno donde estuvieras a gusto. Ahora no solo es más difícil porque la ciudad está saturada, sino que todos los bares se proponen ser agradables, cómodos, todos compiten en esa carrera por el premio a la cafetería más acogedora o al *pub* más moderno, y precisamente por eso todos fracasan. Y ahora tú me podrías responder algo que no me deje en muy buen lugar, porque ya estoy preparado para ese tipo de reacciones, porque eres joven y aún no lo entiendes. Ojo, no digo que seas tonta, sino que a tu edad es muy fácil dejarse guiar por las modas. Lo que me podrías decir es que este bar es un tanto inhóspito. La iluminación no está especialmente cuidada, las mesas son viejas, la carta no tiene nada sorprendente, la decoración brilla por su ausencia. Tienes razón, pero es barato. Y ahora tú me dirás que prefieres pagar más por tomarte un café o una caña en un lugar más apacible. Vale, si esa es tu voluntad, que así se haga. Pero, bonita, olvidas algo fundamental. Hay muchos factores que influyen a la hora de seleccionar a la clientela que entra y sale de un bar y uno de los más importantes es el precio. Antes, en la época en la que decía que se vivía mejor, muchos locales del centro inflaban los precios para evitar el tránsito de punkis o drogradictos, personas que podían considerarse peligrosas. Antes, que un lugar fuera caro nunca podía considerarse un aliciente. Ahora, sin embargo, sí, a pesar de la paradoja, ya que entonces se podía vivir un poco más despreocupado del dinero. Hay más pobreza ahora. Sin embargo, todos esos bares y cafeterías caras, donde cada detalle está estudiado con rigor, donde la decoración suele correr a cargo de un interiorista, donde nada se deja al azar, ni la disposición de una silla, ni el aspecto de la cubertería, todos esos lugares tienen una clientela inagotable, tan inagotable que muchas veces hasta hay colas para poder tomar asiento. ¿Y eso para qué? Para, después de media hora de espera, o incluso más, acabar sentado en una mesa bien iluminada, bien colocada, rodeado de decenas de personas que se acomodan como tú en una mesa bien iluminada, bien colocada, y todas ellas hablan en voz alta y hacen ruido, como deseando que todos sus allegados se enteren de que están bebiendo té en un lugar especial. Querida, todos esos lugares pensados para hacerte sentir cómodo son todo lo contrario de la comodidad, porque nadie está menos cómodo que cuando le obligan a estarlo. Lo peor de todo es que a pesar de eso, esos establecimientos están permanentemente atestados de gente que sí cree que son la quintaesencia de la comodidad, y se genera así un microclima donde todo el mundo finge ser feliz, aunque todo esté en contra de ello, desde la propia arquitectura del

local que te ordena ser feliz hasta el ambiente cargado, el aire enrarecido que se acumula con tantas hordas de clientes.

El archiconocido bar de Pere era un sitio humilde, como este. La diferencia es que ahora los clientes han cambiado por completo. En primer lugar, son menos, y en segundo lugar son gente de paso, gente que no permanece más de quince minutos aquí, que viene y va con prisas, aunque de cuando en cuando ves a alguien, a alguna jovencita como tú, por ejemplo, que se queda largo rato sola, leyendo, tranquila, que encuentra aquí un remanso de paz alejado de los cafés cursis de ahora. Hace tiempo ya que Barcelona se adentró en su decadencia. Yo pondría el principio del fin en los años previos a las Olimpiadas. Quedan restos horrorosos de las Olimpiadas, como el bicho ese del paseo marítimo, ese animal enorme mitad langosta mitad gamba que cuelga de una especie de porche. Era la mascota de un restaurante. El restaurante ya no existe, pero el bicho se conserva. Es como la Torre Eiffel de Barcelona, pero menos glamurosa, porque la gente no va a hacerse fotos allí. A Clara no le gustaba nada ese mamotreto. Un día me contó que había tenido un sueño en el que la langosta del paseo marítimo cobraba vida y empezaba a bailar en mitad de la calle. Sus intenciones eran buenas, no pretendía hacer daño a nadie, pero como era tan grande y torpe acababa derribando algunos edificios y también aplastando a algunas personas. Lo recuerdo porque fue una de las pocas conversaciones que mantuve con ella. Yo hablaba más con sus amigos. Ella no solía acercarse a nadie. Tenías que ir a buscarla, yo soy un poco igual, así que no coincidíamos. Al principio iba mucho con Bárbara, con los Cámara. Luego venía mucho con un chico y otra chica, de la chica ya no recuerdo el nombre. Era la hermana de él, que se llama Raúl. Raúl ha venido alguna vez a este bar, ahora está muy cambiado. Yo creo que te podría conseguir una entrevista con él. Estaré atento cuando vuelva a venir.

No sé si quieres que te hable más de Clara o más de Barcelona. No sé muy bien qué quieres, chiquilla. Ya, ya, no es fácil saberlo, no te preocupes. No sé, no se me habría ocurrido que alguien pudiese estar investigando sobre ella. Era una persona muy discreta, en el fondo. No le gustaba hacerse notar, aunque sí que tenía gestos, actitudes, que llamaban la atención. Pero no los hacía por eso, sino porque no podía evitarlo. Por eso escribía, pintaba, hacía figuritas con papel o con bolsas de té. Es normal que encuentres poca información sobre ella, o que no la encuentres nunca en persona. Creo que no se sentiría del todo cómoda si alguien emplease tantas energías en eso, si alguien le prestase tanta atención. No quiero desanimarte, solo te sugiero que tengas en cuenta todo eso, y que es posible que no llegues a ningún lado. Eh, pero yo encantado de haberte conocido.

ALIMENTO

ABANDONÓ ESAS OFICINAS CON UN GESTO MECÁNICO, un gesto repetido que, sin embargo, ya no volvería a repetirse. Joaquín Crespo ya no volvería a pisar esa oficina, ni cualquier otra, al menos ya nunca más como trabajador, pues a partir de ese instante ya era jubilado. En realidad, sería más preciso decir que era prejubilado, pero a efectos prácticos poco importaba. Además, era algo que esperaba desde hacía un tiempo. No lo esperaba tanto como un deseo, pues estaba cómodo en su rutina, sino que lo aguardaba como un trámite inevitable. Cuando anunciaron el cierre de la oficina de Caixa Catalunya en la que trabajaba solo se le ocurrió pensar que se habían demorado mucho en comunicarlo y recibió la noticia casi con la despreocupación de quien guarda turno en la cola del supermercado. Al menos él no había salido mal parado, como tantos otros compañeros de esa misma oficina, o de tantas otras que tuvieron que cerrar; y se encontraba así, con cincuenta y siete años, sin preocupaciones laborales ni económicas y con mucho tiempo que ocupar, quizá en otras preocupaciones, como su familia, su hija Laia, a quien le gustaría ver en ese mismo momento. De hecho, pensaba llamarla y proponerle comer juntos. Ahora que él estaba de paso en Barcelona, ahora que de forma excepcional se había desplazado hasta allí para firmar su prejubilación, Laia no le pondría excusas para no desplazarse ella hasta Vilanova. Ahora que disponía de mucho tiempo libre cuidaría más de Laia, de su mujer, cuidaría más de su casa, pensaba con candidez.

Agarró el móvil y marcó el número de su hija. Tardó en escuchar la voz de Laia al otro lado, que no descolgó hasta que él ya había escuchado cinco pitidos. ¿Pasa algo, papá?, soltó de súbito. No, solo quería saber cómo estabas, ¿tanto te extraña?, respondió él. Estoy bien, con mucho trabajo, pero estoy contenta. ¿Te apetece que comamos juntos hoy?, preguntó él. ¿Hoy?, termino una clase a las 14.30 y luego había quedado, me es imposible ir a casa, tan lejos, se apresuró a decir Laia. Pero no tienes que ir lejos, dijo él, voy yo donde te venga mejor, estoy en Barcelona ahora. No lo sabía, añadió Laia con laconismo. Sí, he venido a firmar la prejubilación, ¿no te acuerdas?, siguió él, acabo de salir ahora, no tengo prisa y he pensado que sería buena idea vernos, te invito a comer, donde prefieras, puedes elegir. No sé, papá, decía ella, es que había quedado pronto por la tarde para entrevistar a alguien por un trabajo de la universidad, sabes que sobre todo entre semana siempre estoy muy ocupada, si me hubieses avisado con tiempo, podría haberme organizado. Joaquín mantenía la calma, pese a la actitud esquiva de su hija: Bueno, pero aunque estés muy ocupada, tendrás que comer, si no comes no tendrás fuerzas para afrontar todo lo que tienes que hacer, había pensado que podríamos ir a la pizzería esa donde estuvimos la última

vez con tu madre, guardo buen recuerdo. Pero es que tengo el tiempo justo, insistía ella, pensaba comer algo rápido, un bocadillo en el metro, en fin. Se produjo una pausa tensa, que acabó rompiendo Laia para añadir: Voy a intentar cambiar la hora de la entrevista, te llamo luego.

Siguió avanzando por Via Laietana sin saber si girar a un lado o a otro o si caminar en la dirección contraria, y enseguida se dio cuenta de que la casa le llevaría más esfuerzo que su trabajo, pues toda la incuria con la que había tratado el hogar hasta ahora, escudado en el cansancio que le producía el trabajo, ahora se volvía en su contra y quizá debería poner remedio al cansancio que le produce el tiempo libre buscando otro menester. Le entristecía que las distancias entre él y su hija se hubieran agrandado en los últimos años, y reconocía que a menudo la actitud descuidada de él no había propiciado otro tipo de acercamiento; pero a la vez estaba convencido de que lo más contraproducente para acercarse a alguien es obligarlo a estar cerca de uno, de modo que trató de no preocuparse demasiado por la respuesta de su hija, pues bien era cierto que tenía sus motivos para agobiarse si a última hora trataban de trastocar los planes de una agenda tan apretada. ¿Pero de verdad estaba tan atareada?, se preguntaba él. Quizá no sabía repartirse el tiempo de forma óptima, aunque siempre había sido muy organizada y ya desde pequeña seguía al pie de la letra los apuntes y trabajos que anotaba en la agenda escolar; o tal vez era una cuestión de prioridades y su padre hacía tiempo que ya no era una, se decía. Sea como sea, si al final su hija no aceptaba a comer con él, él iría de todas formas a la pizzería, aunque comiese solo; en parte para quitarle trabajo a su mujer, que no tendría así que hacer la comida, en parte para no tener que comer lo que su mujer prepararía, que casi siempre le resultaba de un sabor aburrido. Recién casados, Elvira era un desastre en la cocina, pero él, no por falta de voluntad, sino de tiempo, apenas podía cocinar salvo los fines de semana, y por insistencia acabó aprendiendo a preparar potajes y platos calientes con cierta soltura, aunque con poca gracia. Al final él, también por insistencia, acabó acostumbándose, pese a que la costumbre podía ser a veces motivo de rechazo y en alguna ocasión, ya cansado de las recetas de su mujer, las evitaba. A partir de ahora, en cambio, podría ser él quien se encargase de cocinar entre semana. Eso mejoraría, sin duda, la monotonía de los menús de Elvira, aunque quizá se sentía invadida, como cuando ella llenó la casa de plantas —plantas de interior en el salón y el dormitorio, plantas aromáticas en la cocina, geranios y crisantemos en el balcón—, y luego fue él quien, poco a poco, acabó acaparando los cuidados de las plantas, era él quien las regaba, quien las trasplantaba cuando era necesario. Fue él quien reemplazó un potos mustio por helechos, y los crisantemos por bulbos. Elvira había terminado aceptando a regañadientes que ese terreno del hogar ya no le pertenecía, pero durante un tiempo vivieron meses convulsos, temporadas en las que las plantas sufrían exceso o falta de agua porque el riego era una forma insidiosa de poder, aunque al final la victoria fuese pírrica y muchas plantas no sobrevivieron a aquella batalla doméstica. Cuando aquello ocurrió, Laia todavía vivía con ellos. Su habitación era la única de la casa, junto con los baños, que no tenía plantas, pero rescató a una de las víctimas de aquella guerra: unas ramitas de brezo que secó con cuidado y enmarcó.

Joaquín no entendía muy bien por qué le venían ahora todas esas escenas a la mente mientras iba caminando en dirección a la zona de la pizzería. Tenía ganas de probar después de tanto tiempo esos *spaghetti alle vongole* que tanto disfrutó la última vez. Él intentó copiar la receta, pero todavía recordaba los del restaurante mucho más sabrosos; aunque en sus tentativas no le habían quedado mal, mejor que cuando los preparó Elvira una semana después de aquella comida

en la pizzería, tras ver lo mucho que le había fascinado aquel plato a su marido. Tan absorto estaba en todos esos pensamientos que no notó la vibración del móvil cuando su hija llamó, no se dio cuenta de la llamada hasta unos minutos más tarde, cuando se sacó el móvil del bolsillo para mirar la hora. Marcó el número enseguida. Nos podemos ver en una hora para comer, papá, al final he quedado más tarde para la entrevista, le dijo Laia al otro lado. Perfecto, qué alegría, ahora tendrás que entrevistarme a mí, respondió el padre soltando una carcajada que no contagió a Laia. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que su hija se rio de un chiste suyo. Se decía que eso sería lo que se suele llamar «cosas de la edad», que a partir de la adolescencia muchos hijos se esfuerzan por distanciarse de sus padres y que luego, a partir de los treinta vuelven a acercarse de nuevo. Hacía tiempo que el vínculo de la literatura, nexa en la infancia y al principio de la adolescencia, se había quebrado, pues con la edad Joaquín perdió su ritmo de lectura y ya no podía descubrirle libros a su hija. Es más, si alguna vez le hablaba de alguna novela que llevaba entre manos, sentía en ella una mirada casi como de vergüenza, como si le resultase bochornoso que su padre leyese *best-sellers*, o que tardase semanas o meses en acabar un libro, por el poco tiempo libre y a menudo se quedaba dormido frente a las páginas, cuando se disponía a leer por las noches entre semana. Por eso, por ejemplo, los regalos de Navidad o cumpleaños constituían fuente de frustraciones y lamentos. Ya no sabía con qué libro podría complacerla y tampoco se le ocurría otro objeto distinto que pudiese gustarle de verdad, de modo que, tras varios años de fracasos, ahora, en casa habían optado por regalar dinero, algo mucho más impersonal, pero menos conflictivo. Con este restaurante, por lo menos sí que acertaré, se decía, recordaba que la última vez que fueron, con Elvira, Laia no dejó ni una sola porción de *pizza*, aunque ya estuviese muy llena; y es que tan rica le parecía que no podía dejar de comer. Eso era excepcional en ella, para quien la comida solía ser un trámite, y poco le importaba saborear algo exquisito o tragar un menú basura, mientras cumpliera la función de proporcionarle energía. Ocurría algo similar con Elvira y no podía cocinar un plato que uno disfrutase por completo, pues para ella también había algo de burocrático en el alimento y la burocracia no es disfrutable. Sea como sea, Joaquín se relamía cada vez más fantaseando con esos espaguetis mientras avanzaba hacia el restaurante. El llegó antes que su hija y tomó asiento, tantas ganas tenía de verse frente a esa ración de pasta con marisco que a punto estuvo de pedir para él y para su hija, aunque ella aún no hubiese llegado. Para su tranquilidad, Laia no tardó apenas y enseguida les tomaron nota. Qué raro, dijo él en cuanto desapareció el camarero, pensaba que ibas a pedir *pizza* en lugar de carne, la misma *pizza* que la de la última vez. No puedo comer gluten, respondió ella, ¿no te acuerdas?, me están haciendo pruebas para ver si soy celíaca porque últimamente he tenido muchos dolores de estómago. Menos mal que no te he pedido entonces, añadió él, estaba convencido de que pedirías *pizza*. Pensé que sabías lo de las pruebas, dijo ella. Joaquín quiso cambiar de tema y le preguntó acerca de esas entrevistas y de ese trabajo; en realidad, no sabía si lo sabía o si debería saber acerca de las pruebas de celiaquía, y le avergonzaba no saberlo. Lo que sí sabía, en cambio, es que sobre aquel tema, Laia hablaría con laconismo y, en efecto, así fue porque se apresuró a decir que todo iba bien, como siempre. Bueno, como dicen los ingleses, *no news is good news*, ¿no?, soltó su padre, pero entonces todo es un poco aburrido también, a mí ahora me da miedo aburrirme con tanto tiempo, hija, soltó él. Bueno, pero yo ahora mismo no tengo tiempo para aburrirme, precisamente es tiempo lo que me falta, añadió Laia. Sí, siguió él, aunque ese tiempo tuyo sea tan misterioso. Hago lo que me toca en este momento, decía ella, ahora me toca trabajar y

por eso no puedo ir tanto a visitarlos. Tranquila, interrumpió él, no te estaba reprochando nada, estamos juntos ahora, estamos a gusto. Lo que quería decir es que cada uno hace lo que le toca, a ti te tocó trabajar y ahora te toca dejar de trabajar, por ejemplo. Tienes razón, hija, cada uno hace lo que tiene que hacer cuando tiene que hacerlo, y si no, llegan los problemas. ¿Qué problemas?, preguntó Laia. Es una forma de hablar, se corrigió él, pero si uno no trabaja cuando tiene que trabajar lo despiden, por ejemplo. Pero quizá no es tan malo que despidan a uno si no está satisfecho con el trabajo, ¿no crees?, insistió ella. No sé, hija, tampoco se puede tener todo en esta vida, si tienes un trabajo aburrido, pero vives en la ciudad que quieres con una familia a la que quieres, tampoco está nada mal. Entonces, ¿tú siempre has hecho lo que te ha tocado?, volvió a preguntar Laia. ¿A qué te refieres?, siempre he sentido que hacía lo correcto, si esa era tu pregunta. Me refería más bien a si te has dejado llevar siempre o a si has cambiado de rumbo, aclaró Laia. No te entiendo muy bien, uno siempre toma decisiones, con esas decisiones vas cambiando de rumbo, respondió él. Pero hay decisiones que se abren a cambios más drásticos que otras y también hay muchas cosas que no se deciden, a eso me refiero, no sé, ¿cómo decidiste casarte con mamá?, ¿cómo decidiste tenerme a mí de hija y que yo fuese así como soy?, ¿cómo decidiste trabajar en el banco?, ¿y cómo decidiste que te diesen la jubilación anticipada? Qué preguntas haces, Laia, hay cosas que suceden sin que puedas evitarlo, cosas que no puedes controlar, pero yo estoy contento de haberme casado con mamá y de haber formado una familia; y de que tú seas mi familia, además, yo creo que al final las cosas suceden como tienen que suceder, siempre habrá momentos extraños, complicados, pero al final, todo se equilibra. Pero nunca sabes cuál es el final, decía Laia, y si te conformas con lo que te llega puedes acabar acomodándote en algo que no quieres en el fondo, creo que hay que desviarse más. ¿Pero por qué me cuentas todo esto?, ¿es por lo de la prejubilación?, ¿crees que me voy a deprimir? No, no tiene nada que ver con la prejubilación, contestó Laia, es solo que no hay que conformarse con lo que te llega, y si es cierto lo que tú dices y todo sucede como tiene que suceder, si uno se desvía también está bien, porque al final todo va a salir.

El camarero interrumpió el diálogo al dejar sendos platos encima de la mesa. Joaquín lanzó la vista a los espaguetis con ansia, pero su expresión se transformó en pasmo al comprobar que aquel no era el plato que había pedido. El camarero ya se había alejado, y Laia, al ver el rostro compungido de su padre le dijo: No pasa nada, papá, no lo cambies, las cosas salen como tienen que salir, deberías quedártelo. Ni hablar, respondió él, tenías razón, no hay que conformarse, y yo no voy a conformarme con menos que unos *spaghetti alle vongole*. El nerviosismo y el énfasis de su padre hizo que Laia se riese estruendosamente, tanto que el camarero se giró hacia ellos, y Joaquín aprovechó para llamarlo con urgencia, lo que aumentó aún más el volumen de las carcajadas de Laia.

RAÚL GAITÁN

¿QUÉ TE APETECE? TENGO ZUMO, COCA-COLA, cerveza. Es difícil saber qué te apetece y no siempre se está de humor para elegir. Esta mañana, estuve un buen rato pensando si quería té o café. Después de mucho reflexionar por fin elegí el té, pero entonces me di cuenta de que tenía que decidir también qué tipo quería. Al final, me decanté por el verde y cuando ya creía que las decisiones se habían acabado me di cuenta de que tenía dos sabores de té verde, uno a la menta y otro con toque cítrico. Cogí una bolsita del de sabor a menta. Lo tenía todo ya dispuesto en la mesa. Me faltaba la tostada, voy a sacarla del *grill* y resulta que mientras tomaba todas esas decisiones el pan se había quemado. Lo serví en una bandeja, y estuve pensando otro buen rato si lo tiraba y me calentaba otro o me conformaba con el que tenía. Pensé que lo mejor era comérmelo, no está el horno para bollos, no hay que tirar comida. Para cuando me senté por fin a desayunar la tostada no solo estaba quemada, sino que además se había enfriado, y no hay nada más terrible que un trozo de pan chamuscado y frío, dos temperaturas extremas encarnadas en un mismo elemento. Es el colmo. Eso me pasa por no saber controlar los tiempos. Bueno, quizá después de todo lo que he dicho ya has tenido tú tiempo suficiente para pensar lo que te apetece. ¿Nada? Nada es una apuesta segura, porque el que nada no se ahoga, pero también es aburrida, porque los nadadores no suelen ir a contracorriente. Yo me voy a tomar una cerveza, ¿seguro que no quieres?

Bien, vamos a hablar de Clara, ¿no? ¿Qué te ha contado Pere? Ah, entonces has visto ya a mucha gente, vaya, vaya. Qué profesional. Clara estuvo viviendo conmigo un tiempo. Era un piso pequeño, en el que convivíamos cinco personas en total. Mi hermana Yaiza, dos amigos, Miguel y Lucas, Clara y yo. El piso era del abuelo de Lucas. En realidad, estaba pensado para una sola persona, como mucho una pareja, pero nos apañábamos. No se podía pedir más para no pagar alquiler. El abuelo de Lucas se lo cedió a su nieto porque se había cansado de vivir en la ciudad, y se mudó a casa de sus hijos en la Costa Brava. Clara fue la última en llegar a nuestra humilde morada. La habían dejado tirada, se había peleado con su chico y ya no podía seguir viviendo con él. Había estado durmiendo en casa de otros amigos, a veces también en la calle. Por el piso de Lucas había pasado y seguía pasando mucha gente. Nosotros cinco, en ese momento, éramos, por decirlo de alguna forma, los residentes oficiales, pero siempre había alguien más que se quedaba una noche, o dos, o unas semanas. Era como un centro de acogida. A Lucas lo conocía de hace mucho tiempo, de adolescente, el día que me metí mi primer pico. Lo quería como a un hermano. Yaiza, él y yo formábamos como una familia. Mientras Clara vivía con nosotros, ella también

parecía nuestra hermana. Miguel era el más desapegado, era el que menos estaba en casa, entonces también era el más enganchado al caballo. Encadenaba un chino tras otro. Mi peor época con las drogas empezó ahí. Lucas y yo teníamos cada vez más necesidad. Muchas veces le robábamos algo de jaco a Miguel, que siempre guardaba un alijo. No sé de dónde sacaba el dinero. Luego, Miguel se fue, no sé muy bien a dónde. Puede que se cabrease con nosotros por gorronearle tanto, aunque dudo que se diese cuenta. Después de eso, Lucas y yo pasábamos cada vez menos por casa, y Yaiza y Clara se las apañaban solas. Los recuerdos se vuelven borrosos. Podía salir de casa a las once de la mañana y encontrarme, de repente, veinticuatro o cuarenta y ocho horas más tarde en otro piso, o tirado en la calle. Lo que sucedía desde que le daba un portazo a la puerta hasta que me reconocía en otro sitio diferente solía ser una gran laguna. Yo perdí los trabajillos que me iban saliendo como guardia de seguridad, y Lucas ya llevaba muchos meses sin trabajo. Teníamos un problema muy serio, y es que ninguno de los dos queríamos trabajar, pero necesitábamos dinero, así que se nos ocurrió lo inevitable. Nuestro primer robo fue a una tienda de ultramarinos por Glories, fue facilísimo, así que volvimos a hacerlo. Por supuesto, ni Yaiza ni Clara estaban involucradas. No se les podía considerar cómplices, porque se lo ocultábamos, y de todas formas, ya casi nunca las veíamos. Aun así, yo no iba a dejar que mi hermana se metiera en esto, procuraba tratarle entre algodones, y a Clara también. Si nos sobraba algo de dinero les llevábamos comida, una vez trajimos un sofá enorme a casa, tan grande y tan cómodo que casi no cabía en el salón. Era un sofá robado, por supuesto. Al principio, llevábamos cuidado, solíamos estudiar el lugar antes del atraco, pero como las cosas iban saliendo bien, nos despreocupamos, y claro, un día nos pillaron. Era de esperar. Mi hermana se puso como una loca. No recuerdo la reacción de Clara, a lo mejor ya lo sospechaba. Solo sé que cuando estuve en la cárcel hablaba a menudo con mi hermana y me contaba que pasaba mucho tiempo con Clara, la cuidaba y le estaba muy agradecida. Luego ya perdimos el contacto, yo nunca lo he pasado peor en mi vida. De verdad que es inimaginable. Estar enganchado ya era duro fuera de la cárcel, pero no me daba cuenta, me valía la pena. Pero estar enganchado en la cárcel era un infierno. La droga era mucho más cara, mucho más difícil de conseguir y a veces tuve que hacer cosas horribles que, por tu bien y por el mío, no te puedo contar. Otras veces tenía momentos de lucidez y me decía: Niño, límpiame de una vez y acaba con esto. Y cuando ya no podía más, una noche recibo una llamada^[24]. Yaiza ha muerto, me dicen. Mi hermana Yaiza había muerto de sobredosis. ¿Te imaginas cómo de duro es ese golpe? Yo no sabía nada, nunca la vi pincharse, nunca la vi fumar. No sabía nada y ni siquiera sabía que no lo sabía. A veces se sabe demasiado tarde. Ese ha sido el mayor punto de inflexión en mi vida. Un mes más tarde me hice el último chino. Nunca más desde entonces. Poco después empecé a estudiar, me preparaba para sacarme el graduado. Acabé saliendo antes de la cárcel por buen comportamiento. Ahora ya me ves, los que me conocieron entonces no me reconocerían. De hecho, ya no tengo contacto con nadie de aquella época. Muchos amigos murieron. Lucas también murió. La pista de Clara la perdí cuando mi hermana murió, era ella la única que me daba noticias suyas. Yo no sabía que era escritora, y mucho menos que alguien estuviese haciendo el doctorado sobre su obra. ¿Cómo? Ah, bueno, el doctorado, el máster, más o menos lo mismo. Sí, yo la conocí a través de Artemio, un colega artista, y cuando le ofrecí la casa fue porque me los encontré a los dos en la avenida de la Luz, recostados en el suelo. Entonces me contó lo de ese chico ciego con el que vivía, me decía que era imposible seguir ahí, que no la entendía y que prefería dormir en la calle, y yo le respondí: ¿Cómo vas a dormir en la calle

cuando te puedes venir a mi hotel? Y esa misma noche se instaló. Artemio se quedó por ahí, a lo mejor ni siquiera se dio cuenta de que yo me había llevado a Clara. Pues esto es todo lo que te puedo decir, vivimos juntos un tiempo, pero en ese tiempo yo vivía más cerca de la muerte que de la vida y no me enteré mucho de cómo era ella.

PRESENTACIONES Y PRESENCIA

AUNQUE HABLABA CON UNA SONRISA EN LA BOCA y su tono era alegre, Laia conocía a Baltasar lo suficiente como para discernir cierto decaimiento, una debilidad que apenas se mostraba, pero que ella sentía, no solo por algunos gestos sutiles y cómplices, sino porque las circunstancias no eran propicias para el regodeo. Esa tarde, a la presentación de la última novela de Jaime Velasco había acudido poco más de una veintena de personas, de las cuales solo siete de ellas compró la novela en la librería y solo dos consumieron unos refrescos, pese a que Jaime Velasco era ya un escritor consagrado y aquel era un pequeño gran acontecimiento para la librería. En ese momento, Laia permanecía detrás del mostrador, lista para cobrar todos los libros que no se vendían, y Baltasar agradecía la asistencia y clausuraba el acto como maestro de ceremonias. Laia suponía que el desencanto no era solo de Baltasar, sino también de Jaime Velasco, a quien no había notado muy cómodo hablando en público. Las presentaciones de libros se habían convertido casi en una imposición y cada vez resultaba más complicado que un autor se librase de ellas. Laia había acudido a muchas, sobre todo ahora que trabaja en una librería; y la mayoría le parecían aburridas, o torpes o pretenciosas. Le agobiaba ese afán por estar presente, Laia se decía a sí misma que si escribiera, si pasase mucho tiempo escribiendo y hasta ganase dinero con ello no le gustaría nada que la obligasen a no escribir, peor aún a justificar de alguna forma su escritura, porque aunque las presentaciones no eran en sí mismas un ajuste de cuentas sí tenían algo de eso. El autor de hoy no podía limitarse a crear una obra, sino que debía dar la cara por ella, debía acudir a entrevistas y a charlas, como si la obra no bastase como prueba, como si la obra no fuese justificante suficiente de sí misma. Desde que existe la autoría, el autor ha desempeñado papeles muy diversos y hubo hasta un tiempo en que se creía que el autor era lo menos relevante de la obra, y ahora, en cambio, casi parece que la obra carece de valor comparado con la importancia que se otorga al artista. Esto irritaba a Laia, especialmente cuando en muchas entrevistas el entrevistador no había leído el libro del que hablaba, el libro que cuestionaba, y le crispaba aún más cuando intentaba disimularlo, cuando se hacía pasar por alguien que no solo conocía el libro, sino toda la trayectoria del escritor. Muchos entrevistadores culturales no aprenden a leer o a ver películas a conciencia, sino que aprenden a fingir que han leído o visto mucho, pensaba Laia, y el público se lo cree en parte porque han perfeccionado el arte de la apariencia, y en parte porque ellos mismos, al no leer nunca ninguno de esos libros, no llegarán a saber cuán impreciso era el discurso del entrevistador. En definitiva, por apocalíptico o nostálgico que pareciese, Laia estaba convencida de que se adentraban en una época donde los

lectores no leían libros, sino, en el mejor de los casos, entrevistas o artículos sobre libros. Por eso le gustaba la despreocupación e ironía de Clara Dubasenca con respecto a la escritura, y por eso también Laia dudaba mucho de ella misma, de su forma de abordar a Clara, porque tal vez todo lo que escribiría sobre ella en su trabajo de investigación no merecía la pena, y para qué escribir algo que no merece ser leído, o quizá no se trataba de eso, sino de traicionar el espíritu de Clara. Sea como sea, a ella no le podían acusar de hablar de libros que no había leído, aunque en realidad lo que más le apetecía era seguir leyendo y no tanto hablar sobre lo que leía. Sea como sea, quería seguir entrevistando sobre la escritura de Clara y sobre la propia Clara, pese a que en este punto Laia se contradijese, porque también para ella la autora de ese tercer tomo de obras completas, era tanto o más importante que las propias obras. Sin embargo, Laia se excusaba y se convencía de que tras los testimonios, lo que le importaba de Clara eran por un lado sus textos y por otro, ella, al margen de los textos, ella como si no fuese autora de una obra, sino simplemente autora de una vida, y en esto se distinguía de la figura del autor de hoy que no podía dejar de dar conferencias o adquirir popularidad en las redes sociales, pues, según Laia, la vida de Clara poseía un valor literario más allá del que pudiese salpicarle por su supuesta condición de escritora.

Tan ensimismada estaba Laia que cobró de menos al dar mal el cambio, y suerte que fue a una mujer honrada que se lo señaló. En ese instante, al despiste se le sumó el sobresalto por la llegada de alguien inesperado. Diego cruzó la puerta y se dirigió rápido hacia donde estaba ella. Se colocó detrás de la señora a quien Laia terminaba de cobrar, como si él también fuese a adquirir un libro. Esperó y cuando le llegó el turno dijo con retintín: Dichosos los ojos. Laia le lanzó una mirada dura, toda la expresión de su cara, los ojos fijos, los labios apretados, indicaba que no solo no era el momento más apropiado para hablar, ya que estaba trabajando, sino que mucho menos era el momento para sermones. Diego le dijo que estaba preocupado, que llevaba casi dos semanas sin aparecer por clase, y que no solo temía por que le pudiese haber ocurrido algo, sino que temía más por que no le hubiese pasado nada, es decir, que simplemente estuviese tirando por la borda sus estudios. Eso dijo: tirar por la borda. Antonio Antón, su tutor de trabajo de fin de máster, había notado su ausencia y en la clase de esa mañana había preguntado en voz alta dónde estaría, un poco sin esperar respuesta. Laia no quería hablar, aguantaba la reprimenda en silencio, convencida de que Diego no tardaría en irse, de que cuando entendiéndose que no estaban en el lugar adecuado para discutir, se marcharía y se olvidaría del asunto si Laia aparecía en clase durante los próximos días. Diego, sin embargo, no se iba a rendir hasta llegar a algo parecido al diálogo, así que aguardó hasta el cierre de la librería para poder hablar con tranquilidad en un café. Se unió a la ronda de firmas de la presentación y pasó desapercibido como un curioso más que había ido a escuchar a Jaime Velasco; pero mientras todos los asistentes acabaron yéndose, Diego permanecía allí, ojeando los libros, incluso cuando Baltasar bajó la persiana. Solo bastó un intercambio de miradas con Laia para saber que era alguien que la estaba esperando a ella y no un cliente rezagado. Entonces Baltasar le dijo que podían irse, que no se preocupara por el cierre. Nunca antes había ido nadie a esperarla en la librería y Baltasar pensó que tal vez se trataba de su novio, o de un chico enamorado, y quiso ser simpático o comportarse como un padre permisivo, pues no podía imaginar que, en realidad, a Laia no le apetecía en absoluto salir del trabajo y enfrentarse a los reproches de Diego.

Durante unos segundos parecía imposible deshacerse del silencio incómodo que se apoderaba de la mesa apartada que habían elegido. El golpe seco contra la mesa de los dos vasos de cerveza que traía el camarero provocó, al menos, que Diego y Laia abandonasen la mirada perdida y se encontrasen de frente. Enseguida llegó entonces el camarero y les ofreció una tapa de bravas porque había una oferta ese día, jueves por la noche. Laia pidió otra caña y tan pronto como se fue el camarero le preguntó a Diego: Dime, ¿alguna vez has elegido un camino que no estuviese ya trazado para ti? Diego se rio y quiso saber si aquello lo decía porque se había dejado llevar por la oferta de las patatas bravas y se excusó diciendo que no le apetecían mucho en ese momento, pero como estaban de oferta, no se había resistido a pedir las, aunque eso tampoco lo convertía en el blanco de ninguna incriminación. A Laia no le apetecía siquiera sonreírle, sentía que con sus intentos por romper el hielo, por restar tensión, conseguía lo contrario, y aunque trajesen un plato de bravas recién hechas y calientes, Laia estaba fría y no tenía el ánimo para chistes. No me refiero a eso y lo sabes bien, continuó ella, y no te culpo si ya tienes tu futuro claro, no te culpo si has nacido en una familia acomodada y eso no solo te permite vivir subsidiado por tus padres, sino que también difumina o suprime por completo cualquier cargo de conciencia o cualquier gesto de orgullo propio que tenga que ver con la independencia económica. No te culpo si tú aceptas ese modo de vida para ti sin cuestionártelo. Me alegro de que estés a gusto así, y me alegro de que ya sepas cuál es tu destino, seguir la cadena universitaria, enlazar un máster con otro hasta llegar al doctorado y luego, tras un largo y tortuoso camino, pero bien definido, conseguir una plaza de profesor titular, con suerte en la misma facultad en la que te graduaste. Me alegra que eso te haga feliz y que para ti, cualquier clase, cualquier conferencia, sea prioritaria a todo lo demás, pero yo no soy así, y sí te culpo por pensar que tengo que ajustarme a lo que tú eres y quieres ser, porque hay muchas otras formas de ser que tienen cabida aquí y ahora, y yo por fin me estoy dando cuenta de que nada de eso que tú tanto valoras me sirve, y por fin, después de dejarme llevar tanto tiempo, creo que sé, como mínimo, lo que no quiero ser, y yo no quiero ser uno de esos estudiantes universitarios que jamás abandonan su condición de estudiantes universitarios, aunque me guste estudiar; porque lo que no me gusta es que me obliguen a estudiar de una manera determinada. Ahora estoy estudiando a Clara Dubasenca y quizá no sirva en absoluto para el máster, quizá tu querido Antonio Antón estaría más contento conmigo si todo este tiempo que dedico a las entrevistas, lo emplease en escribir acerca del concepto caleidoscópico de la prisión en la obra de Sylvia Plath, pero yo tengo la certeza de que para mí todo esto sí es importante y por primera vez llevo las riendas, y no sabía que eso me sentaría tan bien, y no me importa que a ti no te interese llevar las riendas y te conformes con lo que te dan y con eso ya te sientas realizado y seguro. Yo no sé adónde me llevará esto, pero si no he ido a clase estos días es porque además de haber estado muy ocupada con las entrevistas, no solo en el lapso que dura el encuentro, sino en la planificación, en la búsqueda, en todo, además de eso, tengo que trabajar en la librería, porque aunque tampoco yo venga de una familia pobre, sí que quiero tomar distancia, sí que quiero vivir de un alquiler que pueda costearme yo misma sin ayuda, y eso me hace más fuerte, como también me hace más fuerte Clara Dubasenca.

El camarero volvió a interrumpir para traer la ración de bravas y las dos cervezas. Hubo un

silencio entre ellos dos y se prolongó hasta unos segundos después de que el camarero se fuera. Diego miraba a Laia con calma, le dolía todo lo que había dicho, pero él se encontraba en un estado mucho más sereno como para discernir que sería un arrebató, y no pretendía de verdad el tono tan agresivo. Solo estaba preocupado por ti, dijo él, no te he recriminado nada, pero si yo estuviera en tu lugar, sí que me gustaría que me avisasen, por ejemplo, de que un profesor ha preguntado por mí. No te exijo que te importe tanto la universidad como a mí, eso sería de una soberbia ridícula por mi parte, pero sí que me daría pena que no consiguieses el título de máster, después de haberte matriculado, aunque solo sea porque es mucho dinero perdido. No sé si te alegras de verdad por que yo sepa cómo querría que fuese mi futuro, pero espero que poco a poco todo se aclare para ti.

Cuando terminó de hablar, Diego agachó la cabeza, entre pensativo y triste. Laia dio un trago a la cerveza, ahora parecía más calmada. Permaneció un rato observándole, mientras él seguía cabizbajo, girando mecánicamente el vaso sobre sí mismo, sin atreverse a beber o cambiar de postura. Tampoco me impacienta mucho tener las cosas claras, dijo Laia y solo entonces Diego levantó la vista, no me angustia no saber. De momento, sé que esto me gusta y que prefiero seguir con ello, aunque sea inútil en términos académicos y quizá en cualquier otro término. No sé si a Clara Dubasenca le gustará que haga esto, pero me la podría imaginar haciendo algo parecido. Entonces Diego la interrumpió para disculparse por haberse comportado quizá como un padre protector, Laia se disculpó también, justo antes de que Diego añadiese que admiraba esa actitud suya, pero que quizá no debería dar tantos tumbos. Deberías buscar algo más seguro a lo que poder aferrarte, decía él, entiendo el entusiasmo que te proporciona Clara, pero no puedes atenerte solo a eso, eso puede ser un *hobby*, pero deberías tener un plan B. Sé que no te gusta nada escuchar esto, y de nuevo pensarás que me comporto como un viejo que únicamente sermonea. Vale, yo pecaré de prudente, de aburrido o todo lo que tú quieras, pero a ti te ocurre todo lo contrario, y eso tampoco es bueno. Además, tampoco es del todo coherente que digas que buscas la emancipación de tus padres si al mismo tiempo te dejas llevar muy rápido por todas estas cuestiones etéreas mientras pierdes oportunidades de futuro, de trabajo. Laia no pudo reprimir las ganas de interrumpirle. No sé de qué oportunidades de trabajo hablas, contestó ella, imagino que tú consideras que conseguir una beca de doctorado con un sueldo que sigue siendo precario es una oportunidad, una oportunidad que, con suerte, te llevará a seguir enlazando ayudas y becas de mileuristas hasta los cuarenta, pero entonces esas oportunidades tampoco distan mucho de las mías, pues yo también podré ir encadenado un trabajo mileurista tras otro, aunque no sea dentro de la academia, y luego, cuando me canse, con todo lo vivido, escribiré un ensayo sobre la precariedad que me abrirá las puertas del mundo universitario, y ya, cerca ambos de la prejubilación, coincidiremos en el mismo departamento de la Universidad de Barcelona. Diego soltó un suspiro del que se escapó una leve risa y enseguida arrugó los labios. Yo hablo en serio, insistía él, no es que quiera que todo esté planeado, sino que contemples otras opciones más estables, más seguras, no sé por qué desprecias tanto la universidad; para mí ya es un lujo que me paguen, aunque poco, por estudiar. Parece que te tomes a broma todo lo que digo. ¿Y cómo quieres que me tome la vida?, decía ella, ¿como si fuese la muerte? Laia podría seguir discutiendo toda la noche, pero no quería tener que volver a disculparse por elevar el tono e intentó mantener el tipo,

aunque algo dentro de ella se encendía. Quiso hacerle entender a Diego que la incertidumbre era inevitable y que había que aceptarla, pero él seguía convencido de que había modos de sortearla, a lo que Laia replicaba que solo se trata de una ilusión y que ella prefería enfrentarse de golpe a la incertidumbre y abrazar la única certeza que existe: la soledad. En ese momento Diego soltó una carcajada y dijo que exageraba y que contra esas dudas y esa soledad había remedios muy sencillos, como la compañía de un amigo, como la propia presencia de Diego ahora mismo, por muy incómoda que a ella le resultase en algún momento. Laia sentenció que no tenía nada que ver con todo aquello y se cansó de seguir debatiendo porque aceptó que sus posturas no iban a reconciliarse. Diego, a su vez, tenía la sensación de que Laia se encerraba en una visión pesimista y no se esforzaba por comprender la suya, pero por lo menos dejaron de hablar de ello y acabaron comiendo patatas bravas de oferta sin tener apetito y riéndose por ello.

EDUARDO PELLISA

¿Diga? SÍ, SOY YO. ¿QUIÉN LLAMA? HOLA, LAIA, no te había reconocido. Después de nuestra conversación hace unos días estuve pensando. Cuantas coincidencias en tan poco tiempo. Ya me sorprendió mucho encontrarme con Pere después de tanto tiempo, pero que me hablase de Clara y de que había conocido a una chica que estaba investigándola, eso no me lo habría esperado nunca. Me cuesta creérmelo. Bueno, he podido revisar un poco el baúl de los recuerdos y he estado buscando fotografías o algún texto que pudiese serte útil. Ya te dije que, en realidad, no la conocí mucho y que quien la conocía era mi hermana Irene. Se habían hecho muy amigas. ¿Con mi hermana? Bueno, no sé si lo sabes, pero Irene murió, hace ya más de veinte años. Creía que te lo había dicho cuando hablamos por primera vez. No, no pasa nada, tranquila. Gracias. Pues se caían muy bien, y cuando mi hermana se instaló en el piso del Gótico, justo encima de la tienda de mi madre, Clara, que siempre iba de casa en casa, se fue a vivir con ella. Mi hermana también estuvo un tiempo viviendo en casas de amigos, cambiando de cama cada dos por tres, pero mi madre intervino. Estaba muy preocupada de que no hiciese nada con su vida, le dijo que se quedara en el piso ese, que mi madre utilizaba de trastero. Era, en realidad, como un taller donde cosía los bolsos y las carteras de la tienda. Tenía una tienda de productos artesanales, la mayoría hechos con piel, bolsos, monederos, guantes. Mi hermana empezó a trabajar en la tienda, obligada por mi madre. Mi madre sabía que no podía obligarla a quedarse a vivir donde ella vivía, con su pareja, que no era nuestro padre, sino el novio que tuvo después del divorcio. Le dijo que le dejaba el piso que tenía al lado de la tienda y poco a poco fue convenciéndola. Todo era un paripé, en realidad. Mi madre no estaba bien porque no veía bien a mi hermana, pero al tenerla cerca, al vigilarla casi a diario, fingía que todo iba a mejor, aunque no solo no iba a mejor, sino que iba a peor. Estoy hablando demasiado de mi hermana, no sé. No sé, yo lo único que te puedo decir de Clara es que estuvo ahí con ella un período largo, y yo de vez en cuando me pasaba por el piso, que era un desastre. Me pasaba porque mi madre no se atrevía a ir. Prefería verla en la tienda, prefería cerrar los ojos al caos en el que estaba sumergida. Cuando el lunes me llamaste y me preguntaste por Clara, me quedé un poco bloqueado. No te voy a mentir. Creo que tuve la sensación de que hablamos más de lo que en realidad hablamos. Por eso pensé que te había contado lo de mi hermana. Pero estuve dándole vueltas a aquella época y ayer acabé volviendo a pasar por el piso. Hacía mucho tiempo, años, que no entraba. Me resulta un tanto duro, sabes. No, no te preocupes. Tu llamada fue el pretexto que necesitaba para volver, para quitarme un poco el miedo. Pensé que quizá podía encontrar algo de Clara que te pudiese servir. En efecto, encontré

algo. Son unas cartas de un tal Erik Maskovitch. Encontré, además, una revista. Las cartas no las he leído, me ha dado reparo, pero la revista la he abierto por curiosidad, no sabía que allí me iba a encontrar un poema de Clara. Seguro que te es útil para lo que estás haciendo. Yo ahora mismo estoy bastante ocupado y me viene muy mal concretar una cita en el centro de Barcelona, pero si me das una dirección te puedo enviar las cartas y la revista. No es ningún problema. Tú dime una dirección y mañana mismo me acerco a Correos y lo dejo hecho. No hace falta que me lo devuelvas^[25], te doy las cartas y la revista. Bueno, no sé si quieres saber algo más. Tampoco sé si yo sé algo más de lo que tú podrías querer saber. Perfecto, quedamos en eso. Esta semana tienes las cartas en casa. No, gracias a ti. Ha sido un placer. *Adéu, que vagi bé.*

SE QUEDA Y SE VA

NO SABÍA SI IRSE O SI QUEDARSE. TAMPOCO SABÍA qué leer primero, si el poema o las cartas, pero tantas dudas la paralizaron y acabó quedándose, no por decisión propia, sino por falta de decisión. Esa última entrevista había sido tan brusca que había llegado a pensar en un abuso de confianza, en una intromisión. ¿Quién se había creído ella para hurgar en la vida de los demás? ¿En nombre de qué causa? ¿En beneficio de quién? Juguetéó un buen rato con el sobre entre las manos, Erik Maskovitch, decía el remitente, calle Olivar, n.º 3, M. ¿M.? De M. era su amiga Elisa, compañera de la facultad. Estaba segura porque le hizo gracia el nombre y desde entonces no lo había olvidado. Aun así, no sabría ubicarlo en el mapa. ¿Dónde podría estar M.? ¿Quién podría ser Erik Maskovitch? El sobre contenía tan solo tres folios, uno de ellos muy vacío y ninguno fechado. A simple vista, parecían notas, tampoco venían firmadas, aunque la autoría debía de coincidir con el remitente y el destinatario estaba claro. El nombre de Clara aparecía enfundado en ese diminutivo cariñoso que ya había escuchado en boca de algunas de las personas entrevistadas, Duba.

Querida Duba, no soy católico, ni mucho menos religioso, por eso no sé de oraciones y nunca en mi vida he rezado. Aun así, rezo no sé qué y no sé a quién para que leas esta carta, pues tu lectura confirmará que estás viva. Yo, Erik, mediopoderoso y todomentiroso, te doy la vida a través de la escritura. Sé agradecida y respóndeme como es debido. No me gusta que después de tanto tiempo sin noticias tuyas, lo que me llegue sea una especie de testamento. Cuéntame cómo te va por esas tierras remotas, quiero enterarme de tus andanzas. Todavía no he entendido lo que has ido a hacer adonde quiera que hayas ido.

Aunque tu vida peligre por ello, aunque tu vida penda de un pelo, pienso en un reencuentro contigo, ahora que hace ya más de un año desde la última vez que nos vimos, y te imagino desnuda con la melena suelta, tan larga que ya casi debe de alcanzarte el ombligo. Tendría que abrirme camino y descorrer las cortinas que forman tus mechadas cubriéndote los pechos, para volver a arrebatarte la misma sonrisa maliciosa e incontrolada que irrumpió entre la punta de la nariz y tu mentón aquella noche, cuando casi muero ahogado por dos certeros disparos de flujo vaginal.

No voy a dejar de escribirte, aunque lo de los folios en blanco tiene la ventaja de que te ahorraría muchos problemas a la hora de descifrar mi caligrafía.

Apenas percibo la rabia en el último párrafo. Enfadarte no te queda bien, como los tacones de aguja. Por eso no resulta creíble, el colmo sería montar en cólera subida a unas sandalias de doce centímetros. No te creo, queridísima Duba, pero creo en ti, de eso no hay duda. No obstante, me surge una, siguiendo tu discutible deducción ilógica, ¿qué duda se puede sacar de la duda? ¿Acaso es la duda de que haya duda la incógnita que surge de la falta de duda?

Me abruman tus preguntas, tu insistencia por conocer mi paradero. Sabes de sobra que sigo en el mismo sitio, aunque cambie de residencia, de compañía, de ciudad, o incluso de país, todo sigue igual desde que te fuiste, como si el movimiento no se desplazara y desoyera a la velocidad y al espacio. Te escribo y te leo para creer que no estoy en ningún lugar. Te envidio, porque tú ya lo has conseguido y temo que pronto esta correspondencia en la que ahora te amparas ya no te sirva ni para prender una hoguera. En cualquier caso, siempre preferiré que dejes de escribirme antes de que te sientas obligada a seguir con las cartas para acumular suficiente papel que echar al fuego. Mejor quema las naves antes de tomar tierra, antes de zarpar.

Es probable que las cartas le hubiesen parecido igual de enigmáticas, igual de indescifrables si hubiese tenido las respuestas de Clara para ir enlazando una réplica a otra. ¿Y si las cartas fueran ficticias? ¿Y si hubiesen estado escritas por la propia Clara y formasen parte de algún proyecto literario, un relato o una novela? Laia dejó de toquetear el sobre y los folios y empezó a ojear la revista. La edición estaba cuidada, tapas duras, márgenes amplios, papel delicado. El nombre le resultó familiar, *Artétrica*, pero no lograba asociarla con nada que hubiese ya visto antes. Debía de confundirla con alguna de tantas otras revistas *amateur*. En la última página aparecía una mención a la imprenta, con sede en M. Una repetición no siempre es sinónimo de casualidad, era innegable que Clara tenía algún tipo de relación con aquel sitio. Buscó el nombre de Erik Maskovitch entre las páginas y dio con un poema sobre el agua y el tiempo. Al parecer, la revista corría a cargo de una asociación que se hacía llamar Colectivo Artétrico, cofundado por Manuel Abascal y Adolfo Collado. Todo era fácilmente rastreable. Volvió a pasar algunas páginas de la revista al azar, hasta que llegó al poema de Clara.

Nota al pie

*mi vida está abajo
más abajo
más aún
ni siquiera me alcanza
la suela de los zapatos
no ando con los pies
es el suelo lo que me anda
hasta el subsuelo
de un edificio horizontal
donde la azotea está
en el mismo piso que el sótano
y si piso las plantas coinciden
las de los pies
las de los pisos
subir y bajar
son movimientos
de idéntica dirección
sigue bajando
más aún
ahora sube
y todo continúa
este trayecto vertical
del rascacielos apaisado
que habito
mi vida se escribe abajo
más abajo
más aún
con letra pequeña
más pequeña
más aún
en filigrana
con más agua
más aún
hasta el ahogo*

Aunque se antojaran pequeñas y borrosas, las huellas de Clara Dubasenca poco a poco iban trazando un camino preciso. También Laia acostumbraba a escribir notas al pie, para acordarse de que ella estuvo ahí. Con ellas no pretendía tanto marcar su presencia, sino subrayar su visión en aquel momento, recordar cómo lo presencié, pues uno no mira igual cuando mira por segunda vez, y todavía menos cuando hay mucho tiempo y espacio de distancia. Nunca se le habría ocurrido, sin embargo, escribir una nota al pie que se justificase por sí misma, que no se asociase al pie de ningún texto más que el de la propia nota. Se trataba de una pista para despistar, pero si después de todas las entrevistas, después de todos los hallazgos, Laia albergaba alguna certeza, esa era

que seguiría desenterrando más en M., y eso la sumía en un estado dominado por el miedo y las dudas, pues una certeza, en realidad, o al menos para Laia, era tan solo una bisagra que había cedido al golpe que cerró la puerta y esa puerta bien podía abrirse en otro momento o encallarse en un tramo intermedio antes de llegar al umbral. Una certeza puede anularse con otra certeza, lo que equivale a decir que uno solo puede estar seguro de la fragilidad de su certidumbre. Aterrizar en M. significaría develar nuevos enigmas, pero también velar antiguas evidencias, pues ¿acaso la imagen que Laia se había forjado de Clara no podía volcarse y volverse contra ella? ¿Quería Laia saber más? ¿Quería encontrar a Clara o quería seguir manteniendo la ilusión de que podría llegar a encontrarla para siempre? De todas esas preguntas que se formulaba ella misma en su fuero interno, la primera que pronunció en voz alta no tenía nada que ver con ninguna de ellas. Cuando al otro lado del teléfono, le respondió la voz de su amiga y antigua compañera Elisa, Laia fue directa y casi sin saludar dijo: ¿Has ido últimamente por M.?

II. EXTRAÑA ENTRE SU GENTE

DONDE ALGUNA VEZ ESTUVO

LAIA SE BAJÓ CORRIENDO DEL VAGÓN Y SE ENCONTRÓ en una estación con un nombre muy largo que nunca antes había escuchado. No sabía qué hacía allí, permaneció unos segundos atontada, mirando con los ojos entrecerrados el cartel que rezaba el nombre de la estación y cuando cayó en la cuenta de que se había equivocado, de que se había apeado una parada antes de lo previsto, la puerta del vagón ya se había cerrado y el tren se puso en marcha enseguida. Tan emocionada, tan ansiosa estaba por llegar a M. que ya creía haber llegado cuando aún quedaban veinte minutos o más. Llamó a su amiga Elisa, con quien había quedado en la estación de M. y quien la acogería esos días mientras ella entrevistaba a quienes hubiesen podido conocer a Clara, o quién sabe, quizá incluso a la misma Clara, porque bien podría ser M. su lugar de residencia, o quién sabe, quizá era allí donde estaba enterrada. Y es que la urgencia por visitar M. se multiplicaba en direcciones muy distintas porque temía y deseaba a partes iguales saber más acerca de ella. Temía, a raíz de los últimos testimonios que dibujaban una imagen un tanto oscura, difusa y sórdida de Clara, que hubiese muerto o enloquecido; y aun así deseaba profundizar en ese camino que ya había abierto porque dejarlo inconcluso le perturbaría todavía más que terminarlo, a pesar de que el final podía ser triste y doloroso, pero no hay mayor dolor que la amenaza de un dolor inminente y pensar sin descanso en esa posibilidad resulta mucho más virulento que la inquina de un golpe atestado en el abdomen, un golpe certero y tangible. Además, tomar la decisión repentina de subirse a un tren hasta M. ella sola, sabiendo que tendría que dar explicaciones a su jefe, que dar explicaciones a su amiga Elisa para que la hospedara, tomar esa decisión precipitada era algo que no habría podido hacer antes de Clara, porque Clara poseía el arrojo y la frescura que desde pequeña faltaron en Laia. Si la historia hubiese sucedido al revés y Clara estuviese investigando a Laia, no habría dudado en correr riesgos y en llegar hasta el fondo del asunto. Que Laia se montase en un tren para encontrar a Clara y, más aún, que lo hiciese como Clara podría haberlo hecho, con valentía y sin premeditación, la reafirmaban en su convicción de que iba por buen camino.

A Elisa no le sorprendió demasiado que Laia se hubiese adelantado de parada, pues desde los primeros días de convivencia, cuando compartían piso, ya la intuía algo despistada y caótica. Se ofreció a ir a buscarla con el coche, el transporte público de M. funcionaba a duras penas y desde donde estaba, Laia tardaría más de una hora en llegar. Esperó a Elisa en el café de la estación, donde junto con el té, le sirvieron una galletita envuelta en un papel transparente en el que había inscrito con letras azules «producto de M.». Se comió la galletita bañada en té y se guardó el

papel a modo de recuerdo. Elisa no tardó mucho en presentarse. Con una sonrisa le riñó por estar tan distraída y Laia se disculpó y estuvo explicándole, mientras andaban hacia el coche, que tenía tantas ganas de llegar que estaba convencida de ya había parado en M. Entonces Elisa la acribilló a preguntas sobre Clara y sobre esa investigación de la que ya le había hablado, pero siempre con cuentagotas, con cierta timidez y palabras demasiado medidas. Laia estaba tan entusiasmada ahora que sentía que se avecinaba el final de algo, de una etapa, de una historia, que empezó a hablar con una franqueza y una soltura sobre Clara que nunca antes había mostrado, salvo quizá un poco con Diego. Lo que no le contó fue que, en realidad, no se trataba de una investigación académica, que empezó siéndolo, pero que ya la había abandonado y ahora lo hacía por puro placer porque ya había asumido que el placer y lo académico, al menos en ella, no iban de la mano y tratar de mezclar ambos solo podía acabar en angustia o frustración. La versión oficial, la que exponía ante los que conocieron a Clara, era que estaba trabajando en una tesina sobre poesía contemporánea y que Clara Dubasenca era uno de los pilares de su investigación. Esa era la explicación que daba siempre y que todos conocían, salvo su director de tesina y Diego, que sí conocían la versión que más se acercaba a la verdad. En cualquier caso, lo que más interesaba a Elisa era a qué personas iba a entrevistar y cuando le lanzó esa pregunta, el entusiasmo de Laia se vio amenazado, pues tan solo había concertado una, la del editor de la revista con sede en M. Tenía la esperanza, o más bien el convencimiento, de que a través de él contactaría con otros allegados de Clara, y que las entrevistas se irían enlazando unas con otras y que serían tantas las personas a quienes querría conocer allí que estaría obligada a prolongar su estancia. Eso era lo que, en secreto, deseaba. Laia mintió de nuevo y le contestó que tenía dos encuentros planeados, pero que contaba conseguir, por lo menos, dos más. Le dijo el nombre del editor de la revista, Adolfo Collado, pero no lo conocía, y le repitió el nombre completo de Clara Dubasenca. Parece ruso, ¿no?, contestó, no conozco a ningún ruso por M., pero sí que sé de una familia de ucranianos, aunque no se apellidaban Dubasenca. Laia le decía que no era ruso, aunque es cierto que sonaba raro, y que antes de Clara no había escuchado el apellido, y Elisa insistía en que, si no era ruso, como mínimo era eslavo. Y así transcurrió la conversación el resto del trayecto hasta M., o más bien el monólogo, porque en un determinado momento, Laia ya dejó de hablar mientras Elisa se sumía en una reflexión sobre la procedencia del apellido de Clara. Laia, en lugar de intervenir, pensaba para sus adentros que lo importante no era la nacionalidad del apellido, sino que lo importante de un nombre era la forma en la que este era nombrado, en qué contextos, de qué manera, si a Clara Dubasenca la llamaron más veces por diminutivos como Garita, o Duba, o si transformaron su nombre en Lara o en apodos que nada se parecían a Clara Dubasenca, sino que se inspiraban en su forma de ser, o en alguno de sus gestos, o en alguna anécdota memorable. A Laia, en el colegio, la solían llamar la Cuadrada, porque su madre a menudo la vestía con vestidos o camisas de cuadros. Eso no le gustaba nada porque se imaginaba a sí misma con forma de cuadrado, con un rostro cuadrado y un cuerpo cuadrado, una especie de monstruo geométrico y puntiagudo. En la adolescencia, se referían a ella como «la otra Laia» o «Laia, la otra», ya que en el grupo de amigos del instituto había otra chica llamada Laia, pero esa otra chica era Laia a secas, mientras que Laia era la otra. Comprobó que ni una sola persona dentro del grupo la llamaba a ella simplemente Laia, siempre tenían que hacer esa aclaración, como si a la otra chica le bastase con ser ella misma y, sin embargo, Laia necesitase de un esfuerzo especial para que la identificaran. A veces ella misma tenía que hacer alusión a su tocaya y se sorprendía pronunciando su nombre en voz alta,

refiriéndose a otra persona que no era, en realidad, otra, sino que era ella misma, porque la otra era Laia, la misma Laia que ahora investiga el nombre de Clara Dubasenca. Le molestaba cuando la llamaban la otra Laia, sobre todo cuando descubrió que al entrar en la universidad, empezaron a tratarla de nuevo como Laia a secas hasta que en su promoción del máster apareció una chica con ese nombre y pasó a ser de nuevo la otra. ¿Se habría sentido Clara alguna vez la otra? ¿O acaso habría provocado ella la otredad de alguien? No pudo contestar a esa pregunta, sobre todo porque ya estaban entrando a M. y la vista y el pensamiento rápido apuntaron a las calles que atravesaban con el coche. Era un paisaje árido en todos los sentidos, no solo por la sequedad y el calor que desprendía el clima, sino por los edificios viejos y descuidados; y a pesar de la imagen hostil que la ciudad le devolvía, se alegraba de estar en un lugar con el que probablemente Clara mantuvo o mantiene una estrecha relación. Elisa actuó, en la medida en la que la velocidad del coche le permitía, de guía turística y fue señalando algunos de los puntos emblemáticos por los que pasaban, aunque las descripciones de su amiga no remitían tanto a la historia de M. como a la historia personal que ella había vivido, pues la mayoría tenían que ver con recuerdos o anécdotas de su infancia y adolescencia, que al parecer había sido más o menos feliz. Laia entendió que estaba demasiado nerviosa y excitada como para prestar atención a algo que no tuviese que ver con Clara, así que enseguida la cortó y le preguntó si conocía una revista de literatura llamada *Artétrica*. Dijo que no y Laia respondió que se había fundado en M. Le sorprendió y dijo incrédula que le parecía muy raro, porque M. no era una ciudad muy literaria, y Laia pensó que quizá por eso Clara se fue a Barcelona, aunque también podría ser que eso fuese lo que le gustaba de M., porque lo que pretende ser literario suele llegar a ser todo lo contado, porque un exceso de algo acaba desvirtuando el propósito de ese algo, cuando los propósitos se cumplen mejor si uno no se los propone, sino que le llegan, igual que Clara llegó a ella de forma azarosa.

ADOLFO COLLADO

BUENAS TARDES. ENCANTADO DE CONOCERTE, LAIA. De verdad que me alegra mucho que nos hayamos visto por fin. Eso sí, has elegido un día raro para venir, el único de lluvia en lo que lleva de año. ¿Te has fijado en que no hay nadie por las calles y en el tráfico que hay? Aunque M. sea pequeño, todo el mundo va en coche a todos lados, pero los días de lluvia esto parece la Gran Vía, con tanto ajeteo de vehículos. Qué va, gracias a ti. Esto va a ser un placer, siempre es bienvenido sentarse a charlar de literatura. Como en los viejos tiempos, ya cada vez nos reunimos menos los Artétricos. ¿Cómo surgió? Pues mira, estas cosas se van construyendo sin que te des cuenta. Ojo, no estoy diciendo que fuera coser y cantar. Fundar la revista fue un camino lleno de obstáculos y detractores, pero ya hablaremos de eso. Yo era un joven con inquietudes que no encajaban con la dinámica de M. Tú vienes de una ciudad grande e imagino que no es lo mismo. ¿De Vilanova? Bueno, de todas formas, dudo que Vilanova esté impregnada de este provincianismo que rezuman cada una de las calles aquí. Tenía diecisiete años y si alguien se enteraba de que escuchaba más a Bach que a Radio Futura podía ganarme su desprecio o enemistad. Poco a poco, sin embargo, fui encontrando a un grupo de personas afines, con las que solía reunirme a escuchar música clásica, a comentarla, a hablar de literatura, de cine, de pintura. A menudo organizábamos excursiones a alguna exposición cerca de M., porque en M., por supuesto, no había ninguna exposición más que la de belenes en Navidad y la de las figuritas que representan la pasión de Cristo en Semana Santa, todo siempre relacionado con el culto católico. Entre esas personas del grupo estaba Carmen, con quien luego me casé y con quien sigo felizmente casado, y también estaba Manuel, con quien acabé fundando el colectivo Artétrico y más adelante la revista *Artétrica*. Yo tenía solo dieciocho años, y él diecinueve cuando nos liamos la manta a la cabeza y nos embarcamos en cuerpo y alma en el proyecto. Para todo esto fue decisiva la llegada del profesor Federico a M. y a nuestras vidas. El profesor Federico era un italiano, que enseñaba Alquimia y Filosofía Medieval en la universidad. Se mudó aquí por amor, se casó con una profesora de instituto, y aunque él tuviese que hacer cuarenta minutos de ida y cuarenta de vuelta todos los días hasta el trabajo, se instalaron en este pueblito de mala muerte. Si no hubiese sido por él, que venía de fuera, que desconocía la mentalidad mezquina de la gente de M., no me habría sentido con fuerzas como para levantar una revista yo, con dieciocho añitos, en un lugar donde la literatura interesaba a menos de una decena de personas. Por supuesto, todos los artétricos teníamos sueños imposibles, como viajar a Nueva York y jugar a ser Lorca, ganar muchos premios de poesía, montar una editorial, y tantas otras ilusiones. El profesor Federico nos

dijo que de todas ellas, fundar una revista era algo muy asequible. Él nos guio un poco, nos acompañó a solicitar subvenciones, y al final conseguimos financiación para cuatro números. Mientras los hilos de la gestión cobraban cada vez más solidez, yo me fui a Madrid un mes y entré en contacto con escritores de la época, que nos daban permiso para que les publicáramos, nos cedían poemas, fragmentos de libros, de obras de teatro. Conservo muchas cartas, carpetas enteras, con la correspondencia de entonces, de los agradecimientos, de los permisos. Teníamos un buen bagaje de textos para completar cuatro números enteros. Cuando salió el primero, se nos criticó mucho, por razones muy distintas. La primera, como no podía ser de otra manera, es que se desconfiaba de nuestra juventud. Cómo unos mequetrefes de dieciocho años se atreven a fundar una revista, decían. Luego también se nos reprochaba no publicar a casi ningún autor de M. Pero nosotros en ningún momento nos posicionamos como una revista local. Estábamos abiertos a colaboraciones de todo el mundo y, de hecho, nos llegaban muchas y muy buenas de Latinoamérica. Si nos gustaba algún autor de M., no íbamos a dudar en publicarlo, pero si no era el caso, aquello solo iba en perjuicio de la revista y contra nuestros propios principios. Nos lo tomábamos muy en serio, aunque fuésemos muy jóvenes y muy inexpertos. Por eso cuando apareció Vicente Molinero, que por entonces se hacía llamar Erik Maskovitch, lo acogimos con los brazos abiertos. Sí, Erik Maskovitch era su pseudónimo de juventud, pero ya en los últimos números en los que publicó se hacía llamar por su nombre verdadero. Es más, en su primer poemario ya aparecía como Vicente. Duró poco lo de Erik. Sí, así funcionaba, teníamos una dirección postal a la que cualquiera podía mandar sus textos. A veces llegaban cosas infumables, había muchos poetas que se dedicaban a repasar todos los directorios de revistas de la época y a hacer envíos masivos de sus poesías, e incluso de sus manuscritos. De todas maneras, hubo grandes hallazgos. Erik, como era de M., no nos lo envió, sino que al enterarse de que los artétricos planeaban fundar una revista, contactó personalmente conmigo y me entregó en mano unos sonetos. Tiene poemas muy clásicos, ha escrito hasta décimas, algunas muy buenas. Y al tercer número, Clara también contactó con nosotros, llamó al teléfono de la revista y yo la recibí personalmente en el local que alquilamos entre el colectivo para discutir y gestionar todo lo relacionado con nuestros proyectos editoriales. Quizá Clara fuese también un pseudónimo, los poemas que trajo iban con ese nombre, pero puede que no fuese el suyo. Creo recordar que más tarde, me enteré por alguien de que era un pseudónimo, pero todo es muy difuso, y si de verdad lo era, no sé cómo se llamaba en realidad. Ya no recuerdo muy bien a esa chica. Era menuda, muy discreta, cuando publicó en *Artétrica* tenía quince o dieciséis años. Era una cría, venía muy tímida, como si por un lado le avergonzase, le daba pudor enseñar algo que podía carecer de valor, y por otro lado, lo que le avergonzaba parecía ser tomarse en serio aquello y ver hasta qué punto nosotros nos lo tomábamos en serio, como si no pudiese creer que existiese un entramado tan complejo y tan prosaico para la poesía. No sé, no son más que conjeturas. Me enseñó dos poemas y me dijo que si me gustaba alguno que lo podía publicar. Me gustó mucho uno titulado *Mayor en edad* y ese fue el primero que apareció de Clara. Mira, te lo voy a enseñar. Lo tenía preparado para cuando vinieses:

*Siento una enorme curiosidad por saber
a qué edad dejé de ser yo
para envejecer en*

una niña de posguerra.

*A qué edad dejé de coincidir
en el tiempo con las fotografías
de mi rostro inconsciente
los ojos desmayados
y los labios entreabiertos de reír
con todas las mejillas desgarbadas.*

*Cuántos años tenía
cuando dejé de parecerme
a las imágenes del pasado
y toda mi vida pasó por delante
como la imagen absoluta
de un futuro remoto.*

*Enseguida dejó de ser ayer
y me di cuenta demasiado tarde,
después ya no quedaba espacio
para guardar el tiempo perdido,
después todas las arrugas
que mis hombros escuálidos
contorneaban en la camiseta
me encanecían de todas las morfologías posibles
hasta que las rugosidades de mi piel se confundieran
con los pliegues marchitos de la ropa.*

*Cuántos años han transcurrido
desde mi último cumpleaños.*

*Cuántos días hace
que fue ayer*

*Cuántos minutos he perdido
en esperar sesenta segundos.*

*Qué segundo
será el primero
de todos mis silencios.*

Luego publicó dos más en números posteriores. Vino a un par de encuentros con los artétricos, una de esas sesiones donde discutíamos sobre arte, literatura y lo que se nos ocurriese. Allí le presenté a Vicente y se cayeron bien. ¿Unas cartas? Anda, ¿puedo verlas? No sabía lo de la correspondencia entre ellos, aunque no me sorprende. Vicente, como se intuye en su poesía, siempre fue muy clásico, muy tradicional y de apariencia muy seria, pero cuando era joven tenía un punto juguetón que compartía con Clara. Clara parecía muy tímida y reservada, y a pesar de eso, era muy divertida. Con el tiempo Vicente ha perdido esa parte de niño que tenía de joven, pero es natural. No es que los años no pasen en balde, es la vejez la que no pasa en balde. Los años pueden pasar en balde, pero el cuerpo se desgasta y no por el tiempo, sino por las vivencias. No es el tiempo lo que le pesa al cuerpo, sino la vida, las experiencias, el dolor, la rutina, todo eso. Y bueno, mucha gente se acomoda, más aún aquí en M. Fíjate en mí, yo quería irme a vivir a Nueva York, y ni siquiera he estado de visita. Es más, no he salido de Europa. Cada vez me siento más provinciano. De cuando en cuando los artétricos seguimos reuniéndonos, pero no tanto para repetir las tertulias de ataño como para contarnos nuestras cuitas, nuestros problemas cotidianos del primer mundo, nuestros dramas familiares. Todos estamos casados y con hijos, algunos con nietos. ¿Cuándo dejamos de publicar *Artétrica*? Pues en el 92 se publicó el último número, y en 2014 hicimos un número especial por el treinta aniversario de la creación de la revista.

Perdona, no te he oído. Ah, pues aparte de los que contactaban con nosotros, yo tenía una lista de autores que había conocido en Madrid, y también a veces manteníamos correspondencia con algunos que no conocimos personalmente, pero que nos cedían de todas formas un texto suyo. Por eso surgieron envidias, porque nos iba bien y en M., desde el ayuntamiento, que cortó la financiación después del cuarto número, no podían creer, por ejemplo, que Claudio Rodríguez nos hubiese dado permiso para publicar un poema suyo, y llegaron a decir que se lo habíamos robado. También publicamos a poetas que pasaron por la historia sin pena ni gloria, pero que a mí me parecían extraordinarios, como es el caso de Hipólito Carbajal, que ha dejado tres poemarios exquisitos para la posteridad. Cuando contactó con nosotros solo había publicado en un par de revistas más, así que yo conservo el orgullo de haberlo descubierto, aunque luego los demás no lo descubrieran apenas. Murió ya hace años, destrozado por el alcohol, era un hombre muy destructivo. En esa época el malditismo estaba muy en boga y muchos de esos escritores que han pasado de puntillas por la historia de la literatura llevaban una vida autodestructiva, abusaban del alcohol, de la droga. Nosotros también probamos cosas, pero yo siempre he tomado distancia con esa estética de la autodestrucción. He sido obsesivo con la escritura y la lectura, pero con nada más.

Y de Clara, no sé, si quieres puedo intentar buscar otro número en el que la incluyésemos. Lo único que tengo de ella fue lo que apareció en la revista. Cuando se fue de M. le perdí la pista. Creo recordar que Vicente me dijo que se fue por problemas familiares, se fue a vivir con su madre al norte, porque se había peleado con su padre. En cualquier caso, yo te doy el teléfono de Vicente. Él podrá hablarte de Clara mejor que yo.

Pasa, Carmen. Laia, te presento a mi mujer. Unas pastas, sí, qué ricas. ¿Te apetece un té con pastas? Son típicas de aquí, las hacen las monjas y están exquisitas. Quédate un rato más, mujer. Uy, pero mira quién ha venido, el primo Julio y el primo Pablo. Qué sobrinos más guapos tengo, eh. Vamos, Laia. No te puedes ir de M. sin probar los dulces de las monjas.

VICENTE MOLINERO

E NCANTADO, LAIA. PASA, SÍ, NO ESTOY SOLO EN CASA. Esta es mi mujer, Isabel^[26]. Vamos al despacho, estaremos más tranquilos. No hace falta, cariño, ya lo preparo yo. Bueno, pues ahora nos llevas el café allí. Venga, vamos. Este es mi pequeño refugio, donde descanso cuando los chavales me dan un respiro. Todo el mundo cree que ser profesor de instituto te deja mucho tiempo libre, pero eso quizá era antes, cuando el alumno aplicado no era la excepción, sino la norma. Ahora, durante el año escolar, cuando llega algún festivo, Navidad o Semana Santa, solo tienes ganas de tumbarte a leer buena literatura y no exámenes o redacciones, de manera que solo te quedan los meses de verano, que se pasan muy rápido. Ya no escribo tanto como antes, pero escribo mejor. O quizá no escribo tanto precisamente porque escribo mejor. ¿Cómo? Ya, sí, eso es muy bonito, una reflexión que solo pueden tener los jóvenes, uno nunca se cansa de escribir, ¿no? Uno no puede decir que no tiene tiempo o energías para escribir porque si de verdad quiere escribir, si de verdad lo necesita, lo hace, y si no lo hace es porque no es un escritor de verdad. ¿Es ahí a dónde intentas llegar? Vale, a lo mejor he exagerado un poco, pero no te estoy ridiculizando. A dónde yo quiero llegar es que eso es una visión un tanto romántica, y cuando pasan los años te encuentras con un trabajo, con una declaración de la renta, con una familia y con una casa auestas. La escritura no pasa a un segundo plano, pero tiene que compaginarse con todo eso y no es fácil. ¿Crees que hace unos años, cuando mi hijo acababa de nacer, cuando me despertaba su llanto a las cuatro de la mañana, yo tenía fuerzas ese día para, después de seis horas en el instituto sin haber apenas dormido, escribir un soneto? Los jóvenes, Laia, quizá piensen que sí, y seguro que son capaces, que aún no han sufrido el desgaste del tiempo. Por eso te entiendo, yo también compartí esa idea ingenua de la escritura apasionada, pero lo cierto es que la escritura hay que trabajarla, y como todo trabajo, requiere esfuerzo, tesón, y una predisposición de la que a veces careces. Es cierto que la inspiración no existe, pero también es cierto que la inspiración puede existir en el trabajo, en la tarea de escribir, y no en ese estado etéreo de abstracción en el que uno aguarda a que le caigan las ideas de las nubes y de las estrellas.

Perdona, es que no te he oído bien. Ah, sí, antes publicaba con el pseudónimo de Erik, me divertía, pero luego, no sé, quise que se me conociera por mi nombre, y en los libros que he publicado ya aparezco como Vicente. Clara también es un pseudónimo, lo sabías, ¿no? ¿No^[27]? Vaya, pues Clara se llama en realidad Natalia. ¿El apellido? No lo recuerdo, ¿Natalia Contreras? ¿Natalia Ceballos? No sé, de verdad que no puedo decírtelo. Pensé que tú lo sabrías, eres tú la investigadora. Cuando nos conocimos ya empezaba a hacerse llamar así y yo siempre me dirigía a

ella como Clara. Cuando me preguntó acerca de mi nombre artístico yo bromeé diciéndole que un nombre exótico vendía más, que Vicente Molinero era demasiado castizo, que sonaba mejor algo ruso, o polaco, así que me inventé la identidad de Erik Maskovitch. En las cartas seguíamos utilizando nuestros nombres falsos, nos parecía más literario, aunque enseguida paramos la correspondencia, después de su segundo año en Barcelona, y yo enseguida me cansé de mi pseudónimo también. En las revistas ya empecé a publicar como Vicente, y luego tuve la suerte de encontrar esta editorial pequeña y local, y desde entonces he seguido publicando ahí toda mi poesía. Supongo que no la conocías, ¿no? Si hasta hace nada pensabas que me llamaba Erik. Bueno, pues mira, te doy un ejemplar del último, *Gritos y silencios*. A Natalia, o a Clara, ya no sé cómo llamarla, no le habría gustado. Seguro que habría dicho que es un título un poco banal, o un cliché. No comparto del todo esto, pero he de reconocer que es una buena actitud poética la de Clara. Ella decía que no merecía la pena escribir una combinación de dos o más palabras previsible, que cualquier sintagma que recogiese dos palabras que alguien ya hubiese pronunciado juntas no tenía valor poético. Decía eso, y luego decía que no solo se refería al valor en su acepción de cualidad, sino al valor como fuerza, el valor que viene de valentía, porque no había nada menos valiente que lo tópico. Ponía ejemplos como «orgasmos en la noche», semejante verso ni siquiera vale el trozo de papel que ocupa, según Clara, pues la palabra más predecible que puede acompañar a orgasmo es noche. No hay hallazgo, no hay interés alguno en algo así. Otro ejemplo: «palabras vacías». ¿Cuántas personas se deben de llenar la boca diciendo «palabras vacías»? Eso te habría dicho Clara, aunque, bueno, yo no estoy del todo de acuerdo, pero parte de razón tiene. Eso no solo lo aplicaba a su escritura, sino a su vida en general. No soportaba que le preguntasen «¿Cómo estás?» o «¿Qué tal el día?». Para saludar ella podía formular cualquier pregunta menos esa. Podría decir algo como «¿Qué es lo que más te irrita de una cafetera?». También disfrutaba mucho con las disyuntivas que proporcionaban dos opciones insólitas como «¿Has dormido hoy con almohada o has comido pasta?», o bien «¿Te gustan los gatos o prefieres montar en autobús?». Un día a mí me preguntó si me gustaba bailar acompañado o si era más partidario de dormir bocarriba, como si las dos acciones fuesen excluyentes. Ahí estaba la gracia y a Natalia, Clara, le decepcionaba que yo me riera a modo de respuesta, porque también eso era una reacción esperable, el equivalente a escribir «ardiente fuego». ¿Conoces el poema titulado «Visita al museo»? En él se refleja todo lo que te estoy diciendo. A ver, apareció en uno de los números de *Artéfrica*, voy a buscarlo. Espera un momento. De paso voy a preguntarle a mi mujer qué ha pasado con el café, ya vengo.

Aquí lo tienes:

De camino al museo encontré

*una mujer que domina
el arte de ocultar el pijama
bajo el abrigo*

*un octogenario que
diseca
bolsitas de té
a modo de esculturas*

*una ventrilocua que pone
en boca de sus interlocutores
silencios incómodos*

*un niño que lanza
círculos concéntricos
con sus pupilas dilatadas*

*una mujer de pelo largo
por completo desnuda
en un abrigo de piel*

*dos corredores de fondo
de reserva que resistían
menos de dos kilómetros*

*una ronda de póker terminada
en una escalera de color
azul y peldaños estrechos*

*una dependienta que gestionaba
las ventas en una caja
torácica a pecho descubierto*

*unos castillos en el aire
comprimido de la escopeta
que me quitaría la vida*

*la cocina
de una casa de empeños
obstinada en tirarse por la ventana*

*un riel del que cuelga una cortina
de humo descorrida
con vistas al fuego*

*una vajilla de vasos linfáticos
en cuyas paredes las lágrimas
del vino apenas se marcan*

*de camino al museo me perdí
en un museo que no buscaba*

¿Qué te ha parecido? Sí, es ingenioso. En fin, Natalia era muy ingeniosa, divertida. Cuando vivía aquí me alegró mucho, me dio mucha vida. Me la presentó Adolfo cuando publicaron su primer poema en la revista y enseguida congeniamos. A veces pensaba que era demasiado divertida para mí, demasiado alocada, aunque en aquella época yo era más divertido que ahora, quizá también porque era más joven. En cualquier caso, soy consciente de que me amoldé un poco a su forma de ser. En las cartas que le mandaba a Barcelona, por ejemplo, no era tanto yo quien escribía, sino más bien el reflejo de quien ella podría considerar el interlocutor perfecto. Formaba parte del juego. Oye, voy a ver si encuentro las cartas de ella. De hecho, ya las encontré ayer, después de que me llamaras, cuando quedamos en que ibas a venir, pero creo que ahora las he vuelto a perder. Ah, sí, aquí están. Toma, luego las lees, que son largas. Pues decía que para mí era más un juego que un ejercicio literario porque luego ya se ha visto que Natalia y yo no compartimos la misma poética, básicamente porque ella se lo tomaba a broma y yo no. De hecho, esté donde esté, seguro que le parece muy divertido que te molestes tanto en analizar su estilo y su obra. Eh, perdona, no quería ofender, era un comentario sin retranca. Perdona. ¿Entonces no estás haciendo una investigación académica? Ya, es complicado. Sí, sí, me da a mí que tienes también vocación de escritora, o por lo menos curiosidad, ¿no? Carlos Fuentes dijo que empezó a escribir para vivir, y que luego escribía para no morir. La escritura en el fondo es una suerte de danza macabra y tú, sea lo que sea lo que te traigas entre manos con Natalia, estás bailando y exhumando. ¿Cómo? Ya, la frase de Fuentes se puede interpretar de muchas maneras, pero bueno.

Si quieres te hablo de... Sí, es cierto, por las cartas cualquiera diría incluso que éramos amantes Natalia y yo, eh; pero todo formaba parte de los personajes que interpretábamos. Ya te he dicho que ambos estábamos jugando. Cuando nos conocimos ella aún estaba en el instituto, tendría quince o dieciséis años, y enseguida se marchó de M. con su madre, cuando se separó de su marido. Nuestra correspondencia empezó con una postal que ella me mandó desde Roses, pero no sé dónde está. Me da rabia haberla perdido. A lo mejor la guardé dentro de un libro, pero ya ves, ponte tú a buscar en esta biblioteca tan extensa. La postal era una imagen de la playa y Natalia había dibujado en ella, se había retratado a sí misma tumbada en la playa, dibujando. En el mensaje decía que en el retrato estaba dibujando sobre esa misma postal que me mandaba, y el dibujo que garabateaba su figura dibujada no era otra cosa que un autorretrato de ella dibujándose a sí misma, y así hasta el infinito, como en un juego de cajas chinas, solo que las cajas chinas nunca llegan a verse, solo se intuyen. Yo no encontré ninguna postal bonita. Esa fue la excusa que le di en mi respuesta, en la que le mandaba uno de los últimos poemas que había escrito. En su siguiente carta me decía que las postales no tenían por qué ser bonitas, que la mayoría eran horribles y lo mejor que le podía pasar a una postal es ser rematadamente fea, porque resulta bochornoso una postal que, pese a su fealdad evidente, tiene pretensiones estéticas, es decir que

alberga la esperanza de que guste a alguien o a muchos por su carácter tierno, o cursi, cuando solo puede gustar si se ha asumido la monstruosidad inherente a la postal y se disfruta con ella. Teorías de Natalia. Yo no estoy del todo de acuerdo con ella. ¿Cómo? Ah, sí, parte de razón tiene. Tenía muchas teorías ella, tantas que no podía ponerlas todas en práctica. Cuando me contó que iba a dejar de vivir con su madre en Roses para mudarse a Barcelona a estudiar me confesó que lo hacía a modo de experimento antropológico, para ver cómo aquello afectaría a la relación con su madre. Eso fue lo único que dijo, y creo que fue la única vez que me habló de su madre, yo solo sabía que tenía una, pero nada más. Desconocía si se llevaban bien o mal. Tampoco sé nada de su padre, la relación no debía de ser buena si se marchó así, de repente, con su madre. No lo sé, en realidad no sé nada de su vida personal, no sé nada de su familia, ni de sus amistades. Nuestra relación fue extraña, creo que los dos llegamos a sentirnos muy cercanos porque conseguimos entendernos en esa tierra de nadie que constituía para nosotros la literatura, nos comprendíamos en las cartas y textos que intercambiábamos, pero más allá de eso yo no sabía nada de Natalia, y ella tampoco de mí, no le interesaba. Una vez en Barcelona ya no volvió a mencionar nada sobre ese supuesto experimento antropológico. En sus cartas se limitaba a divagar desde la voz de ese narrador ficticio que constituía Clara Dubasenca y yo hacía lo propio con Erik Maskovitch. Pero ya te digo que en Natalia no había pretensiones artísticas, por eso me parece curioso que tú quieras hacer una tesis sobre ella. Bueno, una tesis o un trabajo de máster, da igual. Perdona, he vuelto a meter la pata. Me refería a que ella nunca se propuso escribir en serio, nunca pensó en publicar. Era algo colateral. Al principio, me sorprendió que alguien tan joven publicara un poema en una revista. Yo tenía veintidós y hacía menos de un año que mis textos habían empezado a difundirse en el circuito literario de M. Me quedé un tanto fascinado y luego, cuando un día hablé con ella cara a cara, me contó que tenía varios textos escritos, pero que lo hacía porque desde que se mudó a M. (antes había estado viviendo en otra ciudad, ya no recuerdo cuál) se aburría mucho y, en realidad, preferiría estar en un museo, mirando pinturas y fotos, pero como aquí no había nada de eso, se pasaba las tardes escribiendo. Me pareció un poco triste esa actitud, pero enseguida me di cuenta de que Natalia no pretendía vender nada y eso la honraba. No quería ser escritora y por eso da igual que no lo sea. ¿Qué dices? Ya, se podría debatir largo rato sobre qué es un escritor y qué no lo es, pero entiéndeme. Sabes lo que quiero decir, ¿no? Yo te hablo desde mi experiencia, porque ya tengo unos años y he conocido a muchos escritores y a mucha gente que escribe que no es escritor. ¿Si yo soy escritor? Vaya preguntas me haces, eh, Laia. Cómo te gusta chincar. Sí, sí, no estoy del todo de acuerdo contigo, pero parte de razón tienes. Hay muchos tipos de escritores. Bueno, ahora tampoco vamos a entrar en una discusión así, ¿no crees?

¿Quieres que te cuente algo de...? Ah, pues esas son las últimas cartas que nos mandamos. No sé por qué dejamos de escribirnos. Meses después de que yo recibiese esa última carta, la llamé al teléfono que me había proporcionado en Barcelona. Era el de la casa de unos señores a quienes alquilaba una habitación. Me dijeron que ya no vivía allí y eso fue todo. Un poco más tarde me envió el poemario suyo de las obras completas, pero no había ninguna dirección en el remitente y no encontré el modo de contactar con ella. Me reí mucho con ese libro, era una gran broma, una broma apoteósica. Solo lo podría haber escrito Natalia. Bueno, si consigues hablar con ella, felicítala de mi parte, que ahora voy a quedar como un amigo resentido que la desprecia. No, es que he sido a lo mejor un poco torpe en algunos comentarios, pero como tampoco sabía muy bien si preferías hablar de su escritura o de su vida. ¿Cómo dices? Es cierto, esa disyuntiva no la

habría aprobado Natalia, ella hubiese dicho: No sabía si preferías hablar de su escritura o de los tomates transgénicos. Ya la conoces bien.

¿Alguien que la conozca? No sé si tiene algún familiar en M. Ya has hablado con Adolfo, ¿no? ¿Y no te proporcionó él algún otro contacto más? No sé qué puedo hacer, ya te he dicho que, en el fondo, mi relación con ella fue superficial. Sí, sí, es verdad, superficial por profundidad, no lo he dicho a propósito. No sé, seguro que puedes encontrar a alguien más aquí. ¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte en M.? Yo imagino que debe de haber algún familiar suyo aquí, quizá su padre. Ahora mismo poco más puedo hacer por ti, pero si me entero de algo te lo digo. Sí que recuerdo que Natalia solía ir mucho a un bar, el Ziggy, pero hace tiempo que cerró. Voy a pensar y si se me ocurre algo, tengo tu teléfono. Le preguntaré a mi mujer, ella es más chismosa que yo, bueno, más sociable, vaya, está más al día de todo lo que pasa en M. Igual sabe algo.

CORRESPONDENCIAS

A LAIA LE RESULTÓ UN TANTO MOLESTO ESE TONO altanero de Vicente. Cuando leyó las cartas escritas por Erik, en absoluto se lo imaginaba así. Él sí que no se parecía a Erik y no le extrañaba que fuese un pseudónimo, pero enterarse de que Clara en realidad se llamaba Natalia sí que la había desconcertado. No le sorprendía que Erik fuese Vicente, pero no podía aceptar que Clara fuese Natalia. Estuvo manoseando las cartas escritas por Clara, por lo menos en esas cartas no cabía duda de que era Clara y así las firmaba. Las ojeaba un tanto incrédula al ver que ella podría haberse dirigido a él de un modo tan cercano y juguetón.

Querido Erik:

Me pesa tanto el pelo que si me descuido y me dejo llevar por una ligera inclinación de la cabeza siento que me arriesgo a perderla ya del todo. Toda la melena hacinada hacia la derecha tira cada vez más hasta que la presión es insoportable. Al principio creía que se trataban de unas simples jaquecas, que achaqué al cambio de aires y de costumbres, luego incluso barajé la posibilidad de las migrañas, a pesar de que, hasta donde yo sé, ningún familiar las ha padecido. Ahora me doy cuenta de que el dolor de cabeza no es de origen cerebral, sino capilar. Desde que me he enterado, cuido mucho de mantener la compostura, la espalda bien recta, la mirada firme, pero es inevitable, sobre todo en los días de viento, perder el control del cabello y darle así rienda suelta para que me arranque la poca cordura que me queda. El otro día estaba en el jardín, hablando con el pistolero sordomudo. La comunicación oscilaba entre la torpeza y la utopía, no es tarea sencilla entablar un diálogo elocuente con un sordomudo. La conversación, precisamente por la ausencia de ella, se alargó durante más de media hora y empecé a exasperarme. Apoyé la espalda en la pared para paliar un poco el cansancio de haber permanecido media hora de pie plantón. Desde esa perspectiva me obligaba a mirar al pistolero de soslayo. Al cabo de unos segundos, cuando aún estaba acomodando la espalda al gotelé, me pareció oírle hablar. Me giré con un movimiento brusco y seco, las densas guedejas castañas cayeron todas en la misma dirección, las puntas empujaban tanto hacia el suelo que durante unos segundos temí de verdad que la cabeza se me desprendiese del resto del cuerpo. Parece que no haya existido un intervalo entre ese episodio y este momento mientras te escribo. Quizá esta carta solo sean unos cuantos fotogramas de la

película que, según dicen, ves pasar por delante de tus ojos durante los últimos instantes de vida. Una vez leí que las víctimas de la guillotina podían ver su cuerpo después de haber sido decapitadas, porque el riego sanguíneo todavía circula unos segundos más por las cabezas clínicamente muertas. Si es cierto que he perdido la cabeza, también he perdido por completo el cuerpo, pues estoy tan inmersa en la carta que no he podido fijarme a dónde ha ido a parar. Ay, Erik, si me encuentras, avísame.

Espero, más que nunca, noticias tuyas, no tanto porque necesite saber de ti, sino de mí.

Cuánto agradezco tus palabras, Erik. No sé si esta réplica es consecuencia directa de ellas o solo daños colaterales, pero al parecer mi cuerpo no huyó muy lejos. Lo que ocurrió fue que, como vaticinaste en tu carta, el pelo tapaba buena parte de mi piel y me confundí. Estaba a oscuras mientras escribía y la hoja en blanco se me antojó eso que algunos han dado en llamar la luz del túnel que te conduce a las puertas del cielo, o del infierno, según te toque. Más allá del papel todo era oscuridad y un bosque de cabello ondulado cuyos límites no estaban bien definidos. En el instante de la escritura solo sentía los ojos y ese folio rutilante, casi mortuorio. Eso era mi cuerpo, nada más: una masa de pelo, unas letras y una hoja. A veces se me hace tan difícil vivir dentro del cuerpo que la perplejidad al conseguir salir de él me obliga a creer que estoy muerta.

Recuerdo muy bien cómo la punta de tu nariz husmeará cual sabueso entre el alboroto de rizos para que al fin tu hocico llegue a mis pezones puntiagudos. Cómo olvidar que esa misma noche después de subirme a la mesa de la cocina para estar a la altura de las circunstancias casi romperé el techo mientras mi sexo y tu boca sudan en mitad de una encarnizada lucha por la supervivencia de la especie. Todo arrancará por culpa de una discusión en torno a la definición del concepto de «especie», porque siempre es la lengua lo que se interpone entre unos y otros. Al final acabamos orquestando una especie de espectáculo, cuyo significado no correspondería a ninguna de las posturas defendidas sobre el término. Por eso llegaremos a un acuerdo mutuo y cambiaremos de postura. Con una elegante cabriola alcanzarás la mesa para paliar el desnivel y desembocar desbocados en ese consenso mutuo en el que la conformidad será tal que perderemos las formas, cualquier forma. Nadie podría discernir el cabello de la carne, y mucho menos mi carne de tu carne.

Abrumada por todos esos recuerdos, no puedo evitar pensar en el vértigo que me produciría el reencuentro que imaginas, pues la memoria y la fantasía se superponen y caigo de nuevo en esa suerte de abismo en el que me sepulté hace unos días al saberme muerta por momentos. He intentado visualizar la escena, tal como me la describiste. Estaba desnuda, el pelo largo tras más de un año de ausencia, tan inabarcable como el propio cabello, me cubría casi todo el

abdomen. Tú te acercabas y me peinabas con los dedos, intentando rozar una sección de mi piel, todavía tibia. Los dedos excavaban con ahínco, a veces creían desembarcar en la carne prometida, pero solo encontraban carne quemada insuficiente para cualquier insurrección. No dejo de rendirme desde que estoy aquí, pero tengo que cuidar que nadie me vea. Me rindo a escondidas para no tener que rendir cuentas a nadie. Estamos vigilados. A lo mejor tú tienes una idea más clara que yo de lo que he venido a hacer aquí, o quizá puedes averiguarlo y sacarme de dudas.

Me asignaron una misión: sonsacar el secreto al espía. Lo designaron así, con el artículo determinado, pues se trata de una información concreta, pero precisamente por ser secreta carezco de pista alguna para reconocerla. Quizá ya haya revelado el secreto y no me he dado cuenta. La primera vez que hablé con él me sugirió que me lo inventara para que pudiésemos salir cuanto antes. Debería haberle dicho que encima que me pedía que traicionara a quienes me habían contratado, por lo menos podría tener la decencia de pensar un secreto falso convincente y no dejarme el lastre a mí, pero estaba tan nerviosa que la rigidez y los esfuerzos por no parecer una novata me impidieron contestarle como lo hubiese hecho en otras circunstancias.

Desde que me levanto hasta que me acuesto estoy al acecho sin ningún objeto directo al que aferrarme. Espero y como no sé qué debería esperar, me desespero. Tengo que adelantarme, sacarle ventaja al tiempo y remontarme a un futuro aún más improbable que el del momento en que arrebate el secreto al espía. Es más improbable, pero no por ello menos inimaginable; al contrario, es más improbable en la medida en que depende de otra improbabilidad, ya que solo se cumpliría una vez zanjada mi misión aquí. Necesito proyectarme hasta la salida definitiva de esta casa remota para soportar el tedio de mi estancia en este lugar.

No dejes de escribirme, o me veré en la tesitura de inventarme también tus cartas y la desesperación alcanzará tal magnitud que acabaré redactando folios enteros en blanco.

Me desalienta ese laconismo, Erik, sobre todo ahora que convivo con un sordomudo y un espía que no suelta prenda. Me engatusas para que te cuente cómo me va y yo no sé nada de ti desde la última vez que nos vimos. Si no fuera porque nos hemos encontrado cara a cara y piel a piel, dudaría de tu existencia, como mínimo de la física. Al menos tú sabes dónde estoy, cuentas con pruebas suficientes que corroboran que no estoy en ninguna parte y a pesar de la imprecisión de los datos, tienes la tranquilidad de que ninguna parte corresponde indefectiblemente a alguna parte, pues la negación no es más que el reverso de una moneda que afirma con la otra cara, es decir, que negar es afirmar a la inversa sin que por ello la negación contradiga lo

afirmado, sino que lo ratifica. No estoy en ninguna parte, ya te digo algo sobre mí, aunque sea por defecto. Noto que hablo con mucha más soltura de los defectos que de las virtudes, debe de ser por la amplitud del margen de maniobra, hay más de lo que no hay que de lo que hay. El refranero abunda en carencias, la mayoría de las expresiones han quedado registradas de forma incompleta. De donde no hay, por ejemplo, se podrían extraer tantas oquedades, apiñadas e indistinguibles unas de otras, que caemos en la trampa de afirmar que no se puede sacar. El vacío se deja socavar por el espacio y ello va en menoscabo de cualquier hoyo. Parece más fácil también hablar de los defectos que de los afectos y como, aun a riesgo de contradecirme, tu parquedad en palabras me remite a una consigna anotada por Jules Renard en su Diario, «no dice nada pero seguro que piensa tonterías», solo se me ocurre mostrarte desprecio.

Cualquiera de las preguntas que pueda formularte invocan una respuesta aún más enigmática que la propia pregunta. No quiero saber demasiado, en absoluto, quiero saber lo estrictamente innecesario. Finjo querer saber, anhelante de una iluminación tan fastuosa que fulmine todo lo aprehendido antes. En tu discurso, que por el momento es lo único tuyo a lo que puedo agarrarme, busco indicaciones que me procuren una memoria garrafal de prodigiosos errores, que acierten cada vez que se equivocan.

El colchón que me asignaron, o con el que yo misma me condené, porque fui yo quien eligió la habitación, me está destrozando la espalda. Me cuesta conciliar el sueño y a veces, despierta tengo la sensación de estar dormida y, dormida, permanezco en un estado de vigilia que no distingo del sueño. En alguno de los muchos momentos de soledad, doy cabezadas que agudizan todas esas jaquecas de las que ya te he hablado. ¿Será este el secreto que he venido a desenmascarar? Todas estas máscaras que se superponen en forma de achaques como si mi cuerpo fuera un vasto vademécum en el que no cesan de pulular páginas con nuevas entradas y salidas, ¿no serán sintomáticas de una información que ellas mismas ocultan? ¿Acaso tú no formarás parte de ese secreto, de ese fractal carnavalesco en el que habito? ¿Por qué no puedo dejar de formular preguntas cuya respuesta sé de antemano insondable? Desde que vine apenas hago nada salvo escribirte, ya sean cartas, relatos, o archipoemas. No es que me dedique a lanzar alabanzas o cantos melancólicos a un amor lejano, como si me divirtiese remontarme a una suerte de amor cortés para ocupar mi tiempo. La mayoría de los textos ni siquiera te están dedicados, ni siquiera pensaba en ti mientras escribía. Pensé en ti más bien después, no como materia prima de la escritura, sino como una de las consecuencias, casi un daño colateral. Te me antojabas el lector ideal, pues seguro te creerías el destinatario indiscutible de cada una de mis palabras y aunque en parte debo darte la razón, hay muchos otros a los que también se la daría. Es curioso esto de la razón, yo creía que era algo de lo que nunca faltaba, algo de lo que cualquiera dispone en su casa, como la sal, hasta que un día la perdí y me acostumbré a que

todo el mundo tuviese que dármele.

Terminó la lectura en una cafetería no lejos de casa de Elisa, aunque en M. todo quedaba no lejos de casa de Elisa, no porque esa casa constituyese el centro neurálgico del pueblo, sino porque todo el territorio que M. abarcaba era un centro en sí mismo, un pedacito de tierra donde las distancias nunca alcanzaban la longitud suficiente para calificarse de largas, para fragmentarse en mitades que conformasen una periferia. Esas cartas se presentaban en ese momento como la última pista, quizá el fin de su búsqueda en M. Como ya había advertido Vicente, en ellas no encontró nada rastreable de la vida de Clara, que, para colmo, ahora resulta llamarse Natalia. Laia permaneció largo rato en una postura rígida y silenciosa con las cartas esparcidas en la mesa del café, le vino a la mente la idea de que Clara no existía, de que su investigación ya había dejado de ser académica o personal y lo único que de ella quedaba se parecía mucho a una monomanía. Conforme aumentaban las amenazas de esos pensamientos resolvió llamar a Elisa, tener contacto con alguien que no estuviese relacionado con Clara, esa persona que empezaba a dejar de existir y que por eso existía con más fuerza, aunque solo en la cabeza de Laia. Venga, vamos a tomar algo, le dice Laia. Sí, vamos de fiesta, contesta Elisa. Enseguida llegó a la cafetería donde Laia aguardaba, la sacó de allí, tirando de ella por el brazo, aunque esa aparente desgana de Laia no se traducía en recelo, sino en un debilitamiento, porque sentía que esa búsqueda de alguien que ya dejaba de existir le quitaba todas las fuerzas, le quitaba existencia a favor de la de Clara, como si, en efecto, cuanto más improbable se intuía la figura de Clara, más se aferraba a la presencia de Laia, como un vampiro, para sobrevivir a su costa. Elisa la llevó hasta un bar algo ruidoso, pero de luz cálida y agradable. Cuando ambas estaban a un trago de terminarse la cerveza, Laia soltó que iba a irse mañana por la mañana. Elisa, sorprendida, dijo que por qué decía eso, a lo que ella respondió que simplemente lo decía para que celebrasen su última noche en M. Elisa ya conocía las evasivas de su amiga y se limitó a convencerla de que se quedara un día más, y así podrían volver juntas a Cataluña. Es que ya no me queda nadie a quien entrevistar, ha sido un fracaso venir aquí, se lamentaba ella, no tiene sentido, aunque me haya gustado conocer tu pueblo y te lo agradezco mucho, quedarme solo va a hacerme sentir más fracasada, no tiene sentido, ya nada tiene sentido. Oh, sí, es verdad, nada tiene sentido, la vida es absurda, decía Elisa en tono un tanto teatral, y como todo es un sinsentido, deberías aceptarlo y quedarte, ya que si te vas, cederás ante la lógica del fracaso, cuando, en realidad, no hay ningún fracaso si partimos de que nada tiene sentido, así que lo mejor es que sigamos emborrachándonos y mañana curemos la resaca con más alcohol. En cuanto acabó de decir eso, Elisa le hizo un gesto al camarero que venía a significar que les sirviesen otra ronda. Laia le advirtió de que por muy grande que fuese la resaca a la mañana siguiente, ella iba a volver a Barcelona. Elisa no respondió a eso y cambió de tema, convencida de que no entrar en ese juego sería la forma más eficaz de conseguir que se quedara. Empezó a hablarle sobre algunos lugares de M., algunos cotilleos del pueblo y fenómenos curiosos, como el del bar situado justo en frente del que estaban, una cafetería cuya principal clientela se agrupaba en torno a los desayunos. Entre las ocho y las diez de la mañana, la edad media del noventa por ciento de los clientes que acudía superaba los sesenta años. La imagen resultaba de lo más curiosa, no ya por aquella congregación de ancianos, sino porque lo hicieran en torno a un lugar de aspecto tan moderno, iluminación tan blanca y mobiliario de Ikea. En

realidad, según contaba Elisa, era un bar muy antiguo, regentado ahora por dos hermanos cerca de la cincuentena que habían heredado el local de sus padres. Hace un par de años, el sitio conservaba su aspecto original, mesas de mármol, paredes de azulejos; pero los hermanos lo reformaron por completo y el resultado fue una cafetería que imitaba a las franquicias, aunque conservaba su alma de viejo, con tostadas enormes para el desayuno y precios muy baratos. La clientela, por supuesto, tampoco cambió, y los jubilados se hinchaban de orgullo diciendo que parecía un bar de la capital, algo sin parangón en la historia de M. Laia escuchaba esas anécdotas, que habían logrado distraerla de Clara. Se disponían a pedir una tercera ronda, cuando vio en el móvil una llamada perdida. Era el número de Vicente. Salió corriendo del bar, ante la incompreensión de Elisa, y una vez fuera, devolvió la llamada.

Perales, dijo Vicente al otro lado, Natalia Perales. Ya he averiguado su apellido. Clara participó en un concurso de poesía en segundo de BUP, un certamen que organizaba el instituto, siguió contando Vicente, me acordé poco después de que te fueras, y empecé a investigar. Recuerdo que me habló de ese concurso en que había quedado segunda en uno de nuestros primeros encuentros, porque yo la animé a presentarse a otro concurso de poesía y ella me dijo que nunca más se volvería a presentar a ninguno, y así fue como me contó ese episodio, enfadada porque el primer premio había caído en un poema horroroso según ella. Resulta que yo ahora trabajo en ese mismo instituto, en el departamento de Literatura que sigue convocando el certamen. Cada seis años hacemos una pequeña publicación con todos los premiados. Solo tuve que ir a la recopilación de 1986-1992 y ahí estaba Natalia Perales Etchemendi, 1.º B, segundo premio de poesía, Carmen Vox como presidenta del jurado. Carmen Vox sigue siendo la jefa del departamento, precisamente se jubila este año. Pásate mañana por la mañana por el instituto y te la presento, puede que recuerde a Natalia. Es lo único que puedo hacer.

CARMEN VOX

NO ES NINGUNA MOLESTIA, LAIA. VAMOS A TOMARNOS un café y te cuento todo lo que quieras. Claro que me acuerdo de ella, fue una alumna excelente, de las mejores que he tenido nunca. De lejos se notaba que era muy inteligente y con mi asignatura en particular estaba entregada. No sé si ocurría lo mismo en las demás. Yo creo que tenía un talento natural para la sintaxis y una pasión por los libros. Eso, ya de por sí, la hacía distinta de los demás, porque la lectura es una actividad solitaria y quienes leen mucho a menudo pecan de misantropía o de excesiva timidez o torpeza social. Algo de eso había en Natalia. Me considero observadora, creo que es un atributo indispensable para cualquier profesor, y me di cuenta de lo sola que debía de sentirse. Había llegado en plena adolescencia a una ciudad y un instituto nuevos, y su carácter soñador e imaginativo distaba mucho de la mentalidad conservadora de M. Hay un ejercicio que suelo repetir todos los años con mis alumnos de catorce o quince. Les mando que escriban una redacción sobre el sentido de la vida. El sentido de la vida, no es nada. Es una etapa muy compleja, y a los adolescentes les cuesta cada vez más generar reflexiones propias, quiero decir, cada vez más el sistema te empuja a que seamos los profesores, a través de libros de textos y tareas mecánicas, quienes les proporcionemos una serie de opiniones intercambiables, quienes les aportemos unas ideas ya establecidas, en lugar de entregarles los rudimentos para que sean ellos quienes fabriquen sus propias ideas. Me entiendes, ¿no? Bueno, pues yo me niego a contribuir a la estupidez y el desaprovechamiento humano, así que, en la medida de lo posible, todo lo que se me permite desde mi papel de profesora de Lengua y Literatura, les hago pensar por ellos mismos. La redacción sobre el sentido de la vida casi siempre les desconcierta. En los últimos años hay algunos que hasta se niegan a hacerla y yo les digo: Pues si para ti la vida no tiene sentido, no sé para qué estás viviéndola, a no ser que para ti el sentido de la vida sea el sinsentido, en cuyo caso ya tienes algo sobre lo que escribir. Al final todos acaban haciendo algo, y muchos hasta logran textos conmovedores. Solo hay que tener paciencia y motivarlos para que saquen algo de ellos mismos y un tema tan amplio y a la vez tan preciso como el sentido de la vida es la opción ideal. Me acuerdo perfectamente de la redacción de Natalia, estuve a punto de leerla ante toda la clase porque estaba muy orgullosa, pero pensé que, tan reservada como era ella, quizá resultaba contraproducente, la avergonzaría y se sentiría más incomprendida de lo que ya podría sentirse, así que no lo hice, pero la felicité en privado y hablamos un buen rato y ahí empezamos a tener más trato y le recomendaba lecturas. En su redacción decía que vivía por «las cosas bellas» y enumeraba una serie de cosas bellas, como el sonido del agua hirviendo o las sombras y destellos

del sol en otoño. Era un texto que servía como un relato en sí mismo. Brillante, de una madurez increíble para su edad. Para mí fue un lujo tenerla como alumna, estuve con ella en segundo de BUP. Cuando ella pasó a tercero, yo estuve de baja, tuve un embarazo complicado con mi segundo hijo, y al año siguiente Natalia ya se había marchado de M. Yo no sé nada de esa historia. Pensé que habría vuelto al norte, de donde venía, aunque no sé muy bien de donde era. Luego me llegaron rumores de que su padre tenía problemas con la bebida, llegué a oír incluso que era un maltratador, pero yo no tengo pruebas de nada, y a la gente le encanta añadir cizaña, y más en M. En segundo, la animé a presentarse al certamen de poesía que organizamos en el instituto. Yo siempre animo a mis alumnos, porque nunca se sabe quién puede albergar talento y porque, incluso si no tienen ninguno, siempre es un ejercicio muy saludable. A Natalia la animé especialmente porque, además, tenía posibilidades de ganar, y, de hecho, podría haber quedado primera. Bueno, debería haber quedado primera. Yo sé que se sintió decepcionada. No por quedar segunda, sino porque es cierto que el primer puesto recayó en un poema muy malo. Me sentí culpable, yo estaba entre los miembros del jurado y no debí haber transigido de esa manera, pero qué le vamos a hacer. La ganadora fue la hija de otro profesor, alguien que no estaba en el jurado, pero que conspiró para que su hija ganara y los otros miembros del jurado no le plantaron cara. Yo tampoco, yo voté por Natalia, pero no traté de dismantelar el fraude. Hay padres que son como víboras, prefieren que su hijo crea ser el mejor en lugar de ayudarlo a dar lo mejor de sí mismo. Natalia no era imbécil y se dio cuenta de que su poema era mucho mejor que el de la otra. No era soberbia, era la pura realidad, y la realidad, pues es muy puñetera. Ese episodio me dio mucha pena, de verdad, porque con lo vulnerable que era Natalia y lo mucho que le costó integrarse, no merecía otro golpe. En clase siempre era muy callada, pero ya a mitad del primer año vi cómo había hecho muy buenas migas con Marisa, una chiquilla muy maja, muy sencilla y alegre. Le vino muy bien. A veces me las encontraba fuera de clase, juntas, merendando en el bar, o haciendo deberes en la biblioteca. Ahora Marisa es mi peluquera. Sí, claro, te doy su teléfono sin problema. Puedes pasarte por su peluquería cuando quieras también. Yo creo que le gustará hablar de Natalia, fueron muy buenas amigas.

MARISA OTÓN

HOLA, GUAPA, QUÉ PRONTO HAS LLEGADO. ¿Cómo estás, cariño? Dame dos besicos. Bueno, pues aquí me tienes, a tu servicio. Dime, qué quieres que te cuente. Natalia y yo íbamos a la misma clase en el instituto. Ella llegó nueva en segundo de BUP Venía de Francia, del sur, porque sus padres emigraron allí, pero creo que los dos eran de M. Por lo menos, su padre estoy segura de que sí era de M., un personaje muy conocido en el pueblo. Pero eso es otra historia. Recuerdo su primer día de clase, estaba más vergonzosa que una avestruz, chica. Más vergonzosa que una avestruz, como te lo digo. Se sentó en primera fila porque no había más pupitres libres y luego, al día siguiente, ella llegó pronto a clase y se puso en mi asiento. Cuando llegué le dije que ese era el mío, que por qué no se iba a otro y me pidió perdón. A lo mejor se pensaba que yo era una matona, pero no, se lo dije con toda la buena intención del mundo. Y como seguía estando más vergonzosa que una avestruz me miró así, con carga de pena y me dijo que prefería sentarse detrás para que no le viera el profe, y a mí me dio tanta ternura que la dejé quedarse y me fui a primera fila. Así empezamos a hablar y nos hicimos amigas. En el instituto le costaba hablar con la gente, yo le presenté a otros amigos, aunque la cosa no cuajaba bien, porque ella era tan tímida y tan calladica siempre y mis amigos, pues un poco como yo, no, hablaban hasta con las piedras, y a algunos casi que les molestaba tenerla ahí, como un pasmarote sin decir nada y a veces le insistían, como que la obligaban a hablar, sabes lo que te digo. Lo que conseguían era que hablase menos, pero qué vas a decir tú si te apuntan con una pistola para que digas algo. Qué obsesión tiene la gente con decir algo, pues yo pienso que si no tienes nada que decir, que no digas nada. Yo, por ejemplo, siempre tengo cosas que decir, siempre tengo que decir cosas, lo mismo da que da lo mismo, pero Natalia era de esas personas que no tenían esa necesidad y a mí no me molestaba que fuese así, ni a ella tampoco que yo no me callase ni debajo de las piedras. Cada uno, pues es como es y qué se le va a hacer. Nosotras íbamos juntas porque nos respetábamos y nos complementábamos, todo lo que no decía ella, lo decía yo, y santas pascuas y alegría. Yo la quería mucho, porque nunca había conocido a nadie igual, sabes. La gente podía pensar que éramos como el ajo y el aceite, pero en realidad éramos como dos dedos de una misma mano, sabes. Supongo que Natalia era tan diferente porque venía de fuera, tendría ese *glamour* francés, yo qué sé. Pero mira, ya solo por cómo hablaba sabías que no era de M. Lo poco que decía, lo decía perfecto. Cuando, de repente, se dignaba abrir la boca, es que lo clavaba y no solo lo clavaba, sino que su forma de decirlo, su acento, sus palabras, todo era como de otro mundo, sabes. Y claro, esas cosas pasan factura en M. A mí me gusta mucho vivir aquí. Yo siempre he

dicho que como en M., en ningún sitio, pero reconozco que no todo el mundo está hecho para M., que a M. hay que darle de comer aparte y que puede ser muy cruel para los que no se adaptan. Sabes, M. no te ayuda a adaptarte a M., pero si no te adaptas te trata mal, ¿entiendes lo que digo? Y yo creo que Natalia nunca se sintió de M., aunque su padre fuese de M., pero es que Natalia tampoco se sentía mucho de su padre. Por eso no ha vuelto desde que se marchó con su madre. Ni un pie ha puesto ya en M. Y eso que cuando nos despedimos yo lloré mucho y le dije que tenía que venir a visitarme, y ella me respondió que yo tenía que ir a visitarla, y entonces yo le dije que seguro que se iba muy largo de aquí. Y se rio, y me dijo que bueno, que vendría a verme. Pero yo sabía que no vendría, así que me puse a llorar aún más porque de verdad que me daba tanta, tanta pena no volverla a ver, con lo especial que era. No sé, yo es que llegué a pensar que M. tendría que estar agradecido de tener a Natalia, y tendría que haber hecho algo por ella, algo para que se quedara, como cuando se conserva un patrimonio. Era muy lista, Natalia, escribía cuentos y hasta era poetisa, claro. Le publicaron en una revista de aquí y vino muy contenta a enseñármela, y me acuerdo que yo le dije: Niña, con razón no hablas nunca, porque *tó* lo que no hablas lo escribes. Y le pregunté, sin haberlo leído, si era un poema de amor, me dijo que no. Pero yo le dije si estaba enamorada y entonces se rio como un puerro y yo ya supe que algo había y acabó diciéndome que le gustaba el dueño de la revista, y yo le dije que menos mal, que ya estaba empezando a pensar que era lesbica o algo de eso, sabes. Es que como nunca me hablaba de chicos, y yo le contaba un montón de cosas, que me gustaba este o el otro, o si me había liado con uno, pero era un tonto. Chismes de crías, sabes. Pero ella nunca me decía nada, ni siquiera si le gustaba algún actor. A mí, por ejemplo, me volvía loca Harrison Ford. Y yo erre que erre con Harrison Ford, y a todo el mundo le decía que solo me iba a casar si Harrison Ford me lo pedía. Y bueno, yo no sé si pasó algo con el dueño de la revista o no, porque nunca me contaba sus intimidades. Solo un día, que la vi muy triste y le pregunté qué le pasaba, me dijo que estaba harta de su padre, que la avergonzaba y que quería irse a vivir sola. ¿Su padre? No, su padre murió, hace tiempo. Estuvo viviendo aquí toda su vida. No se marchó, estaba muy a gusto en su pueblo. Demasiado a gusto. ¿Que qué quiero decir? Pues quiero decir, bueno, a mí no me gusta hablar mal de nadie, pero su padre era un borrachín, sabes. Y se pasaba todas las tardes en el bar y a veces te lo encontrabas *mamao* en la calle. Y ya me imagino que eso a Natalia la destrozaba y que eso destrozó la familia, porque su madre se separó de él, y yo creo que no debieron de acabar muy bien. Aquí el único familiar de Natalia que queda es su tío, el hermano de su padre. Sí, claro, con mucho gusto te doy su número, tranquila. Lo tengo *fichao*, que *pa* eso soy su peluquera.

No, no mantuvimos mucho el contacto, la verdad. Nos escribimos alguna carta cuando se fue, pero luego, lo último que supe es que se mudó a Barcelona y cuando le envié una carta a la dirección de allí, ya no me respondió. No sé, yo pensé que quería cortar todas las relaciones con M. porque no le traía buenos recuerdos. Y yo no le guardo rencor por eso, porque mira, que me quiten lo *bailao*, ¿no?, como se suele decir. No pienso que se avergonzase de mí, simplemente encontró su vida en otro sitio y se fue olvidando de esta, es normal. Pero yo a ella la quería mucho. Muchas veces quedábamos para estudiar, porque como ella era tan lista y a mí se me daban mal los estudios, me ayudaba y me saqué Latín gracias a ella, sabes. Y yo le dije que tenía que volverse profesora, pero ella siempre me decía que no le gustaría trabajar siempre de lo mismo. Yo por entonces ya tenía clarísimo que iba a ser peluquera y le pedía que me dejase peinarla. Ella se dejaba, dice que le daba gusto, y es que a todo el mundo le da gusto que le toquen

el pelo, y le hacía moños, y trenzas. Tenía mucho pelo y muy fuerte. Alguna vez se quedó a dormir en mi casa. Una vez, por mi cumpleaños, organicé una fiesta con otras amigas y las invité a pasar la noche, como una fiesta de pijamas. Natalia no tenía mucha relación con las demás, pero vino igualmente. Eso se lo agradecí mucho, porque sé que vino por mí y que estuvo un poco mustia, no sé si mustia, pero como alejada del grupo. Parecía casi como que nos estaba analizando, porque estaba siempre fuera de la conversación y a la vez al corriente de lo que decíamos. En general, pues no estaba muy cómoda cuando nos juntábamos mucha gente. Era como si no supiese cuándo hablar, o cómo intervenir. Ya ves que si ya de por sí era callada, pues cuando habíamos un montón de chicas hablando como cotorras era imposible que Natalia pudiese entrar a decir algo.

Muchas veces íbamos al bar de su tío, el que todavía vive aquí. Nos invitaba a Coca-Cola y pasábamos la tarde escuchando música, charlando con él. Al tío le gustaba mucho Joan Baptista Humet y a Natalia también, por influencia familiar, digo yo, de tanto escucharlo. Su canción favorita era una que se llamaba *Clara*, y algunas veces, cuando Arcadio, así se llamaba, nos veía entrar, corría al tocadiscos y ponía la canción de *Clara* y los dos empezaban a cantar como tontos. «Clara, distinta Clara», *nananá nananá*. ¿Te sabes la letra? ¿No la has oído nunca? Ah, pues es muy bonita, luego la buscas en internet y la escuchas. ¿Sabes?, cuando se volvió poetisa y eso, se inventó un nombre, para firmar diferente, como los famosos. Como estaba tan obsesionada con esa canción, se puso Clara^[28]. Y en las revistas firmaba así. ¿Cómo era el apellido? Dubasenca, sí, eso es. Pues de ahí viene el nombre, de la canción de Humet, fíjate tú. Alguna vez he vuelto a escuchar esa canción. Una vez salió en la radio, mientras estaba trabajando, sabes, y me pilló desprevenida, se me saltaron un poco las lágrimas. No sé por qué, me emocioné. Hace ya tanto tiempo y a lo mejor llevaba ya tiempo sin pensar en ella y de repente se me planta ahí la canción esa, y, claro, ¿cómo no voy a llorar? Es como si tú vas caminando por la calle y de repente hueles la colonia de tu primer amor, alguien que pasa usa la misma colonia que tu primer amor, pues claro, una se queda pensando, no, y se pone nostálgica y esas cosas.

Y poco más, yo no sé si ella me recuerda, pero yo sí que la recuerdo mucho. El otro día me encontré un dibujo que me hizo, le gustaba dibujar, no lo hacía nada mal. Era un dibujo de unas manos como masajeando el pelo de otra persona. Podíamos ser ella y yo. De hecho, cuando me lo regaló me dijo que era un retrato de nosotras, aunque a nosotras no se nos veía la cara, sabes, así que era un retrato un poco extraño. Pero ahora, cuando lo volví a ver, sí que me di cuenta de que las manos se parecían a las mías, ya ves tú, es una tontería. Es difícil saberlo, las manos se parecen más que las caras, pero sí que noté yo como que me pertenecían, como que si se hubiese ampliado la imagen se hubiese visto mi cabeza. Fíjate tú, qué curioso. Entonces no me di cuenta, no le di importancia, pero ahora, cuando lo encontré, sí que lo pensé y me dije que eso es algo típico de Natalia. Eso de dar la información con cuentagotas, eso de tener mucho misterio. Sí, a lo mejor la recuerdo tanto por lo misteriosa que era, sabes. Como yo hablo mucho y lo cuento *tó* no dejo nada para la imaginación, sabes, pero ella sí. Y a veces, pues me imagino dónde estará, si seguirá dibujando, o si seguirá siendo poetisa. Aunque ya haya pasado mucho tiempo, compartimos momentos muy importantes de nuestras vidas. Lo quieras o no, la adolescencia te marca, y nosotras la pasamos y la padecemos juntas. Y me ha dado mucho gusto hablar de eso. No, guapa, gracias a ti, que ya te he dicho que me emociona un poco recordar esa época. ¿Quieres preguntarme algo más? Ah, sí, que no se me olvide, ahora te doy su número. Pues no sé, cariño, ha sido un placer, de verdad.

EXTRAÑOS FAMILIARES

ERAN GOLPES DE UNA ESTRIDENCIA SIBILINA los de los platos al chocar contra la mesa o al chocarse entre ellos por la falta de espacio en la mesa. Carmen, la madre de Elisa, no dejaba de sacar comida, mientras el resto de comensales, que incluían a Laia, a Elisa, a su padre, a su hermano pequeño y a su abuela, esperaban sentados a que ella trajese por fin el último plato y tomase asiento. Cada vez que dejaba un plato, se giraba de nuevo en dirección a la cocina y, una vez allí, preguntaba: ¿Falta algo? Todos, salvo Laia, contestaban a gritos que lo que faltaba era ella, y ella hacía caso omiso, y volvía a traer más platos para luego dirigirse de nuevo a la cocina y seguir abarrotando la mesa hasta que acabó sentándose más por la insistencia de su marido que por su propia voluntad, porque parecía no cansarse nunca de servir comida. Una vez sentada, se levantó de nuevo, aunque ahora no para ir a la cocina, sino para servir la carne de las fuentes a los platos de los demás, y entonces fue cuando José, su marido, le dijo que estuviera quieta, que todos eran mayorcitos para servirse, y que en vez de servir se relajara y comiera. Y entonces las mejillas de Carmen parece que se sonrojaron y, en un tono risueño, le respondió a su marido que era él quien tenía que tranquilizarse, a lo que él respondió que siempre que había invitados ella se ponía nerviosa y quería controlarlo todo y no disfrutaba. Elisa se dirigió a Laia, sentada a su lado, aunque en un tono de voz lo suficientemente alto como para que toda la mesa lo escuchara: Es que mi madre disfruta siendo una buena anfitriona, y más aún si la comida viene de la carnicería de mi padre, y quiere que todos los chuletones estén perfectos, que los chorizos sean los más sabrosos del mundo, y todo eso. La abuela soltó una carcajada, aunque más que por las palabras de su nieta, que a causa de su sordera no había podido escuchar, fue al ver la reacción sonriente y desenfadada de los demás. Laia se sirvió un poco de salchicha, de chorizo y de ensalada, y Carmen la instigaba a que se pusiese más cantidad. Tuvo que ceder, a pesar de no tener mucha hambre y de que no le gustasen mucho el chorizo y las chuletas. Los gritos de las conversaciones que mantenían a varias voces, el padre, la madre y la hija, con breves intervenciones del hermano pronto eclipsaron el ruido de las copas y de los cubiertos al estrellarse. Laia apenas podía participar porque tanto exceso, de comida, de palabras, la bloqueaba. Era, sin duda, una imagen opuesta a la de sus comidas familiares, donde lo más retumbante era el silencio. Las voces se chocaban unas con otras y Laia no alcanzaba a distinguir las palabras que pronunciaban, pues todo le llegaba como una masa informe de sonidos, que iban instalándose como música de fondo a los bocados que acometía contra el chuleton. Esa comida no se parecía en nada a ninguna que pudo tener con sus padres, pero al final el resultado, para ella y

para su actitud, no difería, pues tanto en una como en otra Laia acababa abstrayéndose, y los espacios, el salón de casa de sus padres, el comedor de casa de Elisa, se intercambiaban. Sin embargo, al contrario de lo que hubiese podido pasar en su familia, enseguida, el padre de Laia intervino y se dirigió a ella directamente: Bueno, Laia, cuéntanos cómo van tus entrevistas. Le costó reaccionar y entonces añadió algo también la madre: Elisa nos ha estado explicando lo que haces, a mí me parece interesantísimo, es como una historia de detectives. Se sentía un poco incómoda, como si no le perteneciese hablar de eso, que en realidad le pertenecía más que a nadie, pues con los últimos testimonios iba teniendo cada vez menos fe de encontrar a Clara, y cuando esperaba llegar a una imagen más concreta, todo se le mostraba más nebuloso. Les empezó a hablar de las personas que había conocido en Barcelona, y así pudo reflejar una imagen más entusiasta. Cuando llegó a los encuentros en M. procuró disimular su desilusión y acabó confesando que todavía podría entrevistar a una persona más, pero tenía que ser dentro de dos días, el lunes, porque durante el fin de semana no estaba en M. Entonces, sin que Laia dijese nada más, y con sinceridad, Elisa le dijo que, aunque se fuese mañana en coche porque trabajaba al día siguiente, ella podía quedarse todo el tiempo que necesitase en M. Y los padres repitieron lo mismo, y casi la obligan a quedarse hasta el lunes, como mínimo, hasta que hiciese esa entrevista, cuando no hasta el martes, para tomárselo con tranquilidad. La abuela sonreía, mientras al tiempo que los padres trataban de convencerla, su nieta Elisa le explicaba, con los labios muy pegados a su oreja, lo que estaba pasando. Laia ya no sabía hacia dónde mirar, pues de repente la abuela empezó a exclamar a viva voz: Que se quede, que se quede. Todos, incluso Laia y el hermano, se rieron al escuchar a la abuela tan impetuosa. Elisa repitió la consigna de la abuela, y pronto se unieron también los padres, y enseguida ya no había nadie en la mesa, salvo Laia, que no gritase «que se quede, que se quede», con la misma exaltación que un forofeo podría corear a su equipo de fútbol. Los vítores cesaron cuando la abuela se quedó sin aliento, y cuando ella paró, la acompañaron todos los demás. Entonces, ya sin el estruendo de las voces, Laia pudo hablar y confesó que no quería molestar más de lo que ya había molestado, y de nuevo la madre y el padre siguieron insistiendo, y hasta le dijeron que podía aprovechar para ir el domingo a la sierra, que era una parte bonita de M. que no había visto. El escándalo era tan punzante que no había hueco en la cabeza de Laia para analizar si valía la pena quedarse unos días más, aunque mientras decía que seguramente sí, en su fuero interno se percataba de que no había pena ninguna, de que en todo caso la pena llegaría cuando se fuese sin conocer al tío de Clara. Elisa le agarró el brazo, como un símbolo de afecto y le dijo que eso era lo que tenía que hacer, que ya vería como sacaba más información sobre Clara. En ese momento, al escuchar su nombre en boca de otra persona, cayó en la cuenta de que ya no se llamaba Clara, sino Natalia, que de haberlo sabido le habría presentado a Elisa y a su familia a Clara como Natalia, pero ya era demasiado tarde y demasiado irrelevante para ellos como para perderse en ese tipo de aclaraciones. Al fin y al cabo, aunque los últimos testimonios se refiriesen a ella como Natalia, para Laia seguía siendo Clara, pese a que no podía ser del todo la misma Clara que imaginaba hace unos días, pues recaía sobre la imagen que se había hecho de ella la canción de Humet que de vez en cuando retumbaba en sus oídos. Puede que en esta parte, en este lugar de su vida, no la conocieran bien, no la conocieran como era ella, más parecida a Clara que a Natalia. No le cabía ninguna duda de que su tío la llamaría Natalia, porque parece que Clara era su pseudónimo literario, al menos empezó siendo eso, hasta que en Barcelona acaparó todas las facetas de su día a día hasta borrar el rastro de Natalia. Natalia

Perales no le gustaba nada, le sonaba vulgar en comparación con Clara Dubasença. ¿Cómo habría sido Natalia Perales antes de ser Clara Dubasença? Puede que su tío sea la persona que más pista pueda proporcionar sobre eso.

ARCADIO PERALES

BUENAS, PASA, VAMOS AL SALÓN. VOY A HACER CAFÉ y voy a sacar unas pastas de las monjas para chuparse los dedos, ¿qué me dices? Mi mujer está en la peluquería ahora precisamente con Marisa. Bueno, ¿y qué tal por aquí? ¿Te está gustando M.? Sí, no hay mucho que hacer, pero tiene su encanto si lo sabes buscar. Yo he vivido siempre aquí, no he sido como mi hermano, que en cuanto pudo se largó. Él siempre fue más listo que yo. No es que yo sea tonto, pero no tengo su desparpajo, su desenvoltura. Yo lo admiraba por su atrevimiento y valentía, era el mayor, y yo, como era más joven pensaba: Ya tendré tiempo de hacer las cosas que hace César, ya llegará el día en que me vaya al extranjero también, pero solo he ido a Francia con mi mujer, a ver a mi hermano, cuando vivía allí, una visita, que no es lo mismo que irse al extranjero a la aventura. Mi hermano y yo estudiamos lo mismo, contabilidad, para seguir el camino de nuestro padre, que trabajaba en un banco, y que podría colocarnos allí. Yo seguí toda la ruta trazada por mi padre, pero mi hermano, en cuanto tuvo la mínima oportunidad se escapó. Se fue un verano a hacer la vendimia a Francia, cuando terminó sus estudios, porque de otra manera mi padre no lo habría permitido, porque mi padre ya se olía que mi hermano podía no volver. Yo no me lo esperaba, aún era más inocente que ahora. Cuando acabó la vendimia el resto de amigos españoles volvieron a sus respectivas casas, pero mi hermano se quedó con otro español, Lucas, y fueron viajando por pueblecitos franceses del sur, fundiéndose todo el dinero que habían conseguido en la vendimia. A casa llegaban postales muy bonitas, y eso tranquilizaba a mi padre y a mí me hacía ilusión. Así era mi hermano, una de cal y otra de arena. Llegaron a Toulouse, donde vivían unos primos nuestros, y a través de ellos, mi hermano encontró trabajo en una fábrica. Como quería seguir explorando el mundo y ver la vida fuera de M. se quedó en Toulouse sin pensar que aquí mi padre estaba disgustado y a mi madre le daba mucha pena, y yo me debatía entre la pena y la envidia. Acababa de empezar mis estudios de contabilidad y no dejaba de pensar en que lo primero que haría cuando acabase sería seguir los pasos de mi hermano, porque en las cartas que llegaban, pintaba Francia como el paraíso perdido, como la selva africana. Cada carta era un relato de aventuras, y es que mi hermano siempre fue muy zalamero. Pero mi padre, que notaba toda esa admiración en mí, cada vez iba insistiendo más y más en el puesto que me tenía reservado para cuando acabase los estudios, para atarme, para que no me escapase como mi hermano. Claro, a los hijos hay que amarrarlos, eso pensaba mi padre. ¿Quieres más café? Toma todas las pastas que quieras, no te cortes, eh. Bueno, sigo. Mi hermano ahí estaba, más feliz que una perdiz, enviaba cartas, solía enviar una para la familia y una solo para mí, lo que avivaba el

recelo de mi padre, porque creía que me intentaba llevar al lado oscuro, al camino de perdición de la selva africana que era Francia. En las cartas que me enviaba expresamente a mí solía hablarme de sus ligues, de sus fiestas, y sus amigotes, pero un día, me habló de un ligue que no era como los demás. Había conocido a una española, una chiquilla, que aún estaba terminando el instituto. Era la hija de los dueños de un bar regentado por exiliados españoles, Eugenia se llamaba. La chiquilla servía mesas los fines de semana en el bar y así se conocieron. Mi hermano iba mucho allí porque podía hablar español, y aunque cada vez se manejaba mejor con el francés, como la lengua materna, ninguna. Parece que iba en serio con Eugenia. Yo se lo comenté a mis padres, que a mi hermano lo había agarrado una buena moza y que eso era lo que le retenía allí. Por un lado, eso calmó a mis padres, porque pensaron que con una mujer al lado, mi hermano iba a sentar la cabeza, a dejar de ser un picaflor y un *cierrabares*, pero por otro lado eso les preocupó, ya que significaba que tardarían aún más todavía en verlo, y también me preocupó a mí. Cuando acabé los estudios, la idea de irme a vendimiar estaba cada vez más difusa y la de ponerme a trabajar en el banco no solo cobraba cada vez más fuerza, sino que ya me acechaba a la vuelta de la esquina; en cuanto terminé, ya se encargó mi padre de colocarme para asegurarse de que me quedaba. Cuando le escribí a mi hermano para decirle que ya había empezado en el banco de nuestro padre, recibí una respuesta en la que decía que se había casado con Eugenia. Mis padres se echaron a llorar, era un escándalo no poder ir a la boda de su hijo, y era aún más escandaloso que Eugenia esperase un hijo. Pero al año siguiente, en verano, estuvieron de visita en M., un mes entero, y traían a Natalia, su hija. En el fondo, mis padres estaban encantados de ser abuelos y le perdonaron todo. Lo recibieron como el hijo pródigo, y con Eugenia también estaban encantados. Además, se notaba que le había cambiado el carácter, ser padre te transforma, a mí también me pasó. Yo, por entonces acababa de conocer a Lourdes, mi mujer, con quien tengo dos hijos, ya mayores, cada uno por su lado. Fue una visita muy emotiva, que se repitió al año siguiente, por las mismas fechas. Al segundo año yo ya estaba ultimando los preparativos para abrir un bar con un amigo, sería lo que me distraería del trabajo aburrido en el banco. Por las noches nos iríamos turnando para encargarnos del bar, estaba muy motivado, me iba a llenar de vida, y, además, yo lo consideraba un poco la deuda que tenía que saldar conmigo mismo y también de cara a mi hermano. Era desviarse del camino impuesto por mi padre y no dejarme anquilosar en una vida ya dada. Yo creo que mi hermano se enorgulleció de mí. Ziggy, acabó llamándose el garito. Aún no lo habíamos inaugurado, pero estaba casi todo listo, y se lo mostró. El último día de esa visita, antes de que se volviese, hicimos una fiesta de despedida, a puerta cerrada. Vino muchísima gente, muchos amigos. Mi hermano era muy querido en M. y no solo yo lo admiraba, se había ganado a mucha gente con sus historias, por haberse abierto camino él solo y fuera de M. Todos los veranos venía con su familia, cada vez la niña, Natalia, estaba más grande. Y todos los veranos se le recibía con ovaciones y festejos, es verdad. En julio, aunque tuviésemos las fiestas del pueblo, en realidad, eran las fiestas de César, porque el pueblo estaba más pendiente de él que de cualquier otra cosa. Claro, es normal que si se le trataba como a un héroe, él también estuviese más pendiente de M. que de Francia. Yo mismo acabé preguntándome cómo podía mantener esa energía todo el año, pero en realidad esa energía estaba circunscrita a M. Cada verano me planteaba con más decisión que el anterior que había pensado regresar a M. Sus cartas también se volvieron cada vez más insistentes en ese tema. Imagino que su vida en Francia ya poco tenía de aventuras y preferiría vivir siendo acogido como un aventurero que

acomodarse en una rutina aburrida. En el 84 me dijo que un amigo suyo, Julián, un tipo con una empresa de construcción, le había ofrecido trabajo cerca de M., en la costa, y que volvía para quedarse con su familia. Yo me alegré, era buena época, en el banco me iba bien, en el bar, de maravilla. Mis hijos se hacían mayores y me sentía orgulloso como padre. Me ofrecí para ayudarle en todo lo que pudiera, pero Julián ya les facilitó un piso y se encargó de casi todo mucho antes de que me diese tiempo a ofrecerme. Eugenia no parecía muy satisfecha con la idea de instalarse en M. No le gustaba haber gastado todos los ahorros en la entrada de un piso en un lugar tan poco apetecible como M., pero enseguida se integró. Mi mujer y yo nos hicimos cargo de que se sintieran a gusto. Además, en cuanto vio las cantidades de dinero que movía mi hermano con su socio se olvidó de todas las dudas. La construcción estaba en racha, y más aún con el plan maléfico de Julián, lo que él llamaba el plan Golden, dirigido a los jubilados extranjeros que buscaban una segunda vivienda barata al lado del mar. Construían urbanizaciones en la costa. Ni siquiera hacía falta el desparpajo de mi hermano para convencer a los posibles compradores, porque los bungalós se vendían solos, como rosquillas.

A mí no me iba tan bien como a mi hermano, entonces pensaba que a él siempre le saldría todo mejor, pero yo no me podía quejar. Mi distracción y mi orgullo estaban en Ziggy. A Natalia le gustaba ir de cuando en cuando. Le costó adaptarse a M., nunca llegó a sentirse bien aquí, aunque hacía todo lo posible por animarla y siempre le decía que cuando quisiese la invitaba a algo en el bar, que trajese a amigas, pero creo que la pobre no tenía muchas amigas. Menos mal que encontró a Marisa que, ya has visto, es muy buena. A veces venían temprano por la tarde a estudiar o hacer deberes. A primera hora estaba tranquilo, pero ya cuando se acercaba la noche era imposible estudiar, así que las invitaba a café por la tarde. Había temporadas en las que evitaba poner un pie en el bar, por miedo a encontrarse con su padre. A los adolescentes no les gusta que se les relacione con sus padres, y lo cierto es que Natalia y mi hermano no se parecían. Natalia, en todo caso, me recordaba más a su madre, pero no tenía nada del físico y sobre todo del carácter de mi hermano. Una vez tuvimos un episodio un tanto violento. Era temprano por la tarde y Natalia había venido con Marisa a estudiar.

Estaban sentadas en una esquina, en su mesa favorita. De repente, llegó su padre, borracho como una cuba, se sentó a la barra y me pidió más alcohol, y Natalia se moría de vergüenza y de pena. Su amiga Marisa creo que no lo reconoció y pensaría que la reacción de Natalia era simplemente porque le chocaría ver a un hombre tan borracho tan temprano. Yo me lo llevé a la cocina, lo senté, y lo tuve ahí hasta que se le bajó un poco el alcohol. Mientras tanto, disimulaba ante Natalia, para que no se sintiese ya peor de lo que estaba delante de su amiga. No tardaron en irse, y nunca saqué el tema con Natalia. En realidad, aunque mi hermano manejaba mucha pasta, todo el dinero se iba tan pronto como venía, desaparecía en fiestas, en alcohol, y quién sabe en qué más. Pronto Natalia ya no tenía que preocuparse de encontrárselo en un bar, porque cada vez estaba menos tiempo en M. Mi hermano trabajaba en la costa, a unos cuarenta minutos de M. Al principio, pasaba allí el tiempo necesario, pero la vida familiar se fue resintiendo cada vez más, y a veces ni siquiera volvía a M. para dormir, se quedaba allí, siguiendo la borrachera y la fiesta.

A mediados de ese primer año a raíz de su vuelta, ya me percaté de que todo aquello era muy peligroso. Lo que le pasaba a mi hermano es que había vivido los últimos años en Francia, en una tranquilidad y una mesura que no le pertenecían, y al llegar aquí, donde se sentía tan querido y era tan fácil enlazar un *whisky* con otro, una fiesta con otra, de repente se desató y no había quien lo parara. No es que en Francia hubiese estado reprimido, pero aquí se le ponía en bandeja de plata darse a la buena vida. Eugenia trataba de hacer la vista gorda, sobre todo para no alarmar a Natalia. Yo veía que Natalia estaba cada vez más triste, ya llegó triste, pero conforme pasaba el tiempo su tristeza se volvía más y más persistente, y poco a poco yo veía que a Eugenia ya no se le daba bien disimular y en una ocasión hasta mencionó la posibilidad de irse de M. Eso es lo que acabó haciendo. Un día, sin avisar, se montó en el coche de segunda mano que mi hermano le había comprado y se largó con Natalia. Era algo que ya me olía, las semanas antes de la huida, pasé mucho tiempo con Natalia, casi todos los días estaba en el bar. De alguna manera, ya sabía que podrían ser los últimos días que nos veríamos en mucho tiempo, o en toda la vida. Se sentaba en su mesa favorita en el bar, y mientras yo estaba de aquí para allá, atendiendo a clientes, me acercaba alguna vez, a hablar un poco, o simplemente le ponía sus canciones favoritas, que eran también las mías. Por aquella época escuchaba mucho a Joan Baptista Humet. Nos gustaba mucho la canción de *Clara*, ¿sabes cuál es? Sí, es preciosa. Poco antes de que se fuera le regalé un vinilo con esa canción, que era su favorita de Humet. «Clara, distinta Clara...» ahora ya no puedo escucharla, me pone muy melancólico, muy triste. ¿Cómo? Sí, bueno, sabía que escribía algo, que había publicado algunos textos en una revista, y que su pseudónimo era Clara Dubanosequé. ¿Cómo? Dubasenca. ¿Qué dices? ¿Se puso Clara por la canción? No lo había relacionado, pero vaya.

¿A dónde? Pues mira, ni siquiera Eugenia sabía a dónde iba a ir. Cogió el coche en un momento de desesperación. Pensaría volver a Francia, no lo sé. No tengo ni idea. Lo único que sé es que unos días después, Eugenia llamó al teléfono del bar, y solo dijo que ella y Natalia estaban bien, pero que no iba a volver a M. y que no quería que la llamase, que quería olvidar, que había sufrido mucho. Colgó enseguida. Eso fue todo. Cuando se lo conté a César, estaba menos preocupado que yo, pensaba que sería un pronto, que ya volvería. Unos meses más tarde Eugenia seguía sin aparecer y la empresa de Julián había quebrado. Mi hermano, sin trabajo y sin importarle un bledo su situación. Por suerte consiguió un puesto de comercial, pero sus deudas seguían subiendo, dejó de pagar la hipoteca. Yo ya no podía ayudarle más, porque económicamente mi situación tampoco era buena. En el bar no nos iba bien, empezábamos a perder dinero y ya hablábamos del cierre. Resistimos un año más y luego lo traspasamos. En el 92 mi hermano murió, en un accidente de coche. En todos esos años no me atreví a llamar a Eugenia, pero esta vez sí. Le comuniqué la noticia y ella hizo acopio de fuerzas para venir al funeral. Esperaba ver a Natalia, pero no estaba. Cuando le pregunté por ella, se derrumbó, estaba más destrozada que por la muerte de mi hermano. Me contó que hacía meses que no tenía noticias suyas. Le dije que lo último que yo sabía era que vivía en un apartamento con un matrimonio en Barcelona, que me llamó en una ocasión desde ahí, pero que luego, cuando intenté volver a ponerme en contacto con ella, el matrimonio se

puso al teléfono y me dijo que Natalia ya no vivía en ese piso. Un par de meses antes del entierro me llamó, me quedé helado al escuchar su voz después de tanto tiempo. Me dijo que no estaba muy bien con su madre, la notaba nerviosa. Me pidió dinero prestado, no pude negarme. Le mandé un giro a una dirección que me había proporcionado. Eugenia me suplicó que le diese esa dirección, no es que no pensase dársela, pero me lo suplicó antes de preguntarme por ella, porque estaba desesperada. Me enteré de que después del funeral estuvo en Barcelona buscándola y después, la última noticia que tengo fue a través de una carta, tres semanas después, con matasellos de Roses. Era casi un telegrama en el que decía que ella y Natalia estaban bien. Llamé al número que Eugenia me había proporcionado, pero nunca logré que se pusiera al teléfono y acabé desistiendo.

No te puedo decir mucho más. Por una parte, me da rabia y me costó mucho entenderlo, pero hay que respetar la decisión de los demás. No puedo sentir rencor ni nada parecido. Sé que no es nada contra mi persona. Eugenia y Natalia han debido de sufrir mucho. Cuando escuché a mi sobrina en esa última llamada, estaba seguro de que algo pasaba, algo terrible quizá, y se me vinieron demasiadas imágenes y canciones a la cabeza. Es duro recordar.

Oye, ¿te han gustado las pastas de las monjas? ¿A que están ricas? Algo bueno tenía que tener M. Pues a Natalia no le gustaban, decía que sabían demasiado a pueblo. Qué cosas. ¡A veces soltaba unas sentencias! Sí, a mí también me gustan mucho. Me da igual que sepan a pueblo o a la Conchinchina, están de rechupete.

Y AHORA QUÉ

EL TRAQUETEO DEL TREN QUE EN CUALQUIER OTRA ocasión habría acabado sumiéndola en un sueño plácido, no lograba calmar los nervios de Laia. Le esperaban más de cuatro horas de trayecto hasta regresar a Barcelona y no sabía cómo ocupar su tiempo. La alteración le impedía concentrarse para leer un libro. Contemplaba la posibilidad de transcribir los testimonios recogidos a lo largo de estos últimos días en M., pero quizá tampoco eso era buena idea si lo que buscaba era recuperar la calma, ya que todas sus angustias provenían precisamente de su estancia en M. Recapitulemos, se decía a ella misma, tampoco ha ido tan mal, ¿qué es lo que más me ha decepcionado? Se colocó los auriculares y empezó a escuchar la grabación de la entrevista con Vicente. Ante la ausencia del cuerpo del interlocutor, ante la falta de movimientos y gestos, la voz cobraba otro espesor, y percibía a Vicente de forma mucho más nítida a como lo hubiese sentido estando cara a cara. Su ausencia lo había dotado de una presencia nueva y ahora podía verlo sin los obstáculos de una imagen en vivo. No había un solo asiento libre en el vagón, y pese a que Laia estaba rodeada de otras personas que no eran Vicente, ahora se le presentaba Vicente tal como podría haberlo visto durante aquella entrevista, si ella misma no hubiese estado ahí, es decir, si Laia hubiese sido una tercera persona, una espectadora. Solo ahora, con la distancia, cada vez más literal y prosaica, aprehendía a Vicente con más certeza. Ahora se reafirmaba el regusto a decepción que, en realidad, la había estado persiguiendo en todos sus trayectos por M. A Vicente lo había intuido muy diferente cuando leyó las cartas que le proporcionó Eduardo Pellisa. Tenía la esperanza de que hablar con él iluminase recovecos de Clara, incluso quizá más que ningún otro testimonio, pero en realidad, poco le había enseñado sobre Clara, más bien, con él había desaprendido, aunque ese no sea el término más preciso cuando se trata de conocer a una persona, pensaba Laia. Uno no aprende o desaprende, ni aprende mal o bien acerca de alguien, como si se tratase de una receta. Eso le hacía pensar que cada persona podía ser algo así como un área del conocimiento y la asociación le divertía. No resultaba del todo descabellada, pues uno podía estudiar a una persona como podría estudiar música, por ejemplo, y esa persona, a su vez podía estudiar a quien le estudia, del mismo modo que uno puede aprender algo sobre sí mismo a través del estudio de la música. Sea como sea, en este caso, Vicente apenas le había mostrado algo sobre Clara, pues hablaba sobre todo de sí mismo y se imponía con frecuencia a la propia Clara. Tampoco su voz era como Laia habría podido intuir al dar con las cartas. Quizá Vicente sí fue como Laia se lo había imaginado, pero de eso hace mucho tiempo. Del mismo modo, si todos quienes la habían descrito no la habían visto en los últimos veinte o treinta años, quién sabe cómo

sería ahora Clara, y quién sabe si esa información siempre permanecería secreta para Laia. Eso era lo que más la entristecía después de esos días en M. No le afligían tanto los testimonios en sí, la decepción al conocer a algunas de esas personas, como Vicente, o la desesperanza de discursos como el de Arcadio, no, lo que más le angustiaba era no saber cómo seguir ahora, era la posibilidad de que su búsqueda hubiese llegado ya a su fin, y ese fin se pareciese más a un gozne que a una pared. Ese fin era más como la arista de un poliedro del que todavía quedaban caras por explorar y, sin embargo, Laia estaba bloqueada, como asediada en su propia búsqueda, y en lugar de abrirse a otros caminos, los caminos se cerraban o desembocaban en callejones sin salida. Ya había agotado todos los testimonios de M. Aquellos en los que más esperanza había depositado, el de Vicente y Adolfo le habían transmitido más bien desencanto, y la entrevista por completo inesperada de Marisa, en cambio, le había proporcionado una clave muy valiosa. Con ella había descubierto el origen del pseudónimo. El desencanto también provenía del descubrimiento de Natalia, que había opacado a Clara. Viajó hasta M. con la esperanza de encontrar a Clara y no solo no dio con ella, sino que ella misma intentaba borrarse, o presentarse superpuesta a otra joven que no era la que Laia estaba buscando. Podría parecer que Marisa había sido el testimonio más intrascendente, y, sin embargo, por ella sabe que Clara no era más que una joven sensible y soñadora que tomó prestado un heterónimo por el título de una canción que solía escuchar, una canción hipnótica, pero desgarradora, triste; triste como se encontraba Laia ahora mismo sentada en un vagón hasta Barcelona, arrebatada por la incertidumbre. Pero precisamente gracias a Clara, había aprendido a abrazar la incertidumbre, pensaba Laia, había aprendido a acomodarse en el no saber, porque la propia Clara la conducía por recodos cada vez más imprecisos. El fin de esta búsqueda no tiene por qué ser encontrar a Clara, conocerla, hablarle, se decía Laia, pues el fin de esta búsqueda es no dejar del todo de buscar, ¿no?, no abandonar la incertidumbre, y que la incertidumbre se erigiese como motor, le otorgase fuerza. Sin embargo, por mucho que Laia tratase de convencerse de lo contrario, ahora parecía consumida, desalentada. ¿Y ahora qué? Si ya no le quedaban entrevistas en M. y tampoco en Barcelona, ¿a quién acudiría? Lo único que le faltaría era llamar al número donde localizar a la madre de Clara que le había proporcionado Arcadio. Tal vez no sea desaliento, sino miedo, seguía hablándose a sí misma Laia, lo que ocurre no es falta de asideros, sino firmeza para enfrentarse a ellos.

El traqueteo del tren que en cualquier otra ocasión habría acabado sumiéndola en un sueño plácido, ahora no solo no lograba calmar los nervios de Laia, sino que toda su inseguridad, todo su desánimo en forma de una bola muy grande se entregaba a los temblores del vagón, y todo su cuerpo se zarandeaba como si fuera un objeto inanimado. A ese movimiento se le añadió otro, una sacudida que provenía del muslo de Laia, del bolsillo desde el que sonaba el móvil. Lo agarró cuando la vibración ya se había detenido, y solo quedaba el temblor de sus manos, que al desbloquear la pantalla abrieron un mensaje de Diego: ¿Dónde estás? Esa es una buena pregunta, contestó Laia para sus adentros.

III. Y UN DÍA DESAPARECIÓ

MENÚ DESTEMPLADO

DISCULPA, PERO MI COMPAÑERA SE HA EQUIVOCADO y ya no nos queda tarta de chocolate, pero tenemos unos profiteroles, que también están muy ricos, le dice a Laia una chica joven y flaca. Responde que los profiteroles están bien, para no tener que volver a mirar la carta de postres. En el fondo se siente muy incómoda, y no deja de girar la vista a su alrededor. Está rodeada por muchas mesas llenas de familias y parejas felices que comen y ríen y a veces ríen mientras comen y por eso se tapan la sonrisa con una servilleta. Laia suda, aunque no haga calor, le asfixia tanto ajeteo y siente la necesidad de salir a tomar aire, pero afuera, amenaza una terraza enorme, llena también de mesas llenas de clientes y comida. Al otro lado de esa visión asfixiante está Diego, sentado frente a ella, que apura el vaso de cerveza. Se miran fijamente, sin articular palabra, y en esa mirada silenciosa, ambos saben lo que podrían decirse si hablaran. Ahora Laia prefiere esa conversación muda, prefiere que él interprete sus ojos inquietos sin necesidad de ponerles voz, prefiere interpretar ese amplio arqueado de cejas y esa media sonrisa como un gesto que él le brinda para calmarla, aunque no funcione con demasiado éxito. No sabe si experimentar gratitud o una ligera displicencia hacia él. Sabía que las intenciones de Diego no eran malas, pero aun así ella dudaba, igual que había dudado en descolgar el teléfono cuando la llamó en el tren de vuelta a Barcelona, después de su estancia en M. Dudó y acabó ignorando esa llamada, porque la intuía muy inoportuna. Estaba transcribiendo el último testimonio, el relato de Arcadio, y al mismo tiempo anotaba algunas reflexiones que le venían a la mente, sobre Arcadio en concreto y en general sobre esa búsqueda de Clara, que cada vez veía más ridícula. Hablar con cualquier otra persona que no fuera ella misma la interrumpiría, quebraría el ritmo de sus cavilaciones, que en ese momento solo tomaban forma de preguntas sin respuesta, y por supuesto, tampoco confiaba en que otro pudiera resolverlas. ¿Qué debería hacer ahora que sabía que Clara no solo era difícil de encontrar, sino que no quería ser encontrada? ¿Qué debería hacer ahora que sabía que, de encontrarla, podría acabar en su tumba, o podría acabar saludando a una sombra que no coincidía en absoluto con la imagen que le habían devuelto la mayoría de las personas que la conocieron? ¿Acaso no era ir demasiado lejos? ¿Acaso no era adentrarse en un territorio que, por prurito ético, debería serle vedado? Lo más sensato, para ella misma y para Clara y su familia, es que abandonase las pesquisas y, en todo caso, con todo ese mito con el que ella había fantaseado a lo largo de los últimos meses construyese una novela, o un relato, que todos esos testimonios reales le sirviesen como materia de ficción, y en lugar de ir a buscar una supuesta verdad que no le pertenecía, escribiese la verdad que más se acercaba a su forma de ser, la de Clara, y la de ella

misma, la que se había transformado a través de Clara. Algo, además de su propio nerviosismo, impedía que Laia pudiese seguir ahondando en toda esa incertidumbre. A la llamada de Diego le siguió un bombardeo de mensajes por el móvil que venían a decir que la había llamado, que por qué no había respondido, que cómo le había ido en M., si estaba de vuelta, si había visto a Clara. La intrusión de Diego ya era inevitable, y como no soportaba conversaciones por chat, resolvió llamarlo, y así acabó contándole que su visita había sido muy agrídulce, tirando más a agria que a dulce, y que había pensado en acabar ahí sus entrevistas. La respuesta de Diego rozaba el disgusto, la reñía como un padre decepcionado, y luego el reproche se transformó en aliento y la animaba a seguir, y luego el aliento ya pasó a ser orden y la obligaba a llamar al número que Arcadio le había proporcionado, el número de Eugenia, la madre de Clara, y ya, por último, esa orden se volvió más flexible y le sugirió que si ella no llamaba, llamaría él, aunque solo fuera para comprobar que ese número era de Eugenia. Laia terminó cediendo y cedió también en el resto de propuestas ideadas por Diego a raíz de la llamada, y así se fue dejando llevar, hasta que la llevaron a Roses, hasta que acabó pidiendo profiteroles en lugar de tarta en un restaurante al que nunca habría imaginado ir a propósito, y mucho menos acompañada de Diego.

Bueno, ¿y ahora qué hacemos?, ¿pedimos la cuenta? Está claro que no está aquí, dijo Laia. Diego contestó que tenía que estar, que cuando llamó hace unos días por la tarde y una voz al otro lado dijo: «Restaurante Las Calas, dígame», él preguntó por Eugenia Etchemendi y le dijeron que en ese momento ya no estaba, que por la noche volvería. Eso significaba que era muy probable que en los turnos de comidas, al mediodía y para la cena, Eugenia trabajase, intentaba hacerle comprender Diego a Laia. Pero ya has visto que es imposible que sea cualquiera de las camareras que nos han atendido, decía Laia. Y tenía razón, eran demasiado jóvenes todas. Si Clara ahora mismo podría tener unos cuarenta y pico años, su madre, como mínimo, sobrepasaría los sesenta. La mayoría de las camareras no debía de tener más de cuarenta. Luego había un hombre mayor, que sería el jefe, parapetado en la barra, sirviendo cafés y cócteles. Laia volvió a mirar a su alrededor, pero esta vez no se fijaba en los clientes, sino en los trabajadores, buscando un rostro que pudiese encajar con el de la madre de Clara. Oye, Laia, tal vez tienes razón y no hablamos con Eugenia, pero por lo menos hemos comido de puta madre, ¿no?, dijo Diego tratando de ser gracioso. Ella no tenía estómago para chistes, menos todavía después de haber comido tanto sin hambre, porque con todo el desasosiego acumulado le costaba tragar y digerir algo que no fueran noticias de Clara. Entonces Diego sugirió que dejaran a un lado los remilgos y que preguntasen de una vez directamente por ella, que lo peor que podría pasar es que estuviese de vacaciones toda la semana, y lo mejor, algo en lo que todavía no habían reparado, es que estuviese en la cocina. Laia lo miró muy seria y ya casi derrotada, su expresión cambió de súbito mientras veía como se incorporaba y se levantaba de la silla. Sorprendida lo siguió con la mirada, se acercó a la barra, donde el hombre se movía de un lado al otro, aunque en ese momento no tuviese ningún café ni bebida que preparar. Diego se dirigió a él, pero Laia no alcanzaba a oír la conversación. El hombre seguía moviéndose mucho, y por momentos, se salía del campo de visión de Laia. De repente, parece que el señor de la barra ya no estaba, Diego giró la vista hacia Laia y le dedicó una sonrisa que podría indicar triunfo. Enseguida volvió de nuevo la cabeza hacia el interior de la barra y apareció otra vez el hombre, que durante un rato estuvo diciéndole algo a Diego, sin que él

pudiese interrumpirle. Laia quería ir hasta allí, pero sus músculos se habían entumecido con tantos sentimientos encontrados. Trató de inclinarse hacia adelante para así tomar impulso y levantarse. Justo en el instante en que ya había logrado abandonar la silla, ante sus ojos, una figura femenina llegaba al interior de la barra y se situaba al lado del hombre. Laia se quedó petrificada al pensar que podría ser Eugenia. Incluso cuando Diego le hizo gestos con la mano, llamándola para que se acercara, ella seguía sintiendo sus pies anclados al suelo, sus ojos clavados en esa mujer delgada y bajita, de pelo corto teñido de marrón con tonos rojizos y semblante serio. Entonces no solo Diego miraba hacia donde estaba Laia, sino el hombre y la mujer giraron también la vista. La estaban esperando.

EUGENIA ETCHEMENDI

¿Y DICES QUE ESTÁS HACIENDO UNA TESIS SOBRE Natalia? No sé, me dejas sin palabras. ¿Pero se puede hacer una tesis o una tesina sobre eso? No sé, es que no sé qué pensar, de verdad. ¿Y cómo se te ocurrió? ¿Pero hay un profesor que te dirige eso? No sé, de verdad que no me podría imaginar algo así. Lo que me faltaba ahora. Es que yo. Es que me parece casi un chiste, eh. Así te lo digo. Lo siento, pero ahora mismo no puedo decir otra cosa, me sale así. Es que por un lado lo siento porque has venido desde Barcelona solo para esto, así que si es un chiste está muy elaborado. Y por otro lado, me resulta muy extraño. Que no sé qué decirte, vaya. A ver, voy a aclararme. Voy a beber un poco de agua y damos un paseo, creo que sentada no puedo seguir hablando.

Bueno, perdóname si antes he estado brusca. No soy una gran conocedora de esa faceta literaria de mi hija porque he intentado olvidar esa época. Creo que todos lo hemos intentado. En fin, creo que de su literatura, en todo caso, sabrás tú más que yo, que para eso haces una tesina. Pero tienes que saber que lo de la poesía y todo eso no era más que un *hobby*. ¿En serio tienes un profesor universitario que avala un estudio así? Bueno, perdona, pero entiende también que me cueste asimilar esto. No sé, a lo mejor has analizado palabra por palabra todo lo que ha escrito mi hija y has encontrado metáforas y yo qué sé, pero permíteme que tenga yo mis dudas porque no has conocido a mi hija. Es que estoy segura de que ni te imaginas como era de verdad. ¿Que cómo era? Pues de pequeña era una niña más o menos alegre, aunque tímida e introvertida. Sí, nació en Francia, ¿cómo sabes eso? Sí, yo me crié en Francia también. Mis padres eran leoneses —y bueno, yo también—, pero emigraron a Francia y ahí me crié yo. Desde muy jovencita estuve de camarera en el bar que tenían mis padres. Así fue como conocí a mi marido, el padre de Natalia. Pero bueno, ¿cómo sabes su nombre? ¿Has hablado con Arcadio? ¿Dónde? No me puedo creer que hayas ido hasta M. Arcadio es un buen hombre. He perdido el contacto con él, me da rabia porque se portó muy bien conmigo y con Natalia. Debería volver a llamarlo, pero no quiero volver a M. De eso estoy segura. Sí, la última vez que estuve ahí fue por el funeral de César, y hablé con Arcadio. Ya ves que los recuerdos que tengo de ese lugar son muy amargos. Sí, ¿tú de dónde eres? Ah, es bonito, también se está muy a gusto en las playas de Vilanova. ¿Y vas a menudo a visitar a tus padres? Muy mal, qué facilidad tienen los hijos para desentenderse de sus padres, eh. Sí, tienes razón, yo también me alejé de los míos, pero es distinto. Había que llegar a un término medio. César tenía a su familia en M. y yo en Francia. Estuvimos mucho tiempo en Francia, y luego, cuando Natalia era adolescente, tendría quince o catorce años, nos mudamos a

M. ¿Cómo? Sí, de M. me mudé a Roses con Natalia. ¿Perdona? Es que no te oigo bien, con el viento que hace. Sí, es complicado, pero las cosas dejaron de ir bien entre César y yo y nos separamos. A César le gustaba mucho la fiesta y sus amigos y descuidaba mucho a su familia. No tenía sentido que siguiésemos juntos, y menos en M., donde yo nunca me sentí integrada y mi hija menos.

¿Cómo acabé en Roses? Pues no sé, de pura casualidad. Tenía claro que no podía seguir en M. Fue una decisión muy difícil, pero algo entre César y yo se había roto y era irreparable. El menor de los problemas eran las canitas al aire que pudiese echar. Yo no estaba tan dolida por las posibles infidelidades como por sus problemas con la bebida. Aun así, cuando me fui todo era un poco precipitado, cogí el coche, y al principio pensé en volver a Francia, con mi familia, aunque ellos no sabían nada. En el camino paramos aquí. Me apetecía parar en un lugar con playa. Fuimos a comer al mismo restaurante donde has comido tú hoy. En ese momento había un cartel que decía que se buscaba camarera. Pregunté por la oferta de trabajo, así, un poco a la aventura, y esa misma tarde el jefe, Paco, al que has conocido, el que estaba detrás de la barra, me entrevistó y me dijo que si quería, el puesto era mío. Ahora creo que fue lo mejor que me pudo pasar, como un milagro. Me había ido de M. sin nada y este restaurante me permitió empezar de cero, no solo por el trabajo, sino también por la parte emocional, porque Paco y yo acabamos enamorándonos y aquí seguimos. Antes el restaurante era más pequeño, aunque también tenía una buena clientela. Yo empecé de camarera y ya hace años que estoy en la cocina. Elaboramos juntos Paco y yo la carta, que va cambiando cada temporada. Ahora el restaurante lo siento como nuestro.

¿Que si seguía escribiendo Natalia en Roses? No lo sé, era un divertimento. Se fue enseguida, en cuanto pudo se largó. Paco, en parte, me convenció de que le vendría bien irse a estudiar a Barcelona y yo le hice caso, y entonces encontramos una habitación en casa de un matrimonio. ¿También los has conocido? ¿Has hablado con ellos? ¿Ramón murió? Estaba ya mayor el hombre, la mujer era más joven. Bueno, sí que has hablado con gente tú, eh. Ese matrimonio me inspiraba confianza y yo me quedé más tranquila. Natalia me llamaba todas las semanas y yo seguí tranquila y por eso no me preocupé mucho cuando cada vez hablábamos menos. Me envió el libro ese de Clara Dubasenca y yo creía que a mi hija le iban bien las cosas y se estaba labrando un futuro. ¿Lo de Clara? Pues sí, ese era el nombre con el que firmó el libro y algunas otras cosas que publicó, nada más. ¿Cómo que en Barcelona todos la conocían como Clara? ¿No sabían que era Natalia, Natalia Perales? ¿Pero qué estás diciendo? Pues no, no sé de dónde viene el nombre, pero qué importancia tiene. De eso hace ya más de veinte años. Pues sí, sí que sé algo de ella, que para eso soy su madre. Oye, escúchame, creo que has llevado esto demasiado lejos. Yo no te puedo prohibir que hagas un trabajo sobre la poesía de mi hija, pero de verdad que no lo entiendo y no me apetece seguir hablando si vas a seguir por ahí, ahondando en esa parte de su vida, que también es la mía, y que me afecta. Sí, ya sé que has venido expresamente y no dudo que hayas hecho un buen trabajo de investigación hasta ahora, quiero decir, me sorprende que conozcas a tantas personas, que hayas ido hasta M. Por eso estoy dispuesta a seguir charlando contigo, pacíficamente, pero tienes que prometerme algo. Prométeme que no vas a volver a mencionar ese nombre de Clara Dubasenca, ante mí o ante cualquier miembro de mi familia, y que después de esta conversación no me volverás a preguntar nada sobre Natalia y sobre su vida en Barcelona. Vale, ahora tienes que prometerme otra cosa: no vas a hablar con Natalia. Sí, está viva, gracias a Dios. Prométemelo. Sí, está viva y vive aquí, en Roses. No, simplemente no quiero que hables con

ella de todo esto. Como mucho puedes verla, acercarte si quieres, pero no puedes contarle nada de esto y mucho menos volver a pronunciar delante de ella el nombre de Clara Dubasenca. Es un nombre muy doloroso para mí. No puedes saber cuánto, no puedes saber cuánto. ¿Qué vas a saber si eres una chiquilla? ¿Tienes hermanos? ¿Ni eso tienes? ¿Qué vas a saber tú si ni siquiera eres madre? ¿Me lo prometes? Bueno, en realidad ya has visto a Natalia, tampoco te hace falta verla de nuevo. Trabaja en el restaurante. Ha sido quien os ha tomado nota de los postres y yo le he echado la bronca porque ya le había dicho que no teníamos tarta de chocolate. Enseguida acabó su turno y se fue^[29]. Pero de verdad que no puedes hablar con ella, Laia, no estoy bromeado. Por favor, ha sido muy duro traer a Natalia de vuelta, y ya no sé si es como la recordaba de pequeña, cuando era una niña más o menos alegre en Francia, antes de que en M. se volviese cada vez más reservada y triste, y luego en Roses un tanto agresiva. Ya casi no recuerdo cómo era antes de que estuviese a punto de perderla para siempre en Barcelona. No sé cómo podría haber sido si en Barcelona no hubiese caído en las drogas, y en el último año allí ya solo viviese para eso, todo su interés era conseguir dinero para pincharse o conseguir contactos que la invitasen a heroína. Eso nunca se sabe, tampoco se sabe qué habría pasado si no la encuentro, si no intervengo y la arrastro hasta aquí y consigo que muy muy poco a poco se recupere, y consigo que se acostumbre a su rutina sosegada, a su metadona y que, en la medida de lo posible, hayamos logrado ser una familia normal los tres, ella, Paco y yo. Vive con nosotros, nos ayuda en el restaurante y se entretiene mucho dibujando, pintando. Le vino muy bien retomar esa afición. Le da clases de dibujo todas las semanas a una niña, y muchas tardes pone un puesto con sus pinturas en el paseo marítimo. Ahora mismo está allí, con su tenderete.

No sabía hasta qué punto en Barcelona todo el mundo pensaba que era Clara, pero precisamente por eso, ese nombre está prohibido para mí, porque se relaciona irremediamente con la imagen de su vida en Barcelona, que seguro tuvo momentos felices al principio, pero que enseguida pasó a ser una vida de perdición, y yo no puedo asociarlo a otra cosa. Aquí nadie sabe que Natalia fue Clara. Bueno, salvo Paco. Y quiero que siga siendo así, puede que ella misma tampoco recuerde apenas cómo era cuando era Clara, porque de verdad que eso no era una forma de ser. No era una forma de ser, era una forma de dejar de ser. ¿Lo entiendes? Ves que no puedo hablar de esto sin que se me salten las lágrimas^[30]. He dicho antes que he tratado de olvidar toda esa época, todos esos meses de silencio, recibiendo de vez en cuando alguna carta sin remitente en la que me decía que estaba bien, que tenía un trabajo en una heladería o en una tetería, y que estaba aprendiendo más que en la universidad y por eso no debía culparla por haber dejado los estudios. Y yo me creía todas las mentiras que me contaba en sus cartas hasta que ya no tenía fuerzas ni para enviarme cartas y yo, tonta de mí, porque a veces una madre prefiere hacerse la tonta que pasarse de lista y sufrir, sufrir mucho por ser demasiado lista, por ser demasiado madre, yo, tonta, tonta, imbécil de mí, quería pensar que estaba tan ocupada y tan satisfecha con su trabajo, sus amigos, su pareja, que no tenía tiempo de escribirme. Pensaba eso que se suele decir, si no hay noticias, es que todo está bien, ¿no? He dicho que había intentado olvidar todo eso, pero en realidad no he tratado de olvidarlo, he tratado de perdonar esa época, de perdonar a Natalia por tratarme y tratarse así, de perdonarme a mí misma porque pude haber reaccionado antes. He tratado de perdonar y ya está todo perdonado. Y ahora estamos bien, pero entiende que no me guste recordarlo y que tampoco me gusta que ella lo recuerde, porque cuando uno perdona no hay necesidad de volver sobre lo mismo. Me lo has prometido.

AL FINAL

SE DIRIGÍAN EN LÍNEA RECTA HACIA ALGÚN LUGAR. Laia iba delante, y Diego se había quedado un poco atrás, aunque el ritmo de sus pasos no difería mucho. Enseguida Diego echó a correr durante dos zancadas hasta que se puso a la altura de Laia. Él inclinó la cabeza como si se dirigiese a ella para preguntarle algo, pero Laia no se inmutó. Seguía caminando, con la mirada al frente. Parecía muy decidida, como si supiese el punto exacto al que tenía que llegar. Diego se limitaba a seguirla, con la esperanza de que en algún momento le dijese algo. No habían tenido ni una palabra a solas desde que se despidieron de la madre de Clara. ¿No me vas a decir nada?, acabó soltando él. No sé qué decir, tú has escuchado lo mismo que yo, ya sabes todo, respondió ella mientras seguía avanzando en línea recta. Permanecieron en silencio hasta que pasaron por delante de un banco y Diego le sugirió que se sentaran. Laia dejó caer el cuerpo en el asiento como acatando una orden. ¿No te apetece hablar?, insistió de nuevo Diego cuando se sentaron. Tampoco hay mucho de qué hablar, dijo ella. ¿Cómo que no?, dijo él, ¿no te ha impactado ver a su madre y escucharla? ¿No estás triste o rabiosa o yo qué sé? Laia se giró hacia él con tranquilidad, le miró a los ojos pensativa hasta que por fin respondió: Claro que me ha conmovido escucharla, pero eso es evidente, no necesita explicarse, ahora solo me gustaría ver a Clara y ya está. ¡Y ya está!, repitió Diego, ¿no vas a hacer nada? ¿Qué querías que hiciese? No sé, respondió él, ¿ni siquiera vas a hablar con ella? No debería, ya has oído a Eugenia. ¿Y vas a obedecerla?, Diego no daba crédito. En parte tiene razón y la respeto, insistía Laia. Él se ponía más nervioso por momentos: Después de todo el esfuerzo, después de tantos viajes, tantas entrevistas, tanto tiempo, después de todo, ¿vas a dejar que esto se quede en nada? ¿Vas a conformarte con lo que te ha contado su madre, como si tú también fueses su hija y tuvieras que cumplir con todo lo que dice para no hacerla enfadar? No me puedo creer que, como mínimo, no te mueras de curiosidad por hablar con Clara, por contarle quién eres, hablarle de toda tu búsqueda. Laia mostraba una templanza admirable, ante las recriminaciones de Diego, permanecía impassible. No lo hago por la madre, lo hago por Clara, dijo ella. No entiendo nada, dijo él. No hay nada que entender, seguía ella, es así como lo siento, ¿qué conseguiría hablando con Clara después de todo lo que me han hablado sobre ella?, ¿para qué contarle todo lo que yo sé de ella, cuando ella ya sabrá de sobra todo eso sobre sí misma? Diego se exasperaba: ¿Me tomas el pelo? ¿De verdad que no vas a hacer nada? Laia no alteraba su tono: ¿Acaso no he hecho ya muchísimo? Sí, has hecho mucho, contestó él, y por eso me niego a pensar que en el último paso te echas atrás. El último paso es este, dijo ella. Te equivocas, continuó él, el último paso es hablar con Clara o

hacer algo con toda esta historia, ¿no has pensado en escribir algo?, ¿un ensayo?, ¿una novela?, ¿incluso un artículo? Ya he dicho que no, y no por Eugenia, sino por Clara. ¿Pero por qué?, preguntaba Diego ya desesperado, parece que te hayas entregado a esto y ahora lo abandonas, como abandonaste el entusiasmo por el máster, por todo, siempre igual. Por Clara no he perdido el entusiasmo, respondía, y no es que la historia se acabe aquí, porque esta historia me ha estado acompañando todos estos meses, y seguirá conmigo, aunque ya deje de hacer entrevistas, aunque ya deje de buscar otro nuevo libro oculto escrito por ella, seguirá conmigo no solo cuando relea los textos de Clara o los testimonios que he ido transcribiendo, porque he aprendido mucho de esto, y precisamente, al contrario de lo que crees, he aprendido a no dejarme llevar por la inercia, sino a dejarme llevar solo por lo que me gusta. Diego intentó interrumpirla, pero ella siguió. Por eso no voy a escribir un libro sobre Clara, o un artículo, ni voy a hacer una película, eso sí sería dejarme llevar por lo que se supone que se espera de mí, en cierto sentido; tú esperas que anuncie a todo el mundo mi hazaña, por decirlo de alguna manera, que alimente mi ego a costa de Clara, pero mi hazaña es llegar hasta aquí y seguir, seguir adelante; gritar a voz en cuello la vida de Clara sería traicionarla, también traicionarme a mí, Clara nunca habría podido escribir algo así, de modo que escribir de esa forma sobre ella me arrebataría el vínculo que se ha creado entre nosotras, porque mi objetivo nunca fue que cualquier periodista o lector anónimo reconociese mi mérito, ya lo reconozco yo por mí misma. Diego ya no pudo aguantarse más y estalló: De verdad que no puedo creerlo, no puedo; ¿vas a tirar por la borda todo esto?; ¿no vas a sacar ningún provecho de lo que tanto te ha costado?; solo tratas de escudarte en argumentos que en realidad son muestras de cobardía, te asusta enfrentarte a Clara y a su madre, te horroriza el qué dirán, qué dirán si hablo con Clara, qué dirán si hablo en público sobre Clara, mírate, ahora mismo procuras ofrecer una imagen de tranquilidad, de paz contigo misma, pero en el fondo estás muerta de miedo, y no voy a permitir que te hundas de esa manera. ¡Pero cómo puedes hablar así!, exclamó Laia, hablas como si hubieses sido tú quien ha ido de entrevista en entrevista, como si conocieses al dedillo la vida y obra de Clara, y peor aún, como si fueses un hombre de negocios que no puede dejar pasar la oportunidad de comerciar con ella, ¿qué es eso de «sacar provecho» de todo esto?; ¿sacar provecho es cobrar un anticipo ridículo por una biografía sobre la gran Clara Dubasenca?; ¿sacar provecho es que me entrevisten en varios periódicos y revistas por mi maravillosa labor en el campo de la literatura? Cómo te gusta darle la vuelta a todo lo que digo, continuó él, por supuesto que no conozco tan bien como tú a Clara, pero te he apoyado en esto todo lo que he podido, he querido saber de Clara todo lo posible, si me hubieses dejado te habría acompañado a M., te acabo de traer en coche hasta Roses, y muchas más cosas, así que también siento un poco mía toda esta historia, creo que te equivocas, deberías hablar con Clara; si no lo haces tú, lo haré yo. Laia se levantó del banco de un respingo: ¿Cómo te atreves?, si te importase de verdad esta historia no hablarías así, me tendrías de verdad en cuenta, siempre tienes ese afán, esas ansias de protagonismo, de sobreponerte; hasta de esto, tan íntimo, tan personal, quieres apropiarte; ¿cómo vas a hablar con ella? ¿Pero qué coño piensas decirle? Siéntate, dijo él, cálmate, no voy a hablar con ella, vale, solo quería que despertaras; ay, de verdad, lo pones todo tan difícil. ¿Tan difícil?, interrumpió Laia, ¿tan difícil es entender que ir más allá, que lo que tú propones es una traición?; no se trata de cobardía, sino de una cuestión ética, y también una cuestión de coherencia, soy coherente con la forma de ser y de escribir de Clara, soy coherente conmigo misma, pues en ningún momento tuve la intención de hacer nada con este material, por utilizar tu propia jerga; no

soy débil o cobarde por no hablar con Clara o por no escribir un libro sobre ella, soy yo misma, y yo misma no soy cobarde de por sí, yo misma podría parecer débil o apática antes, pero ahora no, y me mantengo firme en lo que creo, y creo en Clara y en su historia tal como ha llegado a mí; no tiene sentido que a alguien le llegue de otra forma, la historia de Clara tiene sentido en la medida en que la he ido encontrando poco a poco, en la medida en que la he ido configurando, con tu ayuda, sí, y con la de todos sus conocidos; me siento bien después de esto, no necesito nada más.

Diego la escuchaba sentado con la cabeza gacha, los ojos fijos en el suelo. Cuando ella dejó de hablar, permaneció callado unos segundos, casi inmóvil. Laia le miraba esperando que alzase la vista. Al final, sin cambiar de postura, soltó: Tú ganas. No se trata de ganar o perder, le dijo Laia, se trata de respeto y comprensión.

LAIA CRESPO

A SÍ ERA ELLA. NO ME HABRÍA IMAGINADO QUE ERA ella si no me lo hubiesen dicho de antemano. De modo que así estaba ella, sentada frente a una mesa plegable llena de cartulinas y papeles con dibujos a carboncillo y acuarelas. Los más grandes estaban expuestos en el suelo, sujetos a una especie de atril. El paseo marítimo es un lugar muy transitado, una zona de recreo, donde la gente va sin prisas, y por eso muchos transeúntes se paran a curiosear el tenderete de Clara. No me había imaginado que Clara pudiese ser así porque me la había imaginado de tantas maneras posibles que no había encontrado una figura que las aunase todas. Está sonriente, lleva unas gafas de sol y, así, desde lejos me resulta imposible saber hacia dónde mira. Es improbable que se haya fijado en mí y eso, aunque podría sacudirme el narcisismo, me alivia y me da margen para seguir mirándola sin el temor de hacerla sentir incómoda. Sin duda es muy distinta, distinta de la canción de Humet, aunque también parecida, distinta de la canción que debía de haberse repetido su madre. Aun así, pese a que la tengo delante, demasiados pensamientos me asaltan y ya casi no sé lo que veo. ¿Ahora qué? ¿Para qué he llegado hasta aquí? Se supone que aquí era donde quería llegar, pero no me siento como debería, aunque tampoco se me había ocurrido cómo debía sentirme. Todo empezó con una excusa. La excusa era redactar un trabajo académico sobre Clara. ¿Qué impulso se ocultaba tras la excusa? No lo sé. Sé que había algo en ella que me atraía, incluso cuando no sabía nada de ella. Quizá precisamente ese no saber fue lo que llamó a un querer saber, o incluso a unas ansias, a una monomanía, y cuanto más averiguaba más creía que me faltaba, y todo ese misterio y esas rutas detectivescas fueron llenando mi vida, que ya llevaba un tiempo vacía. Yo no sabía, ni sé ahora, qué era lo que quería, pero sí sabía algo sobre lo que no quería, como redactar un trabajo académico sobre Clara. Empezar una investigación universitaria sobre ella me hizo darme cuenta de que no podía investigarla según esos parámetros y también me hizo comprender que no quería parecerme a los que se dedican a redactar trabajos académicos. A lo mejor habría tardado mucho más en reconocer ese tipo de cosas que aborrezco si desde el principio me hubiese volcado por una tesina más convencional y me hubiese quedado anclada en una zona de apariencia cómoda y de esencia rutinaria, tediosa, abominable. Digamos que este curso no he llevado a cabo nada de lo que me había propuesto en un primer momento, como escribir una tesina sobre un tema que me apasionase y poder así introducirme poco a poco en el mundo académico, como conseguir otro trabajo más relacionado con mis estudios. Podría sentirme decepcionada, podría parecer que me he traicionado a mí misma, aunque en realidad, con pasos lentos, voy traicionándome menos, y

voy tomando decisiones que me dan identidad. Creo que Clara tenía una personalidad muy fuerte, muy definida, aunque guardaba cierta inocencia. Eso era lo que más admiración me causaba, y a veces, hasta quise emularla, o al menos, quise ser alguna de esas personas que la conocieron, para recordarla de esa forma, a menudo tan tierna, quería tener recuerdos de Clara y lo más cercano a eso era seguir almacenando relatos de los recuerdos de otros, y en algún momento recordar lo que los demás recordaron.

Ha habido discursos amargos, encuentros sobrecogedores, como este último y aunque escuchar a la madre ha sido impactante, no puedo decir que no me esperase ni remotamente su actitud brusca ni tampoco sus palabras. Llegados a este punto es inevitable la pregunta: ¿Si lo primero que vi de Clara y lo que me precipitó a seguir mirando fue su escritura, debería, ahora que sé que ya no escribe y que lleva una vida tan moderada y anodina, estar decepcionada o quizá sentir pena por ella? ¿Debería incluso pensar que su fulgor estuvo en las drogas? ¿Que Clara no es sino una especie de holograma fruto de un exceso de estupefacientes? Creo que ya sé la respuesta. Creo, además, que después de lo que me ha sobrevenido en este tiempo, después de todo lo vivido de mi vida y de la de Clara, soy quien puede decir con más contundencia que no. Aunque la vea de lejos en mitad de ese paisaje de líneas horizontales, reconozco el brillo con el que la recordaban muchas de las personas a quienes he entrevistado. Ahora tengo multitud de recuerdos de Clara, aunque yo no los haya experimentado. Por todos ellos sé cómo fue, y ahora, por fin, compruebo que no ha dejado de ser ella, pese al tiempo, las drogas, las mudanzas, pese a ella misma. Mientras me digo todo esto voy caminando en dirección hacia el otro lado del paseo, voy acercándome hacia el tenderete en el que vende sus dibujos. Desde que vi sus poemas por primera vez hasta este momento en que la veo a ella, su cuerpo menudo, sus hombros puntiagudos, su sonrisa amable y sincera, han pasado muchas voces, que la dibujaron de muchas formas. Ahora es ella la que dibuja, hay muchos retratos, casi no hay ningún dibujo de un paisaje, en todos aparece al menos una persona. Los observo uno a uno, y en la mesa, semiescondida, encuentro una imagen que me resulta familiar. Lo recuerdo, me digo. Es una acuarela de un joven frente a un televisor, tiene la mirada perdida, la mirada ciega, podría ser Óscar, ese antiguo amante. Agarro la lámina entre mis manos, y entonces ella se quita las gafas de sol y puedo mirarla directamente a sus ojos oscuros y expresivos, y por fin oigo su voz directamente de sus labios. Me dice que esa es su favorita, me sonrío y me sostiene la mirada un rato, como si se hubiese percatado de que yo la había reconocido, como si ella, de alguna forma, pudiese reconocerme a mí, o tal vez no era ni lo uno ni lo otro, sino que se había reconocido en mi mirada. Le sonrío emocionada y le contesto que es la mía también. Entonces le pregunto si pinta todos los días, y me dice que procura hacerlo, porque le gusta y uno tiene que hacer lo que le gusta en la medida de lo posible. Le digo que me voy a llevar esa acuarela del joven frente al televisor. La pago y me despido; de nuevo, al decirle adiós, algo en su gesto me hace sentir extraña, precisamente porque parece que no soy extraña para ella. Desde luego ella no lo es para mí, pero me sorprende que pueda encontrar algún tipo de significado en alguien como yo, una supuesta desconocida. ¿Acaso me reconoce? Y de ser así, ¿qué reconoce de mí? Improbable, o más bien imposible, que me recuerde, a no ser que le recuerde a alguien. Vuelvo al lugar desde el que me quedé observándola al principio, me apetece quedarme un rato más mirándola de lejos. No necesito hablar más con ella, de nada sirve que intente sonsacarle información sobre su vida pasada, o Clara, la Clara que ahora ya no es y a la que con tanto recelo su madre no quiere nombrar. No creo que Clara, esa Clara que acabó

enganchándose a la heroína haya malogrado a la que escribía poemas a sus amigos y esculpía bolsitas de té, tampoco a la persona que ahora solo responde al nombre de Natalia. La veo y la veo satisfecha y la veo sincera en su alegría, y pienso que todo en Clara es pequeño, desde su cuerpo hasta su tercer tomo de obras completas, pasando por esas acuarelas en cuartillas. Sin embargo, a mí se me antoja muy grande y creo que ha alcanzado la grandeza en esa pequeñez o en esa medianía. Una chica joven se acaba de parar en el puestecito, diría que se conocen, hablan con mucha naturalidad. Enseguida Clara amontona las láminas y la otra chica le ayuda. Recogen el tenderete en un momento y se van paseo abajo. Me quedo mirando la acuarela y vuelvo a pensar que es muy pequeña y muy grande a la vez.

Notas

[1] De la resolución de un misterio se deduce la inexistencia del propio misterio, pues un misterio es aquello que no puede llegar a desvelarse, al contrario del secreto, que aunque pueda permanecer oculto, se trata de algo concreto que cualquiera acaba descubriendo. El misterio, sin embargo, carece de anclaje. Solo puede esparcirse o difuminarse y por ello nadie logra asirlo. Existe, sin embargo, una línea muy fina que delimita el secreto y el misterio, de ahí la confusión de la señora Ríos. Hay secretos que pueden permanecer oscuros durante mucho tiempo y se dilatan tanto que acaban adoptando las características completas del misterio; del mismo modo que hay misterios que alguien aniquila con un descubrimiento falso, una solución que no encaja en absoluto con el misterio en cuestión. El problema es que si los misterios se definen por no tener solución, ¿cómo invalidar una solución si no existe ninguna otra que la contradiga? ¿Quién aceptaría la falta de solución como solución última? <<

[2] El gesto de alguien que recuerda algo olvidado y querido es lo que más se acerca a la felicidad. La expresión ingenua, de abstracción total, mirada perdida, músculos relajados, todos esos detalles proporcionan lo más parecido a una imagen de la felicidad. <<

[3] Resulta cuando menos curiosa esa forma de concluir. Quedamos así, porque más allá de referirse a una cita concertada, designa un estatismo incómodo —una quietud que se asemeja más al anquilosamiento—, cuando no hay nada más cambiante que ese tipo de encuentros en el aire, que, como este, es probable no acaben sucediendo nunca. <<

[4] Lo cierto es que sí es un secreto y en ningún momento Diana deja de mostrarse recelosa de su relación con Clara, como si algo le avergonzara, o algo le resultase demasiado doloroso como para contárselo a un desconocido, o puede que solo sea por orgullo, pues si algo no le falta a Diana es soberbia. Puede que quiera generar cierto misterio en torno a sí misma para que la atención se descentre de Clara y recaiga sobre su persona. <<

[5] A pesar de la resistencia, de las elipsis, se nota que el recuerdo es intenso como el perfume de Clara. Con toda esa intensidad, con todo lo grande que se antoja la huella de Clara sobre Diana, es probable que ella se pregunte si Clara se seguirá acordando de ella y de ser así, de qué modo lo hará. <<

[6] En efecto, a Pablo le encantaba dictar sentencias, y a pesar de lo esquivo que resultaba Diana, fue muy precisa en su información, en su visión de Pablo, al que, por ejemplo, como dijo ella, se le llenaba la boca apelando a la verdad. <<

[7] ¿El poder nace o se construye? ¿Quién tiene más responsabilidad en la concesión de ese poder, el que lo concede o a quien le es concedido? Clara no tiene la culpa de ocupar el hueco de la poltrona, ¿o sí? Podría no haberse sentado, podría haber rechazado ese poder, aunque eso solo es posible en el supuesto de que aceptásemos que no es connatural. Sin embargo, si se tratase de algo innato, el poder es irrevocable, a no ser que uno huya. <<

[8] Al parecer a Cristián no se le llena la boca con la palabra verdad, como a Pablo, sino más bien al contrario. <<

[9] Se podría dividir a las personas en función de cómo entiendan el esplendor. Se establecería así dos grupos principales, de los que quizá podrían nacer más subgrupos a raíz de los matices. El primer tipo de personas concibe el esplendor como un instante único, irrepetible e irreversible. De esta manera, si uno lo alcanza entra en una decadencia que lo dirige sin remedio y con más o menos prisa hasta un crepúsculo funesto. Dentro de los subgrupos de esta categoría se encontrarían los que a pesar de creer en un esplendor único, irrepetible e irreversible, consideran que antes y después de él sí es posible vivir pequeños apogeos, nunca tan majestuosos como la cúspide inigualable, y siempre con la sensación de que existen para alivianar el desasosiego de no poder permanecer mucho tiempo en el esplendor único, irrepetible e irreversible. El segundo gran grupo, en cambio, utilizaría la imagen de la cordillera para representar el esplendor, que si bien es un pináculo que deja valles a su alrededor, no está aislado ni es mucho menos irrepetible. Todo lo contrario, reciben el primer esplendor con alegría porque saben que, a pesar de que será pasajero, significa que después uno puede alcanzarlo de nuevo. El esplendor marca la repetición del esplendor. Uno aprende a ser esplendoroso viviendo el esplendor. Parece que Baptista pertenece a este último grupo. <<

[10] Resulta inevitable no encontrar un patrón en casi todas las personas que hablan de Clara. Es el patrón de quien recuerda una época y a una persona muy queridas. Hay gestos, pausas en el discurso muy delatorias, imposibles de transcribir. Me he emocionado tanto como Baptista, como si yo la hubiese visto recitar en el bar de Pere, la hubiese escuchado reír ante la propuesta de título del libro; aunque sé que no puede ser la misma emoción. Lo que me golpea a mí es el recuerdo de no tener ese recuerdo. <<

[11] Un momento es la medida más relativa y flexible que existe. Por supuesto, Luis tardó mucho más de lo que para mí era un momento esa tarde, así que cuando llegó solo me apetecía despedirme. <<

[12] Lo que debía temer Julia no es no conocerla, creo que ella la llegó a conocer bien, sino que Clara no la conociese a ella en absoluto. Julia fue para Clara la compañera de piso de una amiga, nada más. Eso es lo que le pesa. Quizá si yo la hubiese conocido también me pesaría no ocupar un lugar importante en su vida. Quizá ya esté empezando a pesarme todo esto. <<

[13] Yo no esperaba esa respuesta. Qué curioso comprobar cómo difieren las distintas expectativas, las de los demás con respecto a uno mismo, las de uno mismo con respecto a los demás, las de uno mismo con respecto a sí mismo y las de los demás con respecto a los demás. Y en todo este juego de reflejos, ¿en qué parte de la ecuación me sitúo yo? ¿Qué espero yo de Wilkinson y qué espera él de mí? ¿Qué esperaba Clara que dijese él? ¿Qué esperaba Clara que escuchase yo? <<

[14] Me recuerda a unos versos de Catulo: «Te quise entonces, no como el hombre común a su amante, sino como un padre quiere a sus hijos y a sus yernos». <<

[15] En una de las figuritas que Wilkinson me mostró creí ver el rostro de alguien conocido. Era una especie de máscara que retrataba a un hombre algo arrugado, de aspecto flaco y enfermizo. Quizá es la imagen de alguna de las personas que conocieron a Clara y que ya he conocido, o tal vez sea el rostro de uno de esos testigos a quienes todavía no he entrevistado, y más tarde, cuando los encuentre, se me presentarán como un *déjà-vu*. <<

[16] Tanto tiempo escuchando sobre ella, tanto tiempo hablando sobre ella, leyéndola y aún no conocía su rostro. Me habían contado tanto sobre sus gestos, sobre su sonrisa, tanto tanta gente tan distinta que era imposible que mi imagen coincidiese con la de su fotografía. En efecto, no se parecía a la Clara Dubasenca imaginada, pero tampoco a cada una de las que me describieron, aunque sí tenía un poco de todos los rostros imaginados, por mí y por todos los demás que había entrevistado hasta entonces. No miraba a la cámara, sino que parecía que me miraba a mí. Imagino que estaría mirando al fotógrafo en ese momento y que ahora, años después, manteníamos ella y yo un diálogo desfasado en que nuestras miradas coincidían en un mismo espacio pero estaban ancladas en tiempos distintos. <<

[17] Así que esta fue la habitación de Sveta, un espacio que solo existió en un tiempo muy restringido y con la presencia de una persona muy concreta. Casi me parecía obsceno que se me presentase una imagen de ese lugar que no me pertenece, que solo atañe a Julia y a su memoria. Me sentí un poco como una invasora. <<

[18] Intenté ver el máximo fotos que pude. Sé que nunca más tendría acceso a tantas. Podría fotografiarlas para poder volver a ellas cuando quisiera, aunque eso traicionaría la esencia misma de esas fotos, de esa visita en la que lo que más se ha subrayado es el carácter perecedero de las cosas. Aunque las fotos prevalezcan, no pueden prevalecer para todo el mundo por igual, y yo en estas imágenes solo estoy de paso y tengo que asumirlo. <<

[19] En realidad, no creo que quiera tanto verlo a él desnudo, sino ver cómo la mira él a ella, desnuda, contemplar esa mirada sin el obstáculo de la cámara, que ensucia esa visión. Quiere comprobar el poder de su cuerpo enfundado en un desnudo hipnótico. De ese cuerpo digno de ser mirado desde muchos ángulos solo le interesa de verdad una perspectiva, la de los ojos de él, el ser amado, que la viste con su mirada de belleza, la hace guapa y se hace guapo a sí mismo a lo largo de ese delicado ejercicio que es mirar. <<

[20] Si bien existe la temperatura adecuada de las cosas, no puede existir el olor adecuado de las cosas. La temperatura no se puede medir o calcular con precisión, aunque sí se puede predecir o intuir. El olor, sin embargo, es impredecible. Uno solo puede percibirlo, uno solo puede conocerlo a través de los sentidos. Como sucede con los nombres, a menudo el olor no se corresponde con los objetos o personas a los que acompaña, es decir, no casa con sus formas, su apariencia. Se podría pensar que un olor es inadecuado cuando esto ocurre y que, por ende, el olor adecuado existe cuando la unión entre un aroma y un objeto resulta armoniosa, cuando lo que vemos o tocamos nos produce una sensación similar a lo que olemos. Este sería el razonamiento más sencillo, pero nada es sencillo para los sentidos. Muchas veces es de agradecer que un alimento caducado no huela tan mal como sabe y que el frigorífico no se impregne de un tufo a rancio. Resulta también emocionante comprobar que el sabor de un vino es muy distinto a como te lo habías imaginado en la fase olfativa y también es seductor que una flor venenosa huela bien, en lugar de mal, que sería el equivalente a una señal de peligro para que no te acerques demasiado a ella. Nadie habla de adecuación o inadecuación cuando se refiere a una fragancia, sino que se habla en términos de preferencia. De un olor se dice que es bueno o malo. Hay olores que se consideran universalmente buenos, como el de vainilla tostada. Por eso algunas pastelerías y, sobre todo, la mayoría de los puestos ambulantes de *crêpes* y gofres, lo utilizan para atraer a sus clientes y casi todos los compradores acuden allí con el anhelo de probar algo que sepa igual a ese aroma de vainilla tostada. Por supuesto, ninguno de esos establecimientos puede ofrecer un alimento semejante, ya que esa supuesta vainilla tostada solo existe así, en su estado etéreo de perfume callejero, y, en todo caso, si se le puede asociar una imagen no será la de ningún tipo de comida, sino la del mismo tenderete que vende comida. También hay olores que todo el mundo acepta como malos, por ejemplo, el sudor. Quizá su fama se debe a que se relaciona con la falta de higiene, aunque bien podría asociarse con otras imágenes menos negativas, como el esfuerzo, o el placer sexual. No es cierto que el olor a sudor sea malo *per se*. Lo que sí acaba siendo nefasto es la mezcla concentrada de muchos sudores muy distintos, como la que se genera en las salas cerradas de un gimnasio, o bien la mezcla de muchos sudores muy parecidos y muy intensos, como se puede apreciar dentro de las aulas de los institutos atestadas de adolescentes en plena efervescencia hormonal. Así expresé mi ligero desacuerdo con la pequeña reflexión de Óscar sobre los olores. Lo expresé en silencio, para mis adentros, mientras él seguía hablando. No sé si en algún momento se percataría de mi cambio de olor acompasado con el cambio de parecer que experimentaba con respecto al suyo. <<

[21] Óscar, en cambio, sí que notó cómo me movía mientras él hablaba de las arrugas y las huellas. En efecto, logró ponerme nerviosa, aunque enseguida me relajé. <<

[22] ¿Y si Clara no miró tanto y con tanto intensidad en toda su vida? ¿Y si él tampoco volvió a encontrar unos ojos que se entregasen tanto a los suyos? <<

[23] Eso me hizo pensar en el informe que tuve que entregar hace unos días sobre mi investigación para el máster. <<

[24] Tragó saliva antes de empezar la siguiente frase. Nunca había presenciado una pausa tan tensa, tan triste. <<

[25] No quería que se lo devolviese porque eso implicaría que hablásemos de nuevo, o incluso que llegásemos a vernos, y desde el principio Eduardo se mostró tan reacio a cualquier tipo de encuentro que debería sentirme más que afortunada por conseguir esas cartas. <<

[26] Creo que debería empezar a clasificar a los maridos en función de cómo presenten a sus esposas. Por un lado están los que anuncian su nombre y luego, mediante una aposición, aclaran su estado sentimental, el tipo de relación con respecto al sujeto que enuncia. Por otro, están los que se refieren a ellas como su pareja o su mujer antes de llamarlas por su nombre, como si antes de ser personas fueran esposas, o madres, o novias. <<

[27] ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a saberlo si hasta ahora nadie se había referido a ella de otra manera? En todo caso, el pseudónimo será su supuesto nombre real, porque yo ya no puedo llamarla de otra forma que no sea Clara. Hasta ahora nadie la había nombrado de otro modo. Quizá incluso en toda su vida haya sido más veces llamada Clara que por otro nombre. ¿Cómo iba a saberlo y cómo voy a digerir ahora esta información? <<

[28] Por supuesto, cuando escuché esa canción en la voz de Marisa, no la conocía, pero ahora que transcribo todo lo que dijo ya he tenido tiempo de escucharla con la voz de Humet. De lo que no he tenido tiempo es de asimilarla, aunque la he escuchado muchas veces porque es preciosa. La he escuchado menos veces de las que podría haberlo hecho porque también es muy triste. ¿Sería Clara Dubasenca tan bella y triste como la canción? Me da miedo imaginarlo. <<

[29] Casi no me acuerdo de su cara, solo se acercó a nuestra mesa una vez, para los postres. ¿Cómo iba a imaginar que mi primer encuentro con ella sería tan anodino, tan fácilmente olvidable? Estaba tan nerviosa por encontrarla que no la habría visto ni aunque fuese ella la única presencia en una habitación cerrada. <<

[30] Los ojos enrojecidos de Eugenia me hacían sentir incómoda y hasta pensaba que no tenía derecho a verla llorar. <<



ALBA BALLESTA (Orihuela, 1991) se graduó en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado textos y cortometrajes en revistas y medios digitales como Acrocorinto, Amalgama, La Fanzine o Antes todo esto era campo. Forma parte del colectivo literario Gilíes de Rai y ha participado en varios de sus *cabarets* literarios. Rari nantes, es su primera novela.